

Por el amor de Lilah

La sensual Lilah Calhoun salvó al profesor Max Quatermain de morir ahogado. Entre ellos se produjo una atracción que ambos negaban, pero hasta que la vida de Lilah no se vio amenazada por un ladrón de joyas que pretendía encontrar las esmeraldas de su bisabuela, no se dieron cuenta de lo enamorados que estaban...

Bar Harbor, 1913.

Los acantilados me llaman. Altos, fieros y peligrosamente bellos, permanecen erguidos y seductores como un amante. Esta mañana, el aire era tan suave como las nubes del oeste que se alzaban hacia el cielo. Las gaviotas giraban en el aire, emitiendo unos gritos tan solitarios como el tañido distante de la campana de una boya que el viento arrastraba hasta la playa. Aquel sonido evocaba la imagen de las campanas de una iglesia anunciando un nacimiento. O una muerte.

Las otras islas destellaban a través de la bruma que el sol todavía no había conseguido desvanecer, como si de un espejismo se tratara. Los pescadores pilotaban sus robustas embarcaciones para adentrarlas desde la bahía hacia un mar encrespado.

E incluso sabiendo que él no estaría allí, no podía apartarme de aquel lugar.

Llevé a los niños. No puede haber nada malo en querer compartir con ellos parte de la felicidad que me embriaga cada vez que paseo por estos prados salvajes que conducen hasta las rocas. Llevaba a Ethan de una mano y a Colleen de la otra. La niñera tomó en brazos al pequeño Sean para impedir que continuara gateando en la hierba, siguiendo a una mariposa amarilla que revoloteaba cerca de sus manos inquietas.

El sonido de sus risas, el más dulce de los sonidos para una madre, se elevaba en el aire. Tienen una curiosidad tan viva, tan cambiante, y una confianza incuestionable. Todavía no los afectan las preocupaciones del mundo, los alzamientos en México, o los disturbios en Europa. Su mundo no incluye ni traiciones ni culpabilidades, y tampoco las pasiones que hieren el corazón. Sus necesidades son sencillas, inmediatas, no tienen nada que ver con el mañana. Si pudiera mantenerlos siempre tan inocentes, tan libres y

seguros, lo haría. Sin embargo, sé que algún día tendrán que enfrentarse a todas las preocupaciones y emociones de los adultos.

Pero hoy tenemos muchas flores silvestres que cortar, muchas preguntas que contestar. Y para mí, muchos sueños con los que soñar.

Es evidente que la niñera sabe por qué he venido hasta aquí. Me conoce demasiado bien para no saber leer en mi corazón. Y me quiere demasiado para criticarme. Nadie es más consciente que ella de que no hay amor en mi matrimonio. Es, como I ha sido siempre, un arreglo conveniente para Fergus y un deber para mí. Si no fuera por los niños, no tendríamos nada en común. E incluso me temo que él los considera como parte de sus valiosas posesiones, símbolos de su éxito, al igual que nuestra casa de Nueva York, o Las Torres, esa casa con aspecto de castillo que mandó construir para que pasáramos los veranos en la isla. O a mí misma, la mujer que tomó como esposa. Una mujer a la que juzgó suficientemente atractiva y de una familia lo bastante respetable como para llevar el apellido Calhoun, compartir su mesa o adornar su brazo cuando tiene que frecuentar a esa alta sociedad que tan importante es para él.

Suena frío cuando lo escribo, pero no puedo fingir que haya calor alguno en mi matrimonio con Fergus. Desde luego, tampoco hay pasión. Yo esperaba, cuando decidí acceder a los deseos de mis padres y me casé con él, que habría al menos cariño, un sentimiento que con el tiempo llegaría a transformarse en amor. Pero era muy joven. Y lo único que hay es cortesía. Un sustituto muy pobre de la pasión.

Hace un año quizá, podía convencerme a mí misma de que estaba satisfecha. Tenía un marido con éxito, unos hijos a los que adoraba, una posición envidiable en la sociedad y un elegante círculo de amistades. Mi guardarropa rebosa de prendas y joyas hermosas. Las esmeraldas que Fergus me regaló cuando nació Ethan son propias de una reina. Mi casa de veraneo es magnífica, y también sería adecuada para la realeza con sus torres y torretas, sus majestuosas paredes forradas de seda y esos suelos que relucen bajo carísimas alfombras.

¿Qué mujer no estaría satisfecha con todo esto? ¿o? ¿o? ¿Qué más podría pedir una mujer? A menos que quisiera amor...

Y fue amor lo que encontré entre estos acantilados, en el artista que pasaba horas en ellos, enfrentándose al mar, plasmando aquellas rocas y aquel mar embravecido en sus lienzos. Christian, con su pelo oscuro azotado por el viento. Con aquellos ojos grises, oscuros e intensos con los que me estudiaba. Quizá si no lo hubiera conocido, podría haber seguido fingiendo que estaba satisfecha. O podría haber llegado a convencerme de que no anhelaba amor, o palabras dulces, o una caricia

en medio de la noche.

Pero lo conocí, y mi vida cambió. Ya no volveré nunca a la falsa satisfacción de una gargantilla de esmeraldas. Con Christian encontré algo mucho m-s precioso que todo el oro que Fergus pueda acumular. Lo que siento por él no es algo que pueda adornar mi mano, ni rodear mi cuello, pero es algo que llevaré siempre en el corazón.

Cuando lo encuentre en los acantilados, como haré esta misma tarde, no me lamentaré por lo que no podemos tener, por lo que no nos atrevemos a tomar, sino que atesoraré las horas que pasemos juntos. Cuando sienta sus brazos a mi alrededor, cuando saboree sus labios, sabré que Bianca es la mujer m-s afortunada del mundo por haber sido tan bien amada.

Estaba a punto de estallar una tormenta. Por la ventana de la torre, Lilah pudo ver un rayo plateado rasgando el cielo hacia el Este. Un trueno lo siguió, abriéndose paso entre los cumulos de nubes y retumbando entre las rocas. Un escalofrío recorrió su cuerpo, pero no era de miedo, sino de emoción.

Iba a ocurrir algo. Lo sentía, y no solo en aquella atmósfera espesa, cargada, sino en el latido primitivo de su propia sangre.

Cuando posó la mano en el cristal de la ventana, casi esperaba que sus dedos chisporrotearan, sacudidos por el poder de la electricidad. Pero el cristal estaba frío y suave, y tan oscuro como el cielo.

Sonrió ligeramente al oír el trueno en la distancia y pensó en su bisabuela. ¿Habría estado Bianca alguna vez allí, contemplando cómo iba formándose la tormenta, esperando que se desatara sobre la casa y bañara la torre con su luz fantasmagórica? ¿Habría deseado estar junto a su amante, para compartir con él el poder y la fuerza de la pasión que los cielos desataban? Por supuesto, pensó Lilah. ¿Qué mujer no lo habría hecho?

Pero seguramente Bianca había estado allí completamente sola, Lilah lo sabía, igual que lo estaba ella en aquel momento. Quizá había sido la soledad, el intenso dolor de la soledad, el que le había hecho arrojarle por esa misma ventana para estrellarse contra las inmisericordes rocas.

Sacudiendo la cabeza, Lilah apartó la mano del cristal. Se estaba poniendo taciturna otra vez y tenía que evitarlo. La depresión y los pensamientos tristes no eran algo propio de una mujer que prefería tomarse la vida tal como le iba llegando y que había convertido en una filosofía vital el evitar sus cargas más pesadas.

A Lilah no la avergonzaba el hecho de preferir estar sentada a estar de pie o pasear a correr y le parecían mucho más saludables las largas siestas que el hacer ejercicio para mantener el cuerpo y la mente en forma.

No era que no fuese ambiciosa. Simplemente, sus ambiciones tenían en cuenta el hecho de que para ella la comodidad tenía prioridad sobre cualquier posible cumplido.

No le gustaba verse taciturna y pensativa y estaba enfadada consigo misma porque había convertido ambas cosas en un hábito durante aquellas semanas, cuando debería estar siendo completamente feliz. Su vida continuaba transcurriendo a paso firme y sin prisas. Su casa y su familia, que para ella eran tan importantes como su propia comodidad, estaban a salvo. De hecho, ambas parecían expandirse de forma muy satisfactoria.

La más pequeña de sus hermanas, C.C, acababa de regresar de su luna de miel y estaba resplandeciente como una rosa. Amanda, la más práctica de las hermanas Calhoun, estaba locamente enamorada y planificando su propia boda.

Y los dos hombres que acababan de entrar en la vida de sus hermanas, merecían la total aprobación de Lilah. Trenton St. James, su reciente cuñado, era un astuto hombre de negocios que, bajo aquellos trajes de corte tan meticuloso, escondía un tierno corazón. Sloan O'Riley, con sus botas de vaquero y su acento de Oklahoma, se merecía toda la admiración de Lilah por haber sido capaz de ver más allá de la apariencia quisquillosa de Amanda.

Por supuesto, tener a dos de sus adorables sobrinas unidas a un hombre, hacía que tía Coco delirara de felicidad. Lilah rió suavemente, pensando en cómo su tía estaba convencida de que había sido ella la responsable de ambas relaciones amorosas. Y en ese momento, naturalmente, la que durante tanto tiempo había sido guardiana de las hermanas Calhoun, estaba dispuesta a prestar el mismo servicio a Lilah y a Suzanna, la mayor de las hermanas.

Buena suerte, le deseó Lilah a su tía. Después de un divorcio traumático y dos niños de los que cuidar, por no mencionar el negocio del que tenía que ocuparse, Suzanna no parecía muy dispuesta a colaborar. Ya se había quemado una vez, terriblemente además, y una mujer inteligente no iba a acercarse por segunda vez al mismo fuego.

En cuanto a ella, Lilah había hecho todo lo posible por enamorarse, por oír aquel vibrante clic interior que sonaba cuando se encontraba a la persona que el destino había dispuesto para uno. Pero, de momento, aquella habitación de su corazón permanecía obstinadamente en silencio.

Ya habría tiempo para eso, se recordó a sí misma. Tenía veintisiete años y se consideraba feliz con su trabajo y su familia. Unos meses atrás, habían estado a punto de perder Las Torres, la excéntrica vivienda de los Calhoun que había sido construida sobre los acantilados y dominaba el mar desde su altura. Si no hubiera sido por Trent, Lilah podría no haber vuelto jamás a la habitación de la torre que tanto adoraba, ni observar desde allí la formación de una tormenta.

De modo que tenía su casa, su familia, un trabajo que le interesaba y, se recordó a sí misma, un misterio que resolver. Las esmeraldas de la bisabuela Bianca. Aunque nunca las había visto, era capaz de visualizarlas perfectamente con solo cerrar los ojos.

Dos espectaculares filas de esmeraldas realizadas con fríos diamantes. El destello del oro convertido en una caprichosa filigrana. Y colgando de la gargantilla, esa rica y resplandeciente esmeralda en forma de l-grima. Más que su valor económico o estético, aquella joya representaba para Lilah un vínculo directo con una antepasada que la fascinaba y la esperanza de una amor eterno.

La leyenda decía que Bianca, decidida a poner fin a un matrimonio sin amor, había guardado sus más queridas pertenencias, entre las que se encontraba aquella gargantilla, en una caja. Esperando encontrar la forma de reunirse con su amante, las había escondido. Pero antes de que hubiera podido fugarse para empezar una nueva vida con Christian, la desesperación la había llevado a lanzarse desde aquella misma torre hacia la muerte.

Un trágico final para un romance, pensó Lilah, pero no siempre se entristecía al pensar en él. El espíritu de Bianca permanecía en Las Torres y en aquella habitación en la que Bianca había pasado tantas horas anhelando a su amante. Lilah se sentía muy cerca de ella.

Encontraría las esmeraldas, se prometió a sí misma. Merecía la pena encontrarlas.

La verdad era que la gargantilla ya había causado ciertos problemas. La prensa se había enterado de su existencia y había especulado de forma incesante sobre el tesoro escondido. Con tanto éxito, pensó Lilah, que había atraído a decenas de turistas y aficionados a la búsqueda del tesoro, e incluso había llevado a un implacable ladrón al interior de su casa.

Cuando pensaba que Amanda podría haber sido asesinada por intentar proteger los papeles de la familia, y los riesgos que había corrido intentando evitar que pudiera caer cualquier pista sobre las esmeraldas en otras manos, Lilah se estremecía. A pesar del heroísmo de Amanda, el hombre que había dicho llamarse William Livingston se había marchado de la casa con un montón de papeles. Y Lilah esperaba sinceramente que no hubiera encontrado nada más que recetas viejas y facturas pendientes de pago.

William Livingston, alias Peter Mitchell, alias otra docena de nombres, no iba a conseguir poner sus sucias manos sobre aquellas esmeraldas. No si las mujeres Calhoun

podían hacer algo para evitarlo. En lo que a Lilah concernía, entre aquellas mujeres incluía a Bianca, que era tan esencial a Las Torres como el yeso de las paredes o la madera de las vigas.

Inquieta, se apartó de la ventana. No era capaz de comprender por qué las esmeraldas y la mujer a la que le habían pertenecido se aferraban de forma tan intensa a sus pensamientos aquella noche. Pero Lilah era una mujer que creía en la intuición y en las premoniciones con la misma naturalidad con la que creía que el sol salía todos los días por el Este.

Aquella noche iba a ocurrir algo.

Miró nuevamente hacia la ventana. La tormenta estaba cada vez más cerca, era cada vez más fuerte. Y sintió la loca necesidad de salir a encontrarse con ella.

Max sentía el estómago revuelto mientras navegaba en aquel bote. En aquel yate, se recordó a sí mismo. Un hermoso yate con todas las comodidades de una casa. Desde luego, con más comodidades que su propia casa, que consistía en un diminuto apartamento, apenas amueblado, situado cerca del campus de la Universidad de Cornell. El problema era que aquella belleza de doce metros de eslora estaba navegando en un mar malhumorado Atlántico. Y las dos píldoras contra el mareo que Max se había metido en el cuerpo no parecían estar haciéndole efecto.

Se apartó un oscuro mechón de pelo de la frente, donde, como siempre, volvió a caer rebelde otra vez. El tambaleo del barco sacudió la lámpara de cobre que colgaba sobre el escritorio. Max hizo todo lo que pudo para ignorarla. Tenía que concentrarse en su trabajo. A un profesor de historia no le ofrecían todos los días un empleo tan fascinante y lucrativo como aquel. Y aquella era una muy buena oportunidad que tenía que aprovechar.

Ser contratado como investigador por un millonario excéntrico era un tema digno de ficción. Pero, en su caso, se había convertido en realidad.

Cuando el barco se inclinó, Max se llevó la mano a su agitado estómago e intentó respirar hondo. Como aquello no funcionó, intentó concentrarse en su buena suerte.

La carta de Ellis Caufield había llegado en el momento ideal, justo antes de que Max se hubiera comprometido a trabajar en otro lugar durante el verano. Y la oferta le había resultado al mismo tiempo irresistible y halagadora.

En su vida cotidiana, Max no consideraba que tuviera ninguna reputación en especial. Algunos artículos bien recibidos, algún que otro premio, pero eso era todo lo que había conseguido en el hermético mundo de la academia en el que había decidido enterrarse. Si era un buen profesor, pensaba que se debía al placer que le proporcionaba hacer comprender y admirar el pasado a alumnos tan pendientes siempre del presente.

Había sido toda una sorpresa que Caufield, un hombre de leyes, hubiera oído hablar de él y lo respetara lo suficiente como para ofrecerle un trabajo tan interesante.

Y, para un hombre con la mentalidad de Maxwell Quartermain, más interesante aún que el yate, el salario y la idea de pasar el verano en Bar Harbor, era acceder a la historia que encerraba cada uno de los pedazos de papel que le habían pedido que catalogara.

Un recibo de un sombrero de mujer que databa de mil novecientos treinta y dos. La lista de invitados a una fiesta celebrada en mil novecientos once. Una copia de la cuenta de reparación de un Ford de mil novecientos treinta y cinco. Las instrucciones manuscritas para preparar un remedio a base de hierbas contra la difteria. Había cartas escritas antes de la Primera Guerra Mundial, recortes de periódicos con nombres como Carnegie o Kennedy, recibos de compra de un armario Chippendale y un candelabro Waterford. Viejos carnés de baile y ajadas recetas.

Para un hombre que pasaba la mayor parte de su vida intelectual en el pasado, aquello era un tesoro. Max habría analizado cada uno de aquellos pedazos de papel a cambio de nada, pero Ellis Caufield se había puesto en contacto con él y le había ofrecido más de lo que Max podía ganar dando clases durante dos semestres completos.

Era como un sueño hecho realidad. En vez de pasarse el verano luchando para despertar el interés de aburridos estudiantes por la política y la situación de los Estados Unidos antes de la Gran Guerra, estaba viviendo en un sueño. Con el dinero, la mitad del cual ya le habían depositado en el banco, podría tomarse un año sabático y comenzar la novela que durante tanto tiempo había deseado escribir.

Max sentía que había contraído una gran deuda con Caufield. Un año entero para hacer lo que quería. Era más de lo que nunca se había atrevido a soñar. Gracias a su cerebro, había conseguido una beca que le había permitido estudiar en Cornell. Su cerebro había trabajado duramente para permitirle convertirse en doctor en historia con solo veinticinco años. Había pasado ocho años desde entonces, ahorrando, dando

clases, preparando conferencias y clasificando documentos. Y solo había tenido tiempo para escribir unos cuantos artículos.

En ese momento, gracias a Caufield, iba a poder tomarse el tiempo del que nunca se había atrevido a disponer. Podría comenzar el proyecto que había mantenido guardado en su corazón y en su cabeza durante años.

Quería escribir una novela ambientada en la segunda década del siglo veinte. No una lección de historia, ni un ensayo sobre los efectos y las causas de la guerra, sino una historia de personas que se habían visto arrastradas por la Historia. La clase de personas a las que había ido conociendo y comprendiendo a través de aquellos viejos papeles.

Caufield le había dado ese tiempo y él iba a aprovechar la oportunidad. Y todo ello aderezado por un verano en un lujoso yate. Era una pena que Max no hubiera previsto cómo iba a afectar a su cuerpo el movimiento del mar.

Particularmente durante las tormentas, pensó, llevándose la mano a su sudoroso rostro. Se esforzaba en concentrarse, pero las desvaídas letras de los papeles se mecían y duplicaban ante sus ojos, añadiendo un terrible dolor de cabeza a sus náuseas. Lo que necesitaba era tomar aire, se dijo a sí mismo. Una buena ráfaga de aire fresco. Aunque sabía que Caufield prefería que se quedara investigando en su camarote durante las noches, Max imaginó que también lo preferiría saludable a acurrucado y gimiente en la cama.

Se levantó y gimió suavemente al sentir que se le revolvía el estómago con la llegada de la siguiente ola. Casi pudo sentir su piel adquiriendo un tono verduzco. Definitivamente, necesitaba aire. Se tambaleó por el camarote, preguntándose si alguna vez llegaría a acostumbrarse al mar. Al cabo de una semana, pensaba que se le estaba dando bastante bien, pero le había bastado saborear el primer incidente climático para ponerse a temblar.

Era una suerte que no hubiera estado, como tantas veces había imaginado, navegando en el Mayflower. Jamás habría conseguido llegar a Plymouth Rock.

Aferrándose con la mano a los paneles de caoba, consiguió trasladarse hasta el pasillo que conducía hasta las escaleras que subían a cubierta.

La puerta del camarote de Caufield estaba abierta. Max, que jamás se habría detenido para escuchar a escondidas, se paró un instante con intención de darle a su estómago un momento de reposo. Oyó entonces a su jefe hablando con el capitán. Cuando consiguió sobreponerse al mareo, se dio cuenta de que no estaban hablando ni

del tiempo ni de un posible cambio de rumbo.

-No pienso perder ese collar -dijo Caulfield con impaciencia-. Ya me he visto envuelto en bastantes problemas por su culpa.

La respuesta del capitán no fue menos tensa.

-No entiendo por qué has metido a Quartermain en esto. Si llega a averiguar a qué se debe tu interés en esos documentos y cómo los has conseguido, él también se convertirá en un problema.

-No lo averiguaré nunca. En lo que a nuestro buen profesor concierne, esos papeles pertenecen a mi familia. Y me considera suficientemente rico y excéntrico como para querer preservarlos.

-Si alguna vez llega a oír algo...

-¿Oír algo? -lo interrumpió Caulfield con una carcajada-. Estoy tan enterrado en el pasado que no es capaz de oír ni su propio nombre. ¿Por qué crees que lo he elegido? Yo sé hacer mi trabajo, Hawkins, y he investigado a Quartermain exhaustivamente. Es un académico con más cerebro que ingenio y solo siente curiosidad por el pasado. Acontecimientos como un robo a mano armada o la desaparición de las esmeraldas de los Calhoun le son completamente indiferentes.

En el pasillo, Max permanecía quieto y en silencio, mientras su malestar físico comenzaba a mezclarse con una repugnante sospecha. Robo a mano armada. Aquella frase se repetía en su cerebro.

-Habría sido mejor irnos a Nueva York -se quejó Hawkins-. Podría haber ido trabajando en el caso Waffingford mientras tú te pasabas todo un mes esperando. Podríamos haber tenido los diamantes de esa vieja dama en menos de una semana. -

-Esos diamantes pueden esperar -Caulfield endureció la voz-. Quiero esas esmeraldas y voy a conseguirlas. Llevo veinte años en este negocio, Hawkins, y sé que un hombre solo tiene una oportunidad en su vida de conseguir algo tan grande.

-Los diamantes...

-Son piedras -en ese momento su voz parecía mucho más dulce, quizá incluso con algún tinte de locura-. Esas esmeraldas son una leyenda. Y van a ser más. Cueste lo que cueste.

Max permanecía completamente paralizado fuera del camarote. Las desagradables náuseas que minutos antes sacudían su estómago habían cesado a causa de la impresión. No tenía la menor idea de lo que estaban hablando y tampoco de cómo encajar todas aquellas piezas de información. Pero una cosa era evidente: estaba siendo utilizado por un ladrón y había algo más que historia en los documentos que pretendían que investigara.

No le había pasado por alto el fanatismo que reflejaba la voz de Caulfield, y tampoco la violencia reprimida de Hawkins. Y a lo largo de la historia, el fanatismo había demostrado ser la más peligrosa de las armas. Solo se la podía combatir mediante el conocimiento.

El tenía los documentos en su mano, los conservaría y encontraría la manera de abandonar el barco e ir directamente a la policía. Aunque lo que podía llegar a explicar no tenía ningún sentido. Retrocedió, esperando haber aclarado sus pensamientos para cuando llegara de nuevo a su camarote. Pero una inoportuna ola sacudió el barco en ese momento y Max se vio lanzado a través de la puerta abierta.

-Doctor Quartermain -aferrándose a ambos lados de su escritorio, Caulfield elevó una ceja-. Bueno, parece que ha llegado al lugar equivocado en el momento equivocado.

Max se aferró al marco de la puerta y se tambaleó mientras maldecía la inestabilidad del suelo que tenía a los pies.

-Yo... quería tomar aire.

-Ha oído todo lo que hemos dicho -musitó el capitán.

-Soy consciente de ello, Hawkins. No puede decirse que el profesor haya sido dotado con la inexpresividad de un jugador de póquer. Me temo que no va a poder poner un solo pie en la playa durante nuestra estancia en Bar Harbor, doctor -sacó un revólver cromado-. Un serio inconveniente, lo sé. Pero estoy seguro de que su camarote le resultará más adecuado para satisfacer sus necesidades mientras trabaja. Hawkins, llévatelo y enciérralo.

El retumbar de un trueno hizo vibrar la embarcación. Fue todo lo que Max necesitó para comenzar a mover las piernas. Mientras el yate se mecía, volvió corriendo hasta el pasillo. Aferrándose a la barandilla, luchaba contra el movimiento del yate. Los gritos que oía tras él se perdieron en el aullido del viento cuando llegó a cubierta.

Una ráfaga de agua salada le golpeó el rostro, cegándolo por un instante mientras

buscaba frenéticamente la manera de escapar. Un rayo rasgó los cielos, mostrándole en aquel instante de luz el mar revuelto, las escarpadas rocas y una franja de tierra a lo lejos. El siguiente movimiento del barco estuvo a punto de tirarlo al suelo, pero consiguió mantenerse en pie gracias a la suerte y a su férrea voluntad de mantenerse erguido. Dejándose llevar por el instinto, echó a correr sobre la cubierta y resbaladiza cubierta. Con el siguiente fogonazo de luz, vio a uno de sus dos repentinos enemigos mirándolo. El hombre gritó y le hizo un gesto, pero Max dio media vuelta y continuó corriendo.

Intentó pensar, pero tenía la cabeza demasiado abarrotada, demasiado confusa. La tormenta, el movimiento, del yate, el destello de la pistola. Era como estar atrapado en medio de una pesadilla de otra persona. Él era un profesor de historia, un hombre que vivía entre libros y salía escasas veces a la superficie intentando recordar si había comido o se había encargado de la limpieza. Era, lo sabía, terriblemente aburrido, y sus días transcurrían tranquilamente, inmersos en la rutina en la que había convertido su vida. No podía estar en un yate en medio del Atlántico, siendo perseguido por dos ladrones armados.

-Doctor.

La voz de su jefe sonó suficientemente cerca como para hacer que Max se volviera. La pistola que vio a menos de dos metros de él le hizo comprender que algunas pesadillas eran reales. Fue girando lentamente hasta quedar atrapado frente a la barandilla del barco. Ya no tenía forma de salir corriendo.

-Sé que esto es una incomodidad para usted -dijo Caufield-, pero creo que sería más inteligente que regresara a su camarote -un relmpago de luz enfatizó su argumento-. La tormenta puede ser corta, pero es muy intensa. Y no nos gustaría que... se cayera por la borda.

-Es usted un ladrón.

-Sí -con las piernas abiertas sobre cubierta, Caufield sonrió. Parecía estar disfrutando de la situación. Del viento, del aire cargado de electricidad y del rostro pálido de la presa que tenía acorralada-. Y ahora que puedo ser sincero con usted, le diré exactamente lo que tiene que buscar. De esa forma nuestro trabajo avanzará mucho más rápido. Vamos, doctor, utilice su tan famoso cerebro.

Por el rabillo del ojo, Max vio que Hawkins se acercaba por el otro lado, moviéndose con tanta seguridad sobre la cubierta como una cabra por un accidentado sendero en la montaña. En cuestión de segundos, lo atraparían. Y cuando lo hicieran, estaba seguro, no volvería a ver un aula.

Con un instinto de supervivencia que hasta entonces no había puesto a prueba, se lanzó sobre la barandilla. Oyó el retumbar de otro trueno y sintió que le ardía la sien, después, se sumergió en las aguas convulsas y oscuras del Atlántico.

Lilah había bajado, siguiendo una sinuosa carretera, hasta la base de los acantilados. Se había levantado un viento terrible, que sintió aullar con fiereza y azotar su pelo en cuanto salió del coche. No sabía por qué se había sentido impulsada a acercarse hasta allí, a permanecer sola en aquel estrecho y rocoso pedazo de playa esperando la tormenta.

Pero allí estaba, y sentía la euforia entrando a raudales en su interior, corriendo bajo su piel, imprimiendo velocidad a su corazón. Cuando rió, el sonido de su risa flotó en el viento y el eco lo repitió. El poder y la pasión explotaban a su alrededor en medio de una guerra que contemplaba con deleite.

El agua se estrellaba contra las rocas, explotaba hasta quedar pulverizada sobre ellas y se alzaba hasta donde estaba Lilah. Estaba tan fría que se estremeció, pero no retrocedió. Cerró los ojos, elevó el rostro hacia el cielo y absorbió aquella sensación.

El ruido era terrible, salvaje, primitivo. En el cielo, y cada vez más cerca, se cernía la tormenta. Inmensa, oscura y tempestuosa. La lluvia se sentía con tanta fuerza en el aire que casi se podía saborear, tocar, pero eran los relámpagos los que dominaban la tormenta, cruzando los cielos mientras el retumbar del trueno competía con la violencia del agua y del viento.

Lilah tenía la sensación de estar sola en medio de un cuadro, pero no experimentaba soledad y mucho menos miedo. Era anticipación lo que cosquilleaba en su piel. Una pasión tan oscura como la propia tormenta palpitaba en su sangre.

Algo iba a ocurrir, pensó nuevamente, mientras elevaba el rostro hacia el cielo.

Si no hubiera sido por los relámpagos, no lo habría visto. Al principio, observó la oscura forma que se adivinaba en el agua y se preguntó si un delfín habría podido acercarse tanto a las rocas. Con curiosidad, caminó sobre las rocas de esquisto, apartándose con la mano el pelo que el viento llevaba a su rostro.

No era un delfín, advirtió con una punzada de pánico. Era un hombre. Demasiado estupefacta para moverse, continuó observándolo. Seguramente serían imaginaciones

suyas, se dijo. Se había dejado atrapar por la tormenta, por su misterio y por aquella sensación apremiante que la embargaba. Era una locura pensar que había visto a alguien luchando contra las olas en aquel solitario y convulso palmo de agua.

Pero cuando la figura apareció otra vez, flotando, Lilah se quitó las sandalias y corrió hacia el agua helada.

Le flaqueaban las fuerzas. Aunque había conseguido deshacerse de los zapatos, las piernas le pesaban terriblemente. El siempre había sido un buen nadador. Era el único deporte que se le daba bien. Pero el mar era infinitamente más fuerte que él. Era él el que lo arrastraba, y no sus brazos y sus piernas. Lo hundía a capricho y después lo liberaba, permitiéndole tomar una nueva bocanada de aire.

Ni siquiera podía recordar por qué luchaba. El frío que hacía tiempo ya había entumecido su cuerpo comenzaba a tener el mismo efecto en su cerebro. Sus movimientos eran ya prácticamente automáticos y cada vez más débiles. Era el mar el que lo guiaba, el que lo atrapaba, y el que, estaba empezando a aceptarlo, terminaría matándolo.

Lo sacudió una ola y, exhausto, se dejó arrastrar por ella. Lo único que esperaba ya era ahogarse antes de ser estampado contra las rocas.

Sintió que algo le rodeaba el cuello y, con sus últimas fuerzas, lo empujó. Alguna serpiente marina, o quizá fueran algas, se había enredado en su cuello. Entonces su rostro emergió otra vez a la superficie. Sus pulmones sedientos absorbieron el aire. Vio un rostro cerca del suyo. Un rostro pálido y sorprendentemente bello. Un glorioso pelo hmedo y oscuro flotaba sobre él.

-Agrrrese -le gritó la chica-. Todo saldrá bien.

Estaba arrastrándolo hacia la orilla, batiéndose contra la estela dejada por una ola. Era una alucinación, pensó Max. Tenía que estar alucinando para ser capaz de imaginar a una mujer tan bella llegando en su ayuda justo antes de morir. Pero la posibilidad de que hubiera ocurrido un milagro reavivó su ya casi agotado instinto de supervivencia y comenzó a colaborar con ella.

Las olas los golpeaban, los arrastraban hacia dentro cada vez que conseguían dar un paso. Por encima de sus cabezas, el cielo se abrió para dejar caer un aguacero. Ella le estaba gritando algo otra vez, pero lo único que Max podía oír era el zumbido de su

propia cabeza.

Decidió que debía estar muerto. Desde luego, ya no sentía dolor. Lo único que podía ver era el rostro de aquella mujer, el brillo de sus ojos y sus pestañas cubiertas de agua. A un hombre podían ocurrirle cosas peores que morir con aquella imagen en mente.

Pero los ojos de la joven brillaban con enfado, parecían haberse cargado de electricidad. Quería que la ayudara, comprendió Max. Necesitaba ayuda. Instintivamente, le pasó el brazo por la cintura, para que se apoyaran el uno en el otro.

Perdió la cuenta mientras caminaban, de las veces que caía y volvía a levantarse. Cuando vio las rocas que sobresalían en el agua, las afiladas aristas que asomaban entre la espuma, sin pensárselo dos veces, volvió su cuerpo agotado hacia ella. Una furiosa ola los derrumbó con la misma facilidad con la que un ser humano se deshace de una hormiga.

Se golpeó el hombro contra la roca, pero apenas lo sintió. Sentía también los granos de arena bajo sus rodillas. El agua luchaba por engullirlos, pero, arrastrándose sobre las rocas, consiguieron alcanzar la orilla.

Las náuseas iniciales fueron espantosas, lo atormentaban de tal manera que por un instante pensó que su cuerpo se iba a partir en dos. Cuando pasó lo peor, dio media vuelta y, tosiendo, se tumbó de espaldas. El cielo giraba sobre su cabeza, negro y brillante. El rostro estaba otra vez sobre él. Sintió una mano acariciando delicadamente su frente.

-Lo has conseguido, marinero.

Max se limitó a mirarla fijamente. Era misteriosamente bella, como un ser que hubiera podido conjurar él mismo si hubiera tenido suficiente imaginación. Bajo los relmpagos, podía ver un hermoso pelo cobrizo. Tenía toneladas de pelo. Flotaba alrededor de su rostro, bajaba hasta sus hombros y alcanzaba su propio pecho. Sus ojos tenían el mismo color verde de un mar en calma. Mientras el agua goteaba desde su melena hasta él, Max alzó la mano para tocar su rostro, seguro de que sus dedos atravesarían aquella misteriosa imagen. Pero sintió una piel, fría, húmeda y tan suave como la lluvia de primavera.

-Eres real -dijo con un graznido-. Eres real.

-Condenadamente cierto -sonrió, enmarcó su rostro con las manos y rió-. Estás vivo. °Estamos vivos!

Y lo besó. Profunda, generosamente, hasta conseguir que volviera a darle vueltas la cabeza.

Había algo m·s que risa en aquel beso. Max advirtió j·bilo en él, pero no la alegría del simple alivio.

Cuando volvió a mirarla, la vio borrosa; aquel rostro etéreo se desvaneció hasta dejar únicamente frente a él unos ojos increíbles y resplandecientes.

-Nunca he creído en las sirenas -musitó, antes de perder la consciencia.

-Pobre hombre.

Coco, espléndida con una vaporosa capa violeta, se acercó a la cama. Mantenía la voz baja y observaba con mirada de guila mientras Lilah vendaba una herida superficial en la sien de su paciente, que continuaba inconsciente.

-¿Qué diablos puede haberle ocurrido?

-Tendremos que esperar para preguntárselo -con dedos delicados, Lilah examinó el pálido rostro de Max.

Debía de tener unos treinta años, imaginó. No estaba moreno, a pesar de que estaban ya a mediados de junio. Era un tipo de puertas adentro, decidió, a pesar de que tenía unos músculos bastante fuertes. Su cuerpo estaba a tono, aunque era un tanto larguirucho... Y su peso le había dado más de un problema cuando había intentado arrastrarlo hasta el coche. Su rostro era delgado y un poco alargado también. Era un intelectual, pensó. La boca era cautivadora. Bastante poética, al igual que su palidez. Aunque en aquel momento tenía los ojos cerrados, sabía que eran azules. Su pelo, ya casi seco, estaba lleno de arena. Lo tenía largo y espeso. Y oscuro y liso, como sus pestañas.

-He llamado al médico -anunció Amanda mientras entraba corriendo al dormitorio. Tamborileó con los dedos los pies de la cama y frunció el ceño mientras miraba al paciente-. Dice que deberíamos llevarlo a urgencias. -

Lilah alzó la mirada mientras un relmpago iluminaba la casa y la lluvia azotaba las ventanas.

-No quiero sacarlo a menos que sea necesario.

-Creo que Lilah tiene razón -Suzanna permanecía de pie al otro lado de la cama-. Y también creo que deberías darte un baño caliente y acostarte.

-Pero si estoy bien.

En ese momento, estaba envuelta en una bata y caldeada por una generosa dosis

de brandy. En cualquier caso, se sentía demasiado responsable del hombre al que acababa de salvar como para apartarse de su lado.

-Lo que estás es completamente loca -C.C masajeó el cuello de su-hermana mientras la regañaba-. Mira que meterte en el mar en medio de una tormenta.

-Sí, supongo que debería haber dejado que se ahogara -Lilah palmeó la mano de C.C-. ¿Dónde está Trent?

C.C. suspiró mientras pensaba en su marido.

-El y Sloan están asegurándose de que la zona ten obras está bien protegida. Está lloviendo mucho y les preocupan los daños que pudiera haber causado el agua.

-Creo que deberíamos hacer una sopa -el instinto maternal de Coco se puso en acción mientras volvía a estudiar a su paciente-. Es lo que va a necesitar en cuanto se despierte.

Max ya se estaba despertando, pero todavía estaba un poco atontado. Oía en la distancia el sonido adorable de voces de mujer. Voces bajas, suaves, tranquilizantes. Como si fuera una música que lo arrullaba dentro y fuera del sueño. Cuando volvió la cabeza, Max sintió una delicada caricia femenina en la frente. Abrió lentamente los ojos, todavía irritados por el agua salada del mar. La tenue luz de la habitación le pareció borrosa, entrecerró los ojos e intentó enfocar la mirada.

Había cinco mujeres, advirtió soñador. Cinco estupendos paradigmas de feminidad. A un lado de la cama estaba una mujer rubia, de una belleza poética, observándolo con preocupación. A los pies, una morena alta y elegante, que parecía al mismo tiempo impaciente y compasiva. Otra mujer, mayor que las otras, de cabello cano y regia figura, le sonreía radiante. A su lado, una joven de ojos verdes y pelo azabache, inclinaba la cabeza y sonreía con cierto recelo.

Y después estaba su sirena, sentada a su lado con una bata blanca y su fabulosa melena cayendo en salvajes rizos hasta su cintura. Max debió hacer algún gesto, porque de pronto todas se acercaron, como si quisieran ofrecerle consuelo. La sirena cubrió su mano con la de ella.

-Supongo que esto es el cielo -consiguió decir Max a pesar de la sequedad de su garganta-. Por esto merece la pena morir.

Riendo, Lilah le estrechó los dedos.

-Una bonita idea, pero estás en Maine -le corrigió. Levantó una taza y se la acercó a los labios-. No estás muerto, solo cansado.

-Sopa de polio -Coco dio un paso adelante y le estiró las sábanas-. ¿No te parece apetecible, querido?

-Sí -imaginar algo caliente deslizándose por su garganta le parecía glorioso. Aunque le dolía al tragar, tomó avidamente otro sorbo-. ¿Quiénes son ustedes?

-Somos las Calhoun -contestó Amanda desde los pies de la cama-. Bienvenido a Las Torres.

Calhoun. Había algo en aquel apellido que le resultaba familiar, pero era algo que no conseguía retener, como el sueño de ahogarse.

-Lo siento, pero no sé por qué estoy aquí.

-Te trajo Lilah -le explicó C.C-. Ella...

-Tuviste un accidente -Lilah interrumpió a su hermana y sonrió-. Pero ahora no te preocupes por eso. Deberías descansar.

No era una cuestión de que debiera o no hacerlo. Max ya se sentía a punto de dormirse otra vez.

-Eres Lilah -dijo somnoliento. Mientras se hundía en el sueño, repitió el nombre, encontrándolo suficientemente lírico como para soñar con él.

-¿Cómo está la socorrista esta mañana?

Lilah se apartó de la cocina para mirar a Sloan, el prometido de Amanda. Era tan alto que llenaba todo el marco de la puerta, y tan ostensiblemente varonil, que Lilah no pudo menos que sonreír.

-Supongo que ayer me gané mi primera medalla.

-La próxima vez intenta llevar un salvavidas -después de cruzar la habitación, le dio un beso en la frente-. No nos gustaría perderte.

-Supongo que con meterme en un mar de tormenta una vez en la vida ya es suficiente -con un pequeño suspiro, se inclinó contra él-. Estaba aterrada.

-¿Y qué demonios hacías allí cuando estaba a punto de estallar una tormenta?

-Nada en particular -se encogió de hombros y continuó preparando el té. De momento, prefería mantener en secreto que algo la había impulsado a bajar a la playa.

-¿Ya has averiguado quién es?

-No, todavía no. No llevaba cartera y, como ayer se encontraba tan mal, no quise molestarlo -alzó la mirada y, al advertir la expresión de Sloan, sacudió la cabeza-. Vamos, grandullón, no es peligroso en absoluto. Y si estaba buscando una forma de entrar en la casa para robarnos las esmeraldas, podría haber elegido un método más sencillo que ahogarse.

Sloan no podía menos que mostrarse de acuerdo, pero después de que hubieran disparado a Amanda, no quería correr ningún riesgo.

-Quien quiera que sea, pienso que deberías llevarlo al hospital.

-Deja que sea yo la que me preocupe de ese tipo de cosas -comenzó a colocar los platos y las tazas en una bandeja-. Es una buena persona, Sloan. ¿Confías en mí?

Frunciendo el ceño, Sloan puso la mano sobre la de Lilah antes de que esta pudiera levantar la bandeja.

-¿Vibraciones?

-Absolutamente -con una risa, Lilah se echó la melena hacia atrás-. Y ahora, voy a llevarle al señor X algo de desayunar. ¿Por qué no continúas derribando paredes en el ala oeste?

-Hoy nos toca empezar a levantar alguna -y como confiaba en Lilah, se relajó un poco-. ¿No vas a llegar tarde al trabajo?

-Me he tomado el día libre para hacer de Florence Nightingale -le golpeó la mano que estaba acercando al plato de las tostadas-. Tómate a trabajar.

Haciendo equilibrios con la bandeja, abandonó a Sloan y salió al pasillo. El primer piso de Las Torres era un laberinto de habitaciones de techos altísimos y paredes agrietadas. En sus días de esplendor, había sido un lugar de interés turístico, una bien

planificada residencia de verano construida por Fergus Calhoun en mil novecientos cuatro. Había sido el símbolo de su estatus, con relucientes paneles de madera en las paredes, los pomos de las puertas de cristal e intrincados frescos.

En ese momento, el techo tenía innumerables goteras, las cañerías se atascaban y el yeso de las paredes no cesaba de desprenderse. Al igual que sus hermanas, Lilah adoraba hasta la última moldura de aquella casa. Había sido su hogar, su único hogar; un lugar que guardaba los recuerdos de los padres que habían perdido quince años atrás.

Al llegar a las escaleras, se detuvo. Amortiguado por la distancia, llegaba hasta ella un incesante martilleo. El ala oeste estaba siendo remozada, algo que estaba pidiendo a gritos. Entre Sloan y Trent, Las Torres recuperarían al menos parte de su antiguo esplendor. A Lilah le encantaba la idea y, pese a ser una mujer que consideraba la siesta como uno de sus pasatiempos favoritos, disfrutaba al oír que otras manos trabajaban.

Max todavía estaba durmiendo cuando Lilah entró en la habitación. Sabía que apenas se había movido en toda la noche porque ella había permanecido un buen rato tumbada a los pies de la cama, negándose a abandonarlo, y había dormido allí, a ratos, hasta el amanecer.

Sin hacer ruido, Lilah dejó la bandeja sobre el escritorio y abrió las puertas de la terraza. Entró un aire cálido y fragante en la habitación. Incapaz de resistirse, salió a la terraza, deseando que aquella brisa la revitalizara. Los rayos del sol centelleaban sobre la hierba húmeda, hacían relucir los pétalos de las peonías, todavía inclinadas por el peso de la lluvia. Las clemátides, con sus enormes capullos azules, trepaban por el enrejado, compitiendo con las rosas.

Desde la balaustrada de la terraza, que apenas le llegaba a la cintura, podía ver el resplandor azul de la bahía y la más verdosa y menos serena superficie del Atlántico. Apenas podía creer que la noche anterior hubiera estado en aquellas mismas aguas, aferrándose a un desconocido para salvarle la vida. Pero los hombros, poco acostumbrados al ejercicio, le dolían lo suficiente como para hacerle revivir aquel momento... Y el terror regresó.

Prefería concentrarse en la mañana, en su generosa laxitud. Convertida en un juguete diminuto por la distancia, una de las embarcaciones turísticas serpenteaba en el agua, repleta de turistas con cámaras y niños emocionados por la posibilidad de que apareciera una ballena.

Era junio y la gente comenzaba a llegar a Bar Harbor para navegar, para tomar el sol, para hacer compras. Agotarían la langosta, consumirían todo tipo de helados y

camisetas y rastrearían hasta el último rincón en busca del recuerdo perfecto. Para ellos, Bar Harbor era un lugar de veraneo. Para Lilah, era su hogar.

Observó una goleta de tres mástiles adentrándose en el océano y se permitió soñar un poco antes de regresar al interior de la casa.

Max estaba soñando. Parte de su mente reconocía que era un sueño, pero sentía cómo se le encogían los músculos del estómago y cómo se le aceleraba el pulso. Estaba solo, en medio de un mar oscuro y enfurecido, luchando para mover las piernas y los brazos a través de las olas. Las olas lo arrastraban, lo hundían hasta un mundo negro, sin aire. Los pulmones se le tensaban y sentía en la cabeza los latidos de su corazón.

La desorientación era completa... un mar negro debajo y un cielo no menos oscuro sobre él. Sentía un terrible palpitante en la sien y tenía los brazos y las piernas desesperadamente entumecidos. Se hundía de forma irremediable hasta el fondo del mar. Pero había alguien allí; veía una melena flotando alrededor de una mujer, ciñéndose sobre sus adorables senos, rodeando su torso. Tenía una mirada dulce, unos ojos verdes y misteriosos. Ella dijo su nombre, había alegría en su voz..., y una invitación a la risa. Lentamente y con la gracia de una bailarina, le tendió los brazos y lo abrazó. Max saboreó la sal y el sexo en sus labios cuando aquella sirena los acercó a los suyos.

Max se despertó con un gemido y un serio arrepentimiento. Sentía un dolor crudo y palpitante en el hombro y un dolor afilado en la cabeza. Los pensamientos parecían escapar de su mente. Concentrándose, consiguió encontrar un camino por encima del dolor y enfocar la mirada en un techo altísimo en el que las filigranas de las molduras se entrelazaban con las grietas. Se tensó ligeramente,, siendo acusadamente consciente de que le dolía cada uno de los músculos de su cuerpo.

La habitación era enorme... O quizá se lo parecía porque apenas estaba amueblada. Pero qué mobiliario. Había un armario grandísimo, con las puertas intrincadamente talladas. La única silla que había en la habitación era, indudablemente, estilo Luis XV y la polvorienta mesilla de noche era una creación Hepplewhite. El colchón sobre el que descansaba estaba ligeramente combado, pero los pies y el cabecero de la cama eran de estilo georgiano.

Haciendo un considerable esfuerzo para incorporarse sobre el hombro, vio a Lilah asomada a la terraza. La brisa agitaba sus larguísimas hebras de pelo. Max tragó saliva. Por lo menos ya sabía que no era una sirena. Tenía piernas. Dios, claro que tenía

piernas... y le llegaban casi hasta los ojos. Llevaba unos pantalones cortos de flores, una camiseta azul claro y una sonrisa radiante en el rostro.

-Así que estás despierto -Lilah se acercó a él y, con el gesto competente de una madre, posó la mano en su frente. Max sintió que se le secaba la boca-. No tienes fiebre. Estás de suerte.

-Sí.

Lilah sonrió abiertamente.

-¿Estás hambriento?

Definitivamente, Max tenía un agujero en el estómago.

-Sí.

Se preguntaba si alguna vez sería capaz de pronunciar algo más que monosílabos delante de ella, y al mismo tiempo, se regañaba a sí mismo por habérsela imaginado desnuda cuando ella había arriesgado la vida para salvarlo.

-Te llamas Lilah.

-Exacto -Lilah se volvió y se inclinó sobre la bandeja-. No estaba segura de que recordaras nada de lo que ocurrió anoche.

El dolor lo envolvía de tal manera que tuvo que apretar los dientes para luchar contra él y contenerlo seriamente para poder decir sin que se le quebrara la voz:

-Recuerdo a cinco mujeres muy hermosas. Pensaba que estaba en el cielo.

Lilah soltó una carcajada, dejó la bandeja a los pies de la cama y se acercó a él para ahuecarle la almohada.

-Eran mis tres hermanas y mi tía. Toma, ¿puedes incorporarte un poco?

Cuando Lilah deslizó la mano por su espalda para ayudarlo, Max se dio cuenta de que estaba desnudo. Completamente.

-Ah...

-No te preocupes. No miraré-rió otra vez, haciéndole sonrojarse-. Tu ropa

estaba destrozada... Creo que la camisa es ya una causa perdida. Relájate -le dijo, mientras colocaba la bandeja en su regazo-. Mi cuñado y mi futuro cuñado fueron los que te metieron en la cama.

-Oh -al parecer, había vuelto a los monosílabos.

-Prueba el té -le sugirió Lilah-. Probablemente tragaste un galón de agua salada, así que debes tener la garganta en carne viva -advirtió la intensa concentración de sus ojos y el inmenso dolor que reflejaban-. ¿Te duele la cabeza?

-Muchísimo.

-Ahora mismo vuelvo -lo dejó, dejando tras ella una estela de exótica fragancia.

Max utilizó el tiempo que se quedó a solas para reunir las pocas fuerzas que tenía. Odiaba sentirse débil... una obsesión que conservaba desde la infancia, durante la que había sido un niño enclenque y asmático. Su padre había renunciado disgustado a convertir a su único y decepcionante hijo en una estrella del fútbol. Aunque sabía que era absurdo, cualquier enfermedad le hacía evocar a Max los recuerdos más tristes de su infancia. -

Y como Max siempre había considerado su mente más fuerte que su cuerpo, la utilizó en aquel momento para bloquear el dolor.

Minutos después, entró Lilah en la habitación con un bote de aspirinas y otro de agua de Virginia.

-Tómate un par de aspirinas. Cuando termines de desayunar, puedo llevarte al hospital.

-¿Al hospital?

-Podrías querer que te viera un médico.

-No -se tragó las aspirinas-. Creo que no.

-Como quieras -se sentó en la cama para estudiarlo, meciendo perezosamente la pierna.

Jamás en su vida había sido Max tan consciente de la sexualidad de una mujer. De la textura de su piel, de la sutilidad de su tono, de las formas de su cuerpo, de sus ojos, de su boca. Aquel asalto a los sentidos lo dejaba incómodo y desconcertado.

Había estado a punto de ahogarse, se recordó a sí mismo. Y en lo único que era capaz de pensar era en poner las manos sobre la mujer que lo había salvado. Que le había salvado la vida, se recordó.

-Todavía no te he dado las gracias.

-Pero imaginaba que lo harías en cuanto pudieras. Prueba esos huevos antes de que se enfríen. Necesitas alimentarte.

Max levantó el tenedor, obediente.

-¿Puedes contarme lo que pasó?

-Solo desde el momento en el que aparecí yo -relajada, se colocó el pelo tras el hombro y se sentó más cómodamente en la cama-. Me fui en coche hasta la playa, en un impulso -dijo, encogiéndose lentamente de hombros-. Había estado viendo cómo se acercaba la tormenta desde la torre.

-¿Desde la torre?

-Sí, aquí en la casa -le explicó-. Y de pronto, sentí la necesidad de bajar a verla hasta el mar. Entonces te vi -con un gesto despreocupado, le apartó un mechón de pelo de la frente-. Tenías problemas, así que decidí intervenir. Y no sé muy bien cómo, pero entre los dos conseguimos llegar a la orilla.

-Lo recuerdo. Me besaste.

Lilah curvó los labios en una sonrisa.

-Decidí que nos lo merecíamos -le acarició delicadamente la mano y la alzó después hasta la herida que se extendía por su hombro-. Te estrellaste contra las rocas. ¿Qué estabas haciendo allí?

-Yo... -cerró los ojos, intentando aclarar su confuso cerebro. El esfuerzo perló de sudor su frente-. No estoy seguro.

-De acuerdo. ¿Por qué no empezamos entonces por tu nombre?

-¿Mi nombre? -abrió los ojos y la miró sin comprender-. ¿No lo sabes?

-Todavía no hemos tenido oportunidad de presentarnos formalmente -le dijo, y le tendió la mano.

-Quartermain -aceptó la mano que le tendía, aliviado al ver que al menos eso lo tenía claro-. Maxwell Quartermain.

-Bebe un poco más de té, Max. El ginseng te vendrá muy bien -tomó el agua de Virginia y comenzó a frotarle delicadamente la herida-. ¿A qué te dedicas?

-Soy, ah, profesor de historia en Cornell -Lilah advirtió el dolor de su hombro e intentó ayudarlo a relajarse.

-H-blame de ti, Maxwell Quartermain -quería que se olvidara del dolor, quería verlo relajarse y dormir otra vez-. ¿De dónde eres?

-Crecí en Indiana -Lilah deslizó los dedos hasta su cuello, intentando destensar sus músculos.

-¿Creciste en una granja?

-No -suspiró al sentir que cedía la tensión, haciendo sonreír a Lilah-. Mis padres tenían un supermercado. Yo solía ayudarlos al salir del colegio y durante los veranos.

-¿Y te gustaba?

Sus ojos parecían cada vez más pesados.

-Estaba bien. Tenía mucho tiempo para estudiar. Siempre tenía la cabeza metida en algún libro y mi padre se enfadaba. No lo comprendía. Hice dos cursos en uno y me fui a Cornell.

-Con una beca -asumió Lilah.

-Aj. Allí me doctoré -las palabras fluían lenta y pesadamente-. ¿Sabes lo mucho que ha conseguido el ser humano entre mil ochocientos setenta y mil novecientos setenta?

-Ha sido realmente sorprendente.

-Absolutamente -estaba ya a punto de dormirse, persuadido por la voz queda de Lilah y la delicadeza de sus manos-. Me gustaría haber vivido en mil novecientos diez.

-A lo mejor lo hiciste -sonrió, divertida y encantada con él-. Duérmete un rato, Max.

Cuando volvió a despertarse, estaba solo. Pero tenía una docena de dolores palpitantes haciéndole compañía. Advirtió que Lilah le había dejado las aspirinas y una botella de agua en la mesilla de noche y, agradecido, se tomó dos pastillas.

Cuando el pequeño coro de dolores lo agotó, se tumbó de nuevo, intentando recobrar el ritmo normal de la respiración. La luz del sol era intensa, y se extendía por la habitación a través de las puertas de la terraza, que también dejaban pasar la brisa fresca del mar. Había perdido el sentido del tiempo, y aunque le tentaba tumbarse y cerrar los ojos otra vez, necesitaba intentar recuperar el control.

Quiz· Lilah le había leído el pensamiento, pensó al ver sus pantalones junto a una camisa pulcramente doblada a los pies de la cama. Se levantó penosamente, como un anciano de huesos quebradizos y m·sculos doloridos. Su cuerpo cantaba una melodía de dolores mientras tomaba la ropas y se asomaba a una puerta lateral. Vio una vieja bañera con patas y una ducha de cromo que contempló con placer.

Las tuberías hicieron un ruido sordo cuando abrió la ducha, y también sus m·sculos parecieron lamentarse al sentir el agua rozando su piel. Pero diez minutos después, casi se sentía vivo.

No le resultó f·cil secarse. Hasta la m·s simple de las tareas hacía quejarse a sus miembros. Sin estar muy seguro de lo que lo esperaba, quitó el vapor del espejo para estudiar su rostro.

Bajo la sutil sombra de la barba, su piel estaba p·lida y demacrada. Por debajo del vendaje de la sien, asomaba una herida. Max ya sabía que había muchas otras heridas en el resto de su cuerpo. Y como resultado del agua salada, sus ojos eran una patriótica mezcla de rojo, blanco y azul. Aunque nunca se había considerado un hombre vanidoso, su aspecto nunca le había hecho sentirse orgulloso, volvió a mirarse en el espejo.

Haciendo muecas, gimiendo, y soltando toda clase de juramentos, consiguió vestirse.

La camisa le quedaba bastante bien. Mejor, de hecho, que muchas de las que él tenía. Ir de compras lo aterraba, los dependientes lo intimidaban con sus radiantes e impacientes sonrisas. La mayor parte de sus compras las hacía por catálogo y se quedaba siempre con lo que le enviaban.

Bajó la mirada hacia sus pies desnudos y admitió que tendría que ir, y pronto, a comprarse unos zapatos.

Moviéndose lentamente, salió a la terraza. El sol le escocía en los ojos, pero sentía la brisa, aquel aire húmedo, como una bendición del cielo. Y la vista... Por un momento, solo fue capaz de detenerse y mirar... apenas respiraba siquiera. Agua, rocas y flores. Era como estar en la cima del mundo y al mirar hacia abajo descubrir una franja perfecta del planeta. Los colores eran vibrantes, zafiro, esmeralda, el rojo rubí de las rosas, el prístino blanco de las velas preñadas por el viento. No se oía nada, salvo el rumor del mar y, de vez en cuando, el distante y musical tañido de una boya. Podía apreciar la fragancia de las flores del verano y el olor penetrante del océano.

Aferrándose a la balaustrada de la terraza, comenzó a caminar. No sabía qué dirección tomar, así que caminó sin norte y no sin esfuerzo. En una ocasión, el mareo lo obligó a detenerse, cerró los ojos, respiró y consiguió superarlo.

Cuando llegó a un tramo de escaleras, decidió subirlas. Las piernas le temblaban y podía sentir que la fatiga lo acosaba. Pero el orgullo y la curiosidad lo ayudaron a continuar.

La casa estaba construida en granito. Una sobria y robusta piedra que no tenía nada que ver con la fantasía de la arquitectura. Max tenía la sensación de estar explorando la circunferencia de un castillo, algún obstinado baluarte de la historia que había decidido instalarse en aquellos acantilados y permanecer allí durante generaciones.

Entonces oyó el anacrónico zumbido de una herramienta mecánica y el juramento de un hombre. Caminó un poco más y reconoció los ruidos de una construcción en progreso, el golpe seco del martillo sobre la madera, la música procedente de un aparato de radio, el torbellino de una taladradora. Cuando se encontró el camino bloqueado por unos viejos maderos cubiertos por una lona, supo que había descubierto la fuente de aquellos ruidos.

Un hombre salió a otra de las terrazas de la casa. Tenía el pelo rubio rojizo, enmarcando un rostro bronceado. Al ver a Max, se metió los pulgares en los bolsillos.

-Veo que te has levantado y estás dando una vuelta por los alrededores.

-Más o menos.

Aquel tipo tenía el aspecto de haber sido coceado por todo un equipo de mulas,

pensó Sloan. Tenía el rostro mortalmente blanco, los ojos enrojecidos y la piel le sudaba por el esfuerzo de mantenerse en pie. El único motivo por el que no caía al suelo era por pura cabezonería. Eso le hizo contemplarlo con recelo.

-Me llamo Sloan O'Riley -le dijo, y le tendió la mano.

-Maxwel Quartermain.

-Sí, ya me lo han comentado. Lilah dice que eres profesor de historia. ¿Estabas de vacaciones?

-No -Max frunció el ceño-. Creo que no.

No fue una forma de evadirse lo que Sloan vio en sus ojos, sino estupefacción mezclada con frustración.

-Supongo que todavía estás un poco afectado por lo ocurrido.

-Supongo que sí -con aire ausente, se llevó la mano al vendaje de la sien-. Estaba en un yate -musitó, mientras se esforzaba en visualizarlo-. Trabajando -pero en qué?-. El mar estaba muy agitado. Yo quería salir a cubierta, para tomar aire -se veía a sí mismo aferrado a la barandilla de cubierta. Aterrado-. Creo que me caí -saltó? ¿lo tiraron?-. Debí caerme por la borda.

-Es extraño que nadie lo haya denunciado.

-Sloan, déjalo en paz. ¿Acaso tiene aspecto de ser un ladrón de joyas? -Lilah subió a grandes y lentas zancadas los escalones, con un perrillo blanco a los pies. El perro corrió hacia Sloan, se enderezó e intentó sujetarse con las patas en sus vaqueros.

-Me preguntaba adónde habrías ido -continuó Lilah. Lo tomó por la barbilla para examinar su rostro-. Parece que estás un poco mejor -decidió, mientras el cachorro comenzaba a olfatear los pies descalzos de

Max-. Este es Fred -le dijo-. Solo muerde a los delincuentes.

-Oh, estupendo.

-Y como acabas de contar con su aprobación, ¿por qué no descansas un poco más? Puedes sentarte al sol y comer algo.

Max comprendió que no había nada que le apeteciera más y se dejó conducir por Lilah.

-¿Esta es tu casa?

-Mi único y verdadero hogar. Mi bisabuelo la mandó construir en los años veinte. Cuidado con Fred -el cachorro se tambaleó, cayó entre ambos y gimió. Max, que se sentía tan torpe como él, lo compadeció al instante-. Estamos pensando en enseñarle a bailar -comentó Lila mientras el perro intentaba levantarse. Al advertir la palidez de Max, le palmeó la mejilla-. Creo que deberías tomar un poco más de la sopa de tía Coco.

Lo hizo sentarse y no apartó la mirada de él mientras comía. Normalmente, sus instintos protectores estaban reservados a la familia o a pequeños pajaros heridos. Pero había algo en aquel hombre que la conmovía. Parecía tan fuera de su elemento, pensó. Y tan indefenso.

Algo ocurría detrás de aquellos enormes ojos azules, reflexionó. Algo que iba más allá del cansancio. Casi podía ver el esfuerzo mental que estaba haciendo para organizar sus pensamientos.

Max empezaba a pensar que la sopa le había salvado la vida al menos tanto como la propia Lilah. La sentía deslizarse cálida y vigorizante por su cuerpo.

-Me caí de un yate -dijo bruscamente.

-Eso puede explicar lo que te ocurrió.

-Pero no sé lo que estaba haciendo en ese yate, exactamente.

Lilah, sentada a su lado en un silla, levantó una pierna para colocarse en la posición del loto.

-¿Estabas de vacaciones?

-No -frunció el ceño-, yo nunca tengo vacaciones.

-¿Por qué no? -estiró la mano para tomar una de las galletas saladas que había en el plato de Max. Llevaba un trío de anillos en la mano.

-Trabajo.

-Pero en verano no hay clases -repuso Lilah, estirándose con pereza.

-Siempre hay cursos. Pero... -había algo que golpeaba ligeramente su cerebro, como si estuviera provocándolo-, este verano iba a hacer algo distinto. Tenía un proyecto de investigación. Y pensaba empezar a escribir un libro.

-¿Un libro? ¿De verdad?- -saboreaba la galleta como si estuviera cubierta de caviar. Max no pudo menos que admirar aquel sensual y básico disfrute-. ¿Qué tipo de libro?

Sus preguntas lo hicieron retroceder. Nunca le había hablado a nadie de su proyecto. Ninguno de sus conocidos habría creído nunca que el perseverante y aburrido Quartermain soñara con convertirse en novelista.

-Solo es algo en lo que llevo pensando algún tiempo, pero me surgió la oportunidad de trabajar en ese proyecto... en la historia de una familia.

-Bueno, supongo que eso es algo que encaja con una persona como tú. Yo era una estudiante terrible. Muy perezosa -dijo con una sonrisa en la mirada-. Me cuesta imaginarme a alguien que quiera pasarse la vida dentro de un aula. ¿A ti te gusta?

No era cuestión de que le gustara o no. Sencillamente, era lo que hacía.

-Se me da bien -sí, advirtió, se le daba bien. Sus alumnos aprendían, unos más que otros. La gente asistía a sus conferencias y estas eran bien recibidas.

-No es lo mismo. ¿Puedo verte la mano?

-¿La qué?

-La mano -repitió.

Lilah le tomó la mano y se la volvió para estudiar su palma.

-¿Qué haces?

Durante un loco instante, Max pensó que se iba a llevar su mano a los labios.

-Leerte la mano. Eres más inteligente que intuitivo. O quizá confías más en tu cerebro que en tu intuición.

Max clavó la mirada en la cabeza inclinada de Lilah y soltó una risa nerviosa.

-No crees en ese tipo de cosas, ¿verdad? Como en la capacidad de leer el destino en las manos.

-Claro que sí... Pero no son las líneas las que se interpretan, sino lo que se siente -alzó la mirada hacia él con una sonrisa que era a la vez lánguida y eléctrica-. Tienes unas manos muy bonitas. Mira -deslizó un dedo por la palma de la mano de Max, haciendo que este tragara saliva-. Tienes una larga vida por delante, ¿pero ves esta ruptura? Muestra una experiencia cercana a la muerte.

-Te lo estás inventando.

-Está en tu mano -le recordó-. Tienes una gran imaginación. Creo que podrías escribir ese libro... Pero tendrías que trabajarte la confianza en ti mismo.

Alzó la mirada nuevamente y lo estudió con expresión compasiva.

-¿Tuviste una infancia difícil?

-Sí... No -avergonzado, se aclaró la garganta-. Imagino que no más que la de otros.

Lilah arqueó una ceja, pero lo dejó pasar.

-Bueno, ahora ya eres un chico grande -con la naturalidad que la caracterizaba, se echó el pelo hacia atrás y estudió nuevamente su mano-. Sí, mira, esto representa tu trabajo y esta es una rama que se desvía. Profesionalmente las cosas han sido muy fáciles para ti, te has marcado un sendero muy cómodo, pero esta otra línea se cruza con tu vida actual. Podría ser el esfuerzo de la literatura. Tendrías que elegir.

-Realmente no creo que...

-Claro que sí. Has estado pensando en ello durante años. Y aquí está el Monte de Venus. Eres un hombre muy sensual -lo miró a los ojos-. Y un amante muy cuidadoso.

Max no podía apartar la mirada de su boca. Era una boca llena, sin pintar, que se curvaba tentadoramente en una sonrisa. Besarla habría sido como hundirse en un sueño, en un sueño erótico y oscuro. Si un hombre sobrevivía a un sueño como aquel, terminaría rezando para no despertar nunca.

Lilah sentía que algo avanzaba sigilosamente por encima de su diversión. Algo inesperado y excitante. Era la forma en la que Max la miraba. Con aquella concentración tan absoluta. Como si ella fuera la única mujer sobre la tierra, o al menos la única que importaba.

No podía haber una mujer en el mundo que no sintiera como se debilitaban sus defensas bajo aquella mirada.

Por primera vez en su vida, se sentía a punto de perder el equilibrio por un hombre. Lilah estaba acostumbrada a tener el control, a marcar el tono de sus relaciones con su abierta naturalidad. Desde que había comprendido que los hombres y las mujeres eran diferentes, había utilizado el poder con el que había nacido para guiar a los representantes del sexo opuesto por el camino que ella misma elegía.

Pero Max estaba consiguiendo confundirla con solo una mirada.

Esforzándose para recuperar el tono abierto y desenfadado que normalmente le era tan fácil, comenzó a soltar la mano de Max. Este la sorprendió, y se sorprendió, aferrándose a ella con fuerza.

-Eres -dijo lentamente-, la mujer más hermosa que he visto nunca.

Era una frase muy poco original, trillada incluso. Y no debería haber hecho que le diera un vuelco el corazón. Lilah se rió de sí misma mientras se apartaba.

-¿No sales mucho, verdad profesor?

Lilah advirtió un fogonazo de enfado en su mirada antes de que volviera a sentarse. Estaba tan furioso consigo mismo como con ella. Él nunca había sido un Casanova. Y tampoco le habían puesto nunca de aquella manera en su lugar.

-No, pero en realidad era una simple declaración. Ahora supongo que debería ponerte una moneda de plata en la mano, pero acabo de quedarme sin blanca.

-La lectura de mano corre a cargo de la casa -arrepintiéndose de haber sido tan brusca, le sonrió otra vez-. Cuando te encuentres mejor, te llevaré a dar una vuelta por la torre encantada.

-Estoy deseándolo.

La sequedad de su respuesta la hizo reír a carcajadas.

-Tengo una sensación sobre ti, Max. Creo que serías mucho más divertido si te olvidaras de ser tan intenso y pensativo. Ahora me iré un rato al piso de abajo para que tengas un poco de tranquilidad. Sé, un buen chico y descansa un poco.

Max podía estar débil, pero no era ningún niño. Se levantó cuando Lilah lo hizo. Aunque aquel movimiento la sorprendió, Lilah le dirigió una de sus lentas y lánguidas sonrisas. El color había vuelto a su rostro, advirtió. Tenía los ojos más claros y, como era solo unos centímetros más alto que ella, los veía al mismo nivel que los suyos.

-¿Puedo hacer algo más por ti, Max?

-Solo respóndeme una pregunta. ¿Tienes relaciones con alguien?

Lilah lo miró arqueando una ceja, al tiempo que se apartaba un mechón de pelo de la cara.

-¿En qué sentido?

-Es una pregunta muy sencilla, Lilah, y se merece una respuesta igualmente sencilla.

Su tono regañón hizo que Lilah lo mirara con el ceño fruncido.

-Si te refieres a si tengo relaciones sexuales o sentimentales con alguien, la respuesta es no. En este momento.

-Bien -la vaga irritación que vio en sus ojos lo complació. Quería una respuesta y la había conseguido.

-Mira, profesor, yo te saqué del agua. Y me pareces un hombre demasiado inteligente como para confundir la gratitud con otro tipo de sentimientos.

En aquella ocasión fue él el que sonrió.

-¿Para confundirla con qué tipo de sentimientos?

-Por ejemplo, con la lujuria.

-Tienes razón. Conozco la diferencia... sobre todo cuando siento las dos cosas al mismo tiempo.

Sus propias palabras lo sorprendieron. Quizá aquella experiencia tan cercana a la muerte había sacudido su cerebro. Por un momento, Lilah pareció estar a punto de abofetearlo. Después, brusca y maravillosamente, se echó a reír.

-Supongo que es otra sencilla declaración. Eres un hombre interesante, Max.

Y, se dijo a sí misma mientras se llevaba la bandeja, inofensivo.

O al menos eso esperaba.

Ni siquiera cuando consiguió acceder a los fondos de su cuenta corriente en Ithaca, a las Calhoun se les ocurrió sugerirle a Max que se trasladara a un hotel. La verdad era que tampoco él hacía mucho por oponerse a prolongar su estancia en Las Torres. Nunca había sido cuidado o mimado como entonces. Más aún, jamás se había sentido parte de una familia tan grande y bulliciosa. Lo trataban con una hospitalidad tan natural que le resultaba irresistible.

Max estaba comenzando a conocer y a apreciar tanto sus diferentes personalidades como la unidad familiar. Aquella era una casa en la que siempre parecía estar ocurriendo algo y en la que todo el mundo tenía siempre algo que decir. Para alguien que había crecido siendo hijo único en una casa en la que su afición a los libros era considerada un terrible defecto, era toda una revelación estar entre personas que celebraban tanto sus propios intereses como los de los otros.

C.C era una mecánica de coches que hablaba de motores al tiempo que exhibía el misterioso resplandor de las recién casadas. Amanda, organizada y enérgica, ocupaba el puesto de ayudante de dirección en un hotel cercano. Suzanna era propietaria de un negocio de jardinería y se entregaba con devoción a sus hijos. Nadie mencionaba al padre de los niños. Coco llevaba la casa, cocinaba manjares deliciosos y apreciaba la compañía masculina. Solo lo ponía nervioso a Max cuando lo amenazaba con leerle las hojas del té.

Y después estaba Lilah. Max había descubierto que trabajaba como naturalista en el Parque Natural Acadia. Le gustaba echarse largas siestas, la música clásica y los elaborados postres de su tía. A veces, cuando tenía ganas de hablar, se repantingaba al lado de Max en una silla y le contaba pequeños detalles de su vida. O podía acurrucarse como un gato bajo el sol, bloqueando la presencia de Max y de todo lo que la rodeaba para encerrarse en sus pensamientos o dejarse llevar por cualquiera de sus sueños secretos. Después se estiraba, sonreía y permitía que accedieran de nuevo a su vida.

Continuaba siendo un misterio para Max, una combinación de ardiente sensualidad y misterio inalcanzable, de una asombrosa transparencia con una soledad inaccesible.

En los tres días que llevaba en la casa, Max había recuperado sus fuerzas, pero

todavía no había puesto una fecha definitiva a su marcha de Las Torres. Sabía que lo más sensato era irse, utilizar su dinero para comprarse un billete de vuelta a Nueva York y ver si podía conseguir algún trabajo para el verano.

Pero no le apetecía ser sensato.

Aquellas eran sus primeras vacaciones y, aunque se había visto empujado a ellas por las circunstancias, las estaba disfrutando. Le gustaba despertarse por las mañanas con el sonido y la fragancia del mar. Y era un alivio que su accidente no le hubiera provocado miedo o repugnancia al agua. Le resultaba increíblemente relajante quedarse en la terraza, contemplando aquella agua de color índigo o esmeralda y observar las islas lejanas.

Y aunque el hombro todavía lo molestaba de vez en cuando, podía sentarse fuera y dejar que el sol de la tarde lo ayudara a aliviar las molestias. Allí había tiempo para los libros. Para pasar una hora, incluso dos, sentado a la sombra y engullendo una novela o una biografía de la biblioteca de los Calhoun.

Y por debajo del sencillo placer de no tener un horario que cumplir ni preguntas que contestar, estaba su creciente fascinación por Lilah.

Lilah entraba y salía sigilosamente de la casa. Cuando se iba por las mañanas, lo hacía pulcra y arreglada con su uniforme de trabajo y su fabulosa melena peinada en una trenza perfecta. Cuando llegaba a casa horas después, se ponía una de sus faldas de flores o un par de pantalones increíblemente sexys. Le sonreía, hablaba con él y se mantenía a una amistosa pero tangible distancia.

Max se entretenía garabateando en un cuaderno o entreteniendo a los dos hijos de Suzanna, Alex y Jenny, que comenzaban a mostrar ya signos del aburrimiento del verano. También salía a pasear por los jardines o entre los acantilados, hacía compañía a Coco en la cocina u observaba a los hombres trabajando en el ala oeste.

Lo más asombroso de todo era que podía hacer lo que él decidía.

Aquel día estaba sentado en la hierba, con Alex y Jenny acucillados a cada lado como dos ranitas. El sol aparecía como un disco luminoso y plateado tras las nubes. Juguetona y energética, la brisa llevaba hasta ellos el olor de la lavanda y el romero desde unas rocas cercanas. Había mariposas danzando sobre la hierba y eludiendo sin esfuerzo la persecución de Fred. Desde la rama de un viejo y nudoso roble, un pajarito cantaba con insistencia.

Max estaba narrando la historia de un joven atrapado por los terrores y las

emociones de la guerra. Mediante la ficción, mantenía a los niños entretenidos al tiempo que les inculcaba su amor a la historia.

-Apuesto a que mató un montón de sucios casacas rojas -dijo Alex alegremente. A los seis años, tenía una vívida y violenta imaginación.

-Montones de ellos -se mostró de acuerdo Jenny. Tenía un año menos que su hermano y le gustaba demostrar que estaba a su altura-. Y sin la ayuda de nadie.

-La Revolución no solo fueron pistolas y bayonetas, ¿sabéis? -lo divirtió ver a los pequeños cerrando la boca ante la falta de estragos-. Muchas batallas fueron ganadas mediante el espionaje y la intriga.

Alex se esforzó en encontrarle sentido a aquellas palabras y de pronto miró a Max radiante.

-¿Espías?

-Espías -le confirmó Max, revolviéndole el flequillo. Como él mismo había experimentado aquella carencia, reconocía el ansia de Alex por establecer vínculos con un hombre.

Utilizando a aquel protagonista adolescente como catalizador, podía explicarles a los niños los discursos de Patrick Henry o la convención convocada por Samuel Adams en la que los Hijos de la Libertad mostraban sus deseos de rebelión planificando acciones para boicotear el té importado.

Y entonces, cuando tenía a su joven héroe transportando cajones de té por las aguas poco profundas del puerto de Boston, Max vio a Lilah cruzando el césped.

Se movía lánguidamente sobre la hierba, con una gracia gitana mientras su finísima falda de chifón era mecida por el viento. Llevaba el pelo suelto, revoloteando libremente alrededor de los tirantes de su camiseta azul pálido. Iba descalza y con los brazos adornados por docenas de brazaletes.

Fred corrió hacia ella para darle la bienvenida, saltaba y gemía haciéndola reír. Cuando se inclinó para acariciarlo, uno de los tirantes se deslizó por su brazo. Entonces el perro se alejó saltando, y continuó su infructífera persecución de mariposas.

Lilah se enderezó y se colocó el tirante lentamente mientras continuaba caminando por la hierba. Max percibió su fragancia, libre y salvaje, antes de que dijera

nada.

-¿Esta es una reunión privada?

-Max nos está contando un cuento -le explicó Jenny y tiró de la falda de su tía para que se sentara.

-¿Un cuento? -el pendiente de cuentas de colores que colgaba en su oreja se meció mientras se agachaba-. Me gustan los cuentos.

-Cuéntaselo también a Lilah -Jenny se acercó a su tía y comenzó a jugar con los brazaletes.

-Sí -había risa en su voz, y también un brillo de humor en sus ojos cuando se encontró con los de Max-. Cuéntaselo también a Lilah.

Aquella mujer sabía exactamente el efecto que tenía en un hombre, se dijo Max. Exactamente.

-Ah, ¿por dónde íbamos?

-Jim se había pintado la cara con un corcho negro y estaba tirando el maldito té al puerto -le recordó Alex-. Pero todavía no ha disparado nadie.

-Exacto.

Tanto para defenderse de Lilah como para continuar entreteniéndolo a los niños, Max regresó a la fragata en la que había dejado a Jim. Podía sentir el frío del aire y el calor de la excitación. Con una habilidad natural que consideraba fundamental para la enseñanza, mantenía el suspense, definía con destreza a sus personajes y describía los acontecimientos históricos de tal manera que Lilah no pudo evitar mirarlo con un nuevo interés y respeto.

Aunque terminó con los rebeldes burlando a los ingleses y sin disparar un solo tiro, ni siquiera Alex, siempre sediento de sangre, terminó desilusionado.

-°Ganaron! -se levantó de un salto y soltó un grito de guerra-. °Yo soy un Hijo de la Libertad y t eres un repugnante casaca roja! -le dijo a su hermana.

-Uh-uh -Jenny también se levantó.

-°Rescisión del impuesto del té! -gritó Alex, y salió corriendo por la casa, con

Jenny pisándole los talones y Fred moviéndose pesadamente tras ellos.

-Por hoy ya es suficiente.

-Muy astuto, profesor -Lilah se inclinó hacia atrás, apoyándose sobre los codos-. Convertir la historia en una diversión.

-Eso es -contestó él-. Lo importante no son los nombres y las fechas, sino la personas.

-Tal como tú lo cuentas, sí, pero cuando yo estaba en el colegio, se suponía que tenía que aprenderme lo que sucedió en mil novecientos seis de la misma forma que tenía que memorizar la tabla de multiplicar -con gesto perezoso, se frotó la espinilla con uno de los pies descalzos-. Ya no me acuerdo ni de la tabla de multiplicar ni de lo que ocurrió en el mil novecientos seis, a menos que fuera entonces cuando Aníbal cruzó los Alpes con todos esos elefantes.

Max sonrió radiante.

-No exactamente.

-¿Lo ves?

Lilah se estiró como un gato. Dejó caer la cabeza hacia atrás y su melena se extendió sobre la hierba. Movié los hombros de tal forma que el tirante volvió a deslizarse por su brazo. El placer que le proporcionaba aquella pequeña indulgencia se evidenció en su rostro.

-Y creo que normalmente me quedaba dormida para cuando llegábamos al Congreso Continental.

Cuando Max se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, la soltó lentamente.

-He estado pensando en dar algunas clases.

Lilah abrió ligeramente los ojos.

-Este chico debería salir de vez en cuando del aula -murmuro y arqueó una ceja-. Dime, ¿sabes mucho sobre fauna y flora?

-Lo suficiente como para distinguir un conejo de una petunia.

Encantada, Lilah se sentó y se inclinó hacia él.

-Eso es estupendo, profesor. Quiz· pudiéramos llegar a intercambiar conocimientos.

-Quiz·.

Max parecía tan guapo, pensó Lilah. Allí sentado, en la hierba, con aquellos vaqueros y la camiseta que le habían prestado y el pelo cayendo rebelde sobre su frente. Había tomado el sol y la palidez estaba siendo reemplazada por un ligero bronceado. Lilah sentía una calma que la convencía de que había sido una tontería ponerse nerviosa a su lado. Max era un buen hombre, un poco aturdido por las circunstancias, que despertaba su simpatía y su curiosidad. Para demostrárselo, posó una mano en su rostro.

Max vio diversión en sus ojos. Alguna broma secreta le hizo curvar los labios a Lilah antes de rozar los del profesor con un ligero y amistoso beso. Como si hubiera quedado satisfecha con el resultado, sonrió, se inclinó hacia atrás y comenzó a hablar. Max le rodeó la muñeca con la mano.

-Esta vez no estoy medio muerto, Lilah.

Primero llegó la sorpresa. Max la vio y también que se transformaba en una natural aceptación. Maldita fuera, pensó Max mientras deslizaba la mano por el cuello de Lilah. Ella parecía muy segura de que no había ocurrido nada extraordinario. Con una combinación de orgullo herido y pánico, presionó sus labios.

Lilah disfrutaba besando... disfrutaba del cariño que se reflejaba en un beso y del placer físico que proporcionaba. Y Max le gustaba. Por eso se entregó a aquel beso, esperando un agradable cosquilleo, un confortable calor. Pero no esperaba aquel sobresalto.

El beso repercutió en todo su cuerpo, empezando por sus labios, volando como una flecha hasta su estómago y vibrando hasta en las yemas de sus dedos. La boca de Max era muy firme, muy seria y muy suave. De aquella textura escapaba un sonido de placer, como el de un niño tras saborear por primera vez el chocolate. Antes de que la primera sensación hubiera podido ser absorbida, llegaron otras para enredarse y mezclarse con ellas.

Flores y un sol ardiente. La fragancia del jabón y del sudor. Unos labios suaves y húmedos y la tersa dureza de los dientes. Su propio suspiro y la firme presión de los

dedos de Max sobre la sensible piel de la nuca. Pero había algo más que simple placer en aquel beso, comprendió Lilah. Algo más dulce y mucho menos tangible.

Encantada, levantó la mano de aquella alfombra de hierba para acariciarle el pelo.

Max volvía a experimentar la sensación de estar ahogándose, de ser arrastrado por algo fuerte y peligroso. Pero en aquella ocasión no sentía la urgencia de luchar. Fascinado, deslizaba la lengua sobre la de Lilah, paladeando sus sabores más secretos. Suntuosos, oscuros, seductores, reflejaban su fragancia, la esencia que ya había penetrado su sistema nervioso de tal manera que pensaba que podría saborearla cada vez que respirara.

Sintió que algo se tensaba en su interior, que se estiraba, se expandía y se calentaba hasta tenerlo firmemente sujeto por el cuello.

Aquella mujer era vergonzosamente sexual, desenfrenadamente erótica y más aterradora que cualquiera de las mujeres que hasta entonces había conocido. Volvió a conjurar la imagen de la sirena sentada en una roca, peinándose el pelo y cantando para seducir a hombres indefensos, para destruirlos con las promesas de placeres abrumadores.

Espoleado por el instinto de supervivencia, retrocedió. Lilah permaneció donde estaba, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Hasta ese momento, Max no se dio cuenta de que todavía no le había soltado la muñeca y sentía su caótico pulso bajo los dedos.

Lentamente, intentando prolongar aquel momento embriagador durante unos segundos más Lilah abrió los ojos y se humedeció los labios, queriendo atrapar el sabor de Max que en ellos quedaba. Después sonrió.

-Bueno, doctor Quartermain, parece que la historia no es lo único que se te da bien. ¿Qué te parecería darme otra clase? -deseando algo más, se inclinó hacia delante, pero Max se levantó. El suelo, descubrió, era tan inestable como la cubierta de un barco.

-Creo que por hoy ya es suficiente:

Lilah se apartó el pelo de la cara y lo miró con curiosidad.

-

-¿Por qué?

-Porque... -porque si la besaba otra vez tendría que acariciarla... y deseaba acariciarla desesperadamente... Tendría que hacer el amor con ella, allí, en la hierba, donde podían verlos desde la casa-. Porque no quiero aprovecharme de ti.

-Aprovecharte de mí? -Lilah sonrió, conmovida y divertida a un tiempo-. Ese es un gesto muy dulce.

-Te agradecería que no me hablaras como si fuera tonto -dijo Max muy tenso.

-¿Crees que lo hago? -su sonrisa se tomó pensativa-. Ser un hombre dulce no te convierte en un tonto. Lo que pasa es que la mayor parte de los hombres que conozco estarían encantados de aprovecharse. Mira, antes de que te ofendas también por eso, por qué no entramos en la casa? Te enseñaré la torre de Bianca.

Ya se había sentido ofendido y estaba a punto de decírselo, pero las últimas palabras de Lilah acababan de afectarlo de una manera especial.

-¿La torre de Bianca?

-Sí. Me gustaría enseñártela -alzó una mano, esperando respuesta.

Max la miraba con el ceño fruncido, intentando encajar el nombre de Bianca en algún recuerdo. Después sacudió la cabeza y ayudó a Lilah a levantarse.

-Estupendo. Vamos.

Max ya había explorado parte de la casa, aquel laberinto de habitaciones, algunas vacías y otras atiborradas de muebles y cajas. Desde fuera, la casa era en parte una fortaleza y en parte una casa solariega, con sus brillantes ventanas y sus elegantes porches combinados con las torretas y parapetos. El interior era un enmarañado laberinto de pasillos sombríos, habitaciones bañadas por el sol, suelos gastados y relucientes pasamanos. Y ya lo había cautivado.

Lilah lo condujo por una escalera circular hasta una puerta situada al final del ala este.

-Dale un empujón, ¿quieres, Max? -le pidió y este se vio forzado a empujar la robusta puerta de madera con su hombro bueno-. Tengo que pedirle a Sloan que la arregle -tomó la mano de Max y entró en el interior.

Era una habitación circular, rodeada de ventanas ovaladas. Una ligera capa de polvo cubría el suelo, pero alguien había cubierto de mullidos cojines un asiento empotrado bajo una de las ventanas. Cerca de él, habían colocado una vieja lámpara de suelo con una pantalla satinada y llena de borlas.

-Supongo que aquí tenía cosas preciosas -comenzó a decir Lilah-, para que le hicieran compañía. Solía venir a esta habitación a estar sola, a pensar.

-¿Quién?

-Bianca, mi bisabuela. Mira que vistas -sintiendo la necesidad de compartirlo con él, lo arrastró a la ventana.

Desde allí solo se veían las rocas y el mar. Debía haberle parecido un lugar solitario, pensó Max. Pero le resultaba estimulante y desgarrador al mismo tiempo. Cuando posó una mano en el cristal, Lilah lo miró sorprendida. Ella misma había hecho ese gesto incontables veces, como si estuviera intentando atrapar algo que estaba fuera de su alcance.

-Es... triste -pretendía decir 'bello' o 'impresionante'. Frunció el ceño.

-Sí, pero a veces también es un lugar reconfortante. Cuando estoy aquí, siempre me siento cerca de Bianca.

Bianca, aquel nombre era como un zumbido insistente en el cerebro de Max.

-¿Todavía no te ha contado la historia tía Coco?

-No. ¿Es que hay alguna historia?

-Por supuesto -lo miró con curiosidad-. Me preguntaba si te habría dado la versión de los Calhoun, para contrarrestar lo que publicó la prensa.

Max comenzó a sentir que le palpitaba la sien, allí donde la herida se le estaba curando.

-Tampoco conozco esa versión.

Al cabo de unos segundos de silencio, Lilah continuó.

-Bianca se tiró por esa ventana una de las últimas noches del verano de mil

novecientos trece. Pero su espíritu continúa aquí.

-¿Por qué se suicidó?

-Es una larga historia -Lilah se sentó en el asiento, a los pies de la ventana, con la barbilla cómodamente apoyada en las rodillas y se lo explicó.

Max escuchó la historia de aquella esposa desgraciada, atrapada en un matrimonio sin amor durante los años previos a la Gran Guerra. Bianca se había casado con Fergus Calhoun, un rico financiero, al que le había dado tres hijos. Durante uno de los veranos, había conocido a un joven artista. Por una vieja agenda que los Calhoun habían descubierto, sabían que el nombre del pintor era Christian, pero nada más. El resto era leyenda, que había sido transmitida a sus hijos por la niñera que había sido también confidente de Bianca.

El joven pintor y la desgraciada esposa se habían enamorado profundamente. Debatándose entre el deber y su corazón, Bianca había sufrido lo indecible intentando tomar una decisión y al final había optado por dejar a su marido. Había tomado unos cuantos objetos personales, que con el tiempo habían llegado a ser conocidos como 'el tesoro de Bianca' y los había escondido antes de fugarse. Entre ellos, estaba una gargantilla de esmeraldas, que le había regalado el bisabuelo de Lilah por el nacimiento de sus dos primeros hijos. Pero en vez de irse con su amante, Bianca se había tirado por la ventana de la torre. Y las esmeraldas nunca habían sido encontradas.

-No conocimos la historia hasta hace unos meses -añadió Lilah-. Aunque yo ya había visto las esmeraldas.

A Max le daba vueltas la cabeza. Intentando aliviar el persistente dolor, se llevó la mano a la sien.

-¿Las has visto?

Lilah sonrió.

-He soñado con ellas. Y después, durante una sesión de espiritismo...

-Una sesión de espiritismo -repitió Max débilmente y se sentó.

-Exacto -Lilah se echó a reír y le palmeó la mano-. Hicimos una sesión de espiritismo y C.C. tuvo una visión -Max hizo un extraño sonido con la garganta que provocó de nuevo la risa de Lilah-. Tenías que haber estado allí, Max. En cualquier

caso, C.C. vio el collar y entonces fue cuando Coco decidió que ya era hora de transmitirnos la leyenda de los Calhoun. Y para llegar ya a la situación en la que nos encontramos hoy, te contaré que Trent se enamoró de C.C. y decidió no comprar Las Torres. Estábamos en una situación económica tan terrible que nos veíamos obligadas a venderlas. Pero entonces apareció él con la idea de convertir el ala oeste en un hotel, con el nombre de los St. James. ¿Has oído hablar de los hoteles St. James ?

Trenton St. James. Así que el cuñado de Lilah era el propietario de una de las más importantes cadenas hoteleras del país.

-Sí, son muy famosos.

-Bien, Trent contrató a Sloan para comenzar a rehabilitar la casa, y Sloan se enamoró de Amanda. Considerándolo todo, las cosas no podían haber salido mejor. Hemos podido conservar la casa, combinarla con un negocio y además culminar dos romances.

El enfado asomó a sus ojos, oscureciéndolos visiblemente.

-El inconveniente de todo esto fue que la historia sobre las esmeraldas se filtró y empezó a llegar una plaga de buscadores de tesoros y algún consumado ladrón. Hace solo unas semanas, alguien estuvo a punto de matar a Amanda y se llevó montones de papeles que habíamos estado revisando por si podíamos encontrar en ellos alguna pista sobre la gargantilla.

-Papeles -repitió Max mientras una náusea se apoderaba de su estómago.

Lo sacudía con tanta fuerza que se sentía como si estuviera estrellándose contra las rocas otra vez. Calhoun. Esmeraldas. Bianca.

-¿Qué te pasa, Max? -preocupada, Lilah posó una mano en su frente-. Estás blanco como una sábana. Creo que llevas demasiado tiempo levantado -decidió-. Déjame acompañarte abajo, para que puedas descansar.

-No, estoy bien. No es nada -se apartó para levantarse y comenzó a caminar nervioso por la habitación.

¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo podía decírselo después de que le hubiera salvado la vida, después de lo mucho que se había preocupado por él? Después de haberla besado. Los Calhoun le habían abierto su casa sin vacilar, sin hacerle ninguna pregunta. Habían confiado en él. ¿Cómo podía decirle a Lilah que, aunque inadvertidamente, había estado trabajando para un hombre que estaba planeando robarle?

Pero tenía que hacerlo. Su profunda honestidad no le permitía otra cosa.

-Lilah -se volvió y advirtió que lo estaba observando con una mezcla de preocupación y recelo en la mirada-. El yate. He recordado lo del yate.

El alivio hizo sonreír a Lilah.

-Estupendo. Sabía que lo recordarías en cuanto dejaras de preocuparte. ¿Por qué no te sientas, Max? Es mejor para pensar.

-No -respondió con dureza mientras se concentraba en su rostro-. El yate... el hombre que me contrató. Se llamaba Caufield. Ellis Caufield.

Lilah extendió las manos.

-¿Y?

-Ese nombre no significa nada para ti?

-No ¿Debería?

Quiz· estuviera equivocado, pensó Max. A lo mejor había dejado que aquella historia familiar se fundiera en su mente con su propia experiencia.

-Mide aproximadamente un metro noventa, es muy elegante. De unos cuarenta años. Con el pelo rubio oscuro y algunas canas en la sien.

-Muy bien.

Max suspiró frustrado.

-Se puso en contacto conmigo hace un mes y me ofreció trabajo. Quería que investigara y catalogara los documentos de una familia. El salario era muy generoso e iba a pasar unas semanas en un yate. Con ese dinero tendría medios y tiempo para trabajar en el libro.

-Y como tu cerebro funciona perfectamente, decidiste aceptar ese trabajo.

-Sí, pero, maldita sea, Lilah... los papeles, los recibos, las cartas, los libros de contabilidad... Aparecía tu apellido en todos ellos.

-¿Mi apellido?

-Calhoun -metió sus inútiles manos en los bolsillos-. ¿No lo comprendes? Estuve contratado y trabajé en ese barco durante una semana, investigando la historia de tu familia en los documentos que os habían robado.

Lilah se quedó mirándolo fijamente. Max tuvo la sensación de que pasaba una eternidad hasta que Lilah se levantó de su asiento.

-¿Estás diciéndome que has estado trabajando para el hombre que intentó matar a mi hermana?

-Sí.

Lilah no apartaba la mirada de Max en ningún momento. Este casi podía sentir que estaba intentando leerle los pensamientos, pero cuando habló, la voz de Lilah era muy fría.

-¿Y por qué me lo cuentas ahora?

Terriblemente nervioso, Max se pasó la mano por el pelo.

-No lo he recordado hasta ahora, hasta que me has contado lo de las esmeraldas

-Es muy extraño, ¿no te parece?

Max observó el recelo que cubría sus ojos y asintió.

-No espero que me creas, pero no lo recordaba. Y cuando acepté este trabajo, ni siquiera lo sabía.

Lilah continuaba observándolo atentamente, calibrando cada una de sus palabras, de sus gestos, de sus expresiones.

-¿Sabes? Me resulta extraño que no oyeras hablar ni del collar ni del robo. Es un tema que ha estado en la prensa durante semanas. Tendrías que vivir en una cueva para no haberte enterado.

-O en un aula -musitó Max. Recordó las burlas de Caulfield sobre su falta de ingenio y esbozó una mueca-. Mira, te diré todo lo que pueda antes de marcharme.

-¿Marcharte?

-Supongo que no querréis que me quede aquí después de esto

Lilah lo miraba pensativa. La intuición la advertía en contra de lo que determinaba su sentido común. Con un largo suspiro, levantó una mano.

-Ser mejor que cuentes esta historia a toda la familia. Después decidiremos lo que haremos.

Aquella fue la primera reunión familiar de Max. ...l había crecido en un país democrático, pero bajo la intransigente dictadura de su padre. Las Calhoun hacían las cosas de forma diferente. Se reunieron alrededor de la enorme mesa de caoba del comedor y parecían tan unidas que Max se sentía como un intruso por primera vez desde que había despertado en el piso de arriba. Lo escucharon y le hicieron algunas preguntas mientras él repetía lo que le había relatado a Lilah en la torre.

-¿No comprobaste sus referencias? -le preguntó Trent-. ¿Aceptaste un trabajo de un hombre al que ni siquiera conocías y del que no sabías absolutamente nada?

-No me parecía que hubiera ningún motivo razonable para hacerlo. Yo no soy un hombre de negocios -advirtió cansino-. Soy un profesor.

-Entonces no te importará que te investiguemos -sugirió Sloan.

-No -respondió Max, mirando aquellos ojos cargados de sospecha.

-Yo ya lo he hecho -intervino Amanda. Tamborileaba los dedos sobre la mesa mientras todos los ojos se volvieron hacia ella-. Me parecía lo más lógico, así que hice un par de llamadas.

-Genial. Y supongo que no se te ocurrió comentarlo con nosotros -respondió Lilah.

-No.

-Chicas -dijo Coco, sentada en la cabecera de la mesa-, no empecéis.

-Creo que Amanda debería habernos dicho algo -el genio de los Calhoun afilaba la voz de Lilah-. Era algo que nos concernía a todos. Además, ¿qué derecho tiene a fisgonear en la vida de Max?

Comenzaron a discutir acaloradamente, las cuatro hermanas lanzaban sus opiniones y objeciones. Sloan dejaba que la discusión siguiera su curso. Trent cerró los ojos. Max se limitaba a mirarlas fijamente. Estaban hablando de él. ¿No se daban cuenta de que estaban discutiendo sobre él, lanzando su nombre de un lado a otro de la mesa como si fuera una pelota de pimpón?

-Perdón -comenzó a decir, y fue totalmente ignorado. Lo intentó otra vez, y lo único que consiguió fue una sonrisa de Sloan-. °Maldita sea, ya está bien! -utilizó su tono de profesor irritado y funcionó. Las cuatro mujeres se callaron y se volvieron hacia él con expresión furiosa.

-Mira, tío -comenzó a decir C.C., pero Max la cortó.

-Mira tú. En primer lugar, ¿por qué iba a haberos contado todo si tuviera otras intenciones? Y como lo que queréis es corroborar quién soy y a qué me dedico, ¿por qué no dejáis de discutir entre vosotras y os dedicáis a averiguarlo?

-Porque nos gusta discutir entre nosotras -le dijo Lilah presuntuosa-. Y no nos gusta que nadie se entrometa mientras lo estamos haciendo.

-Ya está -intervino Coco, aprovechando la calma-. Puesto que Amanda ya ha investigado a Max, aunque eso sea un poco descortés...

-°Sensato! -protestó Amanda.

-Grosero -la corrigió Lilah.

Podían haber empezado otra vez, pero Suzanna alzó la mano.

-Sea lo que sea, ya está hecho. Y creo que deberíamos oír lo que ha averiguado Amanda.

-Como iba diciendo -Amanda pestañeó mirando a Lilah-. Hice un par de llamadas. El decano de Cornell habla muy bien de Max. Recuerdo que comentó que era brillante y muy trabajador. Se le considera uno de los más importantes expertos en historia de América del país. A los veinte años, consiguió licenciarse cum laude y a los veinticinco se doctoró.

-°Cerebrín! -le dijo Lilah a Max con una consoladora sonrisa cuando lo vio retorcerse nervioso en su asiento.

-Nuestro doctor Quartermain -continuó diciendo Amanda-, procede de Indiana, es soltero y no tiene ning-n pasado criminal. Trabaja en la Universidad de Cornell desde hace ocho años y ha publicado artículos que han sido muy bien recibidos. El último era una perspectiva general sobre el ambiente político social previo a la Gran Guerra. En círculos académicos, Max es considerado un niño prodigio, serio, constante, responsable y con un potencial ilimitado -consciente del embarazo de Max, suavizó su tono-. Siento haberme entrometido en tu vida, Max, pero no quería correr riesgos con mi familia.

-Todos lo sentimos -Suzanna le sonrió-. Pero hemos tenido dos meses muy agitados.

-Lo comprendo -y estaba convencido de que no podían saber lo mucho que lo molestaba que se le considerara un niño prodigio-. Y si mi perfil académico os tranquiliza, me alegro de que me hayan investigado.

-Hay algo más -continuó Suzanna-. Nada de eso explica qué estabas haciendo en el agua la noche que te encontró Lilah.

Max intentó ordenar sus recuerdos mientras los demás esperaban. Le resultaba fácil volver al pasado Tan fácil como situarse en la batalla de Bull Run o en la Casa Blanca de Woodrow Wilson.

-Había estado trabajando en esos documentos y se estaba formando una tormenta. Supongo que no soy un buen marinero. Estaba intentando salir a cubierta para tomar aire cuando oí a Caulfield hablando con el capitán Hawkins.

Todo lo concisamente que pudo, les contó lo que había oído y cómo se había dado cuenta del lío en el que se había metido.

-No sé lo que pensaba hacer. Por un instante se me ocurrió la loca idea de tomar los papeles, salir del barco y avisar a la policía. No era una idea muy brillante, dadas las circunstancias. En cualquier caso, me atraparon. Caulfield tenía una pistola, pero la tormenta estaba de mi lado. Salté por la cubierta y decidí probar suerte en el agua.

-¿Saltaste por la borda en medio de una tormenta? -le preguntó Lilah.

-No fue un gesto muy inteligente.

-Pero sí muy valiente -lo corrigió ella.

-No, si se tiene en cuenta que estaban a punto de dispararme -con el ceño

fruncido, Max se frotó la sien.

-La descripción que has hecho de Ellis Caufield no encaja -Amanda tamborileaba los dedos en la mesa mientras pensaba en ello-. Livingsron, el hombre que nos robó los papeles, tenía el pelo oscuro y no tendría m-s de treinta años.

-A lo mejor se tiñó el pelo -Lilah alzó las manos-. No podía venir utilizando el mismo nombre o el mismo aspecto con el que se presentó la otra vez. La policía tenía su descripción.

-Espero que tengas razón -una sonrisa carente de humor curvó los labios de Sloan-. Y también que ese cerdo vuelva para que pueda darle su merecido.

-Para que todos podamos darle su merecido -lo corrigió C.C-. La pregunta es, ¿qué vamos a hacer ahora?

Empezaron a discutir sobre ello. Trent le decía a su esposa que ella no iba a hacer nada. Amanda le recordó que aquel era un problema de las Calhoun. Sloan le sugirió acaloradamente que ella procurara mantenerse fuera. Coco decidió que había llegado el momento de tomar un brandy y fue ignorada por todos.

-Cree que estoy muerto -murmuró Max, casi para sí-. Así que se siente a salvo. Probablemente todavía esté cerca, quiz- incluso en el mismo yate. El Windrider.

-¿Recuerdas cómo era? -Lilah alzó la mano, pidiendo silencio-. ¿Podrías describirlo?

-Con todo lujo de detalles -le dijo Max con una pequeña sonrisa-. Es el primer yate en el que he montado.

-Le entregaremos esa información a la policía -Trent miró alrededor de la mesa y asintió-. Y nosotros mismos haremos algunas averiguaciones. Las damas conocen la isla tan bien como su propia casa. Si est- por aquí o por los alrededores, lo encontraremos.

-Estoy deseando hacerlo -Sloan miró a Max y se dejó llevar por su intuición-. ¿Te quedas, Quartermain?

Max pestañeó sorprendido y se descubrió a sí mismo sonriendo.

-Sí, me quedo.

He ido a la casa de Christian. Quizá haya sido arriesgado, podría haberme visto cualquier conocido, pero deseaba terriblemente ver el lugar en el que vive, ver las pequeñas cosas que lo rodean.

Es una casa pequeña, situada cerca del agua, un pequeño edificio de madera con las habitaciones atiborradas de cuadros y olor a trementina. Encima de la cocina, está su estudio. A mí me ha parecido una casa de muñecas, con sus preciosas ventanas y sus altos techos. Unos frondosos árboles dan sombra a la fachada principal de la casa y en la parte trasera hay un pequeño porche en el que nos sentamos a contemplar el agua.

Christian dice que a veces la marea baja tanto que se puede caminar sobre las rocas hasta el claro. Y por la noche, el aire se llena de sonidos. La música de los grillos, el ulular de los búhos, el chapoteo del agua...

Me sentía como en mi propia casa, tan tranquilamente satisfecha como si hubiera pasado allí toda mi vida. Como si lleváramos años viviendo juntos. Cuando se lo he dicho a Christian, se ha acercado a mí y me ha abrazado.

-Te quiero -ha dicho-, quiero que vengas aquí. Necesitaba verte en mi casa, verte entre mis cosas -al apartarse de mí, estaba sonriendo-. Ahora ya siempre te veré aquí. Nunca estaré sin ti.

Quería jurarle que me quedaría a su lado. Dios, las palabras han estado a punto de escapar de mi garganta, solo mi sentido del deber ha conseguido bloquearlas. Desdichado deber. Christian debe haberlo sentido y me ha besado como si quisiera sellar con un beso mis palabras.

Solo estuve una hora con él. Ambos sabíamos que tenía que regresar a mi marido, a mis hijos, a la vida que elegí antes de conocerlo a él. He sentido sus brazos a mi alrededor, he saboreado sus labios, he sentido crecer el deseo dentro de él, un deseo tan vibrante como el mío.

-Te deseo -me oí suspirar sin sentir ninguna vergüenza-. Acaríciame Christian, quiero ser tuya -mi corazón latía a toda velocidad mientras me estrechaba sensualmente contra él-. Haz el amor conmigo, llévame a tu cama.

Christian me abrazaba con tanta fuerza... tan intensamente que apenas podía respirar. Cuando posó las manos en mi rostro, sentí el temblor de sus dedos. Sus ojos parecían negros. Era tanto lo que se podía leer en ellos. Pasión, amor, desesperación, arrepentimiento.

-¿Sabes cu·ntas veces he soñado con ello? ¿Cu·ntas noches he permanecido despierto, dese·ndote? -entonces me soltó y cruzó la habitación hasta llegar a la pared de la que cuelga mi retrato-. Te deseo, Bianca, cada vez que respiro. Y te amo demasiado para tomar lo que no puede ser mío.

-Christian...

- Crees que podría dejar que te marcharas si llegara a tocarte? -había enfado en su voz, un enfado intenso y violento-. Odio que nos tengamos que esconder como pecadores para poder pasar juntos una hora tan inocente como si fuéramos niños. Si no tengo la fuerza para apartarme de ti en este momento, entonces tendré que tenerla para evitar que des un paso del que solo podrías arrepentirte.

-¿Cómo voy a arrepentirme nunca de pertenecerte?

-Porque ya perteneces a otro hombre. Y cada vez que vuelves a él, sueño con matarlo con mis propias manos, solo porque él puede mirarte cuando para mí es imposible. Si doy un paso m·s, ya no tendrías opción. No podrías volver con él, Bianca. No volverías a tu casa, ni a tu vida.

Y yo sabía que era cierto.

Así que lo dejé y volví a casa, a ponerle a Colleen un lazo en el pelo, a perseguir a Ethan, a secar las l·grimas de Sean porque se había hecho una herida en la rodilla. A cenar fríamente junto a mi marido que cada vez me resulta m·s lejano.

Las palabras de Christian eran ciertas, y era una verdad a la que yo tendría que enfrentarme. Iba a llegar un momento en el que ya no podría seguir viviendo en ambos mundos, en el que debería elegir uno, solo uno.

-He tenido una idea maravillosa -anunció Coco. Como un barco en plena navegación, entró en la cocina, donde Lilah, Max, Suzanna y sus hijos estaban disfrutando del desayuno.

-Bien por ti -dijo Lilah, por encima del borde de un cuenco lleno de cereales con chocolate y leche-. Cualquier persona capaz de pensar a esta hora se merece una medalla.

Como una mamá gallina, Coco revisó las hierbas que tenía plantadas en una maceta, sobre la repisa de la cocina. Se inclinó sobre la albahaca antes de volverse.

-No sé cómo no se me ha ocurrido antes. Realmente es tan...

-Alex me está dando patadas por debajo de la mesa.

-Alex, deja en paz a tu hermana -dijo Suzanna con paciencia-. Y Jenny, no interrumpas.

-No estaba haciéndole nada -una gota de leche resbalaba por la barbilla de Alex-. Es ella la que está acercando la rodilla a mi pie.

-No es verdad.

-Claro que sí.

-Cara de pavo.

-Cabeza de moco.

-Alex -Suzanna tuvo que morderse el labio para no reírse y mantener un gesto severo de desaprobación-. ¿Quieres comerte esos cereales?

-Ha empezado ella -murmuró él.

-No es verdad -dijo Jenny con voz queda.

-Claro que sí.

Otra mirada de su madre y los dos callaron para mirarse con disgusto por encima del borde de sus cuencos.

-Y ahora que ya hemos recuperado la tranquilidad -Lilah chupó divertida la cuchara-. ¿Qué es esa idea tan maravillosa que tienes, tía Coco?

-Bueno -se atusó el pelo con aire ausente, revisó su imagen en el tostador y mostró con una sonrisa su aprobación-. Tiene que ver con Max. En realidad es algo tan evidente. Pero claro, estamos tan preocupados por su salud, y resulta tan difícil pensar con todo el ruido de la obra... ¿Sabéis que uno de esos jóvenes que está trabajando en la terraza esta mañana solo lleva encima unos vaqueros y el cinturón de las herramientas? Así es imposible no distraerse -miró por la ventana de la cocina, solo por si acaso.

-Siento habérmelo perdido -Lilah le guiñó el ojo a Max-. ¿Era ese tipo con el pelo largo y rubio y unas sandalias de cuero?

-No, yo me refiero a uno moreno, con el pelo rizado y bigote. Y debo decir que tiene un cuerpo perfecto. Supongo que no es difícil mantenerlo así si uno se pasa todo el día martilleando. Pero ese ruido es una molestia. Espero que no te moleste mucho, Max.

-No -se inclinó hacia delante, intentando seguir el curso de los pensamientos de Coco-. ¿Quieres más café? -le ofreció.

-Oh, qué amable de tu parte. Creo que sí -se sentó mientras Max se levantaba para servirle una taza-. Han transformado literalmente la habitación del billar. Por supuesto, todavía queda un largo camino por recorrer... gracias, querido -añadió cuando Max colocó una taza de café frente a ella-. Y todas esas lonas y herramientas que lo afean todo. Pero al final merecer la pena -mientras hablaba, aderezó el café con crema y montones de azúcar-. Por cierto, ¿por dónde iba?

-Tenías una idea maravillosa -le recordó Suzanna, posando la mano en el hombro de Alex para evitar que le lanzara un cereal empapado en leche a su hermana.

-Oh, sí -Coco bajó su taza y suspiró-. Se me ocurrió ayer por la noche, cuando estaba echándome el tarot. Hay algunos asuntos personales que me gustaría resolver y además quería tener algún criterio sobre otros asuntos.

-¿Qué otros asuntos? -quiso saber Alex.

-Cosas de mayores -Lilah le dio un suave codazo en las costillas para hacerlo reír-. Un aburrimiento.

-Chicos, deberíais ir a buscar a Fred -Suzanna miró el reloj-. Si hoy queréis venir conmigo, tenéis cinco minutos para arreglaros.

Ambos se levantaron y salieron gritando de la habitación como dos pequeñas fieras. Disimuladamente, Max se frotó la rodilla, que también había sufrido algún contacto con el pie de Alex.

-Las cartas, tía Coco -dijo Lilah cuando el alboroto remitió.

-Sí. He visto que hay un peligro, pasado y futuro. Es desconcertante -dirigió una mirada cargada de preocupación a sus sobrinas-. Pero vamos a contar con ayuda para superarlos. Al parecer tendremos dos fuentes diferentes de ayuda. La una es cerebral, la otra es física... y potencialmente violenta -incómoda, frunció ligeramente el ceño-. No soy capaz de determinar cuál es la fuente física, aunque al parecer debería proceder de alguien de la familia. Yo pensé que podía venir de Sloan, él es tan... bueno, tan del oeste. Pero no, estoy segura de que no es él -dejó de lado aquella inquietud y volvió a sonreír-. Pero naturalmente, la cerebral es Max.

-Naturalmente -Lilah le palmeó la mano y él se removió incómodo en su silla-. Nuestro huésped es un genio.

-No te burles de él -Suzanna se levantó para llevar los cuencos al fregadero.

-Oh, él sabe que no solo me gusta su cerebro, ¿verdad, Max?

Max tenía un miedo mortal a ruborizarse de un momento a otro.

-Si continúas interrumpiendo a tu tía, llegarás tarde al trabajo.

-Y yo también -señaló Suzanna-. ¿Cuál era tu idea, tía Coco?

Coco había comenzado a elevar la taza otra vez y, una vez más, la bajó sin haber probado el café.

-He pensado que Max debería dedicarse a lo que había venido a hacer aquí -sonriendo, extendió sus perfectamente manicuradas manos-. Investigar a los Calhoun. Averiguar todo lo que pueda sobre Bianca, Fergus y todos los que lo rodeaban. En vez de trabajar para ese terrible Caulfield o como quiera que se llame, lo haré para

nosotros.

Intrigada, Lilah estuvo considerando la idea.

-Pero ya hemos revisado todos los documentos que encontramos...

-No con la mirada objetiva y académica de Max -señaló Coco. Palmeó el hombro de Max, al que ya había tomado cariño. Las cartas también le habían indicado que él y Lilah se llevarían muy bien-. Estoy segura de que si se dedica a pensar en todo ello, descubrirá toda clase de teorías maravillosas.

-Es una buena idea -Suzanna volvió a la mesa-. ¿Qué te parece?

Max lo consideró detenidamente. Aunque no tenía ninguna fe en las cartas del tarot, no quería herir los sentimientos de Coco. Además, fuera cual fuera el medio por el que se le había ocurrido la idea, le parecía buena. Y sería una forma de devolverles todo lo que habían hecho por él, además de una buena excusa para quedarse en Bar Harbor algunas semanas más.

-Me gustaría hacer algo. Es muy posible que ni siquiera con toda la información que le proporcioné a la policía puedan encontrar a Caulfield. Mientras todo el mundo lo busca, yo podría concentrarme en buscar las esmeraldas de Bianca.

-¿Lo veis? -Coco se recostó en su asiento-. Lo sabía.

-Yo quería investigar en la biblioteca, en los periódicos, entrevistar a algunos de los antiguos residentes, pero Caulfield rechazó la idea -cuanto más pensaba en ello, más le apetecía trabajar por su cuenta-. Decía que quería que toda la información saliera de los documentos de la familia o de sus propias fuentes -apartó su taza-. Evidentemente, no quería darme carta blanca para evitar que pudiera averiguar la verdad.

-Pues ahora ya tienes carta blanca -señaló Lilah. Le divertía ver cómo estaban cambiando las cosas-. Pero no creo que encuentres la gargantilla en la biblioteca.

-Quizá encuentre una fotografía, o una descripción.

Lilah se limitó a sonreír.

-Yo ya te la he descrito.

Max tampoco tenía ninguna confianza en los sueños y en las visiones, de modo que

se encogió de hombros.

-En cualquier caso, me gustaría encontrar algo tangible. Y estoy seguro de que encontraré algo sobre Fergus o Bianca Calhoun.

-Supongo que eso te mantendrá ocupado -sin molestarse por su falta de fe en sus creencias místicas, Lilah se levantó-. Necesitarás un coche para moverte por aquí. Por qué no me llevas al trabajo y usas el mío?

Irritado por la falta de confianza de Lilah en sus habilidades investigadoras, Max pasó horas en la biblioteca. Como siempre le ocurría, se sentía como en su propia casa rodeado de aquellos estantes repletos de libros, en el centro de un susurrante silencio y con su libreta bajo el brazo. Para él, la investigación era una aventura... Quizá no tan excitante como montar un brioso corcel. Había un misterio que tenía que ser resuelto, aunque las pistas no tuvieran el mismo cariz aventurero que una pistola humeante o un resto de sangre.

Pero con paciencia, inteligencia y cierta habilidad, se sentía como una especie de caballero, o un detective buscando minuciosamente una respuesta.

Max sabía que el hecho de que siempre se hubiera sentido atraído por lugares como las bibliotecas había decepcionado amargamente a su padre. Incluso cuando era niño prefería el ejercicio intelectual al físico. El no había seguido la estela de gloria dejada por su padre en los campos de fútbol del instituto. Y tampoco había añadido trofeo alguno a la estantería.

Su carencia de interés y su torpeza habían hecho de él un fracaso en los deportes. Odiaba cazar y en una de las últimas excursiones que había hecho con su padre, en la que este le había presionado a participar, lo único que había atrapado había sido un terrible ataque de asma.

Incluso después de los años pasados, todavía podía recordar la voz disgustada de su padre en la habitación del hospital.

-Este chico es un mariquita. No lo puedo comprender. Prefiere leer a comer. Cada vez que intento hacer un hombre de él, termina jadeando como una vieja.

Había superado el asma, se recordó Max. Incluso había llegado a hacer algo de sí mismo, aunque su padre no lo considerara un hombre. Y aunque nunca hubiera llegado a

estar totalmente satisfecho de sí mismo, por lo menos podía sentirse competente.

Intentó sacudirse la tristeza y continuó investigando.

Encontró datos sobre Fergus y Blanca. Había pequeñas pepitas de información que hacían más agradable la búsqueda. En la familiar comodidad de la biblioteca, Max tomaba montones de notas y sentía cómo iba creciendo su excitación.

Se había enterado de que Fergus Calhoun era un hombre hecho a sí mismo, un inmigrante irlandés que con astucia y valor había llegado a convertirse en un hombre rico e influyente. Había llegado a Nueva York en mil ochocientos ocho, joven, pobre y, como muchos otros, se había instalado en la isla Ellis buscando fortuna. En menos de quince años, había levantado un imperio. Y disfrutaba alardeando de ello.

Quizá para enterrar su mísero pasado, se había rodeado de opulencia. Con voluntad y dinero, se había abierto camino hasta la alta sociedad. Y había sido en aquel ambiente exclusivo en el que había conocido a Bianca, una joven debutante, hija de una prestigiosa familia con más refinamiento que dinero. Fergus había construido Las Torres, decidido a superar a todos los ricos veraneantes de la zona y al año siguiente se había casado con Bianca.

Su toque de oro había continuado. Su imperio había crecido, y también su familia con el nacimiento de tres niños. Ni siquiera el escándalo de la muerte de su esposa en mil novecientos trece habían afectado a su fortuna monetaria.

Aunque después de su muerte Fergus se había convertido en un eremita, había continuado ejerciendo su poder desde Las Torres. Su hija no se había casado nunca y, emocionalmente distanciada de su padre, se había ido a vivir a París. El hijo más pequeño había escapado, después de cometer un desliz con una mujer casada, a las Indias Orientales. Ethan, el mayor de los tres, se había casado y había tenido dos hijos, Judson, el padre de Lilah, y Cordelia Calhoun, convertida con los años en Coco McPike.

Ethan había muerto en un accidente marítimo y Fergus había pasado los últimos años de su vida en un psiquiátrico, después de algunos estallidos de violencia y una errática conducta.

Una historia interesante, pensó Max, pero la mayoría de los datos podría haberlos obtenido de las propias Calhoun. Él quería algo más, algún dato que le permitiera abrirse camino en otra dirección.

Lo encontró en un volumen polvoriento y destrozado titulado Veraneando en Bar

Harbor.

Era una novela frívola y pobremente escrita que había estado a punto de dejar de lado. Pero el profesor que había en su interior le había forzado a leerla como habría leído el examen de un estudiante mal preparado. Se merecía, como mucho, un suficiente, pensó Max. Jamás en su vida había visto tal derroche de adjetivos y superlativos en una sola página. De seductoramente a milagrosamente, de magnífico a maravilloso. El autor era un gran admirador de los ricos y famosos, alguien que los consideraba como una suerte de realeza. Suntuoso, espectacular y fantástico. La sintaxis provocó algunas muecas de Max, pero continuó lidiando con el texto.

Había dos páginas completas dedicadas a un baile que se había celebrado en Las Torres en mil novecientos doce. El cansado cerebro de Max se despertó. Era obvio que el autor había asistido, por los minuciosos detalles con los que describía desde las vestimentas de los asistentes hasta la cocina. Bianca Calhoun llevaba un vestido de seda dorada, un vestido de tubo con la falda bordada de cuentas. El color del vestido realzaba el brillo de su pelo. Y sobre el corpiño descansaban las brillantes..., esmeraldas.

Estaban descritas con todo lujo de detalles. A través de ese entramado de adjetivos e imaginería romántica, Max consiguió visualizarlas. Garabateó unas notas y pasó una página. Y se quedó mirando fijamente.

Era una antigua fotografía, quizá extraída de algún periódico. Estaba bastante borrosa, pero no tuvo ningún problema para reconocer a Fergus. El hombre estaba tan rígido y serio como en el retrato que las Calhoun conservaban en el salón. Pero fue la mujer que estaba sentada a su lado la que le robó a Max el aliento.

A pesar de los defectos de la fotografía, era una belleza exquisita, etérea y eterna. Y era la viva imagen de Lilah. La piel de porcelana, el cuello esbelto y desnudo rodeado de una masa de pelo recogido al estilo Gibson. Tenía unos ojos enormes y estaba seguro de que debían ser verdes. Y no sonreían, a pesar de que curvaba los labios en una sonrisa.

¿Se lo estaría imaginando o realmente había tristeza en su rostro?

Permanecía sentada en una elegantísima silla, al lado de su marido. Este posaba la mano en el respaldo de la silla en vez de en su hombro. Aun así, a Max le pareció advertir cierta posesividad en su gesto. Iban vestidos de manera muy formal, Fergus perfectamente almidonado y planchado, Bianca rodeada de pliegues y delicadeza. Aquella afectada fotografía había sido tomada en mil novecientos doce.

Y alrededor del cuello de Bianca, desafiando al tiempo, estaban las esmeraldas.

La gargantilla era exactamente tal como la había descrito Lilah, con las dos vueltas y la suntuosa esmeralda que colgaba solitaria como una gota de agua. Bianca las llevaba con una frialdad que tornaba su opulencia en elegancia e intensificaba la sensación de poder.

Max deslizó el dedo por cada una de las esmeraldas, casi seguro de que podría sentir la suavidad de las gemas. Comprendía que aquellas piedras preciosas se hubieran transformado en leyenda, que hubieran atrapado la imaginación de los hombres y encendido su codicia.

Pero aquello se le escapaba, era solo una imagen. Sin darse apenas cuenta de lo que estaba haciendo, dibujó el rostro de Bianca y pensó en la mujer que lo había heredado.

La mujer que lo había atrapado.

Lilah se detuvo durante el paseo por el parque natural para que el último grupo de visitantes tuviera tiempo de hacer unas fotografías y descansar. Habían tenido un número excelente de visitantes aquel día. Un alto porcentaje de ellos se había mostrado suficientemente interesado como para hacer un recorrido con el apoyo de uno de los guías. Lilah había pasado de pie la mayor parte de las ocho horas de trabajo y había cubierto el mismo trayecto ocho veces, dieciséis si contaba el camino de vuelta.

Pero todavía no estaba cansada. Y sus explicaciones no se limitaban a lo que podía encontrarse en la guía del parque.

-La mayor parte de la vegetación de la isla es típica del norte -comenzó a decir-. Algunas plantas son del subártico, han existido desde que desaparecieron los glaciares hace más de diez mil años. Pero las especies más recientes fueron traídas por los europeos durante los últimos doscientos cincuenta años.

Con una paciencia que era una parte esencial de su carácter, Lilah contestaba preguntas, evitaba que los visitantes más jóvenes pisotearan las flores y proporcionaba información sobre la flora local a aquellos que se mostraban interesados en ella. Identificaba el solidago de la costa, las campanulas más jóvenes y cuantas plantas le pedían. Era el último grupo del día, pero le dedicaba tanto tiempo y atención como al

primero.

En cualquier caso, ella siempre disfrutaba de aquellos paseos por la costa, escuchando el murmullo de los cantos rodados que chocaban en la superficie y el grito de las gaviotas, y descubriendo para ella y para los turistas los tesoros que merodeaban en los estanques dejados por la marea.

La brisa era ligera y agradable, llevaba hasta ellos la anciana y misteriosa fragancia del mar. Allí las rocas tenían perfiles mucho más suaves, el flujo y reflujo de la marea las había esculpido con sinuosas y elegantes formas. Sobre la piedra negra, relucían las largas vetas del cuarzo blanco. Por encima de sus cabezas, el cielo estaba intensamente azul, casi sin nubes. En el mar, se deslizaban los barcos y las boyas repicaban.

Lilah pensó en el yate, el Windrider. Aunque en cada una de sus excursiones inspeccionaba todos los de los alrededores, no había visto nada, salvo algunos yates de turistas adinerados o las robustas embarcaciones de los pescadores de langosta.

Cuando vio a Max recorriendo el camino del parque para unirse al grupo, sonrió. Llegaba puntualmente, por supuesto, no esperaba menos. Sintió un cálido cosquilleo mientras Max deslizaba la mirada desde sus pies hasta su rostro. Realmente, aquel hombre tenía unos ojos maravillosos, pensó. Serios, intensos, y ligeramente tímidos. Como le ocurría cada vez que lo veía, sintió al mismo tiempo ganas de bromear con él y la necesidad de acariciarlo. Una combinación interesante, pensó, que, por cierto, no podía recordar haber experimentado con nadie.

Lilah parecía tan fría, pensó Max, con aquel uniforme tan masculino sobre su esbelta y femenina figura. Era curioso el contraste del caqui de aspecto militar con los pendientes de oro y cristal que colgaban de sus orejas. Se preguntó si sabría lo bien que quedaba frente al mar, mientras este burbujeaba y se mecía a su espalda.

-En la zona situada entre las mareas -comenzó a decir Lilah-, la vida se ha aclimatado a los cambios. En primavera es cuando más sube y baja la marea, con una diferencia entre el punto más alto de la marea y el más bajo de unos cuarenta metros.

Continuó hablando de las criaturas que allí sobrevivían y se alimentaban con aquella voz suave y tranquila. Mientras hablaba, una gaviota se deslizó hasta una roca cercana para estudiar a los turistas con su ojo pequeño y expectante. Las cámaras se pusieron en funcionamiento. Lilah se agachó al lado de uno de los estanques. Fascinado por su descripción, Max se acercó para verlo por sí mismo.

Había unos largos abanicos rojos a los que Lilah describió como un tipo de algas

marinas. Todos los niños del grupo gimieron cuando les explicó que se podían comer crudos o cocidos. En aquel pequeño estanque de agua, descubrió todo un mundo de seres vivos, todos esperando, explicó, a que subiera otra vez la marca para volver después a sus asuntos.

Con un gracioso gesto, señaló unas anémonas que parecían más flores que animales y las diminutas babosas que parecían dormir sobre ellas. Les mostró también los caparazones que ocultaban las tortugas y caracoles marinos como los buccinos. Hablaba a veces como un biólogo marino y otras como una comediante.

Su agradecida audiencia la bombardeó a preguntas. Max descubrió a un adolescente mirando a Lilah con una soñadora expresión de deseo y lo compadeció al instante.

Echándose la trenza hacia atrás, Lilah puso fin a la excursión, explicando toda la información de la que disponían en el centro de visitantes y otras rutas por parques naturales de la zona. Algunos miembros del grupo comenzaron a marcharse mientras otros se entretuvieron haciendo más fotografías. El adolescente se quedó merodeando por allí después de que sus padres comenzaran a alejarse, haciendo todas las preguntas que a su aturdido cerebro se le ocurrían sobre los charcos dejados por la marea, las flores silvestres, y aunque no habría prestado la más mínima atención a un petirrojo, los pájaros. Cuando hubo agotado ya todos los temas y su madre lo llamó impacientemente por segunda vez, comenzó a marcharse sin muchas ganas.

-Esta excursión no la olvidaré en mucho tiempo -comentó Max.

Lilah se limitó a sonreír.

-Me gusta pensar que todos ellos recordarán parte de la excursión. Me alegro de que hayas podido venir, profesor -haciendo lo que sus instintos le pedían, lo besó suavemente en los labios.

Al volver la mirada, el adolescente experimentó una punzada de miserable envidia. Max se quedó completamente fuera de combate. Los labios de Lilah continuaban curvándose en una sonrisa cuando se separó de él.

-Entonces -le comentó-, ¿cómo ha ido el día?

¿Podía una mujer besar a un hombre de tal manera y pretender que continuara conversando después con normalidad? Evidentemente, Lilah podía, decidió mientras intentaba respirar.

-Ha sido interesante.

-No se puede esperar nada mejor de un día -comenzó a caminar por el sendero que conducía al centro de información del parque. Arqueó una ceja y miró a Max por encima del hombro-. ¿Vienes?

-Sí -con las manos en los bolsillos, empezó a andar detrás de ella-. Eres muy buena.

Lilah soltó una carcajada c-lida y ligera.

-Vaya, muchas gracias.

-Me refiero... me refería a tu trabajo.

-Por supuesto -lo agarró del brazo-. Es una pena que te hayas perdido los primeros veinte minutos de la última excursión. Hemos visto dos cormoranes de doble cresta y un guila pescadora.

-Siempre he deseado ver un cormorán de doble cresta -contestó Max haciendo que Lilah volviera a reír-. Siempre haces el mismo recorrido?

-No, tenemos diferentes rutas. Una de mis favoritas es la del estanque Jordan, también podemos ir al Centro de la Naturaleza o subir a las montañas.

-Supongo que eso impide que se convierta en un trabajo aburrido.

-Jamás es aburrido, si lo fuera, yo no habría durado un solo día. Hasta haciendo la misma excursión ves cada día cosas diferentes. Mira -señaló unas plantas de hojas finas y capullos rosa pálido, prácticamente secas-. Rhodora -le dijo-. Azalea común. Hace solo una semana estaba en pleno esplendor. Es increíble. Ahora los capullos están prácticamente secos y tendrán que esperar hasta la primavera para volver a florecer -acarició las hojas con un dedo-. Me gustan los ciclos. Son tranquilizadores.

Aunque Lilah decía ser una mujer de pocas energías, caminaba sin ningún esfuerzo por el sendero, pendiente de cualquier cosa que pudiera resultar interesante. Podía ser un líquen aferrado a una roca, un gorrión en pleno vuelo o las tardías huellas del rocío sobre una vellosita. Le gustaba cómo olía en aquel lugar; la fragancia dejada por el mar se mezclaba con la de los árboles que se apiñaban frente a ellos.

-No sabía que en el trabajo pasabas la mayor parte del día de pie.

-Por eso procuro que mis pies descansen durante el resto del día -inclinó la cabeza para mirarlo-. Mira, la próxima vez que tenga una tarde libre, haremos una excursión por esta zona. Podremos matar dos pajaros de un tiro. Disfrutar del paisaje y dar una vuelta por los alrededores para ver si vemos a tu amigo Caufield.

-Me gustaría que te mantuvieras al margen de todo este asunto.

Aquella respuesta la pulió tan desprevenida que dio varios pasos antes de comprender lo que le estaba diciendo.

-¿Qué te gustaría qué?

-He dicho que me gustaría que te mantuvieras al margen de todo este asunto -repitió-. He estado pensando mucho en ello.

-¿Ah sí? -si la hubiera conocido mejor, Max habría reconocido el deje de enfado que se reflejaba en su aparentemente tranquila voz-. Y cómo has llegado a esa conclusión?

-Caufield es un hombre peligroso -recordaba el tono fan-tico de su voz-. Creo que podría ser incluso un desequilibrado. Y, desde luego, es un hombre violento. Ya nos ha disparado a tu hermana y a mí. Y no quiero que te pongas en su camino.

-No es cuestión de lo que t- quieras o dejes de querer. Este es un asunto de la familia.

-Ha sido mío desde que tuve que lanzarme al agua en medio de una tormenta -se detuvo en medio del camino y posó las manos en los hombros de Lilah-. T- no lo oíste hablar aquella noche, yo sí, Lilah. Dijo que no habría nada que pudiera impedirle hacerse con las esmeraldas y hablaba en serio. Este es un trabajo para la policía, no para un puñado de mujeres que...

-¿Un puñado de mujeres que qué? -lo interrumpió Lilah con un brillo de furia en la mirada.

-Que est-n demasiado involucradas emocionalmente en todo este asunto para actuar de forma prudente.

-Ya entiendo -asintió lentamente-. Así que os corresponde a Sloan a Trent y a ti, tres hombres valerosos, proteger a estas pobres e indefensas mujeres y sacarlas de su apuro.

Max comprendió, cuando ya era demasiado tarde, que se estaba metiendo en un terreno resbaladizo.

-No he dicho que seáis mujeres indefensas.

-Pero lo has insinuado. Déjame decirte una cosa, profesor, no hay una sola de esas mujeres Calhoun que no sea capaz de cuidarse a sí misma y protegerse de cualquier hombre al que se le ocurra acercarse a nosotras. Y eso incluye a los genios y a los ladrones de joyas desequilibrados.

-Ya está, ¿lo ves? -apartó las manos de sus hombros, pero no tardó en posarlas otra vez-. Estás reaccionando de manera totalmente emocional, sin ningún tipo de lógica.

Lilah lo miró con los ojos entrecerrados por la furia.

-¿Quieres ver lo que es la emoción?

Además de un buen cerebro, Max se preciaba de tener algunas salidas inteligentes.

-Creo que no.

-Estupendo. Entonces te aconsejo que tengas cuidado con lo que dices y te lo pienses dos veces antes de volver a decirme que me mantenga al margen de un asunto que me concierne -se apartó de él para continuar caminando hacia el centro de información del parque.

-Maldita sea, no quería hacerte daño.

-Y yo no voy a dejar que me lo hagas. Tengo un umbral muy bajo para el dolor. Pero no voy a quedarme sentada y con los brazos cruzados mientras alguien está planificando cómo robarme lo que es mío.

-La policía...

-Hasta ahora no nos ha servido de mucha ayuda -replicó-. ¿Sabes que la Interpol ha estado buscando a Livingston, y a sus muchos alias, durante más de quince años? Nadie ha sido capaz de proporcionar una sola pista sobre él después de que disparara a Amanda para quedarse con nuestros papeles. Si Caulfield y Livingston son la misma persona, entonces nos va a tocar a nosotras proteger lo que es nuestro.

-¿Aunque eso signifique que puedan volarte la tapa de los sesos?

Lilah lo miró por encima del hombro.

-Yo me preocuparé de mis sesos, profesor. Tócate de los tuyos.

-Yo no soy ningún genio -murmuró Max, haciendo que Lilah sonriera.

La exasperación que se reflejaba en el rostro de Max había conseguido aplacar su enfado. Se detuvo en medio del camino.

-Aprecio tu preocupación, Max, pero estás fuera de lugar. ¿Por qué no me esperas un momento aquí? Puedes sentarte al lado de esa pared. Yo tengo que ir a buscar mis cosas.

Mientras se alejaba, Max continuaba murmurando para sí. Él solo quería protegerla, ¿qué tenía eso de malo? Lilah le importaba. Al fin y al cabo, le había salvado la vida. Frunciendo el ceño, se sentó en un asiento de piedra. La gente se arremolinaba alrededor del edificio. Los niños gimoteaban mientras sus padres los arrastraban o los llevaban en brazos hasta los coches. Algunas parejas paseaban lentamente de la mano mientras otros visitantes consultaban avidamente las guías. Max vio a algunos turistas colorados como langostas a causa del sol.

Bajó la mirada hacia sus propios brazos y se sorprendió al verlos bronceados. Las cosas estaban cambiando, comprendió. Se estaba poniendo moreno. No tenía ningún horario que cumplir, ningún itinerario que seguir. Y estaba fraguando una relación con una mujer misteriosa e increíblemente sensual.

-Bueno -Lilah se colocó la correa del bolso en el hombro-, parece muy satisfecho.

Max alzó la mirada y sonrió.

-¿Ah sí?

-Como un gato con un montón de plumas en la boca. ¿Quieres contarme el motivo?

-De acuerdo. Ven aquí -se levantó, tiró de Lilah y cerró la boca sobre sus labios, depositando todas aquellas nuevas y sorprendentes sensaciones en el beso.

Aunque profundizó aquel beso más de lo que en un principio pretendía, aquello sirvió para aumentar el placer de su descubrimiento. Y si al besarla hizo que se alejara

la gente que los rodeaba, aquello solo acentuó la sensación de novedad. Era un principio refrescante.

Era felicidad más que deseo lo que Lilah percibía en aquel beso. Y aquello la confundía. O quizá fuera la manera en la que Max deslizaba los labios sobre los suyos la que empañaba todo pensamiento coherente. No se resistió. Ya había olvidado los motivos de su enfado. Lo único que sabía en aquel momento era que le parecía maravilloso, prácticamente perfecto, estar allí con él, en aquel patio soleado, sintiendo su corazón latiendo contra el suyo.

Cuando Max apartó los labios, Lilah dejó escapar un largo y complacido susurro y abrió los ojos lentamente. Max sonreía radiante y la expresión de alegría de su rostro hizo que Lilah le devolviera la sonrisa. Y como no estaba muy segura de qué hacer con la ternura que Max despertaba en ella, le palmeó cariñosamente la mejilla.

-No es que me esté quejando -comenzó a decir-, ¿pero a qué ha venido esto?

-Simplemente me apetecía.

-Un excelente primer paso.

Riendo, Max le pasó el brazo por los hombros mientras se dirigían al aparcamiento.

-Tienes la boca más sexy que he probado en toda mi vida.

Max no pudo ver la sombra que oscureció la mirada de Lilah. Y si la hubiera visto, ella no podría habérsela explicado. Al final todo terminaba siempre en una cuestión de sexo, supuso, mientras hacía un esfuerzo por olvidar la vaga desilusión que la embargaba. Normalmente, los hombres siempre la veían de esa forma y no había razón alguna para que empezara a molestarla en ese momento, sobre todo cuando había disfrutado del beso tanto como Max.

-Me alegro de poder decir lo mismo de la tuya -contestó con aparente despreocupación-. ¿Por qué no conduces t-?

-De acuerdo, pero antes quiero enseñarte algo -después de sentarse en el asiento del conductor, sacó un sobre de papel Manila-. He estado consultando un montón de libros en la biblioteca. En algunas biografías y libros de historia se menciona a tu familia. Había uno en particular que he pensado que podría interesarte.

-Mmm -Lilah ya se estaba estirando en su asiento, pensando en echarse una

siesta.

-He hecho una fotocopia para ti. Es de una fotografía de Bianca.

-¿Una fotografía? -Lilah volvió a erguirse en el asiento-. ¿De verdad? Fergus destruyó todas sus fotografías después de que muriera, así que nunca he podido verla.

-Sí, la has visto -sacó la fotocopia y se la tendió-, cada vez que te miras en el espejo.

Lilah no dijo nada, pero con los ojos fijos en aquella copia granulada, alzó la mano hacia su propio rostro. La misma barbilla, la misma boca, la nariz, los ojos. ¿Sería esa la razón por la que siempre se había sentido tan unida a Bianca?, se preguntó, mientras sentía que las lágrimas se agolpaban en su garganta.

-Era muy bella -dijo Max quedamente.

-Y tan joven -suspiró Lilah-. Era más joven que yo cuando murió. Cuando le hicieron esta fotografía ya estaba enamorada, se ve en sus ojos.

-Llevaba el collar de esmeraldas.

-Sí, lo sé -al igual que había hecho Max, lo acarició con el dedo-. Qué difícil debió ser para ella estar atada a un hombre cuando estaba enamorada de otro. Y el collar... era un símbolo del poder que ese hombre tenía sobre ella, y el recuerdo de sus hijos.

-Así es como ves las esmeraldas, ¿cómo un símbolo?

-Sí, y creo que lo que Bianca sentía por ellas era algo muy fuerte. De otro modo, no las habría escondido -deslizó la fotografía en el interior del sobre-. Un buen día de trabajo, profesor.

-Y eso solo ha sido el principio.

Sin dejar de mirarlo, Lilah entrelazó los dedos con los de Max.

-Me gustan los principios. Durante los principios todo está lleno de posibilidades. Vayamos a casa para enseñar la fotografía a todo el mundo. Pero antes deberíamos hacer un par de paradas.

-¿Un par de paradas?

-Es el momento para otro principio: necesitas ropa nueva.

Max odiaba ir de compras. Se lo dijo a Lilah, se lo repitió con firmeza, pero ella lo ignoró despreocupadamente y lo fue llevando de tienda en tienda. Max consiguió protestar cuando le mostraron una camiseta de color fluorescente. Pero perdió frente a otra con el dibujo de una langosta vestida de maÓtre.

Lilah no se dejaba intimidar por los dependientes, sino que participaba en el proceso de selección y b-squeda con un aire l-nguido, de absoluta relajación. La mayoría de los vendedores la llamaban por su nombre, y durante las conversaciones que acompañaban al proceso de la venta, Lilah dejaba caer preguntas sobre un hombre que respondía a la descripción de Caufield.

-¿Todavía no hemos terminado? -en la voz de Max había una s-plica que consiguió hacer reír a Lilah mientras salían a la calle. Una calle repleta de gente vestida con prendas veraniegas de brillantes colores.

-Todavía no -se volvió hacia él. Definitivamente agobiado. Y definitivamente adorable. Iba cargado de bolsas y el flequillo le caía sobre los ojos. Lilah se lo echó hacia atr-s-. Cómo te las est-s arreglando con la ropa interior?

-Bueno, yo...

-Vamos, cerca de aquí hay una tienda en la que tienen cosas magníficas. Estampado de tigre, frases obscenas y corazoncitos rojos.

-No -Max se detuvo en seco-. Ni lo sueñes.

Le costó bastante, pero Lilah consiguió dominar una carcajada.

-Tienes razón. Serían completamente inadecuados en tu caso. Así que nos limitaremos a comprar unos de esos calzoncillos blancos que vienen en paquetes de tres.

-Para no tener hermanos, sabes mucho sobre ropa interior masculina -agarró con fuerza las bolsas y, tras pens-rselo dos veces, le tendió la mitad a Lilah-. En cualquier caso, creo que con la ropa interior podré arregl-rmelas solo.

-De acuerdo. Te esperaré en el escaparate.

No le costó distraerse en aquel escaparate lleno de objetos de cristal de diferentes formas y tamaños. Colgaban de un alambre, arrancando colores a la luz del sol que se filtraba por el cristal. Bajo ellos, había toda una exposición de bisutería artesanal. Lilah estaba a punto de entrar a preguntar por un par de pendientes cuando alguien chocó con ella por detrás.

-Perdone -el tono de la disculpa fue amabilísimo.

Lilah alzó la mirada hacia un hombre robusto, de pelo gris y rostro curtido. Parecía mucho más irritado de lo que un ligero tropiezo podría justificar y había algo en sus ojos claros que la hizo retroceder. Aun así, consiguió encogerse de hombros y sonreír.

Frunció ligeramente el ceño y se volvió de nuevo hacia el escaparate. Vio a Max, a solo unos metros de ella, mirándola estupefacto desde el interior del establecimiento. Después, corrió hacia ella con tal expresión de pánico que Lilah contuvo la respiración.

-Max.

Con un fuerte empujón, Max la obligó a entrar en la tienda.

-¿Qué te ha dicho? -le preguntó en un tono tan alterado que Lilah abrió los ojos como platos-. ¿Te ha tocado? Si ese bastardo te ha puesto una sola mano encima.

-Ya basta, Max -como la mayoría de los clientes estaba empezando a mirarlos, Lilah mantenía la voz baja-. Tranquilízate. No sé de qué estás hablando.

Max sentía correr una violencia a través de sus venas que jamás había experimentado. El reflejo de aquella furia en sus ojos hizo que algunos turistas se volvieran hacia la puerta.

-Lo he visto a tu lado.

-¿A ese hombre? -desconcertada, miró hacia la ventana, pero el hombre en cuestión ya se había ido-. Solo se ha tropezado conmigo. En verano las calles están abarrotadas de gente.

-¿No te ha dicho nada? -ni siquiera se había dado cuenta de que le estaba agarrando las muñecas con tanta fuerza que empezaba a hacerle daño-. ¿No te ha hecho ningún daño?

-No, por supuesto que no. Venga, ser· mejor que nos sentemos -hablaba suavemente mientras tiraba de él hacia la puerta, pero en vez de sentarse en uno de los bancos de la calle, Max la obligó a colocarse tras él y comenzó a mirar entre la multitud-. Si hubiera sabido que comprar ropa interior te ponía en este estado, no se me habría ocurrido proponértelo.

Max se volvió mostr·ndole la cólera que encendía su mirada.

-Era Hawkins -dijo en tono grave-. Todavía est· aquí.

Lilah no sabía qué hacer con él. Sola, bajo el resplandor dorado de la lámpara, permanecía en la habitación de la torre, observando cómo caía suavemente la noche sobre el mar y las rocas. Y pensaba en Max. No era tan simple como al principio había creído, o como, estaba segura, él propio. Max creía de sí mismo.

Tan pronto se mostraba dulce, tímido, cohibido incluso, como se tornaba fiero como un vikingo. El azul apacible de sus ojos adquiría un tono eléctrico y su boca de poeta se transformaba en una mueca. La metamorfosis era tan fascinante como turbadora y había dejado a Lilah desconcertada. No era una sensación que le gustara.

Después de que hubiera visto a aquel hombre al que Max se había referido como Hawkins, el profesor la había arrastrado hasta el coche, musitando palabras ininteligibles durante todo el trayecto. En cuanto habían llegado al coche, la había empujado al interior y se había puesto a conducir. Una vez en Las Torres, había llamado a la policía y les había contado lo ocurrido con la misma calma con la que les habría recitado la lista de lecturas recomendadas a sus alumnos. Con una actitud típicamente masculina, había organizado una asamblea con Sloan y Trent.

Las autoridades todavía no habían localizado el yate de Caulfield y tampoco habían identificado ni a Caulfield ni a Hawkins a partir de las descripciones hechas por Max.

Todo aquello era demasiado complicado, decidió Lilah. Ladrones, alias y policía internacional. Ella prefería las cosas sencillas. No la monotonía, claro, pero sí la sencillez. Desde que la prensa había sacado a relucir el asunto de las esmeraldas de las Calhoun, su vida había pasado a ser cualquier cosa menos sencilla. Y desde que Max había aparecido en la playa, las cosas se habían complicado más todavía.

Pero se alegraba de la aparición de Max. No estaba segura de por qué. Desde luego, jamás había considerado que los hombres tímidos e intelectuales fueran su tipo. Era cierto que disfrutaba con los hombres en general, simplemente por el hecho de que lo fueran. Un rasgo que seguramente se debía al haber pasado entre mujeres la mayor parte de su vida. Pero cuando se citaba con algún chico, buscaba casi siempre

diversión y una agradable compañía. Alguien con quien bailar o con quien reír alrededor de una buena comida. Siempre había pensado que terminaría enamorándose de alguno de esos hombres despreocupados y sin complicaciones y comenzaría con él una vida tranquila y sin preocupaciones.

Un sobrio profesor de universidad con una visión completamente anticuada sobre la caballerosidad y un carácter tan serio, apenas se merecía esos calificativos.

Pero era tan dulce, pensó con una ligera sonrisa. Y cuando la había besado, no había habido nada sobrio ni cerebral en su beso.

Con un pequeño suspiro, se preguntó qué debería hacer con el doctor Maxwell Quartermain.

-Eh -C.C. asomó la cabeza por el marco de la puerta-. Sabía que te encontraría aquí.

-Eso es que me estoy convirtiendo en alguien muy predecible -feliz de tener compañía, Lilah se acurrucó para hacerle sitio a su hermana en el asiento de la ventana-. ¿Qué es de tu vida, señora St. James?

-Estoy a punto de terminar de arreglar ese Mustang -suspiró mientras se sentaba-. Dios, qué maravilla-. He tenido que ocuparme de un sistema eléctrico con el que ha estado a punto de darme un soponcio y he terminado dos puestas a punto -un cansancio desacostumbrado en ella le hizo cerrar los ojos y pensar en acostarse pronto aquella noche-. Y después todo el revuelo que se ha montado en casa. Imagínate, irte a tropezar con una de esos tipos detrás de los que anda la policía.

-Inconvenientes y ventajas de vivir en un sitio tan pequeño.

-He dado una vuelta por los alrededores antes de volver a casa -C.C. encogió sus cansados hombros-. He bajado hasta la cueva Halls y he vuelto.

-No deberías merodear tñ sola por esa zona.

-Solo estaba mirando -C.C. se encogió de hombros-. En cualquier caso, no he visto nada. Pero nuestros valerosos hombres acaban de salir dispuestos a encontrar y destrozar a nuestros enemigos.

Lilah se irguió sobresaltada.

-¿Max se ha ido con ellos?

C.C. bostezó y abrió los ojos.

-Claro, de pronto se han convertido en los Tres Mosqueteros. ¿Habr· algo m·s irritante que el machismo?

-Una muela con caries -respondió Lilah con aire ausente, pero con todos los nervios en tensión-. Pensaba que Max se iba a dedicar a investigar en los libros.

-Pues bien, ahora ya es un hombrecito m·s -palmeó el tobillo de su hermana-. No te preocupes, cariño. Saben cuidar de sí mismos.

-Por el amor de Dios, es un profesor de historia. ¿Qué ocurrir· si se meten realmente en problemas?

-El ya tiene problemas -le recordó C.C-. Pero es m·s fuerte de lo que parece.

-¿Qué te hace pensar eso? -absurdamente afligida, Lilah se levantó y comenzó a pasear por la habitación.

Aquella inusitada demostración de energía, hizo que C.C la mirara arqueando una ceja.

-Ese hombre saltó de un barco en medio de una tormenta y estuvo a punto de llegar por sí solo hasta la orilla a pesar de que tenía una herida de bala en la sien. Al día siguiente estaba en pie, con un aspecto infernal, pero ya estaba en pie. Hay una veta de cabezonería detr·s de esos ojos tranquilos. Me gusta.

Inquieta, Lilah se encogió de hombros.

-¿Y a quién no? Es un hombre adorable.

-Bueno, después de todo lo que averiguó Amanda sobre él, cualquiera esperaría que fuera un tipo presuntuoso o estirado. Pero no lo es. Es muy dulce. La tía Coco ya est· dispuesta a adoptarlo.

-Es muy dulce, sí -se mostró de acuerdo Lilah y volvió a sentarse-. Y no quiero que le hagan daño por culpa de un equivocado sentimiento de gratitud.

C.C. se inclinó hacia delante para mirar a su hermana a los ojos. Había algo m·s que la lógica preocupación en ellos, pensó, y sonrió para sí.

-Lilah, ya sé que t- eres la mística de la familia, pero, definitivamente, estoy sintiendo vibraciones. ¿Sientes algo serio por Max?

-Serio -aquella palabra puso todos los nervios de Lilah en alerta-. Por supuesto que no. Le tengo cariño y, de alguna manera, me siento responsable de él -y cuando la besaba, directamente se derretía. Frunció ligeramente el ceño y añadió lentamente-: Me gusta estar con él.

-Es muy atractivo.

-Te recuerdo que eres una mujer casada.

-Pero no estoy ciega. Hay algo muy atractivo en toda esa inteligencia, en ese aspecto erudito y romántico esperó un instante-. ¿No crees?

Lilah retrocedió. Sus ojos se curvaron en una sonrisa idéntica a la que brillaba en su mirada.

-¿Estás haciendo de aprendiz de casamentera con tía Coco?

-Solo estoy haciendo algunas averiguaciones. Soy tan feliz que me gustaría que todo el mundo se sintiera como yo.

-Yo también soy feliz -estiró los brazos-. Soy demasiado perezosa para no serlo.

-Hablando de pereza, tengo la sensación de que podría dormir durante toda una semana. Y como Trent todavía está fuera, jugando a los Chicos Duros, creo que me iré a la cama -C.C. empezaba a levantarse cuando un mareo la hizo derrumbarse en el asiento otra vez. Lilah se incorporó como un rayo y se inclinó sobre ella.

-¿Eh, cariño, estás bien?

-Me he levantado muy rápido, eso es todo -se llevó la mano a la cabeza, que no dejaba de darle vueltas-. Me encuentro un poco...

Moviéndose rápidamente, Lilah le hizo colocar a su hermana la cabeza sobre las rodillas.

-Respira lentamente, intenta tranquilizarte.

-Esto es una tontería -pero hizo lo que su hermana le decía hasta que sintió que cesaba la sensación de debilidad. Estoy agotada. Quizá vaya a enfermarme, maldita

sea.

-Mmm -sospechando cuál era el verdadero problema de C.C., Lilah esbozó una sonrisa-. ¿Cansada? ¿Has tenido náuseas últimamente?

-La verdad es que no -sintiéndose más fuerte, C.C. se enderezó-. Pero supongo que ando un poco pachucha, llevo un par de días levantándome con el estómago revuelto.

-Cariño -con una risa, Lilah golpeó suavemente la cabeza de su hermana-. Despierta y comienza a pensar en un futuro bebé.

-¿Qué?

-¿No se te ha ocurrido pensar que podrías estar embarazada?

-¿Embarazada? -abrió los ojos como platos-. ¿Embarazada? ¿Yo? Pero si solo llevamos casados poco más de un mes.

Lilah soltó una carcajada y enmarcó el rostro de su hermana entre las manos.

-Y supongo que no os habéis pasado todo el mes jugando a las cartas, ¿no?

C.C. abrió la boca y volvió a cerrarla antes de poder decir una sola palabra.

-Jamás se me había pasado por la cabeza... Un bebé -sus ojos se transformaron, se suavizaron y se humedecieron al mismo tiempo-. Oh, Lilah...

-Podría ser Trenton St. James IV.

-Un bebé -repitió C.C. y se llevó la mano al vientre con un gesto que mostraba al mismo tiempo admiración y cuidado-. ¿De verdad lo crees?

-De verdad -volvió a sentarse para abrazar a su hermana-. Y no hace falta que te lo pregunte para saber cómo te sientes. Tu cara lo dice todo.

-Todavía no le digas nada a nadie. Antes quiero asegurarme -riendo, se estrechó contra su hermana-. De pronto me ha desaparecido todo el cansancio. Llamaré al médico a primera hora de la mañana. O quizá debería comprarme una de esas pruebas que venden en las farmacias. A lo mejor hago las dos cosas.

Lilah la dejó divagar a su antojo. Mucho después de que C.C. se hubiera ido, el eco de su júbilo permanecía en la habitación.

Aquello era lo que la torre necesitaba, pensó Lilah. El júbilo de la más pura felicidad. Permaneció allí donde estaba, sintiéndose satisfecha y contemplando elevarse la luna en el horizonte. Una luna medio llena, blanca, flotando en el cielo y haciéndola soñar.

¿Qué se sentiría viviendo con alguien, estando felizmente casada y sintiendo crecer un bebé en las entrañas? Creando una vida junto a alguien que podía llegar a conocerla tan bien. Alguien capaz de conocerla y amarla a pesar de sus defectos. Quizá incluso a causa de ellos.

Sería adorable, pensó. Sería, sencillamente, adorable. Y aunque ella todavía no hubiera encontrado aquel amor, le bastaba mirar a C.C. y a Amanda para saberlo.

Con cierto pesar, apagó la luz de la habitación y comenzó a bajar a su habitación. La casa estaba en completo silencio. Suponía que debía ser ya media noche y todo el mundo se habría ido a la cama. Una opción inteligente, pensó, pero ella todavía estaba demasiado inquieta para descansar.

Intentando tranquilizarse, se dio un largo y fragante baño y después se puso su bata favorita. Aquel era uno de los pequeños placeres con los que a menudo se complacía, agua caliente y perfumada, después, el frío tacto de la seda. Todavía nerviosa, salió a la terraza para dejarse arrullar por la brisa nocturna.

Era demasiado romántico, pensó. Los rayos plateados de la luna sobre los árboles, el quedo chapoteo del agua en las rocas, los dulces aromas del jardín. Mientras permanecía allí, un pájaro tan inquieto como ella comenzó a entonar una solitaria canción nocturna. Aquella música la hizo anhelar algo. A alguien. Una caricia, un susurro en la oscuridad. Un brazo sobre sus hombros.

Un compañero.

No solo una pareja física, sino una pareja sentimental y espiritual. Había conocido a hombres que la habían deseado y sabía que eso nunca sería suficiente. Tenía que haber alguien capaz de ver más allá del color de su pelo o de la forma de su rostro, alguien capaz de encontrar su corazón.

Quizá estuviera pidiendo demasiado, pensó Lilah con un suspiro. ¿Pero no era preferible a pedir poco? Mientras tanto, tendría que concentrarse en otras cosas y dejar su corazón en las caprichosas manos del destino.

Comenzaba a volverse para entrar en su dormitorio cuando un movimiento le

llamó la atención. Bajo la luz de la luna, vio dos sombras inclinadas, moviéndose silenciosa y rápidamente por el jardín. Antes de que hubiera podido hacer nada más que registrar su existencia, las sombras ya se habían fundido con las del jardín.

No se lo pensó dos veces. Una casa era algo que merecía la pena defender. Con los pies descalzos para no hacer ruido, bajó los escalones y caminó hacia las sombras. Quien quiera que hubiera traspasado el territorio de las Calhoun, iba a llevarse el susto de su vida.

Como un fantasma, se deslizó por el jardín, dejando que la bata flotara a su alrededor. Oyó voces, amortiguadas y emocionadas al mismo tiempo y distinguió el débil haz de luz de una linterna. Se oyó una risa que fue rápidamente sofocada y después el sonido de una pala removiendo la tierra.

Aquel sonido, más que ninguna otra cosa, sacó a la superficie todo el temperamento de los Calhoun. Con el valor de saberse con la razón, caminó hacia delante.

-¿Qué demonios pensáis que estáis haciendo?

Se oyó el golpe de la pala contra una piedra, como si la hubieran dejado caer. La luz de la linterna iluminó las azaleas. -Dos nerviosos adolescentes, con el mapa del tesoro en la mano, miraron asustados a su alrededor, buscando la fuente de aquella voz. Vieron la figura de una mujer vestida de blanco. Consciente de su imagen, Lilah alzó los brazos, sabiendo que las mangas se inflarían de manera perfecta.

-Soy la guardiana de las esmeraldas -estuvo a punto de echarse a reír, complacida por el tono de su voz-. ¿Os atrevéis a enfrentaros a la maldición de los Calhoun? A cualquiera que se atreva a profanar estas tierras le espera una muerte terrible. Si apreciáis en algo vuestras vidas, salid corriendo ahora mismo de aquí.

No tuvo que decírselo dos veces. El mapa del tesoro por el que habían pagado diez dólares salió volando mientras ellos corrían por el camino, empujándose el uno al otro y tropezando con sus propios pies. Riéndose de sí misma, Lilah fue a buscar el mapa.

Había visto antes mapas como aquel. Algún espíritu emprendedor lo había dibujado y se lo vendía a los crédulos turistas. Tras guardárselo en el bolsillo, Lilah decidió darle a sus inesperados invitados una ración extra de estímulo. Los seguiría. Dispuesta a aullar como un fantasma, se adentró en el jardín.

Pero su aullido se transformó en un gruñido al tropezar con otra sombra.

Detenido a media carrera, Max perdió el equilibrio, se balanceó y terminó cayendo en el suelo encima de ella.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí?

-Soy yo -consiguió contestar Lilah y tomó aire-. ¿Qué demonios estás haciendo t-?

-He visto a alguien. Quédate aquí.

-No -lo agarró del brazo para mantenerlo a su lado-. Solo eran un par de adolescentes con un mapa del tesoro. Acabo de asustarlos.

-T... -furioso, se incorporó sobre un codo. A pesar de la oscuridad, se distinguía perfectamente su enfado en la mirada-. ¿Es que te has vuelto loca? -le preguntó-. ¿Cómo se te ocurre venir aquí sola y enfrentarte a dos intrusos?

-A dos adolescentes aterrorizados con un mapa del tesoro -lo corrigió y alzó la barbilla-. Estoy en mi casa.

-Me importa un comino de quién sea esta casa. Podrían haber sido Caulfield y Hawkins. Podría haber sido cualquiera. A nadie con un mínimo de sentido común se le ocurriría enfrentarse solo a dos posibles ladrones en medio de la noche.

Lilah contuvo la respiración y lo miró atentamente.

-¿Y qué estabas haciendo t-?

-Pensaba ir tras ellos -comenzó a decir, entonces advirtió su expresión-. Pero eso es diferente.

-¿Por qué, porque soy una mujer?

-No. Bueno, sí.

-Eso es una estupidez, falso y además sexista.

-Eso es algo sensato, cierto y sexista -discutían mediante furiosos susurros. De pronto, Max suspiró-. Lilah, podrían haberte hecho daño.

-El único que me ha hecho daño has sido t-, con ese placaje.

-No te he hecho ning-n placaje -musitó-. Lo que ha pasado ha sido que estaba mir-ndolos y no te he visto. Y, desde luego, no esperaba encontrarte merodeando en medio de la noche.

-No estaba merodeando -sopló para apartar un mechón de pelo de sus ojos-. Estaba haciendo de fantasma, y con mucho éxito por cierto.

-Haciendo de fantasma -Max cerró los ojos-. Ahora ya estoy seguro de que est-s completamente loca.

-Pues ha funcionado -le recordó.

-Esa no es la cuestión.

-Esa es precisamente la cuestión. Y la otra cuestión es que me has tirado antes de que pudiera terminar mi trabajo.

-Ya me he disculpado.

-No, no te has disculpado.

-De acuerdo. Lo siento si... -comenzó a apartarse de ella y cometió el error de bajar la mirada.

La bata de seda se había abierto durante la caída y había quedado abierta hasta la cintura. Los senos de Lilah resplandecían como si fueran de alabastro bajo la luz de la luna.

-Oh Dios -consiguió decir Max a través de sus labios repentinamente secos.

Lilah había vuelto a quedarse sin respiración. Permanecía muy quieta, observando cómo cambiaban los ojos de Max. De la irritación a la sorpresa, de la sorpresa al asombro, y del asombro a un profundo y oscuro deseo. Cuando Max deslizó la mirada por su cuerpo hasta encontrarse con sus ojos, Lilah se sintió como si cada uno de sus m-sculos se derritiera como la cera bajo el fuego.

Nadie la había mirado nunca de esa forma. Había tanta intensidad en su mirada... Era la misma concentración que había visto en sus ojos cuando Max intentaba bloquear y luchar contra el dolor. Sus ojos vagaron por su boca y quedaron detenidos sobre ella hasta que los labios de Lilah se entreabrieron para susurrar su nombre.

Era como adentrarse en un sueño, pensó Max mientras se inclinaba hacia Lilah.

Todo lo demás quedaba fuera de su campo de visión, convertido en un fondo borroso. Sus manos se perdieron en la melena de Lilah. Bajo sus labios, sentía su boca, cálida, maravillosamente cálida. Lilah lo rodeó con sus brazos como si hubiera estado esperando aquel momento. Max la oyó exhalar un suspiro largo y profundo.

Los labios de Max eran tan delicados... La besaba como si temiera que pudiera desvanecerse si precipitaba las cosas. Lilah percibía la tensión en su forma de sujetarla, en la forma en que posaba las manos en su pelo, en el temblor de su respiración mientras rozaba sus labios. Sentía los brazos y las piernas pesadas y la cabeza sorprendentemente ligera. Aunque quería mantener los ojos abiertos como él, se le cerraban. El más agradable de los deseos se extendía por su cuerpo mientras Max mordisqueaba delicadamente sus labios entreabiertos. Los murmullos de Lilah se entremezclaban con los de Max, haciéndose del todo indescifrables.

La hierba susurraba mientras Lilah se estiraba bajo él. Aquella fría y fresca fragancia parecía asimilarse perfectamente a Max. Mientras este deslizaba los dedos por sus senos, Lilah se oyó a sí misma emitir un gemido de aceptación.

Era increíblemente perfecta, pensó Max aturdido. Como una fantasía conjurada en medio de una noche solitaria. Brazos y piernas largas, piel sedosa y una boca cálida y generosa. El puro placer físico de sentirla tan cerca de él era como una droga a la que Max ya se estaba haciendo adicto.

Musitando su nombre, Max rozó apenas su garganta con los labios. Sentía palpar su pulso y el calor de aquella piel fundido con su exquisita fragancia cada vez que respiraba. Saborear a Lilah era como hundirse en el pecado. Tocarla era el paraíso. Max regresó hasta sus labios para perderse nuevamente en aquella deliciosa frontera entre el cielo y el infierno.

Lilah casi podía sentirse flotando sobre la hierba húmeda. Sentía su cuerpo tan libre como el aire, tan suave como el agua. Cuando sus bocas volvieron a encontrarse, se permitió entregarse sin límites a aquel beso. Y entonces sucedió.

No fue como el dulce clic o la imagen de una puerta abierta que tantas veces había imaginado. Fue como un rugido, como un golpe de viento que sacudió su cuerpo. Tras él, despertando a una velocidad aterradora, el dolor, intenso, dulce y sorprendente. Lilah se tensó contra Max; su grito de protesta quedó amortiguado contra sus labios.

La pasión de Max no se habría enfriado más rápidamente si Lilah lo hubiera abofeteado. Retrocedió bruscamente y la vio mirándolo fijamente, con los ojos abiertos como platos, rebosantes de miedo y confusión. Horrorizado por su conducta,

se puso de rodillas; estaba temblando, advirtió. Y también ella. No era extraño. Había actuado como un maniaco, tirándola primero y después toqueteándola.

Dios, que el cielo lo ayudara, porque estaba deseando hacerlo otra vez.

-Lilah... -su voz era un ronco susurro y carraspeó para aclararla.

Lilah no movía un solo músculo. No apartaba los ojos de él. Max quería acariciarle la mejilla, acercarse a ella y estrecharla contra él, pero no se atrevía a volver a tocarla.

-Lo siento. Lo siento mucho. Estabas tan hermosa... Supongo que he perdido la cabeza.

Lilah esperó un instante, deseando recuperar el equilibrio que siempre había formado parte de ella. Pero no llegaba...

-¿Eso es todo?

-Yo... -qué más querría que dijera?, se preguntó Max. El ya se sentía como un monstruo-. Eres una mujer increíblemente deseable -le dijo cuidadosamente-. Pero eso no es excusa para lo que acaba de ocurrir.

¿Qué había ocurrido? Ella tenía miedo de haberse enamorado de él y de que, si de verdad lo había hecho, el amor la hiciera sufrir. Porque ella odiaba sufrir.

-Así que me deseas físicamente.

Max se aclaró la garganta. 'Desear' no era la palabra adecuada. 'Ansiar' describiría mejor lo que sentía. Con la misma delicadeza con la que habría tratado a una niña, le cerró la bata.

-Cualquier hombre te desearía -contestó, con todos los nervios en tensión.

Cualquier hombre, pensó Lilah y cerró los ojos intentando combatir aquel latigazo de desilusión. Ella no había estado esperando a cualquier hombre, sino a un solo hombre.

-No pasa nada, Max -en su voz había una sombra de tensión mientras se sentaba-. No me has hecho ningún daño. Simplemente nos encontramos atractivos el uno al otro. Es algo que sucede constantemente.

-Sí, pero... -no a él, pensó. Y no de aquella manera.

Bajó la mirada hacia una pala que había sobre la hierba con el ceño fruncido. Para ella era más fácil, pensó. Era tan extravertida y desinhibida. Probablemente había habido docenas de hombres en su vida, pensó con una oleada de furia que le hizo desear partir la pala en dos.

-¿Y qué sugieres que hagamos al respecto? -le preguntó.

-¿Al respecto de qué? -contestó Lilah. Su sonrisa era tensa y ni siquiera la miraba a los ojos-. Podemos esperar a ver si se pasa. Como si fuera una gripe.

Max la miró entonces con un brillo peligroso en los ojos.

-No se pasar-. Por lo menos a mí. Te deseo. Una mujer como tú debería saber cuánto te deseo.

Aquellas palabras avivaron la emoción y el dolor en Lilah.

-Una mujer como yo -repitió suavemente-. Sí, esa es la cuestión, ¿verdad, profesor?

-¿La cuestión de qué? -comenzó a preguntar Max, pero ella ya se había levantado.

-Una mujer que disfruta con los hombres y que es generosa con ellos, ¿verdad?

-Yo no pretendía...

-Una mujer capaz de tumbarse semidesnuda con un hombre en la hierba. Un poco bohemía para ti, doctor Quartermain, pero tampoco pasa nada por experimentar algunas cosas con una mujer como yo.

-Lilah, por el amor de Dios... -él también se levanto, confundido.

-Si fuera tú, yo no volvería a disculparme. No hace ninguna falta -con un terrible dolor, se echó el pelo hacia atrás, por lo menos con las mujeres como yo. Al fin y al cabo, me has puesto en mi lugar, ¿no? Ya me has puesto la etiqueta, ¿verdad?

Dios santo, ¿eran los grimas lo que veía en sus ojos? Hizo un gesto de impotencia.

-No tengo la menor idea de a qué te refieres.

-Muy bien. Así que de todo esto lo único que entiendes es lo que t- quieres -se tragó las lágrimas-. Bien, profesor, pensaré en ello y te haré saber la decisión que tome.

Completamente perdido, clavó la mirada en la falda de la bata mientras Lilah subía las escaleras como un rayo. Segundos después, las puertas de la terraza se cerraban con un audible clic.

Lilah no iba a llorar. Se recordó a sí misma que era una experiencia agotadora y además casi siempre le causaba un terrible dolor de cabeza. No podía pensar en un solo hombre por el que mereciera la pena tomarse aquella molestia. Así que abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó una de las barritas de chocolate que tenía para las situaciones de emergencia.

Después de dejarse caer en la cama, dio un generoso mordisco a la barrita y fijó la mirada en el techo.

Sexy. Deseable. Hermosa. Maldito fuera, pensó mientras mordía nuevamente el chocolate. A pesar de su celebrada inteligencia, Maxwell Quartermain era tan estúpido como cualquier otro hombre. Lo único que era capaz de ver era un bonito envoltorio que, en cuanto hubiera sido desenvuelto, dejaría de tener interés para él. No sería capaz de ver ninguna otra sustancia, de atender a ninguna de sus necesidades.

Oh, era más educado que la mayoría. Un caballero hasta el final, pensó disgustada. No había hecho falta que se deshiciera de él. El cielo sabía que Max se había dado suficiente prisa para librarse de ella.

Le había dicho que había perdido la cabeza. Por lo menos era sincero, pensó, mientras se secaba con impaciencia una lágrima que había conseguido superar sus defensas.

Lilah era consciente de la imagen que proyectaba. Y rara vez la molestaba lo que la gente pudiera pensar. Se entendía bien consigo misma, se sentía cómoda con Lilah Maeve Calhoun. Y, desde luego, no se avergonzaba de disfrutar con los hombres. Aunque no disfrutara de ellos tanto como los demás pensaban, incluyendo, suponía, a su propia familia.

¿Desinhibida? Quizá, pero eso no era sinónimo de promiscuidad. ¿Flirteaba? Sí, era algo natural en ella, pero no lo hacía ni con malicia ni con intención de engaño.

Si un hombre coqueteaba con una mujer se le consideraba cariñoso. Si era una

mujer la que coqueteaba, se la consideraba una seductora. Pues bien, por lo que a ella concernía, el juego entre los sexos tenía dos carriles y a ella le gustaba jugar. En cuanto al buen profesor...

Se acurrucó en la cama, en actitud defensiva. Oh, Dios, le había hecho daño. Todas aquellas disculpas y explicaciones tartamudeadas. Y parecía tan asustado.

‘Una mujer como t.ª. Aquella frase se repetía una y otra vez en su cabeza.

¿No era capaz de darse cuenta de que si había conseguido impactarla había sido por su cuidado y su ternura? ¿No era capaz de sentir lo profundamente que la afectaba? Lo único que ella quería era que la acariciara otra vez, que le dirigiera una de aquellas dulces y tímidas sonrisas y le dijera que la quería. Por quien era ella, por lo que era, por lo que sentía. Ella quería consuelo y confianza... y él le había dado excusas. Había alzado la mirada hacia él, sintiendo todavía el zarpazo del amor, temblando de miedo... y él había retrocedido como si le hubiera dado una bofetada.

Lilah deseó haberlo hecho. Si aquello era amor, no tenía ninguna gana de compartirlo.

Porque la casa estaba en silencio, o quizá porque sus oídos ya se habían acostumbrado a los movimientos de Max, oyó que este subía los escalones y sintió que vacilaba al lado de su puerta. Dejó de respirar, aunque su corazón comenzó a latir rápidamente. ¿Entraría, empujaría la puerta y entraría para decirle lo que tan terriblemente deseaba oír? Prácticamente estaba viendo su mano sobre el picaporte. Después oyó sus pasos otra vez, mientras Max se dirigía a la terraza de su propio dormitorio.

La respiración de Lilah se transformó en un susurro. En los principios de Max no encajaba entrar en un dormitorio sin haber sido invitado. En el jardín, sobre la hierba, Max había seguido sus instintos más que su inteligencia, admitió Lilah. Y no había nadie que estuviera más a favor de los instintos que ella misma. Para él, había sido el momento, la luna... Era difícil culparlo y, desde luego, imposible esperar que sintiera lo que ella sentía. Que deseara lo que ella deseaba.

Pero, sinceramente, esperaba que no pegara ojo en toda la noche.

Resopló, tragó otro pedazo de chocolate y comenzó a pensar. Solo dos meses atrás, C.C. había ido a verla, ofendida y furiosa porque Trent la había besado y después le había pedido disculpas.

Apretando los labios, Lilah dio media vuelta en la cama. Quizá fuera otro ejemplo

de la clásica estupidez masculina. Era difícil culpar a alguien por algo con lo que había nacido. Si Trent se había disculpado porque realmente le importaba su hermana, entonces era posible que Max estuviera jugando las mismas cartas.

Era una teoría interesante y que además no le resultaría muy difícil demostrar. O descartar, pensó con un suspiro. En cualquier caso, lo mejor era averiguarlo cuanto antes. Y lo único que necesitaba para ello era un plan.

Lilah decidió hacer lo que mejor se le daba y se durmió.

En una casa del tamaño de Las Torres no era difícil evitar a alguien durante un día o dos. Max advirtió que Lilah se había mantenido fuera de su camino sin hacer el menor esfuerzo durante ese período de tiempo. Y no podía culparla por ello después de lo mal que había llevado las cosas.

Aun así, lo sacaba de quicio que no hubiera aceptado su sincera disculpa. En vez de aceptarla, se había puesto... Maldita fuera, si al menos supiera exactamente cómo se había puesto. De lo único que estaba seguro era de que había dado la vuelta a sus palabras, a sus intenciones, y después se había marchado encolerizada.

Y la echaba terriblemente de menos.

Había estado bastante ocupado, enterrado en su investigación, en los documentos de la familia que tan minuciosamente había archivado Amanda atendiendo a la fecha de sus contenidos. Había encontrado lo que consideraba la última aparición pública de las esmeraldas, se trataba de un artículo de un periódico sobre un baile que se había celebrado en Bar Harbor el diez de agosto de mil novecientos trece. Dos semanas antes de la muerte de Bianca.

Aunque lo consideraba una posibilidad bastante remota, había comenzado a elaborar una lista de los empleados que estaban trabajando en Las Torres durante el verano de mil novecientos trece. Algunos de ellos incluso podrían estar vivos. Seguirles el rastro a través de sus familiares podría ser difícil, pero no imposible. Ya había entrevistado a otros ancianos con anterioridad para que compartieran con él los recuerdos de su juventud. Con mucha frecuencia, sus recuerdos eran tan claros como el cristal.

La idea de hablar con alguien que hubiera conocido a Bianca, que las hubiera visto a ella y a las esmeraldas, lo emocionaba. Un empleado recordaría Las Torres tal como habían sido, habría conocido las costumbres de sus patrones. Y, sin duda alguna, también sus secretos.

Confundiendo en aquella idea, Max se inclinó sobre la lista.

-Ya veo que estás trabajando duramente.

Max alzó la mirada y pestañeó al ver a Lilah en la puerta. No hizo falta que nadie le dijera a Lilah que acababa de arrancar a Max del pasado. Su mirada perpleja hizo que le entraran ganas de abrazarlo. Pero se reprimió y se apoyó perezosamente contra el marco de la puerta.

-¿Interrumpo algo?

-Sí... No -maldita fuera, la boca se le estaba haciendo agua-. Yo solo.., estaba haciendo una lista.

-Tengo una hermana con el mismo problema.

Lilah iba vestida con un vestido de algodón blanco; su pelo de gitana, aquella melena de fuego, caía libremente sobre él. Los dos pendientes de malaquita que llevaba en las orejas se mecieron mientras cruzaba la habitación.

-Amanda -dejó a un lado el bolígrafo que tenía en la mano. A esas alturas estaba ya empapado en sudor-. Ha hecho un magnífico trabajo catalogando toda esta información.

-Es una fan-tica de la organización -con un gesto completamente natural, apoyó la cadera en la mesa en la que Max estaba trabajando-. Me gusta tu camiseta.

Era la única que Lilah había elegido por él, aquella del dibujo de la langosta.

-Gracias. Pensaba que estarías trabajando.

-Hoy es mi día libre -se apartó de la mesa, la rodeó y miró por encima de su hombro-. ¿Tú nunca te lo tomas?

Aunque sabía que era ridículo, sintió que se tensaban todos sus músculos.

-¿Tomarme qué?

-Un día libre -se echó la melena a un lado y se volvió para mirarlo-, para disfrutar. -

Lo estaba haciendo deliberadamente, no había ninguna duda. Quizá disfrutara viéndolo hacer el ridículo.

-Estoy ocupado -consiguió apartar la mirada de la boca de Lilah y fijarla en la lista que estaba elaborando. No fue capaz de leer un solo nombre-. Muy ocupado

-añadió casi desesperadamente-. Estoy intentando anotar todos los nombres de las personas que trabajaban en la casa durante el verano en el que murió Bianca.

-Una tarea difícil.

Se inclinó hacia delante, encantada con su reacción. Definitivamente, tenía que ser más que lujuria. Un hombre no se resistía con tanta fuerza a un sentimiento tan básico como el deseo.

-¿Necesitas ayuda?

-No, este es un trabajo para una sola persona -y quería que Lilah se marchara antes de que él comenzara a gimotear.

-El ambiente debió ser terrible en la casa después de que Bianca muriera. Y peor todavía para Christian, que tuvo que enterarse de la noticia y leer todo sobre lo ocurrido sin poder hacer nada. Creo que la quería mucho. ¿Tú has estado enamorado alguna vez?

Una vez más, Lilah consiguió arrastrar la mirada de Max hacia ella. En aquel momento no sonreía. No había ningún brillo de humor en su mirada. Por alguna razón, Max tuvo la sensación de que aquella era la pregunta más seria que le había hecho Lilah desde que la conocía.

-No.

-Yo tampoco. ¿Cómo crees que ser?

-No lo sé.

-Pero tienes que tener una opinión -se inclinó ligeramente hacia él-. Una teoría, alguna idea...

Max se sentía completamente hipnotizado.

-Debe ser como tener tu propio mundo privado. Como un sueño, en el que todo se intensifica y desaparece la lógica, pero es completamente tuyo.

-Eso me gusta -Max observó que la boca de Lilah se curvaba en una sonrisa. Casi podía saborearla-. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo, Max?

-¿Un paseo?

-Sí, conmigo, por los acantilados.

Max ni siquiera estaba seguro de si podría levantarse.

-Sí, no estaría mal dar un paseo.

Sin decir nada, Lilah le tendió la mano. Cuando él se levantó, lo condujo hacia las puertas de la terraza.

El mismo viento que había despejado el cielo de nubes alzó la falda del vestido de Lila e hizo volar su pelo. Despreocupada, Lilah continuó caminando, tomando la mano de Max con suavidad. Cruzaron el jardín y se alejaron de los ruidos de los trabajadores de la obra.

-No suelo caminar mucho -le explicó-, puesto que es eso lo que hago la mayor parte de los días, pero me gusta pasear por los acantilados. Están llenos de recuerdos.

Max volvió a pensar en todos los hombres a los que Lilah habría amado.

-¿Recuerdos tuyos?

-No, de Bianca, creo. Y si continúas sin querer creer en esas cosas, por los menos el paisaje merece la pena.

Max bajó la mirada hacia la pendiente que descendía hasta el mar. Le parecía un paisaje amable, sencillo, incluso amistoso.

-¿Ya no estás enfadada conmigo?

-¿Enfadada? -Lilah arqueó deliberadamente una ceja. No tenía intención de facilitarle las cosas-. ¿Enfadada por qué?

-Por lo de la otra noche. Sé que te hice enfadar.

-Ah, por eso.

Como no añadió nada más, Max volvió a intentarlo.

-He estado pensando en ello.

-¿De verdad? -elevó sus ojos cargados de misteriosos secretos hasta él.

-Sí. Y creo que no manejé demasiado bien la situación.

-¿Quieres que te dé otra oportunidad?

Max se quedó tan petrificado que hizo reír a Lilah.

-Relájate, Max -le dio un amistoso beso en la mejilla-. Simplemente, piensa en ello. Mira, el arándano silvestre ya está floreciendo -se inclinó para acariciar una de aquellas diminutas campanillas rosadas que crecían entre las rocas. A Max le llamó la atención que la acariciara y no la arrancara-. Esta es una época maravillosa para ver flores silvestres -se enderezó y se echó el pelo hacia atrás-. ¿Has visto esas?

-¿Esos hierbajos?

-Oh, y yo que pensaba que eras un poeta -sacudió la cabeza y volvió a tomarle la mano-. Lección número uno comenzó a decir.

Mientras caminaban, iba señalando pequeños grupos de flores que crecían entre las grietas o conseguían prosperar sobre el delgado manto de las rocas. Lo enseñó a reconocer los arándanos silvestres que podían arrancarse y ser comidos de inmediato. Observaron también el vuelo de las mariposas y las acrobacias de los zánganos sobre la hierba. Con Lilah, las cosas más vulgares parecían exóticas.

Lilah arrancó una hoja muy delgada y la machacó entre los dedos para extraer su acre fragancia, un olor que a Max le recordó al de su piel.

Se asomó con ella a un precipicio que caía directamente sobre el agua. Abajo, en la distancia, la espuma golpeaba las rocas, batiéndolas en una guerra eterna. Lilah lo ayudó a asomarse para ver los nidos de los pájaros, inteligentemente contruidos a partir de los diminutos salientes de las rocas, a las que se aferraban con una sorprendente tenacidad.

Aquello era lo que Lilah hacía diariamente, tanto para los grupos de turistas como para ella misma. Pero descubría un nuevo placer al compartirlo con él, al mostrarle algo tan sencillo y especial al mismo tiempo como las rosas salvajes que crecían hasta alcanzar la altura de un humano. El aire era como un vino refrescado por el viento, así que Lilah se sentó en una roca para beberlo con cada una de sus respiraciones.

-Este lugar es increíble -Max no podía sentarse; había demasiadas cosas que ver, demasiadas cosas que sentir.

-Lo sé.

Lilah disfrutaba con el placer de Max tanto como con el sol que acariciaba su rostro y el viento que mecía su pelo. Había fascinación en los ojos de Max, oscurecidos hasta adquirir un hermoso color índigo mientras asomaba una débil sonrisa a sus labios. La herida de la sien estaba curándose, pero Lilah pensó que siempre quedaría en ella una pequeña cicatriz que añadiría cierta gracia a aquel rostro inteligente.

Mientras un tordo comenzaba a trinar, Lilah se abrazó a sus rodillas.

-Eres guapo, Max.

Distraído, Max la miró por encima del hombro. Lilah permanecía cómodamente sentada sobre las rocas, tan relajada como si estuviera en un mullido sofá.

-¿Qué?

-He dicho que eres guapo. Muy guapo -se echó a reír al ver que se quedaba boquiabierto-. ¿Nadie te ha dicho nunca que eres muy atractivo?

¿A qué estaba jugando?, se preguntó Max. Y se encogió de hombros, sintiéndose terriblemente incómodo.

-No que yo recuerde.

-¿Ni una sola alumna recién graduada, ni la inteligente profesora de literatura inglesa? Qué descuido. Supongo que más de una de ellas te habrá echado el ojo... y algo más, pero seguro que estabas demasiado ocupado con tus libros para darte cuenta.

Max frunció el ceño.

-Tampoco he sido un monje...

-No -sonrió-, de eso ya me he dado cuenta.

Las palabras de Lilah le recordaron vívidamente a Max lo que había ocurrido entre ellos dos noches atrás. La había acariciado, la había saboreado, y a duras penas había conseguido reprimirse para no terminar haciendo el amor con ella allí mismo, en la hierba. Y ella se había marchado corriendo, recordó, furiosa y ofendida. Sin embargo, en ese momento parecía estar provocándolo, desafiándolo a repetir su error.

-Nunca sé qué esperar de ti.

-Gracias.

-No era un cumplido.

-Mejor aún -sus ojos, medio cerrados, resplandecían contra la luz del sol. Cuando habló, su voz era prácticamente un susurro-. Pero a ti te gustan las cosas predecibles, ¿verdad, profesor? Siempre te gusta saber lo que va a suceder a continuación.

-Probablemente tanto como a ti te gusta irritarme.

Riendo, Lilah le tendió la mano.

-Lo siento, Max. A veces me resulta irresistible. Vamos, siéntate, te prometo portarme bien.

Receloso, Max se sentó a su lado en la roca. La falda de Lilah revoloteaba tentadoramente alrededor de sus piernas. Con un gesto que a Max le pareció casi maternal, Lilah le palmeó el muslo.

-¿Quieres que seamos amigos? -le preguntó.

-¿Amigos?

-Claro -sus ojos bailaban divertidos-. Me gustas. Una mente tan seria, un carácter tan honesto... -Max se tensó, haciéndola reír-. Y cómo intentas disimular cuando te sientes avergonzado.

-Yo no intento disimular nada.

-Y ese tono autoritario cuando te enfadas. Ahora se supone que tienes que decirme lo que te gusta de mí.

-Estoy pensando.

-Debería haber añadido tu seco ingenio.

Max no pudo menos que sonreír.

-Eres la persona más dueña de sí misma que he conocido en mi vida -la miró-, eres amable, sin necesidad de armar demasiado alboroto, e inteligente, también sin

alborotos. Supongo que no armas alborotos por nada.

-Es demasiado cansado -pero las palabras de Max estaban llegando directamente al corazón-. Entonces puedo decir sin correr ningún riesgo que somos amigos?

-Desde luego.

-Estupendo -le apretó cariñosamente la mano-. Porque creo que para nosotros es importante que seamos amigos antes de convertirnos en amantes.

Max estuvo a punto de caerse de la roca.

-¿Perdón?

-Ambos sabemos que queremos hacer el amor -cuando Max comenzó a tartamudear, Lilah le sonrió con paciencia. Había pensado mucho en ello y estaba segura, bueno, al menos casi segura, de que sería lo mejor para los dos-. Relájate, en este estado no es ningún delito.

-Lilah, soy consciente de que he sido... eso, sé que he hecho algunas insinuaciones.

-Insinuaciones -desesperadamente enamorada, Lilah posó la mano en su mejilla-. Oh, Max.

-No estoy orgulloso de mi comportamiento -dijo muy tenso, y Lilah apartó la mano-. No quiero... -la lengua parecía habersele hecho un nudo.

El dolor regresó, una combinación de rechazo y derrota que ella detestaba.

-¿No quieres acostarte conmigo?

Max sintió también un nudo en el estómago.

-Claro que quiero. Cualquier hombre...

-No estoy hablando de cualquier hombre -aquellas eran las peores palabras que Max podía haber elegido. Era él, solo él, el que le importaba. Ella necesitaba oírle decir, por lo menos, que la deseaba-. Maldita sea, estoy hablando de ti y de mí, aquí y ahora -la cólera la obligó a levantarse de la roca-. Quiero saber lo que sientes t-. Si quisiera saber lo que siente cualquier otro hombre, llamaría por teléfono p me

acercaría al pueblo a preguntárselo a cualquiera.

Sin moverse de su asiento, Max consideró las palabras de Lilah.

-Para ser alguien que casi todo lo hace lentamente, tienes un genio muy rápido.

-Conmigo no utilices ese tono de profesor.

Entonces fue a Max al que le tocó sonreír.

-Pensaba que te gustaba.

-He cambiado de opinión -confundida por su propia actitud, Lilah se volvió hacia el mar. Era importante mantener la calma, se recordó a sí misma. Algo que siempre había conseguido hacer sin esfuerzo-. Sé lo que piensas de mí comenzó a decir.

-No sé cómo puedes saberlo, cuando ni siquiera yo estoy seguro de mí mismo -tardó algunos segundos en recomponer sus pensamientos-. Lilah, eres una mujer muy hermosa...

Lilah se volvió para fulminarlo con la mirada.

-Si vuelves a decirme eso otra vez, te juro que te pegaré.

-¿Qué? -completamente desconcertado, extendió las manos y se levantó-. Por qué? Dios mío, eres completamente frustrante.

-Eso está mucho mejor. No quiero oírte decir que mi pelo es del color del crepúsculo o que mis ojos son como la espuma del mar. Eso ya lo he oído y no me interesa nada en absoluto.

Max comenzó a pensar que ser un monje y vivir completamente alejado de los misterios femeninos tenía sus ventajas.

-¿Entonces qué quieres oír?

-No voy a decirte lo que quiero oír. Si lo hiciera, ¿entonces qué sentido tendría que me lo dijeras?

Incapaz ya de cualquier respuesta ingeniosa, Max se pasó las manos por el pelo.

-El problema es que yo no sé qué sentido tiene nada de esto. Estamos hablando de flores y de amistad y de pronto me preguntas que si quiero acostarme contigo. ¿Cómo se supone que debo reaccionar?

Lilah lo miró con los ojos entrecerrados.

-Dímelo t.

Max buscaba mentalmente la forma de conducir la conversación hacia un terreno seguro, pero no encontró ninguna.

-Mira, soy consciente de que estás acostumbrada a relacionarte con hombres.

Los ojos de Lilah relampaguearon.

-¿A qué te refieres exactamente?

Si al final iba a hundirse, decidió Max, al menos podría intentar hacerlo con cierta elegancia.

-Cállate -le tomó las manos, la estrechó contra él y se apoderó de sus labios.

Lilah podía saborear la frustración, el enfado y una tensa pasión en los labios de Max. Parecía un reflejo de sus propios sentimientos. Por vez primera, se resistió, esforzándose en contener su propia respuesta. Y por vez primera, Max ignoró sus protestas, demandando una respuesta.

Posaba la mano en su ondulante melena, echándole la cabeza hacia atrás de forma que pudiera besarla con locura. Lilah arqueaba su cuerpo, intentando alejarse de él, pero Max la mantenía contra él, estrechándola de tal manera que ni siquiera el viento podía deslizarse entre ellos.

Aquello era diferente. Ningún hombre la había forzado a... sentir. Lilah no quería aquel deseo, aquella desesperación. Desde la última vez que habían estado juntos, se había convencido a sí misma de que si se era suficientemente inteligente, el amor podía ser algo indoloro, sencillo y confortable.

Pero allí había dolor. Ni la pasión ni el deseo podían ocultarlo por completo.

Furioso consigo mismo y con Lilah, Max abandonó su boca, pero no apartó las manos de sus hombros.

-¿Eso es lo que quieres? -le preguntó-. ¿Quieres que me olvide de todas las normas, de todos los códigos de decencia? ¿Quieres saber lo que siento? Cada vez que estoy cerca de ti, estoy desesperado por tocarte. Y cuando lo hago, deseo arrastrarte a cualquier lado para hacer el amor contigo hasta que olvides que alguna vez ha habido otros hombres en tu vida.

-¿Entonces por qué no lo haces?

-Porque me importas, maldita sea. Lo suficiente como para demostrarte algún respeto. Y demasiado como para querer ser un hombre más en tu cama.

El enfado se desvaneció en los ojos de Lilah para ser sustituido por una vulnerabilidad más conmovedora que las lágrimas.

-Nunca serías uno más -alzó la mano hasta su rostro-. Para mí eres el primero, Max. Jamás ha habido nadie como tú -Max no dijo nada y las dudas que Lilah vio en sus ojos le hicieron apartar la mano otra vez-. No me crees.

-Desde que te conozco, me resulta muy difícil pensar con claridad -de pronto se dio cuenta de que todavía continuaba aferrado a sus hombros y relajó las manos-. Podría decir que me deslumbras.

Lilah bajó la mirada. Qué cerca había estado, comprendió, de decirle todo lo que guardaba en su corazón. De humillarse a sí misma y de ponerle a él en una situación embarazosa. Si lo que había entre ellos era algo puramente físico, tendría que ser fuerte y aceptarlo.

-Entonces dejémoslo por ahora -consiguió esbozar una sonrisa-. En cualquier caso, creo que nos estamos tomando todo esto demasiado en serio -para consolarse a sí misma, le dio un ligero beso en los labios-. ¿Amigos?

Max dejó escapar un suspiro.

-Claro.

-Volvamos a casa, Max -deslizó la mano en la de Max-. Me apetece echarme una siesta.

Una hora más tarde, Max estaba sentado en la soleada terraza de su habitación,

con un cuaderno olvidado en su regazo y la mente abarrotada de pensamientos que tenían a Lilah como protagonista.

No conseguía comprenderla. Y estaba seguro de que no lo conseguiría aunque dedicara algunas décadas a analizar aquel problema. Pero le importaba, lo suficiente como para añadir una buena dosis de miedo al resto de los sentimientos que Lilah despertaba en él. ¿Qué tenía él, un lastimoso profesor de universidad, que ofrecer a una mujer maravillosa, exótica, con un espíritu completamente libre, que rezumaba sexo con la misma naturalidad con la que otras mujeres exudaban un perfume?

...! era tan penosamente inepto que tan pronto estaba tartamudeando a su alrededor como la agarraba como un neanderthal.

Quiz· lo mejor que podía hacer era recordarse que siempre se había sentido más cómodo con los libros que con las mujeres.

¿Cómo podía llegar a decirle que la deseaba tan terriblemente que apenas podía respirar? ¿Que lo aterraba dejarse llevar por el deseo porque temía que, una vez que lo hiciera, ya nunca podría olvidarla? Lo que para ella sería una aventura de verano, para él sería un acontecimiento que transformaría toda su vida.

Se estaba enamorando de ella, lo cual era completamente ridículo. En su vida no había lugar para Lilah, y esperaba ser suficientemente inteligente como para poder controlar sus sentimientos antes de que lo llevaran demasiado lejos. En unas pocas semanas, volvería a su agradable y ordenada rutina. Eso era lo que él quería. Y así era como tenía que ser.

Y si Lilah conseguía embrujarlo, él no podría sobrevivir a su hechizo.

-¿Max? -Trent, que se dirigía hacia el ala oeste, se detuvo al verlo-. ¿Te interrumpo?

-No -Max bajó la mirada hacia la hoja en blanco que tenía en el regazo-. No interrumpes nada.

-Tienes aspecto de estar intentando resolver un problema de especial dificultad. ¿Es algo que tenga que ver con las esmeraldas?

-No -alzó la mirada y entrecerró los ojos para protegerse del sol-, con las mujeres.

-Vaya. Buena suerte -arqueó una ceja-. Particularmente si estás pensando en una

Calhoun.

-En Lilah -Max se frotó la cara con expresión de agotamiento-. Cuanto m's pienso en ella, menos la comprendo.

-Un principio perfecto en una relación -como él mismo había experimentado algo parecido, Trent decidió tomarse unos minutos y se sentó a su lado-. Es una mujer fascinante.

-Yo he decidido que la palabra m's adecuada para describirla es ' inestable^a.

-Es una mujer muy hermosa.

-Pero no se le puede decir. Es capaz de arrancarte la cabeza -intrigado, estudió a Trent-. ¿C.C. te amenaza con pegarte cuando le dices que es guapa?

-No va tan lejos.

-Pensaba que podía tratarse de un rasgo familiar -comenzó a dar golpecitos con el bolígrafo sobre el cuaderno-. La verdad es que no sé mucho de mujeres.

-Bueno, entonces creo que debería decirte todo lo que sé yo -se recostó en su silla-. Son frustrantes, emocionantes, maravillosas e irritantes.

Max esperó un instante.

-¿Eso es todo?

-Sí -alzó la mirada y levantó la mano para saludar a Sloan, que se acercaba.

-¿Haciendo un descanso? -preguntó Sloan, y como la idea le pareció tentadora, sacó un cigarrillo.

-Tenemos una conversación sobre mujeres -lo informó Trent-. Quiz· quieras añadir algo a mi breve disertación.

Sloan encendió el cigarrillo lentamente.

-Son cabezotas como mulas, malintencionadas como un gato callejero, y el juego m's condenadamente divertido de la ciudad -soltó una bocanada de humo y sonrió de oreja a oreja-. Te gusta Lilah, ¿eh?

-Bueno, yo...

-No seas tímido -Sloan intensificó su sonrisa mientras fumaba el cigarrillo-. Est-s entre amigos.

Max no estaba acostumbrado a hablar de mujeres, y mucho menos de sus sentimientos hacia cierta mujer en particular.

-Sería difícil no estar interesado en ella.

Sloan soltó una carcajada y le guiñó el ojo a Trent.

-Hijo, estarías muerto si no te interesara. Entonces, ¿dónde est· el problema?

-No sé qué hacer con ella.

Trent curvó los labios en una sonrisa.

-Eso me resulta familiar. ¿Qué quieres hacer?

Max le dirigió a Trent una larga y lenta mirada que hizo reír a su interlocutor.

-Sí, eso es -Sloan chupó con aire satisfecho su cigarro-. Y ella, ¿est· interesada?

Max se aclaró la garganta.

-Bueno, ella ha dado a entender que.. bueno, esta tarde hemos ido a dar un paseo por los acantilados, y... sí, est· interesada.

-¿Pero? -intervino Trent.

-No consigo comprenderla.

-Tendr·s que seguir intent·ndolo -le dijo Sloan, mirando la brasa de su cigarrillo-. Por supuesto, si la haces desgraciada, yo tendría que machacarte la cara -volvió a dar una calada-. Le tengo mucho cariño a Lilah.

Max lo estudió un momento, después echó la cabeza hacia atr·s y soltó una carcajada.

-Aquí no tengo forma de ganar, creo que por fin lo he comprendido.

-Ese es el primer paso -Trent se movió en la silla-. Y ya que tenemos un minuto a solas, sin compañía de las damas, creo que deberíais saber que por fin he recibido un informe sobre Hawkins. Jasper Hawkins, ladrón, salido de Miami. Se sabe que es socio de nuestro viejo amigo Livingston.

-Bueno, bueno -murmuró Sloan, apagando su cigarro.

-Empieza a parecer que Livingston y Caulfield son la misma persona. Todavía no se sabe nada del yate.

-He estado pensando en eso -intervino Max-. Es posible que hayan intentado ocultar su rastro. Incluso aunque crean que estoy muerto, imaginan que el cadáver habrá aparecido en la playa y habrá sido identificado.

-Así que quizá hayan abandonado el yate.

-O quizá hayan cambiado de embarcación -Max extendió las manos-. Pero no van a renunciar, de eso estoy convencido. Caulfield, o quien quiera que sea, está obsesionado con las esmeraldas. Ha podido cambiar de tácticas, pero no va a renunciar.

-Tampoco nosotros -murmuró Trent. Los tres hombres intercambiaron miradas-. Si las esmeraldas están en la casa, las encontraremos. Y si ese canalla... -se interrumpió al ver que su esposa cruzaba a toda velocidad las puertas de la terraza-. C.C. -se levantó rápidamente y fijó en ella la mirada-. ¿Qué ocurre? ¿Qué estás haciendo en casa?

-Nada, no pasa nada -riendo, abrazó a su esposo-. Te quiero.

-Yo también te quiero -pero se apartó ligeramente para estudiar su rostro. C.C. tenía las mejillas sonrojadas y los ojos húmedos y brillantes-. Bueno, esto tiene que ser una buena noticia -le apartó el pelo de la cara, acariciándole suavemente la mejilla al hacerlo. Sabía que su esposa no se había encontrado demasiado bien durante la última semana.

-Una noticia inmejorable -C.C. miró a Sloan y a Max-. Perdonadnos un momento.

Agarró a Trent de la mano y lo condujo hacia su dormitorio, donde podría hablar con él en privado. Todavía no habían llegado cuando decidió darle la noticia.

-Oh, no puedo esperar. Creo que he rebasado todos los límites de velocidad mientras venía a casa después de haberme hecho el análisis.

-¿Qué análisis? ¿Estás enferma?

-Estoy embarazada -soltó la respiración y miró su rostro.

En el semblante de Trent había preocupación, sorpresa y admiración.

-¿Tú... estás embarazada? -miró boquiabierto el vientre plano de su esposa y elevó nuevamente la mirada hacia su rostro-. ¿Un bebé? ¿Vamos a tener un bebé?

Mientras C.C. asentía, Trent la levantó en brazos y giró con ella.

-¿Qué demonios les pasa? -preguntó Sloan.

-Hombres -detrás de Max, Lilah salió de la otra habitación-. Sois todos tan estúpidos -con un suspiro, posó la mano en el hombro de Max y miró a su hermana y a Trent con los ojos humedecidos por las lágrimas-. Vamos a tener un bebé, bobos.

-Maldita sea -después de soltar un grito de alegría, Sloan corrió hasta ellos, le palmeó la espalda a Trent y besó a C.C.

Al oír un sollozo tras él, Max se levantó.

-¿Estás bien?

-Claro -se secó una lágrima, pero escapó otra de sus ojos-. Es mi hermana pequeña-sollozó otra vez y soltó una carcajada llorosa cuando Max le ofreció su pañuelo-. Gracias -se frotó los ojos, se sonó la nariz y suspiró-. Voy a quedármelo un rato, ¿de acuerdo? Creo que todos vamos a llorar a raudales cuando bajemos a anunciarle la noticia al resto de mi familia.

-Sí, claro -inseguro de sí misma, se metió las manos en los bolsillos.

-Bajemos a ver si hay champán en el congelador.

-Bueno, creo que yo debería quedarme aquí.

Sacudiendo la cabeza, Lilah le tomó la mano con firmeza.

-No seas tonto. Me guste o no, profesor, formas parte de la familia.

Max se dejó llevar y descubrió que le gustaba. Que de hecho, le gustaba un montón.

Todo empezó con ese cachorro perdido. Un perrito empapado, sin casa e indefenso. No sé cómo pudo llegar solo hasta los acantilados. A lo mejor lo había abandonado alguien, o quizá el cachorro se había separado de su madre y se había perdido. El caso es que lo encontramos, Christian y yo, en una de nuestras maravillosas tardes. El perrito estaba escondido detrás de unas rocas, muerto de hambre y gimiendo, era como una bolita de hueso y piel.

Con una dosis increíble de paciencia, palabras dulces y trocitos de queso y pan, Christian consiguió atraerlo hacia él. Me conmovió ver la dulzura y el amor de los que es capaz este hombre al que adoro. Conmigo siempre es tierno, pero a veces he sido testigo de una intensa impaciencia en él cuando se enfrenta a sus cuadros. Y también he sentido una pasión casi cercana a la violencia, luchando por ser liberada cuando me abraza.

Pero con el cachorrito, ese pequeño huérfano, le ha salido instintivamente la bondad. Quizá porque la ha sentido, el perrito no ha dudado en lamerle la mano y después ha permitido que lo acariciara incluso después de haber engullido la magra comida que le hemos ofrecido.

-Es un luchador -comentó Christian riendo mientras deslizaba sus manos de artista por su sucio pelo-. Aunque un poco pequeño, ¿verdad?

-Necesita un buen baño -contesté yo, pero no pude menos que reír cuando el perrito marcó mi vestido con sus patitas-. Tuna buena comida -encantada con la atención que le prestaba, el perrito comenzó a lamerme la cara, temblando de alegría.

Por supuesto, me dejó prendada. Era una cosita tan cariñosa, tan confiada y le hacían falta tantas cosas. Estuvimos jugando con él, tan ilusionados como si fuéramos niños y después tuvimos una pequeña discusión sobre cuál iba a ser su nombre.

Al final decidimos llamarlo Fred. A él pareció gustarle. Cuando se lo dijimos, se puso a ladrar y a saltar como un loco. Jamás olvidaré la dulzura y la sencillez de aquel momento. Mi amor y yo sentados en la hierba con aquel cachorrito perdido, fingiendo que podríamos cuidarlo juntos.

Al final, fui yo la que me traje a Fred. Ethan había estado pidiendo una mascota y pensé que ya tenía edad suficiente para apreciarla y al mismo tiempo hacerse responsable de ella. Cuando le llevé el cachorrito a la niñera, se produjo un auténtico

clamor. Los niños abrían los ojos como platos, estaban emocionados, se turnaban para sostenerlo en brazos, para acariciarlo. Estoy segura de que el pequeño Fred se sintió como un rey.

Fue bañado y alimentado con gran ceremonia. Y también acariciado, acurrucado y mimado hasta que se quedó dormido, agotado por la emoción.

Regresó entonces Fergus. La emoción del encuentro con Fred me había hecho olvidarme de los planes que teníamos para la noche. Mi marido tenía motivos para enfadarse porque todavía no estaba lista para salir a cenar. Los niños, incapaces de contener su alegría, estaban tan nerviosos que aumentaron su impaciencia. El pequeño Ethan, orgulloso, llevó a Fred al salón.

-¿Qué demonios es eso? -quiso saber Fergus.

-Un cachorro -Ethan le tendió a su padre el inquieto perrito-. Se llama Fred.

Al advertir la expresión de mi marido, le quité el cachorro a mi hijo y comencé a explicar lo que había pasado. Supongo que pretendía apelar al lado m's amable de Fergus, al amor, o al menos al orgullo, que sentía por Ethan. Pero se mantuvo inflexible.

-No pienso tener un chucho en mi casa. ¿Acaso crees que he trabajado durante toda mi vida, que he luchado para poder poseer todo esto para que venga ahora un saco de pulgas a aliviarse en mis alfombras o morder mis cortinas?

-Se portar bien -con labios tembloroso, Colleen se aferró a mi falda-. Por favor, pap. Lo guardaremos en nuestro cuarto y lo cuidaremos.

-No haréis nada de eso, jovencita -Fergus ignoró las l-grimas de Colleen y miró a Ethan, que también tenía los ojos llenos de l-grimas. Durante un instante, se suavizó su expresión. Al fin y al cabo, Ethan era su primer hijo, su heredero, la garantía de su inmortalidad-. Un chucho no es la mascota apropiada para ti, muchacho. El hijo de cualquier pescador puede tener un perro como ese. Si es un perro lo que quieres, buscaremos uno en cuanto regresemos a Nueva York. Un perro estupendo, de raza.

-Yo quiero a Fred -con sus dulces ojos al borde de las l-grimas, Ethan alzó la mirada hacia su padre. Hasta el pequeño Sean lloraba ya, aunque dudo que comprendiera lo que estaba ocurriendo.

-No hay nada m's que discutir -a punto ya de perder la paciencia, Fergus se levantó hacia el bar y se sirvió un whisky-. Es completamente absurdo. Bianca, haz que cualquiera de los sirvientes se ocupe del perro.

Sé que me puse tan p-lida como los niños. Hasta Fred aullaba, presionando su rostro contra mi pecho.

-Fergus, no puedes ser tan cruel.

Vi sorpresa en su mirada, sin duda. Jam-s se le había ocurrido pensar que yo pudiera hablarle de esa forma delante de los niños.

-Bianca, haz lo que te he ordenado.

-Mam· dijo que podíamos qued·rnoslo -comenzó a decir Colleen, alzando colérica su voz infantil-. Mam· lo prometió. No podr·s sacarlo de casa. Mam· no te dejar·.

-Soy yo el que dirige esta casa. Y si no quieres ganarte una bofetada controla tu tono de voz.

Me descubrí a mí misma aferr·ndome a los hombros de Colleen, tanto para contenerla como para protegerla. Jam-s dejaré que le ponga una mano encima a uno de mis hijos. La furia me cegaba, me hacía temblar mientras me inclinaba sobre ella y posaba a Fred en sus brazos.

-Sube con la niñera -le dije quedamente-. Y llévate a tus hermanos.

-No matar· a Fred -hay algo m·s conmovedor que la rabia de un niño?-. Lo odio, y no dejaré que mate a Fred.

-Chss. A Fred no le pasar· nada, te lo prometo. Estar· bien. Y ahora sube con la niñera.

-Has hecho un pobre trabajo con tus hijos, Bianca -empezó a decir Fergus cuando los niños salieron-. Esa niña ya tiene edad suficiente para saber cu·l es su lugar.

-¿Su lugar? -sentía rugir en mi cabeza la furia que nacía en mi corazón-. ¿Cu·l es su lugar, Fergus? ¿Quedarse tranquilamente sentada en una esquina, con las manos cruzadas, sin expresar lo que quiere ni lo que piensa hasta que le encuentres un buen marido? Son nuestros hijos, tus hijos, Fergus, ¿ cómo puedes hacerles tanto daño?

Jam-s en todo mi matrimonio había utilizado ese tono con él. Nunca se me había ocurrido hacer algo así. Por un instante, tuve la convicción de que me iba a pegar. Lo vi en sus ojos. Pero pareció contenerse, aunque sus dedos estaban blancos como el

murmuró mientras sujetaba el vaso.

-¿Me lo estás preguntando en serio, Bianca? -la furia había robado el color a su rostro y oscurecido sus ojos-. ¿Olvidas de quién es esta casa, quién te proporciona la comida que comes o la ropa que llevas?

-No -en ese momento sentí con una nueva tristeza que era eso a lo que se reducía nuestro matrimonio-. No, no lo olvido. No puedo olvidarlo. Pero preferiría vestir harapos o pasar hambre antes que dejar que hicieras daño a mis hijos. Y no pienso permitir que los destroces quitándoles ese cachorro.

-¿Permitir? -ya no estaba pálido, su rostro se había teñido de color carmesí-. Ahora eres tú la que olvidas cuál es tu lugar, Bianca. Con una madre como tú, no es sorprendente que los niños me desafíen tan abiertamente.

-Ellos quieren tu amor, tu atención -a pesar de todos mis esfuerzos por contenerme, a esas alturas ya le estaba gritando-. Igual que los quería yo. Pero tú solo quieres a tu dinero, tu posición.

Qué amargamente discutimos entonces. Ni siquiera puedo repetir todo lo que me llamó. Lanzó el vaso contra la pared, haciendo añicos el cristal y su propio control. Había una furia salvaje en sus ojos cuando me agarró por el cuello. Temí por mi vida, estaba aterrorizada por mis hijos. Me tiró a un lado y yo me dejé caer en una silla. Fergus me miraba fijamente, con la respiración agitada.

Muy lentamente, haciendo un gran esfuerzo, consiguió recobrar la compostura. Ya no era tan intenso el rubor de sus mejillas.

-Ahora me doy cuenta de que he sido demasiado generoso contigo -dijo-. Pero a partir de ahora, todo cambiará. ¿Crees que vas a continuar haciendo las cosas tal como te apetezca? Cancelaré los planes que teníamos para esta noche. Tengo un asunto que atender en Boston. Mientras esté aquí, me entrevistaré con varias institutrices. Ya es hora de que los niños aprendan a respetar y a apreciar su posición social. Entre tú y la niñera los habéis mimado demasiado -sacó su reloj de bolsillo y miró la hora-. Esta noche me iré y estaré fuera dos días. Cuando vuelva, espero que hayas recordado cuáles son tus deberes. Si ese chucho está todavía en la casa, tú y los niños seréis castigados. ¿He sido claro, Bianca?

-Sí -contesté con la voz estrangulada-. Muy claro.

-Excelente. Hasta dentro de dos días entonces.

Salió del salón. Yo no me moví de allí durante al menos una hora. Oí llegar el carruaje que venía por él. Le oí dar órdenes a los sirvientes. Para entonces, yo ya sabía lo que tenía que hacer.

¿Para qué diablos nos va a servir todo este montón de papeles?

Hawkins caminaba nervioso por una de las soleadas habitaciones de la casa que habían alquilado. El nunca había sido un hombre paciente. Prefería usar sus puños o cualquier arma a su cerebro. Su socio, que había adoptado el nombre de Robert Marshall, estaba sentado en un escritorio de roble, revisando detenidamente los documentos que habían robado de Las Torres un mes antes. Se había teñido el pelo de un indefinido tono castaño.

Si Max Quartermain lo hubiera visto, lo habría identificado al instante como Ellis Caufield. Ningún nombre falso, ningún disfraz, podría esconder que era el ladrón cuya mente sin escrúpulos había planificado robar las esmeraldas de las Calhoun.

-Me tomé numerosas molestias para conseguir esos documentos -replicó Caufield en tono aplacible-. Y ahora que hemos perdido al profesor, tendré que descifrarlos yo mismo. Simplemente, tardaré un poco más.

-Todo este asunto apesta.

Hawkins fijó la mirada en la ventana, en los frondosos árboles que flanqueaban la casa. Estaba escondida detrás de un bosquecillo de álamos cuyas hojas agitaba continuamente la brisa. Con las ventanas del estudio abiertas de par en par, la esencia de los pinos y los guisantes dulces inundaba la habitación. Pero Hawkins solo podía oler su propia frustración. El luminoso azul de la bahía no mejoraba su humor. Había pasado suficiente tiempo en prisión como para sentirse encerrado en aquel lugar, por hermosos que fueran los alrededores.

Haciendo crujir sus nudillos, Hawkins se apartó de la ventana.

-Podríamos pasarnos semanas aquí metidos.

-Deberías aprender a apreciar este paisaje. Y esta habitación -el nerviosismo de su compañero era irritante, pero lo toleraba. Al menos mientras necesitara a Hawkins. Después de que las esmeraldas fueran encontradas... Bueno, ese era otro asunto-. Desde luego, yo prefiero la casa al yate. Y encontrar un alojamiento adecuado frente a la bahía ha sido caro y difícil.

-Esa es otra de las cosas -Hawkins sacó un cigarrillo-. Estamos gastando un dineral y lo único que hemos conseguido hasta ahora ha sido un montón de papeles.

-Te aseguro que las esmeraldas valdrán mucho más que todo el dinero que llevamos gastado.

-Si es que las malditas esmeraldas existen.

-Existen -Caufield despejó el humo con la mano, con un gesto de irritación y repitió con expresión intensa-: Existen. Y antes de que termine este verano, las tendré en mis manos -alzó las manos. Eran suaves, blancas y ágiles. En ese momento, estaba imaginando las relucientes piedras preciosas sobre ellas-. Y serán más.

-Nuestras -lo corrigió Hawkins.

Caufield alzó la mirada y sonrió.

-Nuestras, por supuesto.

Después de cenar, Max volvió a concentrarse en la lista. Se dijo a sí mismo que estaba siendo responsable, haciendo lo que tenía que hacer. Pero la verdad era que tenía que poner distancia entre él y Lilah. No podía continuar engañándose diciendo que lo que sentía por ella solo era deseo. Que era una simple reacción física que podría ser activada por una imagen en la televisión o una voz en la radio.

Porque sabía que no había nada simple ni fácil de ignorar en su forma de reaccionar ante Lilah.

A medida que iban pasando los días, sus sentimientos eran más confusos, menos estables y más ingobernables. La situación ya era suficientemente complicada cuando le bastaba mirarla para desearla. En ese momento, le bastaba mirarla para sentir que sus deseos se fundían con sueños poco realistas, absurdos e imposibles.

Max nunca había dedicado mucho tiempo a pensar en el amor, y ninguno en absoluto a pensar en el matrimonio o la familia. Su trabajo siempre había sido suficiente para él, había llenado todos los vacíos de su vida. Había disfrutado de las mujeres, y aunque estaba lejos de haber sido el Don Juan de Cornell, había mantenido algunas relaciones cómodas y satisfactorias. Aun así, nunca había sentido la necesidad de correr al altar o comenzar a construir un hogar.

La soltería le gustaba. Cuando pensaba en el futuro se imaginaba a sí mismo como un malhumorado anciano y con un hermoso perro como única compañía.

Era un hombre sencillo que vivía una vida tranquila. Al menos hasta entonces. Y en cuanto ayudara a localizar las esmeraldas de las Calhoun, regresaría a su vida tranquila. Y regresaría solo. Aunque las cosas ya nunca serían exactamente iguales para él, sabía que Lilah se olvidaría del torpe profesor de universidad antes de que los vientos invernales comenzaran a soplar en la bahía.

E imaginaba que cuanto antes terminara lo que se había mostrado de acuerdo en hacer y se marchara, más fácil le resultaría irse. Terminó la lista y decidió que ya había llegado la hora de dar el siguiente paso hacia el final del más increíble verano de su vida.

Encontró a Amanda en su habitación, trabajando en su propia lista. Era la de los invitados a su boda, que se celebraría en menos de tres semanas.

-Siento interrumpir.

-No te preocupes -Amanda empujó suavemente sus gafas y sonrió-. Tengo todo bajo control, excepto mis nervios -ordenó sus papeles y los dejó sobre la bandeja que tenía en el escritorio-. Yo era partidaria de fugarme con Sloan, pero tía Coco me habría asesinado.

-Supongo que una boda lleva muchísimo trabajo.

-Incluso preparar una ceremonia sencilla y familiar es como planificar la mayor de las ofensivas. O como estar en el circo -decidió, y soltó una carcajada-. Tienes que terminar haciendo malabares con los fotografías, la colocación de los invitados y los arreglos florales. Pero me está saliendo todo muy bien. Me está ayudando C.C, aunque debería ser capaz de hacerlo todo yo sola. Pero... -se quitó las gafas y comenzó a doblar y desdoblar las patillas-. Todas estas cosas me desequilibran, así que Max, intenta distraerme un rato y cuéntame qué te preocupa a ti.

-He estado trabajando en esta lista y no sé si está completa -le mostró la lista-. Son todos los nombres de los sirvientes que trabajaron en la casa el verano en el que Bianca murió, al menos los que he podido encontrar.

Amanda apretó los labios y volvió a ponerse las gafas. Admiró aquellas columnas ordenadas, escritas con una letra nítida.

-¿Son todos estos?

-Son los que aparecen en el libro de contabilidad que he consultado. He pensado que podríamos ponernos en contacto con sus familias. Quizá incluso tengamos suerte y alguno de ellos viva.

-Cualquiera que trabajara aquí en esa época, debe rondar ya los cien años.

-No necesariamente. Muchos de los empleados podrían ser muy jóvenes. Algunas doncellas, el jardinero, o las ayudantes de cocina, por ejemplo -cuando Amanda comenzó a tamborilear con el lápiz en la mesa, añadió-: Hay pocas probabilidades, lo sé, pero...

-No -con la mirada fija en la lista, Amanda asintió-. Aunque no pudiéramos encontrar a nadie de los que trabajó entonces aquí, es posible que les contaran algo a sus hijos. Es casi seguro que la mayor parte de ellos vivían en esta zona, y quizá todavía lo sigan haciendo -alzó la mirada-. Has tenido una buena idea, Max.

-Me gustaría que me ayudaras a confirmar algunos nombres.

-Te ayudaré en todo lo que pueda, pero no va a ser fácil.

-Investigar es lo que mejor se me da.

-Y has hecho un gran trabajo -le tendió una mano para estrechársela-. ¿Por qué no nos dividimos la lista entre los dos y comenzamos mañana? Supongo que la cocinera, el mayordomo, el ama de llaves, la dama personal de Bianca y la niñera vendrían con ellos desde Nueva York.

-Pero seguramente las asistentes y los empleados de menor rango serían contratados en la localidad.

-Exactamente, podemos dividir la lista de esa forma y después comprobar los datos -se interrumpió cuando Sloan entró en la habitación con una botella de champán y dos copas.

-Te dejo cinco minutos sola y ya empiezas a entretenerme con otro -dejó la botella de champán a un lado-. Y además estás hablando de comprobar datos. Esto debe ser algo serio.

-Ni siquiera hemos empezado a ponerlos en orden alfabético -respondió Amanda.

-Parece que he llegado justo a tiempo -tomó el lápiz que Amanda tenía en la mano antes de hacerla levantarse-. Cinco minutos más, y ya podrías haber estado empezando a hacer correlaciones.

Desde luego, allí no lo necesitaban, decidió Max. Por la forma en la que se estaban besando, aparentemente se habían olvidado de él. Mientras se marchaba, miró envidioso por encima del otro. Se estaban mirando el uno al otro, sonriendo, sin decir nada. Era evidente que se trataba de dos personas que sabían lo que querían: se querían el uno al otro.

Ya de vuelta en su habitación, Max decidió que pasaría el resto de la velada tomando notas para su libro. Si pudiera reunir el valor suficiente, se sentaría en frente de la máquina de escribir que Coco le había prestado. Podía dar ese paso, ese enorme paso, y comenzar a escribir directamente su novela, en vez de dedicarse a prepararse para escribirla.

Miró la tantas veces aporreada Remington y sintió que se le encogía el estómago. Quería sentarse, deslizar los dedos por aquellas teclas con la misma desesperación que un hombre ansiaba tener a la mujer deseada en sus brazos. Pero le daba tanto miedo tener, que enfrentarse a la hoja en blanco como verse frente al pelotón de fusilamiento, O quizá más.

Solo necesitaba prepararse, se dijo a sí mismo. Colocar mejor sus libros de referencia. Intentar que sus notas fueran más fácilmente accesibles. Y ajustar la luz.

Pensó en docenas de detalles que debía perfeccionar antes de empezar. Una vez hubo terminado con ellos, intentó y fracasó pensar en algo más. Y se sentó.

Allí estaba, comprendió, a punto de empezar algo con lo que había soñado durante toda su vida. Lo único que tenía que hacer era escribir la primera frase y ya estaría comprometido a continuar.

Curvó los dedos sobre el teclado.

¿Por qué habría pensado que podía escribir una novela? Una tesis, una conferencia, sí. Ambas eran cosas que estaba preparado para hacer. Pero una novela, Dios, una novela no era algo que nadie pudiera enseñar a hacer. Hacía falta imaginación, ingenio, sentido del dramatismo. Pensar en una historia y articularla sobre el papel eran dos cosas completamente diferentes.

¿Y no era una tontería comenzar algo que estaba destinado al fracaso? Mientras continuara preparándose para escribir su novela, no correría ningún riesgo y, por lo

tanto, tampoco habría ninguna decepción. Pero si comenzaba, si realmente comenzaba, ya no podría continuar escondiéndose tras las notas y la búsqueda de libros. Y cuando fracasara, ya ni siquiera podría soñar con su novela.

Con movimientos tensos, deslizó los dedos sobre las teclas, mientras en su mente continuaban agolpándose docenas de excusas para posponer el momento de empezar. Cuando la primera frase pasó desde su cerebro hasta sus dedos y apareció sobre la página en blanco, dejó escapar un largo y tembloroso suspiro.

Tres horas después, tenía diez páginas llenas. La historia, a la que había estado dando vueltas en su cabeza durante tanto tiempo, estaba comenzando a cobrar forma a través de la palabra. Sus palabras. Max sabía que probablemente era espantosa, pero no parecía importarle. Estaba escribiendo, escribiendo de verdad. El proceso lo fascinaba y lo llenaba de júbilo. Escuchar el repiqueteo de las teclas le parecía el mayor de los placeres.

Se quitó la camisa y los zapatos y se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido y la mirada ligeramente desenfocada. Sus dedos volaban sobre las teclas y se detenían de pronto, mientras él se devanaba los sesos intentando encontrar la manera de trasladar al papel lo que tenía en la cabeza.

Y así fue como Lilah lo encontró. Max había dejado abiertas las puertas de la terraza para que entrara la brisa. La habitación estaba prácticamente a oscuras, con la única iluminación de la lámpara que había sobre el escritorio. Se quedó observándolo, excitada por su total concentración y encantada con la forma en la que el flequillo caía sobre sus ojos.

¿Era extraño que hubiera ido a buscarlo? Estaba tan completamente enamorada de él que le habría resultado imposible mantenerse lejos. No encontraba nada malo en pasar una noche con él para demostrarle su amor de una manera que Max pudiera comprender y aceptar. Necesitaba hacer el amor con él, fraguar una unión que pudiera ser importante para ambos.

No mediante sexo, sino a través de la intimidad. Una intimidad que había comenzado en el momento en el que, mientras yacía medio muerto en la playa, había elevado la mano hasta su rostro. Había una conexión entre ellos de la que Lilah no podía escapar. Y, como había pensado mientras se levantaba de la cama para ir a su encuentro, de la que no quería escapar.

Su intuición la había llevado hasta el dormitorio de Max aquella noche, de la misma forma que la había arrastrado hasta la playa el día de la tormenta.

La decisión tenía que tomarla ella, lo sabía. Sin embargo, por terriblemente que lo deseara, no podía tomar lo que nadie le había ofrecido. Y él vacilaría en tomar incluso lo que le ofrecían porque tenía sus propias normas y códigos éticos. Quizá si la amara.

Pero no podía permitirse pensar en eso. Con el tiempo, Max llegaría a amarla. Sus propios sentimientos eran demasiado fuertes y profundos como para que los de Max no estuvieran a su altura.

Así que ella daría el primer paso. Seducción.

La concentración de Max era tan intensa que ni siquiera un grito habría conseguido romperla. Pero la fragancia de Lilah, deslizándose en la habitación enredada con la brisa, consiguió hacerla añicos. El deseo brotó en su sangre antes de que alzara la mirada y la viera en el marco de la puerta. La bata blanca flotaba a su alrededor. Atrapada en la corriente de aire, la melena danzaba sobre sus hombros. Tras ella, el cielo era una lona negra de la que Lilah, ilusión o realidad, acababa de surgir. Lilah sonrió y los dedos de Max cayeron mustios sobre el teclado.

-Lilah.

-He tenido un sueño -era verdad, y decir la verdad era algo que siempre había calmado sus nervios-. Sobre ti y sobre mí. Estábamos iluminados por la luna. Casi podía sentir la luz de la luna sobre mi piel, hasta que tú me tocabas -entró en la habitación, haciendo que la seda susurrara suavemente a su alrededor, como el agua rizando sobre el agua-. Entonces ya solo te sentía a ti. Había flores, de una fragancia muy ligera y muy dulce. Y un ruiseñor, lanzando su cálido canto para buscar pareja. Ha sido un sueño adorable, Max -se detuvo al lado de su mesa-. Después me he despertado, sola.

Max estaba convencido de que la bola de tensión que sentía en el estómago iba a explotar de un momento a otro, dejándolo completamente indefenso. Lilah era más hermosa que cualquier fantasía, su pelo se extendía como un fuego abrasador sobre sus hombros y su gracil y esbelta figura se recortaba contra la delgada y escurridiza seda.

-Es tarde -intentó aclararse la garganta-. No deberías estar aquí.

-¿Por qué?

-Porque es...

-¿Indecoroso? -sugirió-. ¿Temerario? -le apartó el flequillo-. ¿Peligroso?

Max se tambaleó sobre sus pies y se aferró al respaldo de la silla.

-Sí, todo eso.

Los ojos de Lilah parecían estar llenos de secretos femeninos milenarios.

-Pero yo me siento temeraria, Max. ¿Tú no?

‘Desesperado’ era la palabra adecuada. Desesperado por acariciarla. Sus dedos palidecían sobre el respaldo de la silla.

-Es una cuestión de respeto.

La sonrisa de Lilah se tomó repentinamente cálida y muy dulce.

-Te respeto, Max.

-No, a lo que me refiero... -Lilah estaba tan adorable cuando sonreía de ese modo, tan joven, tan frágil-. Decidimos ser amigos.

-Y lo somos -posando los ojos sobre los de Max, alzó la mano para acariciar su pelo. Sus anillos resplandecieron bajo la luz de la lámpara.

-Y eso es...

-Eso es lo que los dos quisimos -terminó Lilah por él. Cuando se inclinó hacia Max, este retrocedió. La silla se tambaleó. La risa de Lilah no era burlona, sino cálida y encantadora-. ¿Te pongo nervioso, Max?

-Esa es una palabra demasiado amable para expresar lo que siento -apenas conseguía tomar aire a través de su garganta seca. Había convertido sus manos en puños que se retorcían como el nudo que sentía en el estómago-. Lilah, no quiero que echemos a perder lo que tenemos. El cielo sabe que no quiero que me desgarres el corazón.

Lilah sonrió, sintiendo renacer la esperanza a través de sus propios nervios.

-¿Podría?

-Sabes que podrías. Probablemente ya hayas perdido la cuenta de todos los

corazones que has roto.

Ya estaba allí otra vez, pensó Lilah, invadida por la desilusión. Max todavía la veía, y probablemente siempre lo haría, como una sirena despreocupada que tentaba a los hombres para después deshacerse de ellos. No comprendía que era su corazón el que estaba en peligro, el que había estado en peligro desde el primer momento. Pero no permitiría que eso la detuviera, no podía. Aquella noche iba a pasarla con él. Se sentía demasiado fuerte para estar equivocada.

-Dime, profesor, ¿alguna vez has soñado conmigo? -camino hacia él y Max retrocedió. Permanecían ambos en las sombras, tras la luz de la lámpara-. ¿Alguna vez has permanecido despierto en la cama, preguntándote cómo sería?

Max estaba perdiendo terreno muy rápidamente. Su mente estaba tan llena de ella que ya no había espacio para nada más, salvo el deseo.

-Sabes que sí.

Otro paso y serían atrapados por un rayo de luna, tan blanco como la bata de Lilah, e igualmente seductor.

-Y cuando sueñas en ello, ¿dónde estamos?

-No creo que eso importe -tenía que tocarla, no podía resistirlo, aunque solo fuera rozar su pelo-. Estamos solos.

-Ahora estamos solos -deslizó las manos por sus hombros para entrelazarlas detrás de su cuello-. Bésame. Max. Como me besaste la primera vez, cuando estábamos sentados en la hierba.

Max posó las manos en su pelo, con los dedos tensos como cables.

-No terminaré ahí, Lilah. Esta vez no.

Lilah curvó los labios mientras los alzaba hacia él.

-Tú solo bésame.

Max luchó para controlar la fuerza de sus manos mientras la agarraba, para que su beso fuera delicado mientras deslizaba los labios sobre su boca. Seguramente tenía fuerza suficiente para contener la necesidad desgarradora de devorarla. No le haría ningún daño, se prometió. Y se aferró a la débil esperanza de que podría pasar una

noche con ella y emerger ileso.

Era tan dulce, pensó Lilah. Tan adorable. La ternura de su beso era todavía más conmovedora porque Lilah podía sentir el temblor de la pasión que ambos estaban reprimiendo. Su propio corazón, ya rebosante de amor, se desbordaba. Cuando sus labios se separaron, brillaban las lágrimas en sus ojos.

-Yo no quiero que esto termine aquí -volvió a rozar sus labios-. Ninguno de los dos lo quiere.

-No.

-Entonces, hagamos el amor, Max -murmuró. Mantenía los ojos fijos en los de Max mientras retrocedía y se desabrochaba la bata-. Esta noche te necesito -la bata se deslizó hasta el suelo.

Bajo la bata, la piel de Lilah aparecía blanca y suave como el mármol. Sus largos miembros podrían haber sido tallados y pulimentados por las manos de un artista. Lilah permanecía erguida, cubierta únicamente por la luz de la luna y esperando.

Max jamás había visto nada más perfecto, más elegante o más frágil. De pronto, sentía sus manos enormes y torpes y sus dedos rudos. Tenía serias dificultades para respirar mientras la tocaba. Aunque sus dedos apenas flotaban sobre la piel, lo aterraba dejar marcas en ella. Fascinado, observaba su propia mano moviéndose sobre Lilah, trazando la curva de sus hombros, deslizándose por sus brazos perfectos. Con cuidado, con muchísimo cuidado, acarició la piel, suave como el agua, de sus senos.

Primero sintió aquella debilidad en las piernas. Nadie la había tocado de aquella manera, con una delicadeza tan embriagadora. Era como si fuera la primera mujer que Max había visto en su vida y estuviera intentando memorizar su rostro y sus formas a través de las yemas de los dedos. Lilah había llegado a su habitación para seducirlo, pero sus brazos caían inertes a ambos lados de su cuerpo. Y estaba siendo seducida. Dejó caer la cabeza hacia atrás, en un involuntario gesto de rendición. Y Max no tenía forma de saber que aquella era la primera vez que Lilah se rendía.

La vulnerable columna de su cuello era imposible de resistir. Max presionó su boca contra ella mientras con la palma de la mano rozaba ligeramente uno de sus pezones.

Aquella combinación provocó un violento estallido de sensaciones que atravesó su cuerpo. Confundida, Lilah se estremeció al tiempo que jadeaba su nombre.

Max retrocedió al instante, maldiciéndose a sí mismo.

-Lo siento -se había dejado cegar por el deseo y sacudió la cabeza, para intentar despejar sus pensamientos-. Siempre he sido muy torpe.

-¿Torpe? -envuelta ya en la niebla del deseo, se inclinó hacia él para recorrer con los labios sus hombros, su garganta y su pecho-. No te das cuenta de lo que me estás haciendo? No te detengas -su boca encontró sus labios y se detuvo allí-. Creo que me moriría si lo hicieras.

Aquel constante bombardeo a su sistema central estuvo a punto de hacerlo caer. Lilah lo acariciaba, impaciente y ansiosa. Su boca, Dios, su boca era rápida y ardiente al mismo tiempo, abrasaba su piel con cada uno de sus besos. Max no podía pensar, apenas podía respirar. No podía hacer nada que no fuera sentir.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano para recuperar el control, elevó el rostro de Lilah hacia el suyo, e intentó apaciguarla a ella y a sus labios concentrando todos sus deseos en uno de aquellos interminables besos. Sí, podía sentir el efecto que estaba teniendo en Lilah y estaba completamente admirado. Con un gemido grave y gutural, Lilah relajó cada uno de sus músculos, en una rendición más erótica que cualquier seducción. Su cuerpo parecía derretirse contra el suyo con una total maleabilidad, con una confianza absoluta. Cuando Max la levantó en brazos, ella dejó escapar un suave y perezoso sonido de placer.

Tenía los ojos casi completamente cerrados. Max adivinaba bajo sus pestañas una brillante veta de iris verde. Mientras la llevaba a la cama, se sentía tan fuerte como Hércules. Delicadamente y contemplando su rostro, la dejó sobre las sábanas.

La luz de la luna bañaba la cama, inundaba la habitación, entrando por las ventanas como un río de plata. Max podía oír el viento susurrando entre los árboles y el distante retumbar del agua contra las rocas. La fragancia de Lilah, tan misteriosa como la de Eva, lo envolvía con la misma facilidad que sus brazos.

Tomó sus manos. Atrapado por el romanticismo de la noche, las llevó a sus labios y posó su boca sobre los nudillos, las yemas de los dedos y las palmas. La miraba constantemente mientras la mordisqueaba ligeramente, mientras la acariciaba y excitaba con la lengua. Oía cómo se aceleraba su respiración, contemplaba sus ojos nublándose con un confuso deseo mientras él continuaba haciendo el amor con sus manos. Cuando posó los labios en su muñeca, sintió su pulso palpitante.

Max estaba extrayendo de ella algo para lo que Lilah no se había preparado. La había dejado completamente indefensa. ¿Sería consciente de que la tenía en su

poder?, se preguntó vagamente. Aquel placer ligero y embriagador flotaba desde sus dedos a todo los rincones de su cuerpo. Cuando Max deslizó los labios por su brazo para detenerse en el rincón de su codo, un gemido escapó de su garganta.

Lilah ni siquiera era consciente de que se estaba moviendo bajo él, invitándolo a tomar todo lo que deseara. Cuando la boca de Max encontró por fin sus labios, la única palabra que estos pudieron formar fue el nombre de su amado.

Max intentaba contener su ansiedad. Pero era casi imposible dominarla, sintiendo el cuerpo de Lilah tan suave, tan fácil bajo el suyo. Pero se negaba a entregarse a ella. Aquella noche, que podría ser la única, tenía que durar. ...! quería mucho más que, la rápida y frenética unión que su cuerpo anhelaba. El quería el deslumbrante placer de aprenderse cada centímetro de su cuerpo, de descubrir sus secretos, su debilidad. Con paciencia, podría grabarse en su cerebro lo que era tocarla y sentirla temblar, lo que era saborearla y escuchar sus suspiros. Cuando Lilah movió sus manos sobre él, supo que también ella estaba perdida en medio de la noche.

Bajó entonces lentamente hasta ella, marcando su piel con los labios y el susurro de sus dedos. Con una tortuosa paciencia, se entretuvo en sus senos hasta verlos henchidos de placer. Su boca fue bajando gradualmente, mientras sus dedos se aferraban a su pelo. Pudo oír entonces sus suaves e incoherentes súplicas, sus suspiros jadeantes mientras deslizaba los labios por su torso y mordisqueaba tentadoramente sus caderas.

Lilah sintió su respiración aleteando contra sus muslos y gritó, arqueándose al sentir una violenta sacudida, la primera oleada de fuego.

Lilah voló hasta el borde de aquel placentero precipicio y descendió mientras Max erraba, vagaba por su rodilla.

Max no podía saciarse. Cada bocado de ella era más potente que el anterior. Sentía cómo comenzaba a rugir la tensión en sus mejillas, cómo ardía en su sangre. Aferrándose a sus manos, se dejó llevar por la locura al tiempo que la empujaba hasta el clímax otra vez. Cuando sintió su cuerpo laxo y su respiración sollozante, volvió a su boca.

Lilah estaba deseando suplicar, pero no podía decir palabra. Estaba siendo sacudida por una cadena interminable de sensaciones que la dejaban débil, aturdida y anhelando mucho más. Deseándolo desesperadamente, intentó quitarle los vaqueros. Habría gritado de frustración si Max no hubiera atrapado su boca para convertir su grito en un gemido.

Tirando de los pantalones entre jadeos, consiguió arrastrarlos hasta sus caderas, sintiéndose enloquecer de alegría al ser consciente de que sus dedos inquietos lo estaban haciendo estremecerse. Estrechándose piel contra piel, entre ambos consiguieron deshacerse de los vaqueros.

-Espera -las palabras salieron precipitadamente de sus labios mientras luchaba por conservar su última capacidad de control-. Mírame -tensó los dedos sobre su pelo mientras Lilah abría los ojos-. Mírame -repitió-. Quiero que recuerdes esto.

Con los músculos temblando por el esfuerzo de hacer las cosas lentamente, se hundió en ella. La mirada de Lilah se nubló, pero mantuvo los ojos abiertos mientras ambos comenzaban a moverse al mismo ritmo. Lilah sabía, mientras Max la llenaba de sí mismo con una bellísima perfección, que estaba viviendo algo que nunca olvidaría.

Era tan dulce, tan natural, la forma en la que la cabeza de Max reposaba sobre sus senos. Lilah sonrió ante aquella sensación mientras acariciaba su pelo. Entrelazaba una mano con la suya, como cuando se habían deslizado juntos por las cumbres más altas del placer. Medio soñando, imaginó lo que sería dormir juntos, como en aquel momento, noche tras noche.

Max la sintió relajarse bajo él, sintió su cuerpo cálido y flexible, y su piel todavía brillante por el rocío de la pasión. Su corazón iba disminuyendo gradualmente el ritmo de sus latidos. Por un instante, Max podía fingir que aquella era una noche entre muchas. Que Lilah podría llegar a pertenecerle de la forma tan íntima y compleja en la que un hombre pertenecía a una mujer.

Sabía que le había dado placer y que, durante unas horas, habían estado todo lo unidos que podían llegar a estar dos personas. Pero en aquel momento, no tenía ni la menor idea de lo que podía decir... Porque lo único que quería decir era que quería volver a hacer el amor con ella.

-¿En qué estás pensando? -le preguntó Lilah.

-Mi cerebro todavía no ha empezado a trabajar.

Lilah soltó una carcajada, grave y cálida. Se estiró y culebreó en la cama hasta que sus rostros quedaron a la misma altura.

-Entonces te diré lo que estoy pensando yo -acercó su boca hasta la de Max para

detenerse en un lánguido y prolongado beso-. Me gustan tus labios -le mordisqueó tentadoramente el labio inferior-. Y tus manos, y tus hombros, y tus ojos -mientras hablaba, deslizaba el dedo por su espalda-. De hecho, en este momento no se me ocurre nada que no me guste de ti.

-La próxima vez que te haga enfadarte, te lo recordaré -acarició su pelo, porque disfrutaba viendo extenderse su melena sobre las sábanas-. Me cuesta creer que esté aquí contigo, así.

-¿No lo sentiste desde el principio, Max?

-Sí -dibujó el perfil de su boca con un dedo-. Pero imaginaba que era solo una ilusión, un deseo.

-No confiás demasiado en ti, profesor -cubrió su rostro de diminutos besos-. Eres un hombre atractivo, con una mente admirable y un sentimiento de compasión que resulta irresistible -en sus ojos no brillaba la diversión cuando Max la miró. Posó la mano en su mejilla-. Cuando hemos hecho el amor esta noche, ha sido precioso. Esta ha sido la noche más hermosa de mi vida.

Lo vio entonces en sus ojos. No era ya pudor, si no una absoluta incredulidad. En un momento en el que Lilah estaba completamente indefensa, en el que acababa de desnudar completamente su alma, nada podría haberle dolido más.

-Lo siento -dijo muy tensa, y se apartó-. Estoy segura de que te parece una frase hecha viniendo de mí.

-Lilah...

-No, estoy bien -apretó los labios hasta que estuvo segura de que su voz sonaría ligera y alegre otra vez-. No hace falta complicar las cosas -se sentó en la cama y se echó el pelo hacia atrás-. Entre nosotros no hay ataduras, profesor. Nada de trampas ni cláusulas ocultas en nuestro contrato. Somos dos adultos que disfrutan estando juntos, de acuerdo?

-No estoy seguro.

-Digamos entonces que nos limitaremos a vivir el día a día. O quizá fuera mejor decir la noche -se inclinó para besarlo-. Y ahora que ya lo hemos dejado claro, creo que sería mejor que me vaya.

-No -le tomó la mano antes de que pudiera levantarse de la cama-. No te vayas.

Nada de ataduras -le dijo mientras la estudiaba-. Nada de complicaciones. Solo quédate conmigo esta noche.

Lilah sonrió ligeramente.

-Solo te seduciré otra vez.

-Estaba esperando que lo dijeras -la estrechó contra él-. Quiero estar contigo cuando amanezca.

Cuando el sol se elevó en el cielo para verter sus dorados rayos por las ventanas y ahuyentar las últimas sombras de la noche, Lilah estaba todavía en sus brazos. A Max le resultaba increíble saber que su cabeza estaba sobre su hombro y su mano, ligeramente cerrada, sobre su corazón. Lilah dormía como una niña, profundamente, acurrucada contra él, en busca de calor y cariño.

Aunque la noche había terminado, Max permanecía muy quieto, renuente a despertarla. Los pájaros ya habían comenzado su coro mañanero. Pero el silencio era tal que podía oír el viento deslizándose a través de las hojas de los árboles. Max sabía que las sierras y los martillos pronto perturbarían aquella paz y los harían regresar a la realidad. Así que permanecía aferrado a ese corto interludio entre el misterio de la noche y el ajetreo del día.

Lilah suspiró y se estrechó contra él mientras Max acariciaba su pelo. Max recordaba lo generosa que había sido durante aquellas oscuras horas de sueño. Había tenido la sensación de que le bastaba desearla para que Lilah se volviera hacia él. Habían hecho el amor una y otra vez, en silencio y con una compenetración absoluta.

Max quería creer en los milagros, creer que aquella noche había sido tan especial para ella como para él. Pero tenía miedo de darle algún valor a las palabras de Lilah.

‘Nadie me ha hecho sentirme como tú’.

Por mucho que intentara olvidarlas, aquellas palabras se repetían una y otra vez en su cabeza, dándole esperanzas. Si tenía cuidado y paciencia, si medía cada uno de sus pasos antes de darlo, quizá consiguiera el milagro.

Aunque sabía que no se ajustaba demasiado bien al papel de príncipe azul, inclinó el rostro para despertarla con un beso.

-Mmm -Lilah sonrió, pero no abrió los ojos-. ¿Puedes darme otro?

Su voz, ronca por el sueño, encendió al instante el deseo sobre la piel de Max. Se olvidó de ser prudente. Se olvidó de ser paciente. La segunda vez, tomó sus labios con una desesperación que hizo arder todos los circuitos de Lilah antes de que se hubiera despertado por completo.

-Max -lo abrazó estremecida-, te deseo. Ahora. Ahora mismo.

Max ya estaba dentro de ella, preparado para llevarla a donde ambos estaban deseando alejarse. El viaje fue rápido, furioso; los elevó a ambos hasta la cumbre en la que permanecieron jadeantes y aturdidos.

Cuando Lilah deslizó las manos por la espalda húmeda de Max, todavía no había abierto los ojos.

-Buenos días -consiguió decir-. Acabo de tener un sueño increíble.

Aunque todavía no se había repuesto del aturdimiento, Max se incorporó sobre sus brazos para mirarla.

-Cuéntamelo.

-Estaba en la cama con el hombre más atractivo del mundo. Tenía los ojos azules y el pelo negro, que siempre llevaba caído sobre la frente -sonriendo, abrió los ojos y le echó el pelo hacia atrás-. Y un cuerpo de músculos estilizados -sin dejar de mirarlo, comenzó a acariciarlo-. Yo no quería despertarme, pero cuando lo hacía, resultaba que la realidad era mejor que el sueño.

Temiendo aplastarla, Max cambió de postura.

-¿Qué posibilidades tenemos de pasar el resto de nuestras vidas en esta cama?

Lilah le besó en el hombro.

-Estoy dispuesta -y de pronto gimió al oír el zumbido de las herramientas irrumpiendo en el silencio de la mañana-. No pueden ser las siete y media.

Tan renuente como ella, Max miró el despertador de la mesilla.

-Me temo que pueden.

-Dime que hoy es mi día libre.

-Me gustaría poder decírtelo.

-Miénteme -sugirió Lilah.

-¿Me dejas llevarte al trabajo?

Lilah hizo una mueca.

-No digas esa palabra.

-¿Me dejas llevarte después a dar una vuelta?

Lilah volvió a alzar la cabeza.

-¿Adónde?

-A donde sea.

Inclinando la cabeza, Lilah sonrió.

-Ese es mi lugar favorito.

Max mantuvo a Lilah fuera de su mente, o al menos lo intentó, concentrándose en la tarea de localizar a personas que pudieran tener relación con las que tenía en su lista. Comprobó informes judiciales, denuncias, registros eclesiásticos y certificados de defunción. Y su minucioso trabajo fue recompensado con un puñado de direcciones.

Cuando creyó haber agotado todas las posibilidades de descubrir algo más aquel día, condujo hasta el taller de C.C. La encontró enterrada hasta la cintura bajo el capó de un sedán negro.

-Siento interrumpir -gritó sobre el barullo provocado por un transistor.

-Entonces no interrumpa -había una mancha de grasa en su frente, pero su ceño desapareció en cuanto alzó la mirada y vio a Max-. Hola.

-Puedo volver en otro momento.

-Solo porque te he echado un rapapolvo? -sonrió y sacó un trapo del bolsillo del mono de trabajo para secarse las manos-. ¿Quieres tomar algo? -señaló con la cabeza la máquina de los refrescos.

-No, gracias. Solo he venido a preguntarte si sabes de algún coche.

-Estás usando el de Lilah, ¿no? ¿Te está dando problemas?

-No. La cuestión es que es posible que tenga que utilizarlo a menudo estos días y no me parece bien dejarla sin coche. He pensado que tú podrías saber si hay alguien por esta zona que quiera vender un coche.

C.C. apretó los labios.

-¿Quieres comprarte un coche?

-Sí, un coche que no sea demasiado caro. Que me sirva como medio de transporte. Después tengo que volver a Nueva York... -se le quebró la voz. No quería pensar en la vuelta a Nueva York-, y siempre puedo venderlo antes de irme.

-Pues sucede que conozco a alguien que tiene un coche en venta. Yo.

-¿Tú?

C.C. asintió y se metió el trapo en el bolsillo.

-Ahora que voy a tener un niño, he decidido cambiar mi Spitfire por un coche familiar.

-¿Spitfire? -no estaba seguro de qué modelo era ese, pero no le sonaba como el coche que conduciría un digno profesor de universidad.

-Ha sido mi coche durante años y creo que me sentiría mucho mejor vendiéndoselo a alguien que conozco -ya había agarrado a Max de la mano y estaba arrastrándolo hacia el exterior del garaje.

Allí estaba, un capricho rojo, descapotable y de asientos envolventes.

-Bueno, yo...

-Cambié el motor hace unos años -C.C. ya estaba abriendo el capó-. Conducirlo es un auténtico sueño. Tiene menos de diez mil kilómetros. Yo he sido su única propietaria, así que puedo garantizarte que ha sido tratado como una dama. Y aquí... -alzó la mirada y sonrió-. Vaya, parezco uno de esos tipos con una americana a cuadros intentando vender un coche de segundo mano.

Max podía ver su rostro reflejado en la brillante pintura del vehículo.

-Nunca he conducido un deportivo.

La nostalgia que reflejaba su voz hizo sonreír a C.C.

-Te diré lo que vamos a hacer. Déjame a mí el coche de Lilah y llévate este. Así veremos cómo te queda.

De modo que Max se encontró a sí mismo tras el volante, intentando no sonreír como un tonto mientras el viento azotaba su pelo. ¿Qué dirían sus alumnos, se preguntó, si vieran al inquebrantable profesor Quartermain conduciendo un llamativo descapotable? Probablemente pensarían que estaba chiflado. Y quizá lo estuviera, pero estaba pasando la mejor época de su vida.

Seguro que a Lilah le encantaba aquel coche, pensó. Ya se la estaba imaginando, sentada a su lado, con el pelo danzando a su alrededor mientras reía y elevaba los brazos al cielo. O recostada en el asiento con los ojos cerrados, dejando que el sol acariciara su rostro.

Era un sueño muy hermoso, y podría llegar a hacerse realidad. Al menos durante algún tiempo. Y quizá no vendiera aquel coche cuando regresara a Nueva York. No había ninguna ley que dijera que tenía que conducir un modelo sobrio y práctico. Podía conservarlo para que le recordara aquellas increíbles semanas que habían cambiado su vida.

Quizá ya nunca volviera a ser el serio e inquebrantable doctor Quartermain.

Rodó colina arriba y bajó de nuevo para probar el coche en medio del tráfico de la localidad. Encantado con el mundo en general, tamborileaba en el volante con los dedos, siguiendo el ritmo de la música de la radio.

Había mucha gente paseando por las aceras y abarrotando las tiendas. Si hubiera visto algún lugar para aparcar, él mismo habría dejado el coche y habría entrado en cualquier tienda, solo para poner a prueba su capacidad de resistencia. Pero como no encontró sitio, se entretuvo mirando a toda aquella gente que buscaba la camiseta perfecta.

Reparó de pronto en un hombre de pelo oscuro y una cuidada barba que permanecía en la acera, mirándolo fijamente. Satisfecho de sí mismo y de aquel fantástico coche, sonrió de oreja a oreja y lo saludó con la mano. Había recorrido ya media manzana cuando la verdad lo golpeó como un puño. Frenó, provocando un estallido de claxon, se metió por una calle lateral y buscó la forma de volver de

nuevo a aquella intersección. Para cuando llegó, el hombre ya se había ido. Max buscó por toda la calle, pero no había dejado ni rastro. Maldijo amargamente la falta de un sitio para aparcar, además de su propia carencia de reflejos.

Se había teñido el pelo y la barba ocultaba parte de su rostro. Pero los ojos... Max no podía olvidar aquellos ojos. Era el mismísimo Caufield el que permanecía en medio de aquella abarrotada acera, mirando a Max no con admiración o falta de interés, sino con una rabia apenas controlada.

Para cuando llegó a buscar a Lilah al centro de información del parque, ya había recuperado parte de su control. Y había tomado la que consideraba la decisión más lógica: no decirle nada a Lilah. Cuanto menos supiera, menos se involucraría en aquel caso. Y cuanto menos se involucrara, menos posibilidades habría de que resultara herida.

Era demasiado impulsiva, reflexionó. Si supiera que Caufield estaba en el pueblo, intentaría atraparlo ella sola. Y era demasiado inteligente. Si conseguía encontrarlo... La idea hizo que a Max le corriera la sangre en las venas a toda velocidad. Nadie sabía mejor que él lo cruel que podía llegar a ser aquel hombre.

Cuando vio a Lilah acercándose hacia el coche, supo que estaba dispuesto a arriesgarlo todo, incluso su vida, por mantenerla a salvo.

-Vaya, vaya, ¿esto qué es? -arqueó las cejas y tamborileó en el guardabarros con los dedos-. ¿Mi viejo cacharro no era suficiente para ti y has decidido pedirle el coche prestado a mi hermana?

-¿Qué? -desde que había reconocido a Caufield, se había olvidado del coche y de todo lo demás-. Ah, el coche.

-Sí, el coche -se inclinó para besarlo y se quedó estupefacta ante la falta de entusiasmo de su respuesta y la insulsa palmada que le dio en el hombro.

-En realidad estoy pensando en comprarlo. C.C. quiere comprarse un coche familiar, así que...

-Así que t vas a comprarte este elegante juguetito.

-Sé que no es mi estilo habitual... -comenzó a decir a Max.

-No pensaba decirte eso -Lila lo miró con el ceño fruncido. Algo estaba ocurriendo en la compleja mente de Max-. Iba a darte la enhorabuena. Me alegro de que te hayas dado un descanso.

Se metió en el coche y se estiró. Buscó la mano de Max, pero este se limitó a apretársela y se la soltó. Diciéndose a sí misma que estaba siendo demasiado susceptible, Lilah intentó esbozar una sonrisa

-¿Qué hay de esa vuelta que íbamos a dar? He pensado que podríamos acercarnos a la costa.

-Estoy un poco cansado -odiaba mentir, pero necesitaba volver cuanto antes a casa para hablar con Sloan y Trent y proporcionarle la nueva descripción de Caulfield a la policía-. ¿Podemos dejarlo para otro día?

-Claro.

Lilah intentó no perder la sonrisa. Max se estaba mostrando tan educado, tan distante. Deseando evocar la intimidad de la noche anterior, Lilah posó la mano sobre la de Max cuando este se sentó a su lado en el coche.

-Yo siempre estoy dispuesta a echar una siesta. ¿En tu habitación o en la mía?

-Yo no... No creo que sea una buena idea.

Tensó la mano sobre la palanca de cambios y no movió los dedos para entrelazarlos con los de Lilah. Ni siquiera la miraba, de hecho, no la había mirado desde que había llegado.

-Ya entiendo -apartó la mano de la de Max y la dejó caer en su regazo-. Y, en estas circunstancias, supongo que tienes razón.

-Lilah...

-¿Qué?

No, decidió. Necesitaba hacer las cosas a su manera.

-Nada -alargó la mano hacia la llave y puso el motor en marcha.

No hablaron durante el trayecto a casa. Max continuaba convenciéndose a sí

mismo de que lo mejor era mentir. Quiz· se molestara porque había pospuesto su salida, pero ya intentaría volver a gan·rsela. El solo tenía que intentar mantenerse fuera de su camino hasta que controlara algunos detalles. En cualquier caso, su mente estaba llena de posibilidades en las que quería pensar y trabajar. Si Caufield y Hawkins estaban en la isla y se habían arriesgado a instalarse en el pueblo, ¿eso significaba que habían encontrado alg·n dato interesante en los papeles? ¿Estarían buscando todavía las esmeraldas? O quiz· pretendían, al igual que él, consultar las fuentes que la biblioteca ofrecía para localizar m·s datos?

Después de haberlo visto, sabían que estaba vivo. ¿Intentarían ponerse en contacto con él? Y silo consideraban un obst·culo para alcanzar sus fines, ¿su relación con Lilah podía poner a esta en peligro?

Era un riesgo que no podía permitirse el lujo de correr. -

Giró hacia la carretera que llevaba hacia Las Torres.

-Es posible que tenga que regresar a Nueva York antes de lo que esperaba -dijo, expresando sus pensamientos en voz alta.

Intentando contener una protesta, Lilah apretó los labios.

-¿De verdad?

Max la miró de reojo y se aclaró la garganta.

-Sí... ha, ha surgido un asunto. Pero podría continuar investigando desde allí.

-Es muy considerado por tu parte, profesor. Estoy segura de que odias dejar las cosas a medias. Y jam·s dejarías que ninguna relación inoportuna interfiriera en tu trabajo.

Max ya estaba pensando en todo lo, que habría que hacer y contestó con un murmullo ausente de acuerdo.

Para cuando llegaron a Las Torres, Lilah ya había convertido su dolor en enfado. Max no quería estar con ella y, con su actitud, estaba dejando claro que se arrepentía de lo que habían compartido. Estupendo. Ella no iba a quedarse allí sentada y malhumorada porque un profesor universitario no estuviera interesado en ella.

Resistió la tentación de cerrar el coche de un portazo, pero apenas resistió la de morderle la muñeca cuando Max posó la mano en su brazo.

-Quiz· podamos dejar para mañana ese paseo por la costa.

Lilah alzó la mirada hacia su mano y después miró su rostro.

-Espérame sentado.

Max hundió las manos en los bolsillos mientras Lilah subía los escalones de la entrada. Definitivamente molesta, pensó.

Para cuando hubo transmitido la información a Sloan y a Trent, ordenado mentalmente la descripción e informado de ella a la policía, estaba agotado. Podía ser por la tensión o porque solo había dormido dos horas la noche anterior, pero cedió a ella, se tumbó en la cama y se olvidó del mundo hasta la hora de la cena.

Ya recuperado del cansancio, bajó al piso de abajo. Pensó en ir a buscar a Lilah y preguntarle si quería dar un paseo por el jardín después de cenar. O quiz· pudieran dar una vuelta en coche, a la luz de la luna. No había sido una mentira de las peores y, tras haber puesto al corriente a la policía, no tenía por qué mantenerla. En cualquier caso, si decidía que lo mejor era marcharse, quiz· no pudiera disfrutar de otra noche con ella.

Sí, irían a dar una vuelta en coche. Quiz· pudiera preguntarle si le gustaría ir a verlo cuando estuviera en Nueva York. O proponerle que quedaran para pasar juntos un fin de semana en cualquier parte. Su relación no tenía por qué terminar; no, si él era capaz de dar los pasos adecuados.

Entró en el salón, lo encontró vacío y volvió a salir otra vez. Solos, ellos dos, observando la luna sobre el agua, quiz· incluso saliendo a dar un paseo por la playa. Podría comenzar a cortejarla como era debido. Imaginaba que a Lilah le haría gracia que utilizara aquella expresión, pero eso era precisamente lo que él quería hacer.

Siguiendo el sonido del piano, llegó hasta el estudio de música. Suzanna estaba sola, tocando para ella. La música se adecuaba a la expresión de sus ojos. Había en ellos tristeza, una tristeza demasiado profunda para que nadie más pudiera sentirla. Pero en cuanto vio a Max, se interrumpió y le sonrió.

-No pretendía interrumpirte.

-No te preocupes. En cualquier caso, ya era hora de que volviera al mundo real. Amanda se ha llevado a los niños al pueblo, así que estaba aprovechando este momento de calma.

-Estaba buscando a Lilah.

-Oh, se ha ido.

-¿Que se ha ido?

Suzanna estaba alejándose del piano cuando Max ladró aquella frase.

-Sí, ha salido.

-¿Adónde? ¿Con quién?

-Ha salido hace un rato -Suzanna lo estudió mientras cruzaba la habitación-. Creo que tenía una cita.

-¿Una... cita? -se sintió como si alguien acabara de golpearle con un mazo en pleno plexo solar.

-Lo siento, Max -preocupada, posó la mano sobre la suya. No creía haber visto nunca a un hombre tan miserablemente enamorado-. No me he dado cuenta. Es posible que haya quedado con algunas amigas. O que se haya ido ella sola.

No, pensó Max, sacudiendo la cabeza. Tenía que haber ocurrido lo peor. Si había salido sola y Caulfield estaba cerca... Intentó sacudirse el pánico. No era detrás de Lilah de quien iba aquel hombre, sino de las esmeraldas.

-No importa, solo quería comentarle algo.

-¿Ella sabe lo que sientes?

-No... Sí. No lo sé -contestó con escasa convicción. Veía cómo todos sus sueños románticos de un cortejo a la luz de la luna se convertían en humo-. No importa.

-A ella le importaría. Lilah no se toma los sentimientos de los demás a la ligera, Max.

Nada de ataduras, pensó Max. Ni de trampas. Bueno. El ya había caído en la trampa y sentía sus propios sentimientos como una soga al cuello. Pero ese no era el problema.

-Lo único que pasa es que me preocupa que haya podido salir sola. La policía

todavía no ha atrapado ni a Hawkins ni a Caulfield.

-Ha salido a cenar. No puedo imaginarme a nadie irrumpiendo de pronto en el restaurante y pidiéndole unas esmeraldas que no tiene -Suzanna le apretó cariñosamente la mano-. Vamos, te encontrarás mejor en cuanto hayas comido algo. El polio al limón de la tía Coco ya debería estar listo.

Max se sentó a cenar, esforzándose en fingir que tenía apetito y que el espacio vacío que quedaba en la mesa no tenía ninguna importancia para él. Discutió con Amanda sobre los progresos que había hecho en la lista de los sirvientes, esquivó la petición de Coco, que estaba deseando leerle las cartas y se sintió, principalmente, triste. Fred, sentado a los pies, era el beneficiario de su lúgubre humor y devoraba los succulentos pedazos del polio que Max le deslizaba por debajo de la mesa.

Consideró la posibilidad de conducir hasta la ciudad y detenerse en varios restaurantes y cafés. Pero decidió que aquello le haría parecer mucho más estúpido de lo que ya se sentía. Al final, se refugió en su habitación y decidió concentrarse en el libro.

La novela no fluía con la misma facilidad de la noche anterior. En aquella ocasión, se producían largas y numerosas pausas entre frase y frase. Incluso así, descubrió que hasta las pausas resultaban constructivas mientras iba pasando una hora, dos y tres. Hasta que no miró el reloj y vio que eran las doce, no se dio cuenta de que Lilah todavía no había vuelto a casa. Había dejado la puerta ligeramente entornada para enterarse del momento en el que entrara en casa.

Pero había muchas posibilidades de que hubiera estado tan concentrado en su trabajo que no la hubiera oído dirigirse a su habitación. Si había salido a cenar, seguramente ya estaría de vuelta en casa. Nadie podía pasarse cinco horas comiendo. Pero tenía que comprobarlo.

Salió lentamente. Había luz en la habitación de Suzanna, pero las demás estaban a oscuras. En la puerta del dormitorio de Lilah, vaciló y después llamó suavemente. Sintiendo terriblemente torpe, puso la mano en el picaporte. Había pasado la noche anterior con ella, se recordó. Difícilmente podría ofenderse si entraba y la veía dormida.

Pero no estaba. Lilah no estaba allí. La cama estaba hecha; el antiguo cabecero y los pies de hierro forjado, que probablemente habían pertenecido a la cama de algún

sirviente, estaban pintados de un blanco resplandeciente. El resto era color, demasiado deslumbrante para sus ojos.

La colcha estaba hecha con trozos de tela de diferentes formas y colores. Retales moteados, cuadriculados, a rayas, sombras de rojos y azules. Estaba cubierta de una infinita variedad de cojines. La cama de una reina, pensó Max, una persona podía hundirse en ella y dormir durante todo un día. Era la cama apropiada para Lilah.

La habitación era enorme, al igual que la mayoría de las de Las Torres, pero ella había conseguido decorarla con un acogedor desorden. Una de las paredes estaba pintada en un intenso azul verdoso y sobre ella colgaban dibujos de flores silvestre. La firma que en ellos aparecía le indicó que los había hecho Lilah. Max ni siquiera sabía que Lilah dibujaba. Eso le hizo darse cuenta de que eran las muchas cosas que no sabía sobre la mujer de la que se había enamorado.

Después de cerrar la puerta tras él, paseó por la habitación, buscando retazos de Lilah. Había un cesto lleno de libros. Keats y Byron mezclados con espantosas novelas de misterio y romances contemporáneos. En frente de una de las ventanas, había montado una pequeña salita. Sobre el respaldo de una silla Reina Anne, había dejado descuidadamente una blusa y sobre la mesa Hepplewhite resplandecían montones de pendientes, brazaletes y collares. Al lado de un pingüino de porcelana china, había un cuenco lleno de piedras semipreciosas. Cuando levantó el pajar, comenzó a sonar una versión jazzística de That's Entertainment.

Había velas por todas partes, desde una elegante Meissen hasta una cursi reproducción de un unicornio. Y fotografías de su familia donde quiera que se dirigiera la mirada. Max levantó una foto enmarcada en la que aparecía una pareja, tomados por la cintura y riendo ante la cámara. Sus padres, pensó. La semejanza de Lilah con el hombre y de Suzanna con la mujer eran suficientes para darle esa certeza.

Cuando el reloj de cuco de la pared cantó, Max se sobresaltó y se dio cuenta de que eran las doce y media. ¿Dónde estaría Lilah?

Continuó paseando por la habitación, iba desde la ventana hasta el recipiente de cobre lleno de flores secas y desde allí hasta la estantería del tocador. Con los nervios a flor de piel, tomó un frasquito de color cobalto, lo abrió y aspiró. Olía a ella. Lo dejó precipitadamente cuando se abrió la puerta.

Lilah tenía un aspecto... increíble. Con el pelo ondeando por el viento y el rostro sonrojado. Llevaba un vestido de un rojo intenso que se ajustaba a sus piernas. Una larga columna de cuentas de colores colgaba de cada una de sus orejas. Al ver a Max allí, arqueó la ceja y cerró la puerta.

-Bueno -dijo-, estás en tu casa.

-¿Dónde demonios has estado? -le gritó, lleno de frustración y preocupación.

-¿He sobrepasado el toque de queda, papá?

Arrojó el bolso, también de abalorios, encima del tocador. Y estaba comenzando a quitarse el pendiente cuando Max la obligó a darse la vuelta.

-No te hagas la lista conmigo. Estaba terriblemente preocupado. Llevas horas fuera y nadie sabía dónde estabas ni con quién, añadió para sí, pero consiguió no decirlo en voz alta.

Lilah sacudió furiosa su brazo libre. Max vio un relmpago de furia en su mirada, por ella mantuvo la voz fría y aparentemente serena.

-Es posible que te sorprenda, profesor, pero llevo mucho tiempo saliendo cuando me apetece.

-Ahora es diferente.

-¿Ah sí? -se volvió de nuevo hacia el escritorio. Tomándose su tiempo, se quitó el pendiente-. ¿Por qué?

-Porque nosotros -porque eran amantes-. Porque no sabemos dónde está Caulfield -dijo, ya más calmado-. Ni lo peligroso que puede llegar a ser.

-También llevo mucho tiempo cuidándome sola -fingiéndose somnolienta, buscó la mirada de Max en el espejo-. ¿Ya ha terminado la regañina?

-No es una regañina, Lilah, estaba preocupado. Tengo derecho a conocer tus planes.

Sin apartar la mirada de él, se quitó los brazaletes.

-¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

-Somos... amigos.

La sonrisa de Lilah no llegó a sus ojos.

-¿Lo somos?

Max hundió impotente las manos en los bolsillos.

-Me importas. Y después de lo que sucedió anoche, pensé que nosotros... Pensé que significabamos algo el uno para el otro. Y, sin embargo, veinticuatro horas más tarde, ya estás saliendo con otro. O por lo menos eso era lo que parecía.

Lilah se quitó los zapatos.

-Anoche nos acostamos juntos y disfrutamos -estuvo a punto de atragantarse por culpa de la amargura que constreñía su garganta-. Y creo recordar que los dos estuvimos de acuerdo en que no habría complicaciones.

Inclinó la cabeza y lo estudió en silencio. Con un aparentemente despreocupado encogimiento de hombros, consiguió ocultar que tenía las manos cerradas en dos violentos puños.

-Y ya que estás aquí, podríamos repetir la función -con voz ronroneante, se acercó a él y deslizó el dedo por el pecho de su camisa-. Eso es lo que quieres de mí, ¿verdad, Max?

Furioso, Max le apartó la mano.

-No pienso ser el segundo plato de esta noche.

El rubor de las mejillas de Lilah se desvaneció, dejando sus mejillas blancas como el papel mientras se volvía.

-Felicidades -susurró-. Ha sido un golpe directo.

-¿Qué quieres que diga? ¿Que puedes entrar y salir cuando te apetezca, con quien te apetezca y yo estaré dispuesto a suplicar las migajas que caigan de la mesa?

-No quiero que digas nada. Solo quiero que me dejes en paz.

-No pienso salir de aquí hasta que no hayamos arreglado esto.

-Estupendo -el cuco volvió a cantar alegremente mientras Lilah se desabrochaba la cremallera del vestido-. Quédate todo lo que quieras. Yo voy a meterme en la cama.

Lilah deslizó el vestido hasta el suelo y lo sacó con un movimiento rápido del pie,

quedándose solo con una combinación de encaje. Se sentó y comenzó a cepillarse el pelo.

-¿Y ahora por qué estás tan enfadada?

-Enfadada -Lilah apretó los dientes mientras alisaba sus rizos-. ¿Qué te hace pensar que estoy enfadada? No voy a enfadarme solo porque estés esperándome en mi habitación, indignado porque he tenido el valor de hacer mis propios planes cuando tú no has tenido ni tiempo ni ganas de pasar una sola hora conmigo.

-¿De qué demonios estás hablando? -la agarró del brazo y gimió cuando Lilah le dio un duro golpe en los nudillos con el cepillo.

-Ya te avisaré cuando quiera que me toques.

Max soltó una maldición, agarró el cepillo y lo tiró al otro extremo de la habitación. Demasiado encolerizado para advertir la sorpresa que se veía en sus ojos, la obligó a levantarse.

-Te he hecho una pregunta.

Lilah alzó la barbilla.

-Si ya has terminado esta pataleta... -contestó y Max estuvo a punto de levantarla en brazos.

-No me presiones -dijo Max entre dientes.

-No me hagas daño -explotó-. Anoche, esta mañana incluso, parecía que al menos me merecía algo de tiempo y atención. Pero, al parecer, todo era cuestión de sexo. Después, esta tarde, ni siquiera me has mirado. No podías esperar el momento de deshacerte de mí, de alejarte de mi lado.

-Eso es una locura.

-Es simplemente lo que ha ocurrido. Maldito seas, has puesto unas pobres excusas y prácticamente me has dado una palmadita en la cabeza. Y, esta noche, tienes el valor de enfadarte porque no estaba aquí para satisfacer tus deseos.

A esas alturas, Max ya estaba tan pálido como Lilah.

-¿Es eso lo que piensas de mí?

Lilah suspiró entonces y el enfado desapareció de su voz.

-Eso es lo que piensas t• de mí, Max. Y, ahora, suéltame.

Max le soltó el brazo para que ella pudiera alejarse.

-Esta tarde, tenía otras preocupaciones en mente. Pero no era que no quisiera pasar la tarde contigo.

-No quiero excusas -se acercó a las puertas de la terraza y las abrió. Quiz• el viento pudiera secarle las l•grimas-. Ya has dejado suficientemente claro lo que sientes.

-Es evidente que no. Lo •nico que pretendía era no hacerte daño, Lilah -pero le había mentido, pensó. Y aquel había sido su primer error-. Justo antes de ir a buscarte, vi a Caufield en el pueblo.

Lilah giró sobre sus talones.

-¿Qué? ¿Lo has visto? ¿Dónde?

-Esta tarde, mientras esperaba en un sem•foro lo he visto en la acera. Se ha teñido el pelo y se ha dejado crecer la barba. Para cuando me he dado cuenta de que era él, me he visto atrapado en medio del tráfico y no tenía manera de dar la vuelta. Y cuando he conseguido regresar donde estaba, ya se había ido.

-¿Y por qué no me has dicho que lo habías visto?

-No quería preocuparte y adem•s no quería que se te ocurriera la est•pida idea de ir a atraparlo t• misma. Tienes la costumbre de actuar tan impulsivamente y...

-Eres un est•pido -el rubor había vuelto a sus mejillas mientras daba un paso hacia delante para darle un empujón. Ese hombre est• decidido a apoderarse de algo que pertenece a mi familia y no se te ocurre decirme que lo has visto a solo unos kilómetros de aquí. Si lo hubiera sabido, habría podido encontrarlo.

-Eso era exactamente lo que me temía. Y no quería que te involucraras en esto m•s de lo necesario. Ese es el motivo por el que he pensado que quiz• sería mejor que regresara a Nueva York. Ahora ya saben que estoy aquí, y no voy a permitir que te atrapen a ti en medio.

-¿Que t. no lo permitir-s? -lo habría empujado otra vez, pero Max la agarró por las muñecas.

-Exacto. Vas a mantenerte al margen de todo este asunto.

-No me digas...

-Te lo estoy diciendo -la interrumpió y le encantó verla gemir indignada-. Y es m-s, hasta que ese hombre no esté encarcelado, no vas a volver a vagabundear por las noches. Pero después de pensarlo detenidamente, he decidido que lo mejor es que me quede cerca de ti, vigilándote. Voy a cuidar de ti, te guste o no.

-Ni me gusta ni necesito que me cuiden.

-Tonterías -y dio por zanjada toda posible discusión.

Entonces fue ella la que empezó a tartamudear.

-Eres arrogante... engreído...

-Ya es suficiente -replicó Max, con su tono m-s severo de profesor, haciéndola pestañear-. No tiene sentido discutir cuando ya se ha tomado la decisión m-s inteligente. Ahora creo que lo mejor ser- que te lleve al trabajo cada día. Y cuando tengas otros planes, h-zmelo saber.

El enfado de Lilah se transformó en simple estupefacción.

-No lo haré.

-Sí -respondió Max sin alterarse, lo har-s -deslizó las manos detrás de su espalda, para acercarla a él-. Acerca de esta noche... -comenzó a decir cuando sus cuerpos se rozaron-. Evidentemente, has malinterpretado tanto mis motivos como mis sentimientos.

Lilah arqueó la espalda. Estaba m-s sorprendida que enfadada cuando Max la soltó.

-No quiero hablar de ello.

-No, supongo que prefieres que nos gritemos, pero me parece poco constructivo y adem-s no es mi estilo -no disminuía en ning-n momento la firmeza de sus manos y de su voz-. Para ser m-s preciso, no he venido aquí porque quisiera satisfacer mis deseos,

aunque puedes estar segura de que tengo intención de hacer el amor contigo.

Lilah se quedó mirándolo desconcertada.

-¿Qué diablos te ha pasado?

-De pronto, me he dado cuenta de que la mejor forma de tratarte es la misma que utilizo con mis alumnos más difíciles. Hace falta algo más que paciencia. Se requiere mano firme y una línea clara de intenciones y objetivos.

-Una alumna difícil... -tomó aire, intentando contener su furia-. Max, creo que sería mejor que te tomes una aspirina y te acuestes.

-Como iba diciendo -le susurró Max al oído-. No solo es una cuestión de sexo, a pesar de que en ese aspecto nuestra relación me resultó increíblemente satisfactoria. Es más un asunto de estar completamente hechizado por ti.

-No -dijo Lilah débilmente mientras Max se inclinaba para mordisquearle el oído.

-Quizá haya cometido el error de dar a entender que es solo tu aspecto, la sensación de tu cuerpo bajo mis manos y tu sabor lo que me atrae hacia ti -mordisqueó su labio inferior, succionándolo delicadamente hasta que Lilah desenfocó la mirada-. Pero es más que eso. No sé cómo decírtelo -Lilah sentía latir su propio pulso rápido y fuerte contra las manos de Max, mientras este la empujaba hacia atrás-. No ha habido nadie como tú en mi vida. Y no quiero que salgas de ella, Lilah.

-¿Qué estás haciendo?

-Llévame a la cama.

Lilah intentaba aclarar sus pensamientos mientras Max deslizaba los labios por su cuello.

-No, no me vas a llevar a la cama.

Lilah estaba enfadada con él, pero mientras continuaba intentando seducirla con sus labios, Max no era capaz de adivinar el motivo.

-Necesito demostrarte lo que siento por ti -sin dejar de jugar con sus labios, descendió con ella hasta la cama.

Liberó las manos de Lilah. Entonces ella las deslizó bajo su camisa para acariciar

su p-lida piel. Ya no quería pensar. Eran demasiados los sentimientos que en aquel momento tenía que asimilar, así que lo atrajo hacia ella con avidez.

-Estaba celoso -murmuró Max mientras deslizaba uno de los tirantes de encaje de su hombro para posar los labios sobre él-. No quiero que te toque ning-n otro hombre.

-No -Max la acariciaba en aquel momento con caricias largas, que deslizaba a lo largo de su tembloroso cuerpo-, solo t-.

Max se hundió en aquel beso, deleitándose en el sabor, en la textura de Lilah, hasta sentirse completamente embriagado. Después, como un adicto, retrocedió para buscar algo m-s.

Aquello era el placer, el cuidado, el romanticismo, pensó Lilah vagamente. Continuar flotando junto a él, con aquella brisa que refrescaba sus cuerpos ardientes, susurrando palabras contra sus labios. Era un deseo tan perfectamente equilibrado con el cariño... Nada importaba m-s que aquel momento, se dijo, intentando contener sus esperanzas de amor.

Tras quitarle la camiseta por encima de la cabeza, dejó que sus manos vagaran por el torso de Max. Era tan fuerte. Era algo m-s que la sutil firmeza de sus m-sculos. Era su fuerza interior la que la excitaba. La integridad, la dedicación a lo que consideraba correcto. Max sería suficientemente fuerte para ser leal, honesto y delicado con aquella mujer a la que amara.

Max cambió de postura e instó a Lilah a recostarse contra los almohadones. Se arrodilló a su lado y comenzó a desatarle el diminuto lazo de encaje que descendía sobre su piel marfileña. El contraste de sus dedos pacientes y la urgencia de su mirada dejó a Lilah sin aliento. Max consiguió deshacer el lazo y acarició con los labios la piel fresca que dejó al descubierto, sorprendido de que la piel de Lilah pudiera ser tan suave y sedosa.

Con la misma paciencia que él había demostrado, Lilah terminó de desnudarlo. Aunque la necesidad de precipitarse los desgarraba a los dos, conseguían dominar su impaciencia, comunicándose sin necesidad de palabras.

Lilah se levantó y le rodeó el cuello con los brazos hasta que quedaron torso con torso, muslo con muslo. Envueltos en la tenue luz de la habitación, se exploraron el uno al otro. Un estremecimiento, un suspiro, una petición, una respuesta. Labios inquisidores buscaban nuevos secretos. Manos ansiosas descubrían placeres nuevos.

Cuando Lilah se abrazó a él, Max llenó su cuerpo. Deleitándose en aquella sensación, ella arqueó la espalda, hundiéndolo profundamente al tiempo que susurraba su nombre mientras comenzaba a experimentar las primeras oleadas de placer. Max podía verla, su cuerpo esbelto se inclinaba, su piel resplandecía bajo la luz mientras su pelo caía como una lluvia brillante por su espalda. Mientras se estremecía, el maravilloso placer que estaba experimentando se reflejaba en sus ojos.

Entonces Max sintió que se le nublaba la visión, su propio cuerpo temblaba. Deslizó las manos hasta los muslos de Lilah. Ella lo rodeó con fuerza mientras volaban ambos hasta la cuspide del deseo.

Max silbaba mientras se servía el café. Silbaba la melodía del peripuesto pingüino de porcelana, que le parecía de lo más ajustada a su humor. Tenía planes. Grandes planes. Un paseo en coche a lo largo de la costa, cenar en algún lugar con magníficas vistas y una larga y agradable caminata por la playa.

Bebió un sorbo de café, se escaldó la lengua y sonrió.

Estaba viviendo un romance.

-Vaya, es agradable ver a alguien de tan buen humor a primera hora de la mañana.

Coco entró en la cocina. Se había teñido el pelo de un negro azabache la noche anterior y el resultado la había dejado en un agradable estado mental.

-¿Qué te parecerían unas tortitas de arándanos?

-Estás guapísima.

Coco sonrió radiante mientras se ponía un delantal con volantes.

-Vaya, gracias, querido. Una mujer necesita cambiar de aspecto de vez en cuando, como siempre digo. De esa forma se mantiene a los hombres alerta -después de sacar un enorme cuenco del armario, lo miró-. Yo diría, Max, que también tú tienes muy buen aspecto esta mañana. El aire del mar o... algo, parece sentarte muy bien.

-Este lugar es maravilloso. Nunca podré agradecerlos lo suficiente que me hayáis dejado quedarme aquí.

-Tonterías.

Y con su particular y desordenado estilo, comenzó a mezclar ingredientes en el cuenco. A Max nunca dejaba de sorprenderlo que pudiera cocinar de forma tan descuidada y después obtener tan exquisitos resultados.

-Tenía que ser así. Lo supe desde el momento en el que Lilah te trajo a casa. Ella

se ha pasado la vida trayendo cosas a casa. Pájaros heridos, conejos casi recién nacidos. Incluso una vez trajo una serpiente -se llevó la mano al pecho al recordarlo-. Esta ha sido la primera vez que ha traído a un hombre inconsciente. Así es Lilah -continuó, batiendo alegremente la mezcla mientras hablaba-. Siempre actuando de manera inesperada. También tiene mucho talento. Conoce todos esos términos latinos para las plantas, las costumbres migratorias de los pájaros y todas esas cosas. Y cuando está de humor, dibuja magníficamente.

-Lo sé. He visto los dibujos de su habitación.

Coco lo miró de reojo.

-¿Ah sí?

-Yo... -dio un rápido sorbo a su café-. Sí. ¿Quieres una taza?

-No. Me tomaré el café cuando haya terminado con esto -'vaya, vaya', pensó, aquella historia estaba siendo preciosa, las cartas no mentían-. Sí, nuestra Lilah es una mujer fascinante. Es muy testaruda, como las otras, pero de una forma natural y engañosamente afable. Yo siempre he dicho que en cuanto llegara el hombre adecuado, reconocería lo especial que es -sin apartar la mirada de Max, lavó y secó los arándanos-. Ese hombre tiene que ser paciente, pero no maleable. Suficientemente fuerte para evitar que se desvíe demasiado y suficientemente sabio como para no intentar cambiarla -mezcló los arándanos con la mantequilla y sonrió-. Pero, claro, si amas a una persona, ¿por qué vas a intentar cambiarla?

-Tía Coco, ¿estás acibillando a preguntas al pobre Max? -Lilah entró bostezando en la cocina.

-¿Qué cosas dices -Coco calentó la plancha y chasqueó la lengua-. Max y yo estamos teniendo una conversación muy agradable, ¿verdad, Max?

-Fascinante, de hecho.

-¿De verdad? -Lilah le quitó la taza a Max y, como este no se movía, se inclinó para darle un beso de buenos días. Vio que Coco se frotaba las manos-. Lo tomaré como un cumplido y, como veo tortitas de arándanos en el horizonte, no me quejaré.

Encantada con aquel beso, Coco canturreaba mientras sacaba los platos.

-Te has levantado temprano esta mañana.

-Se está convirtiendo en un hábito -dio un sorbo al café de Max y le dirigió a este una sonrisa-. Un hábito con el que pronto tendré que acabar.

-El resto de la familia entrará en tropel de un momento a otro -y a Coco no había nada que le gustara más que tener a todos sus polluelos reunidos-. Lilah, ¿por qué no te sientas a la mesa?

-Definitivamente, tendré que acabar con esa costumbre -con un suspiro, le devolvió a Max su café, pero besó a Coco en la mejilla-. Me gusta tu pelo. Muy francés.

Haciendo un ruido que recordaba a una risa, Coco comenzó a batir la mantequilla.

-Pon la vajilla buena, querida. Tengo la sensación de que hay algo que celebrar.

Caufield colgó el teléfono y cedió a la rabia. Golpeó el escritorio con los puños, desgarró varios folletos a mordiscos y terminó estampando un jarrón de cristal contra la pared. Como no era la primera vez que lo veía en aquel estado, Hawkins decidió apartarse hasta que se calmara.

Después de respirar hondo tres veces, Caufield volvió a sentarse. La violencia de su mirada se desvaneció de sus ojos mientras se retorció las manos.

-Parece que somos víctimas del destino, Hawkins. El coche que llevaba nuestro buen profesor está registrado a nombre de Catherine Calhoun St. James.

Con un juramento, Hawkins se separó de la pared sobre la que estaba recostado.

-Te dije que todo este asunto apestaba. Se supone que ese tipo debería estar muerto. Y lo que hizo fue caer directamente en su regazo. Seguro que les habrá contado todo.

Caufield juntó las puntas de los dedos.

-Oh, seguramente.

-Y si te reconoció...

-No me reconoció -con un férreo control, Caufield entrelazó los dedos y posó las

manos en el escritorio-. Si me hubiera reconocido, no me habría saludado. No es suficientemente avisado -al sentir que los dedos se tensaban, los relajó intencionadamente-. Ese hombre es estúpido. Yo aprendí más en un año en las calles que él durante todos esos años en la universidad. Al fin y al cabo, estamos aquí y no en un yate.

-Pero lo sabe todo -insistió Hawkins, haciéndose sonar los nudillos-. A estas alturas, todos estarán enterados de nuestros planes y tomarán precauciones.

-Lo que añade un poco de pimienta a nuestro juego. Y ya es hora de empezar a jugar. Puesto que el doctor Quartermain se ha unido a las Calhoun, creo que ha llegado el momento de acercarme a una de esas damas.

-Estás loco.

-Ten cuidado, amigo -dijo Caulfield sin elevar la voz-. Si no te gustan mis reglas, no tienes nada que hacer aquí.

-Yo fui el que pagó ese maldito yate -Hawkins se pasó una mano por el pelo-. Y ya le he dedicado a este asunto más de un mes de trabajo. Estoy haciendo una inversión.

-Entonces déjame terminarlo.

Con expresión pensativa, Caulfield se levantó y se acercó a la ventana. Había unas hermosas flores en el exterior. Unas flores que le recordaron que había recorrido un largo camino desde que se movía por las barriadas del sur de Chicago. Con las esmeraldas, podría llegar incluso más lejos.

Quizá a una hermosa localidad de los mares del sur en la que podría relajarse y refrescarse mientras la Interpol lo buscaba. Ya tenía un pasaporte nuevo, un nuevo pasado y un nuevo nombre en la reserva. Y una considerable suma de dinero produciéndole intereses en un banco suizo.

Había dedicado a aquellos negocios la mayor parte de su vida y con bastante éxito. No necesitaba las esmeraldas solo por el dinero que podía obtener al venderlas, pero las quería. Y pensaba hacerse con ellas.

Mientras Hawkins caminaba y continuaba machacándose los nudillos, Caulfield permanecía asomado a la ventana.

-Por cierto, ahora que me acuerdo, durante mi breve amistad con la adorable Amanda, esta me comentó que su hermana Lilah era la que más información tenía sobre

Bianca. Quiz· también sea ella la que m·s sabe de las esmeraldas.

Al menos eso tenía alg·n sentido para Hawkins.

-¿Vas a secuestrarla?

Caufield hizo una mueca.

-Ese es tu estilo, Hawkins. Concédeme al menos el mérito de ser algo m·s refinado. Creo que haré una visita a Acadia. Dicen que las excursiones son muy informativas.

Lilah siempre había preferido los largos y soleados días del verano. Aunque sentía que también las noches de viento y tormenta del invierno tenían algo que merecía la pena. Pero ella prefería el verano. Nunca llevaba reloj. El tiempo era algo que debía ser apreciado solo por su existencia, no algo de lo que hubiera que estar pendiente. Pero, por primera vez desde que ella podía recordar, quería que el tiempo volara.

Lo echaba de menos.

No importaba lo ridícula que eso pudiera hacerle sentir. Estaba enamorada y encantada con ello. Y como el sentimiento era tan fuerte, se resentía de cada hora que pasaba separada de Max.

Era un sentimiento muy fuerte. Se había enamorado de su dulzura y de su bondad. Había reconocido su inseguridad y, como tantas veces había hecho con las alas y las garras rotas de los pajarillos, había intentado arreglarla.

Todavía amaba todas aquellas cosas, pero después del tiempo pasado a su lado, había visto facetas diferentes de Max.

El había sido... magistral. Hizo una mueca al pensar en aquel término que, estaba segura, podría ser considerado ofensivo. Pero no lo era en el caso de Max. Había sido esclarecedor.

El se había hecho cargo de todo. La había llevado por donde había querido, pensó con una intensa punzada de excitación. Aunque todavía la molestaba haber sido comparada con una alumna difícil, no podía menos que admirar su técnica. Max se había

limitado a permanecer fiel a sus intenciones y a llevarlas a cabo.

Ella era la primera en admitir que habría sido capaz de dejar petrificado a cualquier otro hombre que hubiera intentado lo mismo con unas cuantas palabras bien elegidas. Pero Max no era cualquier otro hombre.

Y esperaba que él mismo comenzara a creerlo.

Mientras su mente vagaba, mantenía la mirada fija en el grupo. El estanque Jordan era un lugar privilegiado y aquel día el grupo era especialmente numeroso.

-Por favor, no hagan ningún daño a la vida vegetal. S  que las flores son muy tentadoras, pero tenemos miles de visitantes que disfrutan con ellas en su emplazamiento natural. Las hojas amarillas que flotan en la superficie son espantalobos, una flor muy común en la mayor parte de los estanques de Acadia. La planta flota gracias a un vejigas diminutas que le sirven también para atrapar pequeños insectos.

Con unos viejos vaqueros y un  andrajosa mochila, Caufield escuchaba su conferencia. Tras las gafas negras, sus ojos observaban con atención. Prestaba atención a aquella conversación sobre plantas y ciénagas que no significaba nada para él. Y tuvo que contener un gesto de desprecio cuando el grupo jadeó admirado cuando una garza vol  sobre sus cabezas para llegar a uno de los estanques que había a varios metros de all .

Fingi ndose fascinado por aquella imagen, alzó la cámara que llevaba al cuello y disparó algunas fotografías al pájaro, a las orquídeas silvestres e incluso a una rana toro que flotaba sobre una hoja.

Pero lo que estaba haciendo era esperar el momento oportuno para acercarse a Lilah.

Esta continuaba hablando animadamente, contestando las preguntas a medida que caminaban al borde del agua. Se acercó a darle explicaciones a una cansada madre que llevaba a su pequeño en el regazo y le señaló una familia de patos negros.

Cuando la explicación hubo terminado, el grupo quedó libre para rodear al estanque o volver a sus coches.

- Se orita Calhoun?

Lilah miró a su alrededor. Ya se había fijado en aquel excursionista barbudo,

aunque este no había hecho ninguna pregunta durante el trayecto. Había un deje sureño en su voz.

-¿Si?

-Quería decirle que me ha parecido magnífica su explicación. Doy clase de geografía en un instituto y cada verano me premio con un viaje a un parque natural. Y tengo que decirle que es usted una de las mejores guías con las que me he encontrado.

-Gracias -sonrió, aunque era un gesto natural en ella, sintió cierta reluctancia en el momento de tenderle la mano. No reconocía a aquel sudoroso y barbudo excursionista, pero había algo en él que la inquietaba-. Tendr· que visitar el Centro de la Naturaleza mientras esté aquí. Espero que disfrute de su estancia.

El supuesto profesor la agarró del brazo Era un movimiento natural, en absoluto demandante, pero a Lilah le resultó intensamente desagradable.

-Si tiene un minuto, me gustaría que pudiéramos mantener una pequeña conversación mano a mano. Me gusta ofrecerles a los chicos un informe completo cuando comienza el colegio. Muchos de ellos nunca han visto el interior de un parque.

Lilah se obligó a sacudirse su recelos. Aquel era su trabajo, se recordó a sí misma, y le gustaba hablar con personas que demostraban un sincero interés.

-Estaría encantada de contestarle algunas preguntas.

-Magnífico -sacó una libreta de notas y comenzó a escribir cuidadosamente en ella.

Lilah se relajó ligeramente ofreciéndole una información m·s profunda de la que la media del grupo requería.

-Ha sido muy amable. Me pregunto si podría invitarla a un café o a un s·ndwich.

-No es necesario.

-Pero sería un placer.

-Tengo otros planes, pero gracias.

El profesor no perdió la sonrisa.

-Bueno, voy a estar por aquí unas cuantas semanas. Quiz· en otra ocasión. Sé que esto le resultará extraño, pero juraría que la he visto antes. ¿Alguna vez ha estado en Raleigh?

Todos los instintos de Lilah se habían puesto en alerta y estaba deseando alejarse de él.

-No, nunca he estado.

-Pues es increíble -sacudió la cabeza, como si no diera crédito-. Me resulta tan familiar. Bueno, gracias, ser· mejor que me vaya -comenzó a volverse y de pronto se detuvo-. Ya lo sé. La prensa. Las esmeraldas. He visto su fotografía. Usted es la mujer de las esmeraldas.

-No. Me temo que soy la mujer sin las esmeraldas.

-Menuda historia. Leí aquellos artículos en Raleigh, hace un mes o dos, y entonces... Bueno, tengo que confesarle que soy adicto a esos tabloides de los supermercados. Supongo que es una de las consecuencias de vivir solo y leer demasiados ensayos -le dirigió una tímida sonrisa que, si no hubieran estado todos sus sentidos en tensión, a Lilah le habría parecido encantadora.

-Supongo que últimamente las Calhoun han frecuentado muchos hogares.

Moviéndose sobre sus talones, soltó una carcajada.

-Al menos conserva el sentido del humor. Supongo que es un fastidio, pero para personas como yo, nos proporciona grandes emociones. Esmeraldas perdidas, ladrones de joyas...

-Mapas del tesoro.

-¿Hay un mapa? -su voz se endureció y tuvo que esforzarse para relajarla nuevamente-. No lo sabía.

-Claro que sí, se pueden conseguir en el pueblo -se metió la mano en el bolsillo y sacó el último que había localizado-. Yo los colecciono. Hay mucha gente que se está gastando en ellos el dinero que tanto le cuesta ganar para terminar descubriendo cuando ya es demasiado tarde que esa x no marca el lugar del tesoro.

-Ah -intentó relajar las mandíbulas-. Esas son cosas del capitalismo.

-Puede estar seguro. Tome, un recuerdo -le tendió el mapa, teniendo mucho cuidado, por razones que ni siquiera era capaz de entender, de que sus dedos no se rozaran-. Es posible que a sus alumnos les guste.

-Estoy seguro de que les encantar- dándose tiempo, lo dobló y se lo metió en el bolsillo-. Estoy realmente fascinado con todo este asunto. Quiz- podamos tomarnos pronto ese sándwich y así pueda contarme personalmente todo ese asunto. Debe ser tan emocionante como intentar encontrar un tesoro enterrado.

-Sobre todo es aburrido. Espero que disfrute de su estancia en el parque.

Comprendiendo que no había una forma discreta de detenerla, la observó marcharse. Advirtió que tenía un bonito cuerpo. Desde luego, esperaba no tener que hacerle daño.

-Llegas tarde -Max se encontró con Lilah cuando esta todavía estaba a unos quince metros de la zona de aparcamiento.

-Parece que hoy tengo el día de los profesores -se inclinó para besarla, complacida por la firmeza y el calor de sus labios-. Me ha entretenido un caballero sureño que quería información sobre la flora para su clase de geografía.

-Espero que fuera calvo y gordo.

Lilah ni siquiera pudo reír mientras se frotaba los brazos intentando desprenderse del frío.

-No, la verdad es que era bastante delgado y tenía mucho pelo.

-¿Te ha hecho insinuaciones amorosas?

-No -alzó la mano antes de que Max pudiera atraparla. Y se echó a reír-. Max, estoy bromeando... y si no lo estuviera, te aseguro que puedo esquivar sola cualquier insinuación amorosa.

Max ya no se sentía ridículo, como podía haber llegado a sentirse incluso el día anterior.

-No esquivaste las mías.

-También soy capaz de interceptarlas. ¿Qué llevas en la espalda?

-Las manos.

Lilah soltó otra carcajada y lo besó encantada.

-¿Y qué más?

Max le tendió un ramo de margaritas.

-No las he arrancado -le advirtió, consciente de sus pensamientos-. Se las he comprado a Suzanna. Me ha dicho que tienes debilidad por las margaritas.

-Son tan alegres -murmuró, absurdamente conmovida. Enterró el rostro en ellas y luego lo alzó hacia él-. Gracias.

Mientras comenzaban a caminar, Max le pasó el brazo por los hombros.

-Esta tarde le he comprado el coche a C.C.

-Profesor, eres una caja de sorpresas.

-Y supongo que te gustará oír los progresos que estamos haciendo Amanda y yo con esa lista. Podríamos ir a la costa a cenar algo. A solas.

-Suena maravilloso. Pero las flores nos harán compañía.

Max sonrió de oreja a oreja.

-He comprado un jarrón. Está en el coche.

Mientras el sol se ponía tras las colinas del oeste, ellos caminaban por una playa de piedras situada en el extremo sur de la isla. El agua estaba tranquila, apenas susurraba sobre los montículos de cantos rodados. A medida que se acercaba la noche, el cielo y el mar se iban fundiendo en un azul intenso. Una gaviota solitaria, de camino a casa, voló sobre sus cabezas, con un largo y desafiante grito.

-Este es un lugar especial -le explicó Lilah. Posó la mano en la de Max y se acercó

al borde del agua-. Un lugar mágico. Hasta el aire es diferente en esta zona -cerró los ojos para respirarlo-. Está lleno de energía.

-Es hermoso -se inclinó para tomar una piedra y sentir su textura-. La isla parece estar fundiéndose con el crepúsculo.

-Vengo aquí a menudo, solo para sentir. Tengo la sensación de haber estado aquí antes.

-Acabas de decir que vienes muy a menudo.

Lilah sonrió y lo miró con expresión dulce y soñadora.

-Me refiero hace cien años, o quinientos. ¿Tú no crees en la reencarnación, profesor?

-La verdad es que sí. Preparé un ensayo sobre la reencarnación en la facultad y, después de terminar la investigación, descubrí que era una teoría bastante viable. Cuando se aplica a la historia...

-Max -Lilah enmarcó su rostro con las manos-. Estoy loca por ti -curvó los labios en una sonrisa y los fundió con los suyos, que continuaron sonriendo cuando ella se apartó.

-¿Y eso por qué?

-Porque puedo imaginarte enterrado entre un montón de libros y tomando notas, con el pelo cayendo sobre tu frente y el ceño fruncido, como cuando estás concentrándote en algo, obstinado en descubrir la verdad.

Frunciendo el ceño, Max se cambió la piedra de mano.

-Es una imagen bastante aburrida.

-No, no lo es -inclinó la cabeza y lo estudió con atención-. Es auténtica y admirable. Incluso valiente.

Max soltó una risa seca.

-Encerrarte en una biblioteca no infunde ningún valor. Cuando era niño, era una forma buena de escapar. Nunca tenía asma leyendo un libro. Solía esconderme entre libros -continuó-. Me divertía mucho imaginándome a mí mismo navegando con

Magallanes o explorando con Lewis y Clarck, muriendo en el ilamo o marchando a través de un campo en Antietam. Entonces mi padre...

-¿Tu padre qué?

Sintiéndose incómodo, Max se encogió de hombros.

-El esperaba algo diferente de mí. Había sido una estrella del fútbol en la universidad. Durante una temporada estuvo jugando con un equipo semiprofesional. Es la clase de hombre que no ha estado enfermo un solo día de su vida. Le gusta beberse unas cuantas cervezas los sábados por la noche y salir a cazar cuando se abre la veda. Y yo me mareaba en cuanto me ponía una carabina en la mano -tiró la piedra-. Quería hacer de mí un hombre, pero nunca lo consiguió.

-Lo has hecho tú mismo -le tomó las manos, temblando de enfado por aquel hombre que no había sido capaz de apreciar ni comprender el regalo que le había sido entregado-. Si no estás orgulloso de ti, la carencia es suya, no tuya.

-Es una bonita idea -estaba más que avergonzado por haber sacado aquellos viejos y dolorosos sentimientos a la luz-. En cualquier caso, seguí camino. Me sentía mucho más cómodo en clase que cuando estaba en el campo de fútbol. Y tal como lo veo, si no hubiera estado escondido en la biblioteca durante todos estos años, no estaría ahora mismo aquí contigo. Que es exactamente donde quiero estar.

-Esa sí que es una idea bonita.

-Si te digo que eres preciosa, ¿esta vez no me pegarás?

-Esta vez no.

Max la estrechó contra él. Quería estar abrazado a ella mientras caía la noche.

-Tengo que ir a Bangor un par de días.

-¿Para qué?

-He localizado a una mujer que trabajó como doncella en Las Torres el año que murió Bianca. Está viviendo en una residencia en Bangor y ya lo he arreglado todo para poder entrevistarla -inclinó el rostro de Lilah-. ¿Quieres venir conmigo?

-En cuanto haya reorganizado mi horario.

Cuando los niños se quedaron dormidos, le conté mis planes a la niñera. Sabía que la sorprendía que pudiera hablar de dejar a mi marido. Intentó disuadirme. ¿Cómo podía explicarle que no era el pobre Fred el que había motivado mi decisión? Aquel incidente me había hecho darme cuenta de lo inútil que era mantener un matrimonio asfixiante y desgraciado. ¿Me había convencido a mí misma de que lo hacía por los niños? Su padre no era capaz de verlos como niños que necesitaban ser amados y cuidados. Los consideraba como una especie de rehenes. Ethan y Sean tendrían que ser moldeados a su imagen, borraría de ellos cualquier rasgo que considerara una debilidad. Colleen, mi dulce pequeña, sería ignorada hasta que llegara el momento de casarla y, a través de su matrimonio, obtener algún beneficio o cambio de estatus que favoreciera a toda la familia.

Yo no tendría nada que hacer. Fergus, estaba segura, pronto me arrebataría el control de mis hijos. Su orgullo se lo exigía. Cualquier institutriz que él eligiera obedecería sus órdenes e ignoraría las mías. Los niños se verían atrapados en medio de un error que yo misma había cometido.

En cuanto a mí, él se daría cuenta de que había llegado a convertirme en poco más que un adorno en su mesa. Si lo desafiaba, tendría que pagar por ello. No tenía duda de que pretendía castigarme por haber cuestionado su autoridad delante de nuestros hijos. No sabía si sería un castigo físico o emocional, pero estaba segura de que sería severo. Podía disimular mi infidelidad delante de los niños, pero no podría ocultar mi abierta animadversión.

De modo que me llevaría a mis hijos. Buscaría algún lugar en el que pudiéramos desaparecer. Pero antes, me iría con Christian.

La luna estaba llena y soplaba la brisa aquella noche. Me puse la capa, ocultando la cabeza en la capucha. El cachorro se acurrucaba en mi pecho. Fui en el carruaje hasta el pueblo y desde allí caminé hasta su casa, sintiendo el olor del mar y las flores a mi alrededor. Mi corazón latía con tanta fuerza que me ensordecía mientras llamaba a su puerta. Aquel era el primer paso. Una vez dado, no podría retroceder.

Pero no era el miedo, no era el miedo el que me hacía temblar mientras él me abría la Puerta. Era un inmenso alivio. En cuanto lo vi, supe que ya había tomado una opción.

-Bianca -me dijo Christian-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Tengo que hablar contigo.

Christian ya me estaba empujando al interior. Vi entonces que había estado leyendo a la luz de la lámpara. Su cálido resplandor y el olor de sus pinturas me relajaron más que las palabras. Dejé el cachorro en el suelo y este comenzó a explorar todos los rincones de la casa.

Christian me hizo sentarme y, sin duda consciente de mi nerviosismo, me trajo un brandy. Mientras lo bebía, le conté la escena con Fergus. Aunque le pedía que permaneciera en calma, podía ver su rostro, la violencia que en él se reflejaba cuando le conté cómo había cerrado las manos sobre mi cuello.

-¡Dios mío! -sin más, se agachó a mi lado y acarició mi cuello. Yo entonces no sabía que quedaban las marcas de los dedos de Fergus.

Los ojos de Christian se oscurecieron. Se aferró a los brazos de la silla antes de comenzar a levantarse.

-Lo mataré.

Tuve que agarrarlo para impedir que saliera violentamente de la cabaña. Tenía tanto miedo que no estaba segura de lo que dije, aunque sé que le expliqué que Fergus se había ido a Boston y que yo ya no podía soportar más violencia. Al final fueron mis lágrimas las que lo detuvieron. Me abrazaba como si fuera una niña, me mecía y me consolaba mientras yo desahogaba toda mi desesperación.

Quizá debería haberme avergonzado de suplicarle que nos llevara lejos a mí y a mis hijos, por depositar en él tanta responsabilidad. Si él se hubiera negado, sé que me habría ido sola, que habría llevado a mis tres pequeños a cualquier ciudad tranquila de Inglaterra o Irlanda. Pero Christian secó mis lágrimas.

-Por supuesto que nos iremos. No pienso dejar que tus hijos o tú tengáis que pasar una sola noche más bajo el mismo techo que tu marido. No permitiré que vuelva a ponerte una mano encima. Será difícil, Blanca. No podréis disfrutar de la clase de vida a la que estáis acostumbrados. Y el escándalo...

-No me importa el escándalo. Los niños necesitan sentirse seguros y a salvo -me levanté entonces y comencé a caminar-. No puedo estar segura de qué es lo mejor. Me he pasado noche tras noche desvelada en la cama, preguntándome si tenía derecho a amarte, a desearte. Hice unos votos, unas promesas, y tengo tres hijos -me cubrí el rostro con las manos-. Una parte de mí sufre al pensar en romper esas promesas, pero debo hacer algo. Creo que me volveré loca si no lo hago. Dios podrá perdonarme, pero yo no podré soportar toda una vida de infidelidad.

Christian me tomó las manos para apartarlas de mi rostro.

-Nosotros tenemos que estar juntos. Lo sabemos, los dos, desde la primera vez que nos vimos. Yo me he conformado con las pocas horas que pasábamos juntos porque sabía que estabas a salvo. Pero ahora no voy a quedarme quieto, viendo cómo entregas tu vida a un hombre que te maltrata. Desde esta noche eres mía, y serás mía para siempre. Nada ni nadie podrá cambiar eso.

Lo creí. Con su rostro tan cerca del mío, y sus ojos grises tan claros y seguros, lo creí. Y lo necesité.

-Entonces, esta noche, hazme tuya.

Me sentí como una recién casada. En cuanto me tocó, supe que jamás me habían acariciado. Sus ojos estaban fijos en los míos mientras me quitaba las horquillas que sujetaban mi pelo. Sus dedos temblaban. Nada, nada me había conmovido nunca tanto como saber que tenía la capacidad de hacerlo temblar. Sus labios rozaban con una infinita delicadeza los míos a pesar de que sentía la tensión vibrando en todo su cuerpo. Bajo la luz de la lámpara, me desabrochó el vestido y se desabrochó la camisa. Y un pajarito comenzó a cantar en el bosque.

Por su manera de mirarme, supe que le gustaba. Lentamente, casi tortuosamente, se deshizo de la combinación y el corsé. Entonces acarició mi pelo, deslizando las manos por él.

-Algún día te retrataré así mismo -murmuró.

Me levantó en brazos y pude sentir su corazón latiendo en su pecho mientras me llevaba al dormitorio.

La luz era de plata, el aire como el vino. No hubo ninguna prisa en aquella unión forjada en la oscuridad, sino que fue una danza tan elegante y estimulante como un vals. No importaba lo imposible que pareciera, era como si hubiéramos hecho el amor infinitas veces, como si yo hubiera sentido aquel cuerpo firme y duro contra el mío noche tras noche.

Aquel era un mundo que hasta entonces no había conocido y, sin embargo, me resultaba dolorosa y bellamente familiar. Cada movimiento, cada suspiro, cada deseo era natural como respirar. Incluso cuando la urgencia me dejó casi sin sentido, la belleza no disminuyó. Mientras Christian me amaba, supe que había encontrado algo que cualquier alma anhelaba: el amor.

Dejarlo fue lo más difícil que había hecho en mi vida. Aunque nos dijimos el uno al otro que aquella sería la última vez que nos separarían, prolongamos cuanto fue posible aquella noche de amor. Casi había amanecido cuando regresé a Las Torres. Cuando entré en mi casa, supe que la echaría terriblemente de menos. Aquel, más que cualquier otro lugar en mi vida, había sido mi hogar. Christian y yo, con los niños, tendríamos un nuevo hogar, pero yo siempre llevaría Las Torres en mi corazón.

Eran pocas las cosas que podía llevarme. En aquel tranquilo amanecer, hice una pequeña maleta. La niñera me ayudaría a organizar todo aquello que los niños podrían necesitar, pero mi maleta quería hacerla sola. Quizá era un símbolo de independencia. Y quizá fue esa la razón por la que pensé en las esmeraldas. Eran la única cosa que Fergus me había regalado y que consideraba mía. Había veces en las que las había odiado, sabiendo que me habían sido entregadas como premio por haber dado a luz un heredero.

Pero eran mías, de la misma forma que mis hijos eran míos.

Creo que no pensé en su valor económico cuando las tomé, las sostuve en mis manos y observé su intenso resplandor a la luz de la lámpara. Aquellas esmeraldas las heredarían mis hijos, y los hijos de mis hijos, como un símbolo de libertad y esperanza. Y, junto a Christian, de amor.

Cuando amaneció, decidí guardarlas junto a este diario en un lugar seguro hasta que me reuniera con Christian otra vez.

Era una anciana. Permanecía sentada, con un aspecto tan frágil y quebradizo como una copa antigua, a la sombra de un olmo viejo. Cerca de ella, unos alegres y coloridos pensamientos disfrutaban del sol y flirteaban con los zánganos que zumbaban a su alrededor. Los residentes caminaban por los senderos empedrados que cruzaban los jardines de Madison House. Algunos lo hacían en silla de ruedas, eran empujados por familiares o trabajadores de la residencia; otros caminaban, por parejas o solos, con el cuidado y la indecisión de la edad.

Había pájaros cantando. Las mujeres escuchaban y movían suavemente la cabeza, negándose a rendirse a la artritis. La mujer que iban a visitar llevaba unos pantalones de color rosa y una blusa de algodón que le había regalado una de sus bisnietas. A ella siempre le habían gustado los colores vivos. Y algunas cosas no cambiaban con la edad.

Su piel era oscura y con tantas arrugas como un mapa antiguo. Hasta dos años antes, había vivido sola, cuidando de su propio jardín y haciéndose ella sola la comida. Pero una caída, una desgraciada caída, la había dejado impotente y dolorida en la cocina durante cerca de doce horas y se había convencido a sí misma de que necesitaba un cambio.

Tenía compañía cuando quería e intimidad cuando no la deseaba. Millie Tobías imaginaba que, a los noventa y ocho años, se había ganado el derecho a elegir.

Se alegraba de tener visitas. Sí, pensó mientras tejía, claro que le gustaba. El día había comenzado bien. Se había levantado sin más achaques de los habituales. La cadera le tiraba un poco, lo que quería decir que pronto iba a llover. Pero no importaba, reflexionó. La lluvia era buena para las flores.

Sus manos continuaban tejiendo, pero rara vez las miraba. Sabían perfectamente lo que tenían que hacer con las agujas y la lana. En vez de mirar su tejido, observaba el camino, ayudando a sus ojos con unas gruesas lentes. Vio a la joven pareja, un joven delgado con el pelo desgredado y oscuro; la chica esbelta, con un ligero vestido de verano y el pelo del color de las hojas en otoño. Se acercaban a ella tomados de la mano. Millie tenía una foto de dos jóvenes amantes y decidió que eran tan hermosos como los de su foto.

Sus manos continuaron tejiendo cuando los jóvenes abandonaron el camino para reunirse con ella a la sombra del árbol.

-¿Señora Tobías?

Millie estudió a Max, vio unos ojos sinceros y una sonrisa tímida.

-Aj- -dijo-. Y usted debe ser el doctor Quartermain -su voz conservaba el marcado acento del este-. La gente se doctora muy joven en esta época.

-Sí, señora. Esta es Lilah Calhoun.

No había un gramo de timidez en todo su cuerpo, decidió, y no le disgustó en absoluto que Lilah se sentara en la hierba para admirar su tejido.

-Es precioso -Lilah lo acarició con un dedo-. ¿Qué va a ser?

-Lo que él mismo quiera. Eres de la isla.

-Sí, nací aquí.

Millie dejó escapar un suspiro.

-No he vuelto a la isla desde hace treinta años. No soporto vivir allí después de haber perdido a mi Tom. Pero todavía echo de menos el sonido del mar.

-¿Estuvieron mucho tiempo casados?

-Cincuenta años. Y disfrutamos de una vida muy hermosa. Tuvimos ocho hijos y los vimos crecer a todos ellos. Ahora tengo veintitrés nietos, quince bisnietos y siete tataranietos -soltó una carcajada-. A veces tengo la sensación de haber propagado yo sola todo este viejo mundo. Saca las manos de los bolsillos, muchacho -le dijo a Max-. Y siéntate aquí, para que no tenga que estirar el cuello -espero hasta que Max se sentó-. ¿Esta es tu novia? -le preguntó.

-Ah... bueno.

-¿Es o no es? -exigió Millie, mostrando sus dientes en una radiante sonrisa.

-Sí, Max -Lilah le dirigió una divertida y perezosa mirada-. ¿Es o no es?

Acorralado, Max dejó escapar un bufido.

-Supongo que podría decirse que sí.

-Es de reacciones lentas, ¿verdad? -le dijo a Lilah y le guiñó un ojo-. No hay nada de malo en eso. Te pareces a ella -dijo bruscamente.

-¿A quién?

-A Bianca Calhoun. ¿No es de ella de quien queréis hablarme?

Lilah posó la mano en el brazo de Millie. Su carne era tan fina como el papel.

-La recuerda.

-Aj-. Era una gran dama. Hermosa y con un buen corazón. Adoraba a sus hijos. Muchas de las ricas damas que veraneaban en la isla estaban encantadas dejando a sus hijos al cuidado de las niñeras, pero a la señora Calhoun le gustaba cuidarlos personalmente. Le gustaba dar paseos con ellos y pasaba muchas horas en el cuarto de juegos. Subía a verlos antes de dormir, todas las noches, a menos que su marido tuviera alg:n plan y la hiciera salir antes de que los niños se hubieran acostado. Era una buena madre, y creo que de una mujer no se puede decir nada mejor.

Millie asintió con firmeza y volvió a animarse a hablar cuando vio que Max estaba tomando notas.

-Trabajé en Las Torres tres veranos, en el doce, el trece y el catorce -y con aquel curioso efecto de la edad en la memoria, podía recordarlo todo con perfecta claridad.

-¿Le importa? -Max sacó una pequeña grabadora-. Nos ayudar· a recordar lo que nos diga.

-En absoluto -de hecho, la complacía terriblemente. Se sentía como si estuviera en un programa de televisión. Sus dedos dejaron de trabajar mientras se instalaba m·s cómodamente en la silla-. ¿Todavía vives en Las Torres? le preguntó a Lilah.

-Sí, con mi familia.

-Cu·ntas veces habré bajado y subido esas escaleras. Al señor no le gustaba que emple·ramos la escalera principal, pero cuando él no estaba, claro que la utilizaba, y me sentía como si fuera una dama; regode·ndome en el fruf· de las faldas y alzando la

nariz. En aquella época yo estaba bastante bien. Y utilizaba mi aspecto para coquetear con el jardinero. Pero solo era una forma de poner celoso a Tom, y de esa forma conseguí que se diera m's prisa.

Suspiró y se recostó en el asiento.

-Nunca había visto una casa como aquella. Los muebles, los cuadros, la cristalería. Una vez a la semana, limpiábamos todas las ventanas con vinagre y resplandecían como diamantes. Y a la señora siempre le gustaba tener flores frescas por todas partes. Ella misma cortaba las rosas y las peonías del jardín o salía a buscar orquídeas silvestres.

-¿Qué puede decirnos del verano en el que murió? -la interrumpió Max.

-La señora pasaba mucho tiempo en la habitación de la torre, mirando a los acantilados o escribiendo su libro.

-¿Su libro? -intervino Lilah-. ¿Se refiere a su diario?

-Supongo que era algo así. A veces la veía escribir cuando le subía el té. Ella siempre me daba las gracias. Y me llamaba por mi nombre. 'Gracias, Millie^a, me solía decir, 'hace un buen día^a, o 'no tenías que haberte molestado, Millie, ¿cómo est- tu novio^a. Era tan amable -sus labios se tensaron-. Sin embargo, el señor no era capaz de decirte una sola palabra. Para el caso que nos hacía, podíamos haber sido un pedazo de madera.

-No le gustaba -señaló Max.

-Yo no soy quién para decir si me gustaba o no, pero sí puedo decir que no he conocido a un hombre m's duro y frío en mi vida. Yo y las otras chicas hablábamos a veces de él. ¿Cómo una mujer tan dulce y adorable podía estar casada con un hombre como aquel? Yo diría que por dinero. Oh, tenía unos vestidos preciosos, joyas, asistía a todo tipo de fiestas... Pero no era feliz. Sus ojos siempre estaban tristes. Salían algunas noches y otras las pasaban en casa. El casi siempre se dedicaba a sus cosas, a los negocios y a la política, apenas prestaba atención a su esposa y mucho menos a sus hijos. Aunque al mayor parecía tenerle cariño.

-Ethan -le comentó Lilah-. Mi abuelo.

-Era un buen chico, y muy travieso. Le gustaba deslizarse por la barandilla y jugar en el barro. A la señora no le importaba que se ensuciara, pero tenía que asegurarse de que estuviera bien limpio para cuando llegaba el señora casa. Era un

hombre duro ese Fergus Calhoun. ¿Alguien puede asombrarse de que esa pobre mujer buscara a alguien m's amable?

Lilah cerró la mano sobre la de Max.

-¿Sabía que se veía con otro hombre?

-Yo era la encargada de limpiar la torre. En m's de una ocasión me asomaba a la ventana y la veía correr por los acantilados. Allí se encontraba con un hombre. Ya sé que era una mujer casada, pero a mí no me corresponde juzgarla. Cada vez que volvía después de haberlo visto, parecía feliz. Al menos durante unas horas.

-¿Sabe quién era él? -le preguntó Max.

-No. Un pintor, creo, porque a veces llevaba un caballete. Pero nunca se lo pregunté a nadie, y tampoco conté lo que había visto. Era el secreto de la señora. Se merecía al menos un secreto.

Como sus manos estaban ya cansadas, las posó en su regazo.

-El día antes de que muriera, les trajo un cachorro a los niños. Un perro perdido que se había encontrado en los acantilados. Dios, qué conmoción. Los niños se volvieron locos con ese perro. La señora hizo que uno de los jardineros llenara un balde en el patio y entre ella y los niños bañaron al cachorro. Reían cuando el perro aullaba. La señora echó a perder su vestido. Después, yo ayudé a la niñera a cambiar a los niños. Fue la última vez que los vi felices.

Se interrumpió un instante para ordenar sus pensamientos y fijó la mirada en dos mariposas que volaban hacia los pensamientos.

-Hubo una discusión terrible cuando el señor volvió a casa. Hasta entonces, nunca había oído a la señora levantarle la voz. Estaban en el salón y yo en el pasillo. Podía oírlos perfectamente. El señor no quería tener al perro en casa. Por supuesto, los niños estaban llorando, pero él dijo, con toda su frialdad, que la señora tenía que entregar el perro a los sirvientes para que se deshicieran de él.

Lilah sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

-¿Pero por qué?

-No era suficientemente bueno para ellos porque no era un perro de raza. La niña se enfrentó directamente a su padre y a él no pareció importarle lo pequeña que era.

Yo pensé que iba a pegarle, pero la señora les dijo a sus hijos que se llevaran al perro y subieran con la niñera. Después de aquello, todo fue mucho peor. La señora estaba demasiado furiosa para contenerse. Yo jamás habría dicho que tenía tanto genio, pero aquella noche lo demostró. El señor le dijo cosas terribles, cosas terribles. Le dijo que se iba a ir a Boston unos días y que, mientras él estuviera fuera, debía deshacerse del perro y recordar cuál era su lugar. Cuando salió del salón, su rostro... nunca lo olvidaré. Parecía un loco, me dije a mí misma, y me asomé al salón donde estaba la señora, blanca como un fantasma, sentada en una silla y llevándose una mano al cuello. A la noche siguiente, estaba muerta.

Max no dijo nada durante unos segundos. Lilah desvió la mirada y pestañeó para contener las lágrimas.

-Señora Tobías, ¿oyó algo sobre que Bianca quería abandonar a su marido?

-Más tarde sí. El señor echó a la niñera, a pesar de que esos pobres niños estaban casi enfermos de tristeza. Ella, Mary Beals se llamaba, quería a esa mujer y a sus hijos como si fueran su propia familia. La vi en el pueblo el día que llevaban a la señora a Nueva York para enterrarla. Me dijo que la señora jamás se habría suicidado, que nunca les habría hecho una cosa así a sus hijos. Insistió en que había sido un accidente. Y después me dijo que la señora había decidido marcharse, que había llegado a la conclusión de que no podía seguir con el señor. Iba a llevarse a los niños. Mary Beals me dijo que pensaba irse a Nueva York y que pensaba quedarse con los niños dijera lo que dijera el señor Calhoun. Más tarde me enteré de que Mary Beals había sido despedida.

-¿Alguna vez vio las esmeraldas de los Calhoun, señora Tobías? -le preguntó Max.

-Ajá. Bastaba verlas una vez para no olvidarlas nunca. Cuando la señora las llevaba, parecía una reina. Desaparecieron la noche que murió -una débil sonrisa asomó a sus labios-. Conozco la leyenda, chico. Podría decir que la viví.

Nuevamente serena, Lilah volvió a mirar a la anciana.

-¿Tiene alguna idea de lo que ocurrió con ellas?

-Sé que Fergus Calhoun nunca las tiró al mar. Estaba demasiado aferrado a su dinero para malgastar un solo penique. Si ella pretendía dejarlo, es posible que decidiera llevarse las esmeraldas. Pero él regresó, ya ve.

Max frunció el ceño.

-¿Que regresó?

-El señor volvió la misma tarde que la señora murió. Por eso escondió ella las esmeraldas. Pero la pobre nunca tuvo oportunidad de llevarse las.

-¿Y dónde...? -murmuró Lilah- ¿Dónde pudo guardarlas?

-En una casa tan grande es imposible saberlo -Millie retomó su labor-. Yo volví para empaquetar sus cosas. Fue un día muy triste. Era imposible no llorar. Envolvimos sus adorables vestidos en papel de seda y los guardamos en un baúl. Nos dijeron que despejaramos completamente la habitación, tuvimos que sacar de allí hasta sus cepillos y sus perfumes. El señor no quería que quedara nada de ella en la casa. Yo no volví a ver las esmeraldas nunca más.

-¿Ni tampoco su diario? -Max esperó mientras Millie apretaba los labios-. ¿Encontraron su diario en su habitación?

-No -sacudió la cabeza lentamente-. No había ningún diario.

-¿Y algunos objetos de escritorio, cartas, tarjetas...?

-Su papel de cartas estaba en el escritorio y también el librito en el que apuntaba sus citas, pero no vi el diario. Lo sacamos todo, no dejamos ni una horquilla. Al verano siguiente, el señor regresó. Mantuvo la que había sido la habitación de la señora cerrada y no quedaba una sola huella de ella en la casa. Las fotografías, los cuadros, habían desaparecido. Los niños apenas reían. Una vez me encontré al más pequeño de los chicos en la puerta de la habitación de su madre, mirándola fijamente. Yo dejé el trabajo a mitad del verano. No podía soportar trabajar en aquella casa con el señor. Se había convertido en un hombre todavía más frío, más duro. A veces subía a la habitación de la torre y se quedaba allí sentado durante horas. Aquel verano me casé con Tom y, desde entonces, nunca regresé a Las Torres.

Horas después, Lilah permanecía en el estrecho balcón de la habitación del hotel. A sus pies, podía ver el rectángulo de la piscina y oír las risas y los chapoteos de las familias y las parejas que disfrutaban de sus vacaciones.

Pero su mente no estaba en aquel verano luminoso ni en los gritos y el susurro del agua. Su corazón había volado ochenta años atrás, a la época en la que las mujeres se engalanaban con vestidos largos y elegantes y escribían sus sueños en diarios

secretos.

Cuando Max salió y le rodeó la cintura con los brazos, Lilah se recostó contra él, buscando consuelo.

-Siempre he sabido que no fue feliz -dijo Lilah-. Podía sentirlo. De la misma forma que sentía que estaba desesperadamente enamorada. Pero, hasta hoy, no he sido consciente de que tuvo miedo. Eso no lo había sentido.

-Ha pasado mucho tiempo desde entonces, Lilah -Max besó su melena-. La señora Tobías puede haber exagerado. Recuerda que era una mujer joven e impresionable cuando todo eso ocurrió.

Lilah se volvió para mirarlo tranquila y profundamente a los ojos.

-No crees lo que estás diciendo, ¿verdad?

-No -deslizó los nudillos por su mejilla-. Pero no podemos cambiar lo que pasó. ¿En qué podría ayudarnos ahora?

-Claro que podemos, ¿no te das cuenta? Encontrando las esmeraldas y el diario. Bianca debió escribir todo lo que sentía en su diario. Todo lo que deseaba y temía. Y jamás habría dejado que Fergus lo encontrara. Si escondió las esmeraldas, también escondió el diario, seguro.

-Entonces lo encontraremos. Si atendemos al relato de la señora Tobías, Fergus regresó antes de lo que Bianca esperaba. Por lo tanto, no tuvo oportunidad de sacar las esmeraldas de la casa. Todavía están allí, así que encontrarlas solo es cuestión de tiempo.

-Pero...

Max sacudió la cabeza y le enmarcó el rostro con las manos.

-¿No eres tú la que dice que hay que confiar en los sentimientos? Piensa en ello. Trent vino a Las Torres y se enamoró de C.C. Cuando se le ocurrió la idea de restaurar la casa para convertirla en un hotel, la antigua leyenda salió nuevamente a la luz. Una vez se hizo pública, Livingston o Caufield, o como quiera que se llame, se obsesionó con las esmeraldas. Le hizo proposiciones a Amanda, pero ella ya estaba enamorada de Sloan, que también vino aquí por Las Torres. Desde entonces, ya hemos conseguido encajar algunas piezas de este gran rompecabezas. Hemos encontrado una fotografía de las esmeraldas. Hemos localizado a una mujer que conoció a Blanca y que ha

corroborado la tesis de que escondió las esmeraldas en la casa. Cada uno de los pasos que hemos dado guarda relación con el anterior. ¿Crees que habríamos llegado tan lejos si de verdad no fuéramos a encontrarlas?

La mirada de Lilah se suavizó mientras rodeaba con las manos las muñecas de Max.

-Eres terriblemente bueno para mí, profesor. Un poco de lógica optimista era precisamente lo que necesitaba en este momento.

-Entonces te daré algo m's. Creo que el siguiente paso es intentar seguir las huellas del pintor.

-¿De Christian? ¿Pero cómo?

-Eso déjame a mí.

-De acuerdo -deseando sentir los brazos de Max a su alrededor, apoyó la cabeza en su hombro-. Hay otra conexión posible. Quiz· pienses que est· fuera de lugar, pero no puedo evitar pensar en ella.

-Dime.

-Hace un par de meses, Trent fue a dar un paseo por los acantilados. Encontró a Fred. Nunca hemos sido capaces de averiguar qué hacía aquel cachorro por allí solo. Me ha hecho pensar en el perrito que Bianca les llevó a los niños, aquel por el que discutió tan amargamente con Fergus el día antes de morir -dejó escapar un largo suspiro-. También pienso en esos niños. Me resulta difícil imaginarme a mi abuelo como un niño pequeño. Nunca lo conocí porque murió antes de que yo naciera. Pero puedo imagin·rmelo en la puerta de la habitación de su madre, sufriendo. Y me rompe el corazón.

-Chss -Max tensó su abrazo-. Es mejor pensar que Bianca encontró la felicidad con ese pintor. ¿No puedes imagin·rtela corriendo a buscarlo por los acantilados, disfrutando a escondidas de unas horas de sol o buscando alg·n lugar tranquilo en el que pudieran estar solos?

-Sí -curvó los labios sobre el cuello de Max-. Sí, puedo. Quiz· sea esa la razón por la que me gusta tanto estar en la torre. Bianca no era desgraciada cuando estaba en ella y podía pensar libremente en Christian.

-Y si hay justicia en el mundo, seguro que ahora est·n juntos.

Lilah inclinó la cabeza para mirarlo.

-Eres terriblemente bueno para mí. Te voy a proponer una cosa, ¿por qué no aprovechamos la piscina que tenemos ahí abajo? Me gustaría nadar contigo en una situación que no sea de vida o muerte.

Max le dio un beso en la frente.

-Has tenido una idea magnífica.

Lilah hizo algo más que flotar y nadar. Max jamás había visto a nadie que realmente fuera capaz de dormir en el agua. Pero Lilah podía. Cerraba despreocupadamente los ojos tras las gafas de sol, con el cuerpo completamente relajado. Llevaba un bikini de tirantes estrechos y un estampado de piel de leopardo que hacía que a Max le subiera la tensión sanguínea... Y tenía el mismo efecto en todos los hombres que había en cien metros a la redonda. Pero ella continuaba flotando tranquilamente, moviendo las manos con delicadeza en el agua. De vez en cuando, daba una patada perezosa para impulsarse y la melena flotaba a su alrededor. De tanto en tanto, buscaba la mano de Max, o le rodeaba el cuello con los brazos, confiando en que la mantuviera a flote.

Y de pronto, lo besó. Sus labios estaban fríos, húmedos. Y su cuerpo tan fluido como el agua que los rodeaba.

-Creo que este es el momento ideal para echarse una siesta -comentó Lilah. Lo dejó en la piscina y se estiró en una tumbona, bajo una sombrilla.

Cuando se despertó, las sombras ya eran mucho más largas y solo quedaban algunos acérrimos aficionados a la natación en el agua. Miró a su alrededor, buscando a Max, y comprobó vagamente desilusionada que no se había quedado con ella. Se envolvió en su pareo y fue a buscarlo.

La habitación estaba vacía, pero había una nota en la cama, escrita con la cuidada caligrafía de Max.

Tengo un par de cosas que hacer. Volveré pronto.

Lilah se encogió de hombros, buscó en la radio una emisora de música clásica y se

dio una larga y cálida ducha.

Reanimada y relajada, se quitó la toalla y comenzó a echarse crema con largas y perezosas caricias. Quiz· encontraran un restaurante pequeño y acogedor en el que cenar, se dijo. Alg·n lugar con iluminación tenue y música en directo. Podrían prolongar la velada a la luz de las velas y deleitarse con un frío y burbujeante champ·n.

Después volverían al hotel y correrían las cortinas del balcón. Max la besaría de aquella forma tan minuciosa y embriagadora, hasta que ninguno de los dos fuera capaz de apartar las manos del otro. Lilah tomó un frasquito de perfume y lo vaporizó sobre su piel. Después, harían el amor, lenta o frenéticamente, delicada o desesperadamente, hasta que terminaran durmiéndose abrazados.

No pensarían en la tragedia de Bianca, ni en ladrones de esmeraldas. Aquella noche solo pensarían el uno en el otro.

Soñando en él, Lilah se adentró en el dormitorio.

Max la estaba esperando. Parecía que hubiera estado esper·ndola durante toda su vida. Ella se detuvo, con los ojos oscurecidos por la luz de las velas que Max había encendido. Su pelo h·medo llameaba frente a aquella delicada luz. Su perfume flotaba en la habitación, misterioso, seductor, mezclado con la fragancia del ramo de fresas que Max le había comprado.

Al igual que ella, había imaginado una noche perfecta y estaba intentando ofrecérsela.

La radio continuaba emitiendo melodías rom·nticas. Sobre la mesa situada frente a las puertas del balcón, descansaban dos elegantes velas blancas. El champ·n acababa de ser servido en dos copas altas previamente escarchadas. Frente a ellos, el sol se ponía en el cielo, convertido en un globo escarlata que se hundía en el azul profundo del horizonte.

-He pensado que podríamos cenar aquí -le dijo, tendiéndole la mano.

-Max -la emoción le constreñía la garganta-. ¿Ves como siempre he tenido razón? -entrelazó los dedos con los de Max-. Eres un poeta.

-Quería estar a solas contigo -tomó uno de los fr·giles capullos y se lo puso en el pelo-. Espero que no te importe.

-No -dejó escapar un trémulo suspiro cuando Max le besó la palma de la mano-.

No me importa.

Max tomó las copas y le tendió una.

-En los restaurantes hay tanta gente...

-Y son tan ruidosos -se mostró de acuerdo Lilah, mientras acercaba su copa a la de Max.

-Y alguien podría protestar si comienzo a besarte antes de los aperitivos.

Sin dejar de mirarlo, Lilah bebió un sorbo de champ·n.

-Yo no lo haría.

Max deslizó un dedo por su cuello y le hizo inclinar la cabeza para que sus labios pudieran encontrarse.

-Creo que deberíamos darle a la cena una oportunidad -susurró Max al cabo de un momento.

Se sentaron juntos para contemplar la puesta de sol mientras se iban dando el uno al otro pedacitos de langosta empapada en dulce mantequilla caliente. Lilah dejaba que el champ·n explotara en su lengua y después se volvía hacia él, donde el sabor del champ·n se convertía en algo sencillamente embriagador.

Mientras les llegaba desde la radio un preludio de Chopin, Max besó suavemente su hombro y deslizó los labios hasta su cuello.

-La primera vez que te vi -le dijo mientras introducía un pedazo de langosta entre sus labios-, pensé que eras una sirena. Y aquella primera noche soñé contigo -frotó suavemente sus labios-. Desde entonces, he soñado contigo cada noche.

-Cuando me siento en la torre pienso en ti... de la misma manera que Bianca pensó en otro tiempo en Christian. ¿Crees que llegarían a hacer el amor?

-No creo que Christian pudiera resistirse.

Por los labios de Lilah escapaba su trémula respiración.

-No creo que ella quisiera que se resistiera -mir·ndolo a los ojos, empezó a desabrocharle la camisa-. Ella también se moría de deseo por él, de ganas de

acariciarlo -con un suspiro, deslizó las manos por su pecho-. Cuando estaban juntos, solos, nada más importaba.

-El se volvería loco por ella -tomó a Lilah de las manos para hacerla levantarse. La abandonó un momento, para cerrar las ventanas, de manera que quedaran encerrados entre la música y la luz de las velas-. Debían perseguirlo noche y día imágenes de Bianca. Su rostro... -recorrió con los dedos las mejillas de Lilah, la barbilla, la garganta-. Cada vez que cerraba los ojos, la veía. Su sabor... -presionó sus labios-. Cada vez que respiraba, estaría allí para recordarle sus besos.

-Y ella permanecería despierta noche tras noche en su cama, deseando sus caricias -con el corazón acelerado, deslizó la camisa por los hombros de Max y se estremeció cuando este le desató el cinturón de la bata-, recordando cómo la miraba cuando la desnudaba.

-Christian no podía desearla más de lo que te deseo a ti -la bata resbaló hasta el suelo. Y Max se acercó todavía más a Lilah-. Déjame demostrártelo.

La luz de las velas era cada vez menos intensa. Un solitario rayo de luna se filtraba por una minúscula rendija entre las cortinas. Se sentía la música, la creciente pasión y la fragancia de aquellas frágiles flores.

Promesas susurradas y respuestas desesperadas. Una risa grave y ronca, un gemido sollozante. Desde la paciencia a la urgencia, desde la ternura a la locura, se entregaron el uno al otro. Durante aquella oscura e interminable noche, se mostraron vivos, incansables. Una delicada caricia podía causar un temblor; un toque más brusco un suspiro. Se acercaban el uno al otro con generoso afecto y al instante siguiente como si fueran belicosos guerreros.

Cada vez que se creían saciados, eran capaces de volver a excitarse. Y no dejaron de amarse hasta que las velas se fundieron y la luz grisácea del amanecer se filtró sigilosa en la habitación.

Hawkins estaba harto y cansado de esperar. En lo que a él concernía, cada día pasado en la isla era una pérdida de tiempo. Y lo peor era que había renunciado a un trabajo en Nueva York que podía haberle permitido ganar al menos diez de los grandes. En vez de eso, había invertido la mitad de lo que podía haber ganado en un robo que cada vez le parecía más un auténtico descalabro.

Sabía que Caulfield era bueno. Y había pocas cosas mejores que vivir levantando cerraduras y escapando de la policía. En los diez años que había durado su asociación, habían llevado a cabo varias operaciones sin ningún tipo de complicaciones. Y eso era precisamente lo que lo preocupaba.

En el asunto de las esmeraldas, lo único que parecía haber eran preocupaciones. Aquel maldito profesor de universidad había enredado bien las cosas. Hawkins estaba resentido porque Caulfield no le había dejado ocuparse de Quartermain. El sabía que Caulfield no lo consideraba capaz de finura alguna, pero él podía haber arreglado aquel asunto fingiendo un accidente.

El verdadero problema era que Caulfield estaba obsesionado con las esmeraldas. Hablaba de ellas día y noche, y se refería a ellas como si fueran seres vivos y no unas piedras preciosas que podían proporcionarles una considerable cantidad de dinero.

Hawkins estaba comenzando a creer que Caulfield no pensaba vender las esmeraldas cuando las consiguiera. El conocía el olor de la traición y estaba observando a su socio como un halcón. Cada vez que Caulfield salía, recorría aquella casa vacía, buscando alguna pista sobre las intenciones de su socio.

Después estaban sus ataques de cólera. Caulfield tenía fama de tener un carácter inestable, pero aquellas terribles pataletas eran cada vez más frecuentes. El día anterior, había entrado en casa hecho una furia, con el rostro pálido, una mirada salvaje y temblando de rabia porque una de las chicas Calhoun no estaba en el parque natural; había destrozado una de las habitaciones y había roto un mueble con un cuchillo de cocina antes de conseguir recobrar la calma.

Hawkins le tenía miedo. Aunque él fuera un hombre robusto y de puños ágiles, no tenía ningunas ganas de medirse físicamente con Caulfield. Y menos cuando veía aquel fuego salvaje en sus ojos. Su única esperanza era, si quería la parte que le

correspondía y fugarse limpiamente de allí, poder burlar a su socio.

Aprovechando que Caufield había vuelto a marcharse al parque natural, Hawkins inició una lenta y metódica búsqueda por la casa. Aunque era un hombre grande, a menudo considerado como falto de ingenio por sus socios, podía registrar toda una habitación sin levantar una sola mota de polvo. Echó un vistazo a los documentos robados y los descartó disgustado. Allí no había nada. Si Caufield hubiera encontrado algo, no los habría dejado tan a la vista. Decidió empezar por lo más obvio, por el dormitorio de su socio.

Sacudió primero los libros. Sabía que Caufield fingía ser un hombre formado, incluso erudito, aunque no había recibido más educación que él. Pero en los volúmenes de Shakespeare y Steinbeck no encontró nada más que palabras.

Hawkins buscó bajo el colchón y en los cajones de la cómoda. Como la pistola de Caufield no estaba por los alrededores, decidió que la habría metido en la mochila antes de ir a buscar a Lilah. Con infinita paciencia, miró detrás de los espejos, dentro de los cajones y bajó la alfombra. Cuando se volvía hacia el armario, empezaba a pensar ya que había juzgado equivocadamente a su socio.

Y allí, en el bolsillo de un par de vaqueros, encontró el mapa.

Era un dibujo tosco, en un papel amarillento. Para Hawkins, no había ningún posible error de interpretación. Las Torres estaban claramente representadas, junto a algunas direcciones y distancias y algunas marcas, aunque las proporciones no eran muy buenas.

El mapa de las esmeraldas, pensó Hawkins mientras intentaba alisar los pliegues del papel. Una furia amarga lo invadía mientras estudiaba cada una de aquellas líneas. Había descubierto el doble juego de Caufield, pero no se lo diría. El también podía jugar al mismo juego, pensó. Salió de la habitación con el mapa en el bolsillo. Caufield iba a sufrir un serio ataque de cólera cuando descubriera que su socio le había quitado las esmeraldas delante de sus narices. Era una pena que no fuera a estar allí para verlo.

Max encontró a Christian. Fue mucho más fácil de lo que había imaginado. Solo tuvo que sentarse y estudiar atentamente el libro que tenía entre las manos. En menos de media jornada en la biblioteca, tropezó con aquel nombre en un polvoriento volumen titulado Pintores y su Arte: 1900-1950. Había revisado pacientemente la lista de

apellidos que comenzaban con la letra A, y estaba revisando atentamente los que empezaban por la B cuando lo encontró. Christian Bradford, nacido en mil ochocientos ochenta y cuatro y fallecido en mil novecientos setenta y seis. Aunque Max se había animado al encontrar su nombre, no esperaba que fuera tan fácil. Pero pronto cada pieza encajó en su lugar.

Aunque Bradford no disfrutó de un auténtico éxito hasta los últimos años de su vida, sus primeros trabajos han llegado a adquirir un considerable valor tras su muerte.

Max leyó por encima las características artísticas del pintor.

Considerado como un nómada en su vida, debido a su costumbre de trasladarse de un lugar a otro, Bradford a menudo vendía su trabajo a cambio de alojamiento y comida. Era un prolífico artista, capaz de terminar un cuadro en cuestión de días. Se decía que era capaz de trabajar durante veinticuatro horas seguidas cuando estaba inspirado. Continúa siendo un misterio por qué no produjo nada entre mil novecientos catorce y mil novecientos dieciséis.

Oh, Dios, pensó Max, y se frotó las palmas de las manos en los pantalones.

Casado en mil novecientos veinticinco con Margaret Doogan, Bradford tuvo un único hijo. Poco más se sabe de su vida personal, puesto que fue un hombre obsesionado con conservar su intimidad. Sufrió un ataque cardíaco cerca de los sesenta años, pero continuó pintando. Murió en Bar Harbor, Maine, donde había conservado su casa durante más de cincuenta años. Lo sobrevivieron su hijo y su nieto.

-Te he encontrado -murmuró Max.

Volvió la página y estudió la reproducción de uno de los trabajos de Bradford. Era una tormenta, abriéndose camino desde el mar. Apasionada, violenta, furiosa. Era una vista que Max conocía... La vista que se veía desde los acantilados, bajo Las Torres.

Una hora después, llegaba a casa con media docena de libros bajo el brazo. Todavía faltaba una hora para que pudiera ir a buscar a Lilah al parque, una hora para poder decirle que habían vencido el siguiente obstáculo. Riendo por su éxito, saludó tan alegremente a Fred que el perro comenzó a correr por el pasillo, saltando y moviendo la cola.

-Dios mío -Coco bajó trotando las escaleras-. Qué conmoción.

-Lo siento.

-No tienes por qué disculparte. No sabría qué hacer si un día transcurriera sin ningún tumulto. Además, Max, es evidente que estás encantado.

-Bueno, el caso es que...

Se interrumpió cuando llegaron Alex y Jenny cruzando el fuego invisible de sus pistolas laser.

-¡Hombre muerto! -gritó Alex-. ¡Hombre muerto!

-Si tienes que matar a alguien -le dijo Coco-, por favor, hazlo fuera. Fred necesita tomar un poco de aire fresco.

-Muerte a los invasores -anunció Alex-. ¡Los freiremos como beicon!

Completamente de acuerdo con él, Jenny apuntó a Fred con su pistola, haciendo que Fred saliera correteando por el pasillo otra vez. Decidiendo que era el invasor que tenían más a mano, los niños salieron corriendo tras él. Incluso en la distancia, el sonido del portazo retumbó en toda la casa.

-No sé de dónde sacan esa imaginación tan violenta -comentó Coco con un suspiro de alivio-. Suzanna tiene un carácter tan tranquilo, y su padre... -algo oscureció sus ojos cuando se interrumpió-. Bueno, esa es otra historia. Ahora, dime, ¿por qué estás tan contento?

-Acabo de salir de la biblioteca y...

En aquella ocasión fue el teléfono el que los interrumpió. Coco se quitó un pendiente mientras levantaba el auricular.

-Hola. Sí. Ah, sí, ahora mismo estoy aquí -cubrió con la mano el auricular-. Es el decano, cariño. Quiere hablar contigo.

Max dejó los libros en la mesita del teléfono mientras Coco enderezaba algunas fotografías y se separaba discretamente de allí.

-¿Dean Hodgins? Sí, soy yo, gracias. Es una buena noticia. Bueno, todavía no he decidido cuándo voy a volver... ¿El profesor Blake?

Coco advirtió un deje de alarma en su voz.

-¿Cuándo? ¿Es en serio? Siento que esté enfermo. Espero... ¿perdón? -dejó escapar un largo suspiro y se apoyó contra la mesa-. Me siento halagado, pero... -se produjo otro lapsus. Max se pasó nervioso la mano por el pelo-. Gracias. Lo comprendo. Si pudiera disponer de un día o dos para considerarlo. Se lo agradezco. Sí, señor. Adiós.

Como Max permanecía sin moverse, con la mirada perdida en el vacío, Coco se aclaró la garganta.

-Espero que no sean malas noticias, querido.

-¿Qué? -fijó en ella la mirada y sacudió la cabeza-. No, bueno, sí. El director del departamento de historia sufrió un infarto la semana pasada.

-Oh -inmediatamente compasiva, Coco se acercó a él-. Es terrible.

-En realidad ha sido bastante suave, si se puede utilizar un término así en este caso. Los médicos lo consideran una advertencia. Le han recomendado que recorte sus cargas laborales y al parecer él se lo ha tomado muy en serio, pues ha decidido retirarse -miró a Coco desconcertado-. Y por lo visto me han recomendado para ocupar su puesto.

-Muy bien -sonrió y le palmeó cariñosamente la mejilla, pero él la observaba con recelo-. Es un honor, ¿no?

-Tengo que volver la semana que viene -dijo para sí-. Y sustituir al director del departamento hasta que se tome la decisión final.

-A veces es difícil saber lo que se tiene que hacer, qué camino tomar. ¿Por qué no te tomas un té? -le sugirió-. Después leeré las hojas y veremos lo que dicen.

-En realidad no creo... -la siguiente interrupción fue un alivio, pero Coco chasqueó molesta la lengua mientras se acercaba a abrir la puerta.

-Oh, Dios mío -fue lo único que dijo. Se llevó la mano al pecho y volvió a repetir-: °Oh, Dios mío!

-No te quedes ahí con la boca abierta, Cordelia -exigió una voz crispada y autoritaria-. Dile a alguien que se ocupe de mis maletas.

-°Tía Colleen! -las manos de Coco revoloteaban-. Qué sorpresa tan... agradable.

-°Ja! Parece que acabas de ver al mismísimo Satán en la puerta de tu casa -apoyándose en un bastón con el puño dorado, entró en el vestíbulo.

Max vio a una mujer alta, extremadamente delgada, con una exuberante mata de pelo blanco. Vestía un elegante traje blanco y unas perlas resplandecientes. Su piel, generosamente arrugada, era pálida como el lino. Podría haber sido un fantasma, salvo por aquellos ojos azules con los que lo escudriñaba.

-¿Quién demonios es ese?

-Hum... Hum...

-Habla, chica. No tartamudees -Colleen golpeó el suelo con el bastón y una buena dosis de impaciencia-. No has conservado ni una pizca del sentido común que Dios te dio.

Coco comenzó a retorcerse las manos.

-Tía Colleen, este es el Doctor Quartermain. Max, Colleen Calhoun.

-Doctor -ladro Colleen-. ¿Quién está enfermo? Maldita sea, no pienso quedarme en una casa en la que haya alguien con una enfermedad contagiosa.

-Yo soy doctor en historia, señorita Calhoun -le explicó Max con una cautelosa sonrisa-. Encantado de conocerla.

-°Ja! -arrugó la nariz y miró a su alrededor-. Así que continuéis dejando que esta casa se caiga delante de vuestras narices. Sería mejor que la partiera un rayo. O que se achicharrara en un incendio. Llévate esas maletas, Cordelia, y tréeme una taza de té. He hecho un largo viaje -y sin más, se dirigió con paso firme hacia el salón.

-Sí, señora -incapaz de dejar quietas las manos, Coco le dirigió a Max una mirada de impotencia-. Odio tener que pedir...

-No te preocupes por eso. ¿Dónde tengo que llevar estas maletas?

-Oh, Dios mío -Coco se llevó las manos a las mejillas-. La primera habitación a la derecha, en el segundo piso. Oh, no habré pagado al taxista. Esta vieja tacaña... Llamaré a Amanda. Ella les avisará a las otras. Max... -le tomó las manos-. Si crees que sirve de algo rezar, reza para que esta visita sea corta.

-¿Dónde está ese maldito té? -gritó Colleen, acompañando su grito con un golpe

de bastón.

-Ahora mismo va -Coco dio media vuelta y salió corriendo por el pasillo.

Poniendo en juego toda su capacidad de acción, Coco le sirvió a su tía un té con pastas, sacó a Trent y a Sloan de su trabajo y le suplicó a Max que se quedara. Hicieron los arreglos pertinentes para que Amanda fuera a buscar a Lilah y a Suzanna con intención de que llegaran cuanto antes y organizaran la habitación de invitados.

Era como estar preparando una invasión, pensó Max mientras se reunía con el grupo en el salón. Colleen sentada, tesa como un general, mientras media a sus oponentes con una mirada de acero.

-Así que tú eres el que se ha casado con Catherine. Te dedicas al negocio de los hoteles, ¿verdad?

-Sí, señora -contestó Trent educadamente mientras Coco se movía nerviosa por la habitación.

-Nunca me alojo en hoteles -dijo Colleen desdeñosamente-. Os casasteis rápido, ¿verdad?

-No quería darle ninguna oportunidad de cambiar de opinión.

Colleen casi sonrió, pero aspiró sonoramente por la nariz y apuntó hacia Sloan.

-Y tú eres el que anda detrás de Amanda.

-Exacto.

-¿Y ese acento? -exigió, endureciendo la mirada-. ¿De dónde eres?

-De Oklahoma.

-O'Riley -pensó un momento y después lo señaló con uno de sus largos dedos- Petróleo.

-Ahí está.

-Humm -dio un sorbo a su té-. Así que habéis sido vosotros los que habéis tenido esa disparatada idea de convertir el ala oeste en un hotel. Sí, supongo que es mejor que quemarla y reclamar el dinero del seguro.

-°Tía Colleen! -exclamó Coco escandalizada-. No estar-s hablando en serio.

-Estoy hablando completamente en serio. He odiado este lugar durante la mayor parte de mi vida -se estiró para mirar el retrato de su padre-. El habría odiado ver a huéspedes en Las Torres. Lo habría mortificado.

-Lo siento, tía Colleen -comenzó a decir Coco-. Pero hemos tomado la mejor de las opciones.

-¿Acaso he pedido yo una disculpa? -replicó Colleen-. ¿Dónde demonios est-n mis sobrinas? ¿No van a tener la amabilidad de presentarme sus respetos?

-No tardar-n en llegar -desesperada, Coco le sirvió m-s té-. Esto ha sido tan inesperado, y nosotras...

-Una casa siempre tiene que estar preparada para recibir invitados -contestó Colleen complacida por su malicia, y frunció el ceño cuando vio entrar a Suzanna-. ¿Y esta quién es?

-Yo soy Suzanna -diligente, se acercó a su tía para darle un beso en la mejilla.

-Te pareces a tu madre -decidió Colleen con un desganado asentimiento-. Yo le tenía mucho cariño a Deliah -miró repentinamente a Max-. ¿Esa es tu novia?

Max pestañeó mientras Sloan se las arreglaba para convertir una carcajada en una tos.

-Ah, no. No, señora.

-¿Por qué no? ¿Tienes alg-n problema en los ojos?

-No -se enderezó en la silla mientras Suzanna sonreía de par en par y se sentaba sobre un almohadón.

-Max ha estado con nosotros durante unas semanas -dijo Coco, acudiendo a su rescate-. Nos est- ayudando a hacer... una investigación histórica.

-Las esmeraldas -con los ojos resplandecientes, Colleen se recostó en el sof-.

No me tomes por una estúpida, Cordelia. En el barco también nos llegaban periódicos. Era un crucero -le dijo a Trent-. Son mucho más civilizados que los hoteles. Ahora cuéntame qué demonios está pasando aquí.

-Realmente nada -Coco volvió a aclararse la garganta-. Ya sabes cómo infla la prensa todas estas cosas.

-¿Pero entró un ladrón en la casa y disparó?

-Bueno, sí. Fue bastante molesto, pero...

-T. -Colleen alzó su bastón y señaló con él a Max-. T., profesor de historia. Supongo que serás capaz de hablar con claridad. Explícame la situación brevemente.

Ante la mirada suplicante de Coco, Max dejó su taza de té.

-La familia decidió, después de una serie de acontecimientos, investigar la veracidad de la leyenda de las esmeraldas de los Calhoun. Desgraciadamente, las noticias sobre la gargantilla desaparecida despertaron el interés y las especulaciones de varias personas, algunas bastantes desagradables. El primer paso que he dado ha sido catalogar los documentos de la familia, para verificar la existencia de las esmeraldas.

-Por supuesto que existen -lo interrumpió Colleen con impaciencia-. ¿Acaso no las vi yo con mis propios ojos?

-T. eres muy difícil de localizar -comenzó a decir Coco y fue silenciada con una mirada.

-En cualquier caso -continuó Max-, alguien entró en la casa y se llevó un gran número de documentos -Max pasó por alto su irrupción en el caso para darle el mayor número de datos.

-Humm -Colleen lo miró con el ceño fruncido-. ¿A qué te dedicas? ¿A escribir?

Max arqueó las cejas sorprendido.

-Soy profesor. De historia. En la universidad de Cornell.

Colleen volvió a aspirar sonoramente.

-Bueno, menudo lío habéis organizado. Todos vosotros. Trayendo ladrones a casa,

manchando nuestro apellido en los periódicos y estando a punto de ser asesinados. Por lo que yo sé, el viejo vendió las esmeraldas.

-En ese caso habría alg:n recibo -comentó Max y Colleen volvió a estudiarlo con atención.

-En eso tiene razón, señor doctor. Llevaba la cuenta de cada penique que ganaba y cada penique que gastaba cerró los ojos un momento-. La niñera siempre nos dijo que mi madre las había escondido. Para nosotros -abrió los ojos con expresión feroz-. Todo eso eran cuentos.

-Me gustan los cuentos -dijo Lilah desde el marco de la puerta. Permanecía en medio de C.C. y Amanda.

-Ven aquí, donde pueda verte.

-T: primero -le musitó Lilah a C.C.

-¿Por qué yo?

-Porque eres la m:s pequeña -empujó suavemente a su hermana.

-Así que arrojando a una mujer embarazada a los lobos -murmuró Amanda.

-T: eres la siguiente.

-¿Qué es eso que tienes en la cara? -le preguntó Colleen a C.C. en tono exigente.

C.C. se limpió la mejilla.

-Supongo que grasa de motor.

-¿Pero qué le est: ocurriendo a este mundo? Tienes un buen cuerpo -decidió-. Habéis crecido bien. ¿Y t: todavía no est:s embarazada?

C.C. se metió las manos en los bolsillos y sonrió.

-Pues el caso es que sí. Trent y yo vamos a ser padres en febrero.

-Estupendo -Colleen sacudió la mano. D:ndose valor, Amanda dio un paso adelante.

-Hola, tía Colleen. Me alegro de que hayas decidido venir a la boda.

-Todavía no sé lo que voy a hacer -estudió a Amanda con los labios apretados-. En cualquier caso, sabes cómo escribir una carta. Me llegó la semana pasada, junto a la invitación -era adorable, pensó Colleen. Igual que sus hermanas. Se sentía orgullosa de ellas, pero se habría arrancado la lengua antes de admitirlo-. ¿Y hay alguna razón por la que no hayas podido casarte con un hombre perteneciente a una familia respetable del este?

-Sí. Ninguno de ellos conseguía enfadarme tanto como Sloan.

Con un sonido que podría haber sido una carcajada, Colleen hizo un gesto con la mano con el que daba por terminado el interrogatorio de Amanda. Cuando se fijó en Lilah, sintió un intenso escozor en los ojos y tuvo que apretar los labios para impedir que le temblaran. Era como estar viendo a su madre, después de todos aquellos años y de todo el dolor que había tenido que superar.

-Así que t eres Lilah -cuando se le quebró la voz, frunció el ceño de tal manera, que Coco tembló.

-Sí -Lilah le dio un par de besos en las mejillas-. La última vez que te vi tenía ocho años. Y me regañaste por andar descalza.

-¿Y, desde entonces, qué has estado haciendo de tu vida?

-Oh, lo menos posible -contestó Lilah despreocupadamente-. ¿Cómo estás t?

Colleen estaba a punto de sonreír, pero se volvió hacia Coco.

-¿Es que no les has enseñado modales a estas chicas?

-No le echas la culpa a ella -Lilah se sentó a los pies de Max-. Somos incorregibles -miró por encima del hombro para dirigirle a Max una sonrisa y después posó la mano en su rodilla.

A Colleen no le pasó desapercibido aquel gesto.

-Así que t le has echado el ojo a este.

Lilah se echó la melena hacia atrás y sonrió.

-Desde luego que sí. ¿Es guapo, verdad?

-Lilah -musitó Max-. Dame un respiro.

-No me has dado un beso de bienvenida -replicó Lilah sin bajar la voz.

-Deja al chico en paz -m's divertida de lo que habría admitido nunca, Colleen golpeó su bastón-. Al menos él tiene educación -señaló con la mano el servicio de té-. Llévate todo esto, Cordelia, y tréeme un brandy.

-Yo te lo traeré -Lilah se levantó y se acercó al armario de las bebidas. Le guiñó el ojo a Suzanna mientras su hermana se llevaba el carrito del té-. ¿Cuanto tiempo crees que piensa quedarse a convertir nuestras vidas en un infierno?

-Os he oído.

Impertérrita, Lilah se volvió con la copa de brandy. -Por supuesto, títa. Mi padre siempre decía que tenías el oído de un gato.

-No me llames ' títa^a -prácticamente, le arrebató el brandy.

Colleen estaba acostumbrada a un trato deferencia!. Su dinero y su personalidad siempre-lo habían exigido. O quizá hubiera sido el miedo... ese tipo de miedo que tan fácilmente se instalaba en ella. Pero disfrutaba, terriblemente, de la irreverencia.

-El problema es que vuestro padre nunca os puso una mano encima.

-No -musitó Lilah-. No, nunca.

-Nadie lo quería m's que yo -dijo Colleen enérgicamente-. Ahora, creo que ya ha llegado el momento de que decidís lo que vais a hacer con todo este lío en el que os habéis metido. Cuanto antes lo arreglemos, antes podré volver a mi crucero.

-No querrás decir... -Coco se interrumpió y reformuló precipitadamente la frase-. ¿Piensas quedarte con nosotros hasta que encontremos las esmeraldas?

-Pienso quedarme hasta que decida marcharme -Coco le dirigió una mirada de advertencia y disgusto.

-Qué bien -musitó Coco entre dientes-. Creo que voy a ir preparando la cena.

-Ceno a las siete y media. En punto.

-Por supuesto -mientras Coco se levantaba, se oyó un estruendo, habitual en aquella casa, acercándose por el pasillo-. Dios mío.

Suzanna se levantó inmediatamente.

-Yo me ocuparé de ellos -pero ya era demasiado tarde. En cuestión de segundos, los niños entraron como un torbellino en la habitación.

-Tramposo, tramposo, tramposo -acusaba Jenny con ojos brillantes.

-Llorona -pero el propio Alex estaba cerca de las lágrimas mientras le daba un empujón a su hermana.

-¿Quiénes son estos vándalos?

-Estos vándalos son mis hijos.

Suzanna estudió atentamente a ambos y advirtió que, aunque ella misma los había arreglado veinte minutos atrás, tenían un aspecto atroz. Evidentemente, la idea de que pasaran una hora jugando en el jardín había sido un desastre.

Colleen giró la copa que tenía en la mano.

-Tráelos aquí. Quiero echarles un vistazo.

-Alex, Jenny -aquel tono de advertencia funcionaba perfectamente-. Acercaos a conocer a la tía Colleen.

-No ir a besarnos, ¿verdad? -murmuró Alex mientras arrastraba los pies por la habitación.

-Desde luego que no. No me gusta besar a niños sucios -tuvo que tragar saliva. Se parecía tanto a Sean, su hermano pequeño. Le tendió formalmente la mano-. ¿Cómo estás?

-Bien -ligeramente sonrojado, Alex tomó aquella mano blanca y huesuda.

-Eres muy vieja -observó Jenny.

-Tienes toda la razón -le confirmó Colleen antes de que Suzanna pudiera decir nada-. Y si tienes suerte, algún día tú también lo serás -le habría gustado acariciar el cabello fino y rubio de la niña, pero eso habría hecho añicos su imagen-. Espero que

reprimís las ganas de gritar y alborotar mientras esté yo en casa. Es m's... -se interrumpió cuando algo le rozó la pierna. Bajó la mirada y vio a Fred olfateando la alfombra, en busca de cualquier miga caída.

-¿Eso qué es?

-Eso es nuestro perro -en un arrebato de inspiración, Alex levantó al cachorrillo en brazos-. Si nos tratas mal, te morderá.

-No haré nada parecido -repuso Suzanna al tiempo que posaba la mano en el hombro de su hijo.

-Pero podría -protestó Alex-. No le gusta la gente mala. ¿Verdad, Fred?

Colleen palideció todavía m's.

-¿Cómo se llama?

-Se llama Fred -contestó Jenny alegremente-. Trent lo encontró en los acantilados y nos lo trajo a casa -le quitó el cachorro a su hermano-. No muerde, es un perro muy bueno.

-Jenny, déjalo en el suelo antes de que...

-No -Colleen interrumpió la advertencia de Suzanna-. Déjame verlo -Fred se retorció, ensuciando el prístino traje de Colleen mientras esta lo sentaba en su regazo y lo acariciaba con manos trémulas-. Yo tuve un perro que se llamaba Fred -una solitaria lgrima resbaló por su mejilla-. Lo tuve durante muy poco tiempo, pero lo quise mucho.

Sin decir nada, Lilah buscó la mano de Max y la apretó con fuerza.

-Si quieres puedes jugar con él -le ofreció Alex, asombrado de que alguien tan viejo pudiera llorar-. En realidad no muerde.

-Por supuesto que no muerde -una vez recuperada la compostura, Colleen lo dejó en el suelo y se enderezó trabajosamente-. Sabe que yo también lo mordería si lo hiciera. ¿Alguien va a enseñarme mi habitación o voy a tener que quedarme aquí todo el día y la mayor parte de la noche?

-Nosotros te la enseñaremos -Lilah tiró a Max de la mano para que la ayudara a levantarse.

-Que alguien me sujete el brandy -dijo Colleen imperiosa, y comenzó a golpear el suelo con el bastón.

-Tienes unos parientes encantadores, Calhoun -murmuró Sloan.

-Ya es demasiado tarde para arrepentirte, O'Riley -Amanda dejó escapar un suspiro de alivio-. Vamos, tía Coco, te acompañaré a la cocina.

-¿En qué habitación me vas a instalar? -preguntó Colleen, sin excesivos problemas para respirar tras haber subido hasta el segundo piso.

-En esta primera -respondió Lilah. Max le abrió la puerta y se apartó para dejarla pasar.

Habían abierto las puertas de la terraza para dejar pasar la brisa. Los muebles habían sido encerados precipitadamente, tras haberlos sacado del almacén. Sobre la cómoda de madera de palo de rosa, habían colocado un jarrón con flores frescas y habían llevado cuadros de otras habitaciones para disimular las zonas en las que se despegaba el papel de las paredes. Una delicada colcha de encaje cubría la cama.

-Está bien -murmuró Colleen, decidida a luchar contra la nostalgia-. Asegúrate de que hay toallas limpias, chica. Y tía, Quartermain, ¿no? Sírvenme otra dosis de ese brandy y no seas tacaño.

Lilah se asomó al baño adyacente y comprobó que todo estaba como debía.

-¿Necesitas algo más, tía?

-Controla tu tono, y no me llames tía. Podéis enviarme a la doncella cuando sea la hora de la cena.

Lilah presionó la lengua contra la mejilla.

-Me temo que hace años que no hay empleados en esta casa.

-No puede ser -Colleen se apoyó sobre su bastón-. ¿Quieres decir que ni siquiera tenéis una asistente?

-Sabes perfectamente que desde hace algún tiempo nuestra situación económica no es muy boyante.

-Y a mí no me vais a sacar un solo penique para este maldito lugar -caminó sofocada hasta las puertas de la terraza. Dios, pensó, aquella vista... Nada había cambiado. ¿Cuántas veces, y durante cuantos años había contemplado aquella vista-. ¿Quién tiene la habitación de mi madre?

-Yo -respondió Lilah, alzando la barbilla.

Colleen se volvió muy lentamente.

-Por supuesto -suavizó la voz-. ¿Sabes que te pareces mucho a ella?

-Sí, Max encontró una fotografía suya en un libro.

-Una fotografía en un libro -volvía la amargura a su voz-. Eso fue todo lo que nos quedó de ella.

-No. Hay mucho más. Siempre quedará una parte de ella en esta casa.

-No digas tonterías. Fantasma, espíritus... Esa es la influencia de Cordelia. Bazofia. La muerte es la muerte, chica. Y cuando estés tan cerca de ella como lo estoy yo ahora, lo sabrás.

-Si tú la sintieras como la siento yo, pensarías de forma diferente.

Colleen se encerró en sí misma.

-Cerrar la puerta al salir. Me gusta defender mi intimidad.

Lilah esperó hasta que estuvo fuera para comenzar a farfullar:

-Es un viejo murciélago grosero y gruñón -después, se encogió de hombros y agarró a Max del brazo-. Vamos a tomar un poco de aire fresco. Y pensar que realmente he llegado a sentir algo bueno por ella cuando ha sentado a Fred en su regazo.

-En realidad no es tan mala, Lilah -salieron por la habitación de Max a la terraza-. Es posible que tú seas tan cascarrabias como ella cuando cumplas ochenta años.

-Yo nunca seré tan cascarrabias -cerró los ojos, se echó el pelo hacia atrás y sonrió-. Yo tendré una preciosa mecedora en la que tomaré el sol y me pasaré la mayor parte del día dormida -deslizó la mano por su brazo-. ¿No me vas a dar un beso de

bienvenida?

-Sí -enmarcó su rostro entre las manos-. Hola, ¿cómo te ha ido el día?

-Ha sido un día caluroso y ajetreado -pero en aquel momento se sentía deliciosamente fresca y relajada-. Ha vuelto ese profesor del que te hablé. Parece muy interesado en mí. Me pone muy nerviosa.

La sonrisa de Max desapareció.

-Deberías denunciarlo a la policía.

-¿Por qué? ¿Porque me da malas vibraciones? -soltó una carcajada y lo abrazó-. No, hay algo en él que no me gusta. Siempre lleva gafas de sol, como si quisiera ver a los demás, pero no quisiera que lo vieran.

-Estás permitiendo... -de pronto, Max la agarró con fuerza del brazo-. ¿Qué aspecto tiene?

-Es un hombre muy normal. ¿Por qué no nos echamos un rato antes de cenar? La tía Colleen me ha dejado agotada.

-¿Qué aspecto tiene? -repitió Max.

-Mide más o menos como tú, es atractivo. Andar por los treinta años, imagino. Viste como casi todos los excursionistas: camiseta y vaqueros. Pero no está nada moreno -añadió, frunciendo repentinamente el ceño-. Y es extraño, porque me ha dicho que ha estado acampando un par de semanas. Tiene el pelo castaño, barba y bigote.

-Podría ser él -la posibilidad de que se tratara de Caulfield lo dejó completamente helado-. Dios mío, ha estado contigo.

-Crees... crees que es Caulfield -la idea la dejó tan estremecida que tuvo que apoyarse contra la pared-. ¿Qué tonta he sido! Tuve la misma sensación, idéntica, cuando ese supuesto Livingston vino a buscar a Amanda para llevarla a cenar -se pasó las manos por el pelo-. Debo estar perdiendo facultades.

Los ojos de Max se ensombrecieron mientras miraba hacia los acantilados.

-Si vuelve, estaré preparado para recibirlo.

-No empieces a jugar al héroe -alarmada, lo agarró del brazo-. Es peligroso.

-No dejaré que vuelva a acercarse a ti -volvía a su rostro aquella expresión intensa y obstinada-. Mañana pasaré todo el día contigo.

No la perdió en ningún momento de vista. Aunque habían transmitido a las autoridades la descripción de Caulfield, Max no quería correr riesgos. Para cuando el día terminó, sabía más sobre el régimen de mareas de la zona de lo que quería y era capaz de reconocer las diferentes clases de musgo de las rocas, aunque todavía arrugaba la nariz cuando Lilah comentaba que con el musgo se hacía un helado excelente.

Pero no habían encontrado ni rastro de Caulfield.

Por si había alguna posibilidad de que no hubiera mentido cuando había dicho que estaba acampado en el parque, la policía había rastreado la zona, pero no habían encontrado nada.

Nadie había visto a un hombre barbudo observando aquella infructuosa búsqueda tras sus gafas de sol. Y nadie vio tampoco la cólera que reflejaron sus ojos cuando comprendió que lo habían descubierto.

Mientras conducían hacia casa, Lilah se deshacía la trenza.

-¿Te sientes mejor? -le preguntó a Max.

-No.

Lilah hundió las manos bajo su pelo para dejar que el viento la refrescara.

-Pues deberías, aunque has sido muy amable al preocuparte por mí.

-Esto no tiene nada que ver con la amabilidad.

-Creo que estás un poco desilusionado porque no habéis podido tener un combate cuerpo a cuerpo.

-Quizás.

-De acuerdo -se inclinó hacia él y le mordisqueó la oreja-. ¿Quieres pelea?

-Esto no es ninguna broma -musitó Max-. Y no voy a sentirme bien hasta que lo hayan atrapado.

Lilah se removi6 en su asiento.

-Si tiene un pice de sentido com6n, renunciar y se ir6. Nosotros vivimos en Las Torres y no hemos hecho muchos progresos.

-Eso no es cierto. Hemos verificado la existencia de las esmeraldas. Hemos encontrado una fotograf6a de ellas. Hemos localizado a la se6ora Tob6as y tenemos un testigo de lo que ocurri6 el d6a anterior a la muerte de Bianca. Y hemos identificado a Christian.

-¿Que hemos qu6? -Lilah se enderez6 al instante-. ¿Cu6ndo hemos identificado a Christian?

Max hizo una mueca mientras la miraba.

-Se me hab6a olvidado dec6rtelo. No me mires as6. Primero, invade tu casa tu t6a abuela y comienza a causar problemas a toda la familia. Despu6s me hablas de ese hombre del parque. Cre6a que te lo hab6a dicho.

Lilah inspir6 y exhal6 intentando no perder la paciencia.

-¿Y por qu6 no me lo cuentas ahora?

-Lo descubri ayer, en la biblioteca -comenz6 a contarle y complet6 su explicaci6n sobre lo que hab6a encontrado.

-Christian Bradford -dijo Lilah en voz alta, intentando ver c6mo sonaba el nombre-. Me resulta familiar. Me pregunto si alguna vez habr6 visto alguno de sus cuadros. Supongo que no ser6 extra6o, puesto que vivi6 y muri6 en esta zona.

-¿No lo estudiaste en el instituto?

-En el instituto yo no estudiaba nada, a menos que me gustara. No iba demasiado bien en clase y para m6 la pintura ha sido m6s una afici6n que otra cosa. No quer6a trabajar como pintora porque me gustaba disfrutar de la pintura. Y siempre he querido ser naturalista.

-¿Una ambici6n? -Max sonri6-. Lilah, est6s arruinando tu imagen.

-Bueno, ha sido la única. Todo el mundo tiene derecho a tener alguna. Bradford, Bradford -repitió-. Juraría que me suena -cerró los ojos y volvió a abrirlos cuando llegaron a Las Torres-. °Ya lo tengo! Conocimos a un Bradford. Creció en la isla. Holt, Holt Bradford. Era un chico sombrío, malhumorado. Tenía algunos años m-s que yo. Probablemente ahora tenga treinta. Se fue de aquí hace diez o doce años, pero me parece haber oído que ha vuelto. Tiene una casa en el pueblo. Dios mío, Max, si es el nieto de Christian, quizá sea la misma casa.

-No adelantemos acontecimientos. Es preferible ir paso a paso.

-Si estás buscando una pista m-s razonable, hablaré con Suzanna. Ella lo conocía un poco mejor. Recuerdo que lo tiró de su motocicleta el día que le dieron el carné de conducir.

-No lo tiré de la motocicleta -negó Suzanna, y hundió su dolorido cuerpo en el agua cálida y fragante de la bañera. Se cayó de la moto porque no fue capaz de girar. Yo iba por mi carril.

-Eso es igual -Lilah se sentó en el borde de la bañera-. ¿Qué sabemos de él?

-Tenía un carácter terrible. Aquel día pensé que iba a matarme. Pero no se habría hecho un solo rasguño si hubiera llevado casco.

-Me refería a su pasado, no a su carácter.

Suzanna miró a su hermana con cansancio. Normalmente, la bañera era el único lugar en el que encontraba un poco de paz e intimidad. Y, de pronto, hasta ese rincón había sido invadido.

-¿Por qué me lo preguntas?

-Te lo diré después. Vamos, Suze.

-De acuerdo, déjame pensar. En el instituto, iba tres o cuatro cursos por delante de mí. La mayor parte de las chicas estaban locas por él porque les parecía peligroso. Su madre era muy amable.

-Lo recuerdo -murmuró Lilah-. Vino a vernos después...

-Sí, después de que mamá y papá murieran. Hacía artesanía. Le hizo algunas piezas preciosas a mamá. Creo que todavía tenemos algunas. Y su marido era pescador de langosta. Se perdió en el mar cuando éramos adolescentes. Aunque de eso no tengo

muchos recuerdos.

-¿Alguna vez hablaste con él?

-¿Con Holt? La verdad es que no. Siempre estaba de mal humor, mirando con rabia a los demás. Cuando tuvimos ese pequeño accidente, me dirigió toda clase de insultos. Después se fue a vivir a otro lugar, a Portland me parece. Recuerdo que la señora Marsley me comentó algo sobre él el otro día, cuando le vendí unas rosas trepadoras. Al parecer llegó a ser policía, pero tuvo un pequeño incidente y renunció.

-¿Qué clase de incidente?

-No lo sé. En cuanto la señora Portland me empieza hablar, desconecto. Creo que ahora se dedica a arreglar barcos o algo así.

-¿Nunca habló de su familia contigo?

-¿Por qué diablos iba a hablarme de su familia? ¿Y por qué de pronto te importa tanto?

-Porque el apellido de Christian era Bradford y tenía una casa en la isla.

-Oh -Suzanna dejó escapar un largo suspiro mientras asimilaba aquella información-. Vaya una casualidad.

Lilah dejó a su hermana enjabonándose y fue a buscar a Max. Antes de que hubiera llegado a su habitación, Coco la abordó.

-Oh, estás aquí.

-Cariño, pareces agotada -Lilah le dio un beso en la mejilla.

-¿Y cómo no voy a estarlo? Esa mujer... -Coco tomó aire, intentando tranquilizarse- Todas las mañanas hago veinte minutos de yoga para poder soportarlo mejor. Sé buena y llévale esto.

-¿Qué es?

-El menú de esta noche -respondió Coco entre dientes-. Insiste en actuar como si esto fuera un crucero.

-Mientras no tengamos que montar un casino...

-Oh, ¿ya te ha dado Max la nueva noticia?

-Ah, sí, pero con retraso.

-¿Y ha tomado alguna decisión? Sé que es una oportunidad maravillosa, pero odio pensar que tenga que irse tan pronto.

-¿Irse?

-Si acepta ese puesto, tendré que volver a Cornell la semana que viene. Pensaba echar las cartas anoche, pero estando en casa tía Colleen, me resulta imposible concentrarme.

-¿De qué puesto hablas, tía Coco?

-De la dirección del departamento de historia -miró a Lilah desconcertada-. Pensaba que te lo había dicho.

-Estaba pensando en otra cosa -tuvo que hacer un serio esfuerzo para hablar con naturalidad-. ¿Así que va a irse dentro de unos días?

-Eso tendré que decidirlo él -Coco tomó a Lilah por la barbilla-. Bueno, tendréis que decidirlo entre los dos.

-Creo que Max ha elegido no darme oportunidad de decidir nada -fijó la mirada en el men- hasta que las lágrimas le impidieron ver las letras-. Es una oportunidad magnífica. Estoy segura de que querré aprovecharla.

-En la vida surgen muchas posibilidades.

Lilah sacudió la cabeza.

-No voy a hacer nada para desanimarlo o para impedirle hacer algo que desee. Si lo quiero, no puedo hacerle algo así. Así que seré él el que tendré que tomar una decisión.

-¿Qué es todo ese parloteo? -gritó Colleen desde su habitación, golpeando con el bastón en el suelo.

-Me gustaría agarrar ese bastón y...

-M's yoga -le sugirió Lilah, forzando una sonrisa-. Yo me encargaré de ella.

-Buena suerte.

-Estabas gritando, tía -dijo Lilah mientras cruzaba la puerta.

-No has llamado a la puerta.

-No, no he llamado. El men- de esta noche, señorita Calhoun. Espero que lo encuentre de su agrado.

-Mocosa -Colleen dejó el papel a un lado y miró a su sobrina con el ceño fruncido-. ¿Qué te pasa, pequeña? Est-s blanca como un fantasma.

-La piel blanca es una peculiaridad de la familia. Es la herencia irlandesa.

-Y el genio es otra -había visto esa mirada otras veces, pensó. Dolor, confusión. Pero entonces era solo una niña, incapaz de comprenderla-. Así que tienes problemas con ese joven.

-¿Por qué dices eso?

-Que no me haya atado nunca a un hombre no quiere decir que no sepa muchas cosas de ellos. En mi época yo también coqueteaba.

-Coquetear -aquella vez, la sonrisa asomó f-cilmente a sus labios-. Una bonita palabra. Supongo que algunas de nosotras tenemos que coquetear durante toda la vida -deslizó un dedo por uno de los postes de la cama-. Al igual que hay algunas mujeres a las que los hombres desean, pero de las que nunca se enamoran.

-Est-s parloteando.

-No, estoy intentando ser realista. Normalmente no lo soy.

-Ser realista es un duro consuelo.

Lilah arqueó la ceja.

-Oh, Dios mío. Me temo que me parezco m's a ti de lo que pensaba. Qué idea tan aterradora.

Colleen disimuló una risa.

-Sal de aquí. Me das dolor de cabeza -dijo, y añadió cuando Lilah estaba ya en la puerta-. Ningún hombre capaz de poner esa mirada en tus ojos merece la pena.

Lilah soltó una corta carcajada.

-Tía, tienes toda la razón.

Lilah fue a la habitación de Max, pero no lo encontró allí. Así que tendría que decidir si ir a buscarlo para hablar abiertamente de sus planes o debía esperar a que se los comunicara él mismo. Al final, decidió dejarse llevar por su intuición. Acarició con aire ausente la camiseta que Max había dejado a los pies de la cama. Era aquella tonta camiseta que le había hecho comprarse el día que habían ido de compras. La camiseta y los recuerdos la hicieron sonreír. La dejó a un lado y se acercó a su escritorio.

Tenía varias pilas de libros. Gruesos volúmenes de la Primera Guerra Mundial, una historia de Maine, y un ensayo sobre la Revolución Industrial. Arqueó una ceja al ver un libro de la moda de mil novecientos. Max también conservaba uno de los folletos del parque natural en el que aparecía un detallado mapa de la isla.

En otra pila había libros de arte. Lilah tomó uno de ellos y lo abrió en la página que Max había dejado marcada. Y sintió una fuerte emoción al leer el nombre de Christian Bradford. Se sentó en la silla que había delante de la máquina de escribir y leyó dos veces la biografía.

Fascinada, emocionada, dejó el libro para buscar otro. Fue entonces cuando se fijó en aquellas páginas mecanografiadas y pulcramente amontonadas. Más informes, pensó con una débil sonrisa. Y pensó en el cuidado con el que Max había transcrito la entrevista con Millie Tobías.

Desde lo alto de la torre, se enfrentaba al mar.

Con curiosidad, y sintiéndose más cómodamente, continuó leyendo. Estaba a mitad del segundo capítulo cuando Max entró. Las emociones de Lilah eran tan violentas que tardó algunos segundos en poder hablar.

-Tu novela. Has empezado tu novela.

-Sí -se metió las manos en los bolsillos-. Estaba buscándote.

-Es Bianca, ¿verdad? -Lilah dejó la p-gina que estaba leyendo-. Laura... es Bianca.

-En parte.

Max no podría haberle explicado cómo se sentía al saber que acababa de leer sus palabras, palabras que no hacía mucho habían brotado directamente de su cabeza y de su corazón.

-La has ambientado aquí, en la isla.

-Me ha parecido adecuado -no se acercaba a ella, ni siquiera sonreía. Permanecía cerca de la puerta, con aspecto de sentirse incómodo.

-Lo siento -fue una disculpa tan tensa como exageradamente educada-. No debería haberla leído sin pedirte permiso, pero me ha llamado la atención y

-No pasa nada -sin sacar las manos de los bolsillos, se encogió de hombros. A Lilah le había parecido aborrecible la novela, pensó-. No importa.

-¿Por qué no me lo has contado?

-No había nada que contar. Solo llevo cincuenta p-ginas, son muy malas. Pensé que...

-Es maravillosa.

Luchó para dominar el dolor mientras se levantaba.

-Es maravillosa -repitió, y descubrió que el dolor se transformaba rápidamente en enfado-. Y creo que tienes capacidad suficiente para saberlo. Has leído miles de libros en tu vida y sabes distinguir un buen libro de uno malo. Si no quieres compartir tu novela conmigo, eso es problema tuyo.

Todavía estupefacto, Max sacudió la cabeza.

-No era eso lo que...

-¿Qué era entonces? ¿Soy suficientemente importante para compartir tu cama, pero no para participar de ninguna de las decisiones más importantes de tu vida?

-No seas ridícula.

-Estupendo -dejándose envolver por la furia, se echó el pelo hacia atrás-. Pues sí, quiero ser ridícula. Todo lo ridícula que al parecer llevo siendo algún tiempo.

Las lágrimas se agolpaban en su voz, confundiendo e irritando a Max al mismo tiempo.

-¿Por qué no nos sentamos y me cuentas a qué viene todo esto?

Lilah continuó dejándose llevar por su intuición y empujó una silla hacia él.

-Adelante, siéntate. Pero creo que no hay nada de lo que hablar. Empezaste tu novela, pero no te pareció necesario mencionarlo. Te han ofrecido un ascenso, pero tampoco has considerado importante comentarlo. Tienes tu vida, profesor, y yo tengo la mía. Eso es lo que dijimos desde el principio. Ha sido solo cuestión de mala suerte que al final yo me haya enamorado de ti.

-Si solo... -asimiló entonces las últimas palabras de Lilah; unas palabras que lo aturdían, asombraban y deleitaban al mismo tiempo-. Dios mío, Lilah -corrió hacia delante, pero ella lo detuvo con ambas manos.

-No me toques! -le advirtió con tanta fiereza que Max se detuvo desconcertado.

-¿Qué esperas entonces que haga?

-No espero nada. Y si hubiera sido capaz de no esperar nada desde el principio, no habrías podido hacerme ningún daño. Como no ha sido así, el problema es mío. Y ahora, si me perdonas...

Max la agarró del brazo antes de que hubiera alcanzado la puerta.

-No puedes dejar las cosas así. No puedes decirme que estás enamorada de mí e irte después como si tal cosa.

-Puedo hacer exactamente lo que quiera -con una mirada glacial, se liberó de su brazo-. No tengo nada más que decirte, y ahora mismo tampoco puedes decir nada que me apetezca oír.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

Horas después, permanecía en su cuarto, maldiciéndose por haber perdido el orgullo y la paciencia tan completamente. Lo único que había conseguido había sido

ponerse en una situación tan embarazosa para ella como para Max y un terrible dolor de cabeza.

Se había rebajado delante de Max, lo cual había sido una estupidez. Después lo había presionado, lo cual había sido una segunda estupidez. Y había echado a perder cualquier posibilidad de ir haciendo poco a poco que se enamorara de ella porque le había pedido cosas que él no estaba dispuesto a darle. Y, muy probablemente, había destrozado una amistad que había sido muy importante para ella.

No había ninguna posible disculpa. Por triste que se sintiera, no podía pedir perdón por haber dicho la verdad. Y tampoco podía decir que sentía haberse enamorado.

Inquieta, se asomó a la terraza. No había nubes que cubrieran la luna. El viento las hacía rodar por el cielo, de manera que la luz temblaba un momento y al siguiente se estabilizaba. El calor del día no había cesado; la noche era casi bochornosa. Sobre la negra alfombra de la hierba, danzaban las luciérnagas como chispas de un fuego recién extinguido.

Retumbó un trueno en la distancia, pero no se apreciaba la fragancia refrescante de la lluvia. La tormenta estaba sobre el mar y, aunque el viento caprichoso la empujara hasta tierra, pasarían horas hasta que consiguiera mitigar aquel brumoso calor. Lilah, envuelta en el olor cálido y pesado de las flores, miró hacia el jardín. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que no fue consciente de que lo que estaba viendo era la luz de una linterna hasta un minuto después de que sus ojos la hubieran percibido.

Otra vez no, pensó. Estaba tan deprimida que estuvo a punto de dejar que aquel buscador de tesoros aficionado disfrutara su ilusión. Pero Suzanna había trabajado mucho en aquel jardín para dejar que cualquier idiota con un mapa lo destrozara. Y, en cualquier caso, al menos echar a un intruso era algo constructivo.

Bajó lentamente los escalones hasta llegar al jardín en penumbra. Era muy sencillo seguir aquel haz de luz. Mientras caminaba hacia él, Lilah se debatía entre usar la maldición de los Calhoun o anunciar la próxima llegada de la policía. Ambas eran formas bastante efectivas de deshacerse de intrusos. Y en cualquier otro momento, la perspectiva la habría divertido.

Cuando la luz pestañeó, se detuvo y frunció el ceño, intentando escuchar. Solo se oía el sonido de su propia respiración. No se movía una sola hoja. Ningún pajarito cantaba entre los arbustos. Se encogió de hombros y continuó caminando. A lo mejor la habían oído y habían emprendido ya la retirada, pero quería asegurarse.

En la oscuridad, estuvo a punto de caerse sobre un montón de tierra. Toda posible diversión se desvaneció cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad y vio el destrozo que habían causado en el precioso lecho de dalias de Suzanna.

-Canallas -musitó, y pateó un montón de tierra-. ¿Qué demonios os creéis, est-pidos? -con, un pequeño gemido, se inclinó para levantar uno de los capullos. Estaba cerrando los dedos sobre él cuando alguien le tapó la boca.

-No hagas ning-n ruido -le susurró una voz al oído.

En cuanto reaccionó, Lilah comenzó a retorcerse, pero se quedó petrificada al sentir la punta de un cuchillo en el cuello.

-Haz exactamente lo que te diga y no te haré daño. Intenta gritar, y te rebanaré la garganta, ¿entendido?

Lilah asintió y dejó escapar un largo y cuidadoso suspiro cuando él apartó la mano de su boca. Habría sido una tontería preguntarle que qué quería. Conocía de antemano la respuesta. Pero aquella no era una excursión turística ni una broma divertida para la media noche.

-Est- perdiendo el tiempo. Las esmeraldas no est-n aquí.

-No intentes jugar conmigo. Tengo el mapa.

Lilah cerró los ojos y reprimió una histérica y peligrosa carcajada.

Max caminaba nervioso por la habitación. Frunció el ceño y deseó tener algo que patear. Había conseguido estropearlo todo. No estaba muy seguro de cómo lo había conseguido, pero había herido, enfurecido y distanciado a Lilah de un solo golpe. Jam-s había visto a una mujer atravesar un espectro tan amplio de sentimientos en tan poco tiempo. De la tristeza a la furia, de la furia al hielo y todo sin dejarle decir una sola palabra.

Habría podido defenderse, si hubiera estado del todo seguro de cu-l había sido la ofensa. Pero cómo iba a saber que la iba a ofender que no le hubiera mencionado nada de la novela? El no quería aburrirla. No, era mentira. No le había dicho nada porque tenía miedo, pura y sencillamente.

En cuanto a lo del ascenso, la verdad era que tenía intención de decírselo, pero se le había olvidado. ¿Cómo podía creer Lilah que iba a aceptar ese puesto y marcharse sin decir nada?

-¿Y qué demonios querías que pensara, idiota? -murmuró y se dejó caer en una silla.

Después de todos sus planes, de su intención de cortejarla paso a paso! Todo su minucioso itinerario para hacer que Lilah se enamorara de él, le había estallado en pleno rostro. Porque Lilah llevaba enamorada de él ya mucho tiempo.

Estaba enamorada de él. Se pasó la mano por el pelo. Lilah Calhoun estaba enamorada de él y él no había tenido que utilizar una varita mágica ni poner en práctica ningún complicado-plan. Lo único que había tenido que hacer era ser él mismo.

Había estado enamorada de él durante todo ese tiempo, pero él había sido demasiado estúpido para creerlo, ni siquiera cuando Lilah había intentado decírselo. En ese momento, Lilah debía estar encerrada en su habitación y no quería oír nada de lo que pudiera decirle.

Tal como él lo veía, tenía dos opciones. Podía continuar allí sentado, esperar a que se tranquilizara e ir después a suplicarle. O podía levantarse en ese preciso instante, llamar a su puerta y exigirle que lo hiciera.

Le gustaba la segunda idea. De hecho, pensó, era la más inspirada.

Sin darse tiempo para debatir consigo mismo, cruzó las puertas de la terraza. Como eran las dos de la mañana, le pareció más sensato que llamar desde el interior y despertar así a toda la casa. Además era más romántico. De modo que abriría las puertas de la terraza, cruzaría la habitación y la estrecharía en sus brazos hasta que...

Su erótico sueño tuvo que cambiar de rumbo cuando la vio alejarse y desaparecer por el jardín.

Estupendo, pensó. Quizá fuera mejor. Un tórrido jardín en medio de la noche. Aire perfumado y pasión. Lilah no sabía lo que la esperaba.

-Tú sabes dónde están -Hawkins le tiró de la cabeza hacia atrás y Lilah estuvo a punto de gritar.

-Si supiera dónde están, las tendría.

-Ese es un truco publicitario -la hizo girar y posó la punta del cuchillo en su mejilla-. Lo sé todo. Habéis estado mintiendo para conseguir que vuestro apellido saliera en los periódicos. He invertido mucho tiempo y mucho dinero en todo esto y pienso recuperarlo esta noche.

Lilah estaba demasiado asustada para moverse. Bastaría el más ligero temblor para que aquel cuchillo atravesara su piel. Reconocía la furia de sus ojos de la misma forma que lo había reconocido a él. Era el hombre al que Max había llamado Hawkins.

-El mapa -empezó a decir, y entonces oyó que Max la llamaba. Antes de que hubiera podido respirar, el cuchillo estaba otra vez en su garganta.

-Un solo grito y te mataré, y después lo mataré a él.

De todas formas iba a matarlos a los dos, pensó histérica. Lo veía en sus ojos.

-El mapa -dijo en un susurro-, es un engaño -jadeó al sentir la presión de la hoja del cuchillo en la piel-. Se lo demostraré. Puedo enseñarle dónde están las esmeraldas.

Tenía que alejarlo de allí, tenía que alejarlo de

Max. Este estaba llamándola otra vez y la frustración que se reflejaba en su voz hizo que volvieran a llenarse los ojos de lágrimas.

-Hay que bajar por allí -señaló en un impulso y dejó que Hawkins la arrastrara por el camino, hasta que dejó de oír la voz de Max. Al final del jardín, el camino se dirigía hacia las rocas. Desde allí, se oía con fuerza el sonido del mar-. Por allí.

Se tambaleó cuando Hawkins la empujó por aquel terreno irregular. A un lado, el camino se inclinaba hacia la loma. Bajo ellos, se veían los dentados perfiles de las rocas y el mar embravecido.

Cuando la alcanzó el primer haz de luz de la linterna, Lilah se sobresaltó y miró desesperadamente por encima del hombro. Se había levantado el viento, pero ella ni siquiera lo había notado. Las nubes continuaban ocultando la luna y amortiguando por tanto la luz.

¿Estarían suficientemente lejos?, se preguntó. ¿Habría renunciado ya Max a buscarla y habría vuelto al interior de la casa, donde estaría a salvo?

-Si lo que pretendes es empujarme...

-No, están allí -tropezó con -un montón de piedras y continuó bajando por una zona de pronunciada inclinación-. Allí abajo, en una caja escondida debajo de las rocas.

Se iría alejando lentamente, se dijo a sí misma, mientras todo su instinto de supervivencia le gritaba que echara a correr. Mientras él estaba entretenido buscando las esmeraldas, podría dar media vuelta y salir corriendo.

Pero Hawkins le agarró la falda, desgarrándola.

-Un movimiento equivocado y eres mujer muerta -Lilah vio el resplandor de sus ojos mientras se inclinaba-. Y si no encuentro la caja, también te mataré.

Entonces alzó la cabeza, como un lobo en alerta. En medio de la oscuridad, se oyó un juramento de Max mientras se abalanzaba sobre él.

Lilah gritó al ver el resplandor de la hoja del cuchillo. Hawkins y Max cayeron a su lado y rodaron sobre las rocas. Todavía seguía gritando cuando saltó sobre la espalda de Hawkins e intentó agarrarle la mano con la que sujetaba el cuchillo. El arma se clavó en el suelo, a solo unos centímetros del rostro de Max antes de que Hawkins se deshiciera de Lilah con una sacudida.

-¡Maldita sea, corre! -le gritó Max, agarrando a Hawkins por la muñeca con ambas manos. Un segundo después, gemía al sentir el puño de Hawkins rozando su sien.

Estaban forcejeando otra vez, el ímpetu los hizo bajar rodando la colina. Lilah corrió, pero hacia ellos. Al hacerlo, resbaló y envió sobre ellos una lluvia de piedras. Jadeando para tomar aire, agarró una piedra. Su siguiente grito rasgó el aire mientras veía la pierna de Max oscilando en el espacio, al borde del acantilado.

Lo único que Max podía ver era el rostro que se contorsionaba sobre el suyo. Lo único que podía oír era a Lilah gritando su nombre. Después vio las estrellas cuando Hawkins le empujó la cabeza contra las rocas. Por un instante, quedó suspendido en el borde de aquel precipicio, colgando entre el cielo y el mar. Con las manos, se aferraba al sudoroso antebrazo de Hawkins. Cuando el cuchillo bajó, olió la sangre y oyó el gruñido triunfal de Hawkins.

Pero había algo más en el ambiente. Algo apasionado y suplicante..., tan intangible

como el viento, pero tan fuerte como las rocas. Lo golpeó como un puño. Era el convencimiento de que no solo estaba luchando por su vida, sino también por la vida que Lilah y él iban a construir juntos.

No podía perderla. Con cada tomo de fuerza que le quedaba, golpeó con el puño el rostro que sonreía ante él. Comenzó a salir sangre de la nariz de Hawkins y en cuestión de segundos estaban luchando cuerpo a cuerpo otra vez, con el cuchillo entre ellos.

Lilah agarraba la piedra con las dos manos para hacerla caer cuando los hombres que estaban a sus pies cambiaran de posición. Sollozando, retrocedió. Oyó gritos y ladridos tras ella. Agarró con fuerza la única arma que tenía y rezó para tener oportunidad de utilizarla.

De pronto, los forcejeos cesaron y los dos hombres se quedaron inmóviles. Con un gemido, Max empujó a Hawkins a un lado y consiguió ponerse de rodillas. Su rostro era una máscara de dolor y sangre, una sangre que también salpicaba su ropa. Sacudió débilmente la cabeza, intentando pensar, y miró hacia Lilah. Esta permanecía como un ángel vengador, con el pelo al viento y agarrando una piedra con las dos manos.

-Ha caído sobre su propio cuchillo -dijo Max con voz distante-. Creo que estoy muerto -aturdido, dejó caer la mano hacia el hombre que acababa de morir. Después alzó la cabeza otra vez-. ¿Estás herida?

-Oh, Max. Oh, Dios mío -la piedra resbaló de sus manos mientras caía de rodillas delante de él.

-Estoy bien -Max le palmeó el hombro y le acarició el pelo-. Estoy bien -repitió, aunque se sentía tan terriblemente débil que pensaba que iba a desmayarse.

El perro fue el primero en llegar y, tras él, llegaron los demás como una tromba, en camisón, pijama, o con los vaqueros puestos a toda velocidad.

-Lilah -Amanda tocaba desesperada el cuerpo de su hermana en busca de heridas-. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

-No -pero los dientes comenzaron a castañetearle a pesar del calor de la noche-. No, él... Max -bajó la mirada y vio a Trent agachado a su lado, examinando la herida que tenía en el brazo-. Estás sangrando.

-No mucho...

-Es poco profunda -dijo Trent entre dientes-. Pero supongo que tiene que doler de una forma infernal.

-Todavía no -murmuró Max.

Trent alzó la cabeza y vio a Sloan caminando hacia el hombre que yacía en el suelo. Sloan sacudió la cabeza con los labios apretados.

-Está muerto -dijo brevemente.

-Era Hawkins -Max consiguió ponerse de pie-. Había atrapado a Lilah.

-Habla de eso más tarde -dijo Coco con una sequedad impropia de ella y agarró a Max del brazo-. Ambos están en estado de shock. Llévenlos a casa.

-Vamos, pequeña -Sloan levantó a Lilah en brazos.

-Yo no estoy herida -desde la cuna de sus brazos, estiró la cabeza para mirar a Max-. Está sangrando. Necesita ayuda.

-Nosotros nos encargaremos de todo -le prometió Sloan mientras cruzaban el jardín-. No te preocupes, cariño, el profesor es más fuerte de lo que tú crees.

Frente a ellos, se alzaban Las Torres, con todas las ventanas encendidas. Retumbó un trueno sobre su altura y se oyó su eco en el silencio de la noche. De pronto, apareció una figura alta en la terraza del segundo piso, con un bastón en la mano y un revolver de cromo en la otra.

-¿Qué demonios está pasando aquí? -gritó Colleen-. ¿Cómo se supone que puede disfrutar una persona de una noche decente de sueño con todo este alboroto?

Coco miró hacia arriba con extremo cansancio.

-Oh, cállate y vuelve a la cama.

Por alguna extraña razón, Lilah apoyó la cabeza en el hombro de Sloan y comenzó a reír a carcajadas.

Casi había amanecido cuando las cosas volvieron a la calma. La policía ya se había ido, llevándose consigo su espantosa carga. Habían contestado todo tipo de preguntas.. Lilah se había pasado la noche sirviéndose brandy y participando de todo el alboroto de la casa y al final había pedido que le prepararan un baño caliente.

No le habían dejado curar la herida de Max. Algo que posiblemente había sido lo mejor para él. Porque todavía le temblaban las manos.

Max se había recuperado considerablemente bien de aquel incidente, pensó mientras se acurrucaba en el asiento de la ventana de la habitación de la torre. Mientras ella continuaba aturdida y temblorosa, él permanecía en el salón, con el brazo vendado y ofreciéndole a la policía un informe claro y conciso de todo el incidente.

Parecía estar en una de sus conferencias sobre las consecuencias de la Primera Guerra Mundial en la economía alemana, pensó con la sombra de una sonrisa. Evidentemente, el teniente Koogar había apreciado aquella precisión y claridad.

A Lilah le gustaba pensar que ella también había estado bastante tranquila, aunque no había sido capaz de controlar su temblor cuando sus hermanas se habían reunido con ella.

Al final, Suzanna había dicho que con un teniente ya era más que suficiente y había acompañado a su hermana al piso de arriba.

Pero a pesar del baño y el brandy, no había sido capaz de dormir. Tenía miedo de cerrar los ojos y volver a ver a Max suspendido al borde del precipicio. Apenas habían hablado desde que había ocurrido aquel horrible suceso. Tendrían que hacerlo, por supuesto, reflexionó. Aunque para ello tendría que aclarar sus pensamientos y encontrar las palabras adecuadas.

Pero cuando el alba comenzaba a dorar el cielo y Lilah a temer que nunca las encontraría, entró Max en la habitación. Se quedó en el marco de la puerta, con expresión torpe y el brazo vendado.

-No podía dormir -empezó a decir-. Y he pensado que estarías aquí.

-Supongo que necesitaba pensar. Y aquí me resulta más fácil hacerlo -sintiéndose tan torpe como él, se pasó la mano por el pelo. La melena, del color del sol del amanecer, caía indomable sobre la seda blanca de la bata-. ¿Quieres sentarte?

-Sí -Max cruzó la habitación e instaló sus doloridos músculos a su lado. El silencio se extendía entre ellos. Un minuto, dos...-. Menuda noche -dijo por fin.

-Sí.

-No -musitó él cuando vio que los ojos de Lilah se llenaban de lágrimas.

-No -tragó saliva, controló las lágrimas y fijó la mirada en la ventana-. Pensaba que iba a matarte. Ha sido como una pesadilla. La oscuridad, el calor, la sangre.

-Ya ha pasado todo -le tomó la mano y apretó sus dedos con fuerza-. Lo has alejado del jardín. Estabas intentando protegerme, Lilah. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Totalmente desprevenida, Lilah se volvió hacia él.

-¿Y qué se supone que debía hacer? ¿Dejar que saltara sobre las petunias y te diera un navajazo?

-Se suponía que tenías que dejar que fuera yo el que te protegiera.

Lilah intentó liberar su mano, pero Max se la sostuvo con firmeza.

-Sí, ¿verdad? Tanto si quería como si no. Has salido corriendo como un loco y has saltado sobre un maniaco con un cuchillo en la mano, y has estado a punto... -se interrumpió, luchando para recobrar la compostura mientras él continuaba mirándola con aquellos ojos cargados de paciencia-. Me has salvado la vida -dijo más tranquila.

-Entonces estamos en paz, ¿no? -Lilah se encogió de hombros y volvió a mirar hacia el cielo-. Durante los últimos minutos que estaba peleando con Hawkins, ha ocurrido algo de lo más extraño. Estaba a punto de resbalar, de dejarme caer, cuando he sentido algo increíblemente fuerte. Yo diría que era simple adrenalina, pero no parecía proceder de mí. Ha sido algo muy extraño -dijo, estudiando su perfil-. Supongo que para ti sería una fuerza. Y he sabido que no iba a perder, que había muchas razones para que no lo hiciera. Supongo que siempre me preguntaré si esa fuerza, si ese sentimiento, procedía de ti o de Bianca.

Los labios de Lilah se curvaron en una sonrisa mientras lo miraba.

-Caramba, profesor, qué irracional.

Max no sonrió.

-Acababa de salir hacia tu habitación para pedirte que me escucharas cuando te he visto en el jardín. En otro momento, habría considerado que lo mejor, o lo más racional, era darte tiempo y dejar que te recuperaras después de lo que había ocurrido. Pero ahora las cosas han cambiado.

Lilah apoyó la frente contra el frío cristal y asintió.

-De acuerdo, tienes derecho. Pero antes me gustaría decirte que sé que el enfado de antes por el libro... Bueno, sé que no tenía que haber reaccionado así.

-No, creo que tenías toda la razón al reaccionar como lo has hecho. T. has confiado plenamente en mí y yo no he confiado en ti. Tenía miedo de que no me dijeras lo que pensabas.

-No te comprendo.

-Escribir es algo que he querido hacer durante la mayor parte de mi vida, pero... bueno, no estoy acostumbrado a correr riesgos.

Lilah soltó una carcajada y, dejándose llevar por sus sentimientos, se inclinó para darle un beso en el vendaje del brazo.

-Max, creo que has elegido el peor de los momentos para decir algo así.

-Digamos que no estaba acostumbrado a correr riesgos -se corrigió-. Pensé que si te decía lo de la novela y reunía el valor suficiente para mostrártela, pensarías que no podías echar a perder la que había sido la ilusión de mi vida e intentarías ser amable conmigo.

-Es una tontería tener tanta inseguridad sobre algo para lo que tienes tanto talento -entonces suspiró-. Y ha sido una estupidez por mi parte tomármelo como algo personal. Lo que voy a decirte, tómallo como la declaración de alguien que no tiene nunca demasiado interés en quedar bien. Estás escribiendo un libro maravilloso, Max. Algo de lo que puedes sentirte muy orgulloso.

Max le pasó la mano por el cuello.

-Ya veremos si sigues diciendo lo mismo después de unos cientos de páginas más -se inclinó hacia ella y rozó delicadamente sus labios. Pero cuando comenzó a profundizar el beso, Lilah se levantó.

-Haré la primera crítica en cuanto la publiquen -nerviosa, comenzó a pasear por la habitación.

-¿Qué te pasa, Lilah?

-Nada. Es que han pasado tantas cosas -tomó aire antes de volverse con una

sonrisa en los labios-. El ascenso. Antes estaba tan concentrada en mi enfado que ni siquiera te he felicitado.

-No pretendía ocultártelo.

-Max, no empecemos otra vez con eso. Lo más importante es^a que es un gran honor. Creo que deberíamos organizar una fiesta para celebrarlo antes de que te vayas.

A los labios de Max asomó una sonrisa.

-¿De verdad?

-Por supuesto. No todos los días le nombran a uno director de departamento. Después de eso, serás decano. Es solo cuestión de tiempo. Y entonces...

-Lilah, siéntate, por favor.

-De acuerdo -intentó aferrarse a aquella alegría desesperada-. Le diremos a tía Coco que haga una tarta y...

-¿Entonces te alegras de que me hayan hecho esa propuesta? -la interrumpió.

-Estoy muy orgullosa de ti -contestó, y le apartó un mechón de pelo de la frente-. Y me gusta saber que las autoridades aprecian lo valioso que eres.

-¿Y quieres que acepte esa propuesta?

Lilah frunció el ceño.

-Por supuesto. Cómo vas a rechazar algo así? Esta es una maravillosa oportunidad para ti. Algo para lo que has trabajado y que te mereces.

-Pues es una pena -sacudió la cabeza y se inclinó hacia atrás, observándola atentamente-. Porque ya la he rechazado.

-¿Qué te qué?

-Que la he rechazado. Y esa es una de las razones por las que no te lo mencioné. Pensé que no tenía sentido.

-No lo comprendo. Una oportunidad profesional como esa no es algo que se pueda

rechazar tan fácilmente.

-Eso depende de tu profesión. También he presentado la renuncia.

-¿Que has renunciado? Pero eso es una locura.

-Probablemente -y porque lo era, sonrió de oreja a oreja-. Pero si vuelvo a dar clases a Cornell, la novela terminaría en un archivo, cubriéndose de polvo -le tendió la mano con la palma hacia arriba-. Una vez me leíste la mano y me dijiste que tendría que tomar una decisión. Ya la he tomado.

-Ya entiendo -contestó Lilah lentamente.

-Solo en parte.

Miró alrededor de la torre, iluminada por una luz perlada que lentamente iba transformándose en oro. No podía haber ni un momento ni un lugar mejor para hacer lo que tenía que hacer. Le tomó las manos.

-Te he amado desde la primera vez que te vi, Lilah. No podía creer que tú sintieras lo mismo que yo, por mucho que lo deseara. Y como no lo creía, hice las cosas mucho más difíciles de lo que podrían haber sido. No, no digas nada. Todavía no. Ahora escúchame -se llevó las manos de Lilah a los labios-. Me has cambiado, Lilah. Me has abierto. Sé que quería estar contigo, y lo he conseguido gracias a una gargantilla que ha estado perdida durante la mayor parte del siglo. Encontremos o no las esmeraldas, ellas me han llevado hasta ti, y tú eres el mayor tesoro que alguien pueda desear.

La atrajo hacia él para besar su boca mientras el sol de la mañana se elevaba y barría las últimas sombras de la habitación.

-No quiero que esto sea un sueño -murmuró Lilah-. Muchas veces he estado aquí sentada, pensando en ti, deseando que esto ocurriera.

-Esto es real -enmarcó su rostro con las manos y volvió a besarla para demostrarlo.

-Eres todo lo que quiero, Max. Llevo esperándote durante mucho tiempo -acarició delicadamente su pelo-. Tenía tanto miedo de que no me quisieras, de que te marcharas. De tener que dejar que te alejaras de mí.

-Este ha sido mi hogar desde la primera noche. Aunque no pueda explicar por qué.

-No tienes por qué hacerlo.

-No -besó la palma de su mano-. No, a ti no. Una última cosa -volvió a tomarle las manos-. Te amo, Lilah, y tengo que preguntarte si quieres correr el riesgo de casarte con un ex profesor en paro que cree que puede llegar a escribir una novela.

-No -sonrió y le rodeó el cuello con los brazos-. Pero voy a casarme con un hombre talentoso y brillante que está escribiendo una novela maravillosa.

Riendo, Max apoyó la frente en la de Lilah.

-Creo que tu opción es la mejor.

-Max -Lilah se acurrucó en el hueco de su brazo-. Vamos a decírselo a tía Coco. Se emocionará tanto que nos preparará tortitas de arándanos para ofrecernos un desayuno de compromiso.

Max se dejó caer contra los almohadones del asiento.

-¿Y qué tal si lo dejamos en una comida de compromiso?

Lilah se echó a reír y lo besó.

-En esta ocasión, creo que tu opción es la mejor.

Nora Roberts - Serie Las mujeres Calhoun 3 - Por el amor de Lilah (Harlequín by Mariquiña)